



Metamorfosis

Ovidio



La creación máxima de Ovidio son las *Metamorfosis*, ordenada en quince libros de hexámetros dictílicos. El asunto, de tradición helenística, lo constituyen las descripciones de las transformaciones míticas, desde el caos original hasta la conversión en astro del César; el poema abunda en sucesos, episodios y personajes, unificados por el propósito del autor.



Ovidio

Metamorfosis

ePub r1.0

IbnKhaldun 26.06.13

Título original: *Metamorphosis*

Ovidio, 3

Editor digital: IbnKhaldun

ePub base r1.0



Libro primero

Invocación

Me lleva el ánimo a decir las mutadas formas

a nuevos cuerpos: dioses, estas empresas mías —pues vosotros los mutasteis—

aspirad, y, desde el primer origen del cosmos

hasta mis tiempos, perpetuo desarrollad mi poema.

El origen del mundo

⁵ Antes del mar y de las tierras y, el que lo cubre todo, el cielo,

uno solo era de la naturaleza el rostro en todo el orbe,

al que dijeron Caos, ruda y desordenada mole

y no otra cosa sino peso inerte, y, acumuladas en él,

unas discordes simientes de cosas no bien unidas.

¹⁰ Ningún Titán todavía al mundo ofrecía luces,

ni nuevos, en creciendo, reiteraba sus cuernos Febe,

ni en su circunfuso aire estaba suspendida la tierra,

por los pesos equilibrada suyos, ni sus brazos por el largo

margen de las tierras había extendido Anfitrite,

¹⁵ y por donde había tierra, allí también ponto y aire:

así, era inestable la tierra, innadable la onda,

de luz carente el aire: ninguno su forma mantenía,

y estorbaba a los otros cada uno, porque en un cuerpo solo

lo frío pugnaba con lo caliente, lo humedecido con lo seco,

²⁰ lo mullido con lo duro, lo sin peso con lo que tenía peso.

Tal lid un dios y una mejor naturaleza dirimió,
pues del cielo las tierras, y de las tierras escindió las ondas,
y el fluente cielo segregó del aire espeso.

Estas cosas, después de que las separó y eximió de su ciega
acumulación,

²⁵ disociadas por lugares, con una concorde paz las ligó.

La fuerza ígnea y sin peso del convexo cielo
rieló y un lugar se hizo en el supremo recinto.

Próximo está el aire a ella en levedad y en lugar.

Más densa que ellos, la tierra, los elementos grandes arrastró

³⁰ y presa fue de la gravedad suya; el circunfluyente humor
lo último poseyó y contuvo al sólido orbe.

Así cuando dispuesta estuvo, quien quiera que fuera aquel, de los dioses,
esta acumulación sajó, y sajada en miembros la rehizo.

En el principio a la tierra, para que no desigual por ninguna

³⁵ parte fuera, en forma la aglomeró de gran orbe;

entonces a los estrechos difundirse, y que por arrebatadores vientos se
entumecieran

ordenó y que de la rodeada tierra circundaran los litorales.

Añadió también fontanas y pantanos inmensos y lagos,

y las corrientes declinantes ciñó de oblicuas riberas,

⁴⁰ las cuales, diversas por sus lugares, en parte son sorbidas por ella,

al mar arriban en parte, y en tal llano recibidas

de más libre agua, en vez de riberas, sus litorales batan.

Ordenó también que se extendieran los llanos, que se sumieran los valles,

que de fronda se cubrieran las espesuras, lapídeos que se elevaran los montes.

⁴⁵ Y, como dos por la derecha y otras tantas por su siniestra

parte,
el cielo cortan unas fajas —la quinta es más ardiente que aquéllas—,

igualmente la carga en él incluida la distinguió con el número mismo el cuidado del dios, y otras tantas llagas en la tierra se marcan.

De las cuales la que en medio está no es habitable por el calor.

⁵⁰ Nieve cubre, alta, a dos; otras tantas entre ambas colocó

y templanza les dio, mezclada con el frío la llama.

Domina sobre ellas el aire, el cual, en cuanto es, que el peso de la tierra, su peso, que el del agua, más ligero, en tanto es más pesado que el fuego.

Allí también las nieblas, allí aposentarse las nubes

⁵⁵ ordenó, y los que habrían de conmovier, los truenos, las humanas mentes,

y con los rayos, hacedores de relámpagos, los vientos.

A ellos también no por todas partes el artífice del mundo que tuvieron el aire les permitió. Apenas ahora se les puede impedir a ellos,

cuando cada uno gobierna sus soplos por diverso trecho,

⁶⁰ que destrocen el cosmos: tan grande es la discordia de los hermanos.

El Euro a la Aurora y a los nabateos^[1] reinos se retiró,

y a Persia, y a las cimas sometidas a los rayos matutinos.

El Anochecer y los litorales que con el caduco sol se templan,

próximos están al Céfiro; Escitia y los Siete Triones

65 horrendo los invadió el Bóreas. La contraria tierra
con nubes asiduas y lluvia la humedece el Austro.
De ello encima impuso, fluido y de gravedad carente,
el éter, y que nada de la terrena hez tiene.
Apenas así con lindes había cercado todo ciertas,
70 cuando, las que presa mucho tiempo habían sido de una calina ciega,
las estrellas empezaron a hervir por todo el cielo,
y para que región no hubiera ninguna de sus vivientes huérfana,
los astros poseen el celeste suelo, y con ellos las formas de los dioses;
cedieron para ser habitadas a los nítidos peces las ondas,
75 la tierra a las fieras acogió, a los voladores el agitable aire.
Más santo que ellos un viviente, y de una mente alta más capaz,
faltaba todavía, y que dominar en los demás pudiera:
nacido el hombre fue, sea que a él con divina simiente lo hizo
aquel artesano de las cosas, de un mundo mejor el origen,
80 sea que reciente la tierra, y apartada poco antes del alto
éter, retenía simientes de su pariente el cielo;
a ella, el linaje de Jápeto, mezclada con pluviales ondas,
la modeló en la efigie de los que gobiernan todo, los dioses,
y aunque inclinados contemplan los demás vivientes la tierra,
85 una boca sublime al hombre dio y el cielo ver
le ordenó y a las estrellas levantar erguido su semblante.
Así, la que poco antes había sido ruda y sin imagen, la tierra
se vistió de las desconocidas figuras, transformada, de los hombres.

Las edades del hombre

Áurea la primera edad engendrada fue, que sin defensor ninguno,

⁹⁰ por sí misma, sin ley, la confianza y lo recto honraba.

Castigo y miedo no habían, ni palabras amenazantes en el fijado

bronce se leían, ni la suplicante multitud temía

la boca del juez suyo, sino que estaban sin defensor seguros.

Todavía, cortado de sus montes para visitar el extranjero

⁹⁵ orbe, a las fuentes ondas el pino no había descendido,

y ningunos los mortales, excepto sus litorales, conocían.

Todavía vertiginosas no ceñían a las fortalezas sus fosas.

No la tuba de derecho bronce, no de bronce curvado los cuernos,

no las gáleas, no la espada existía. Sin uso de soldado

¹⁰⁰ sus blandos ocios seguras pasaban las gentes.

Ella misma también, inmune, y de rastrillo intacta, y de ningunas

rejas herida, por sí lo daba todo la tierra,

y, contentándose con unos alimentos sin que nadie los obligara creados,

las crías del madroño y las montañas fresas recogían,

¹⁰⁵ y cornejos, y en los duros zarzales prendidas las moras

y, las que se habían desprendido del anchuroso árbol de Júpiter, bellotas.

Una primavera era eterna, y plácidos con sus cálidas brisas

acariciaban los céfiros, nacidas sin semilla, a las flores.

Pronto, incluso, frutos la tierra no arada llevaba,

¹¹⁰ y no renovado el campo canecía de grávidas aristas.

Corrientes ya de leche, ya corrientes de néctar pasaban,

y flavas desde la verde encina goteaban las mieles.

Después de que, Saturno a los tenebrosos Tártaros enviado,

bajo Júpiter el cosmos estaba, apareció la plateada prole,

¹¹⁵ que el oro inferior, más preciosa que el bermejo bronce.

Júpiter contrajo los tiempos de la antigua primavera

y a través de inviernos y veranos y desiguales otoños

y una breve primavera, por cuatro espacios condujo el año.

Entonces por primera vez con secos hervores el aire quemado

¹²⁰ se encandeció, y por los vientos el hielo rígido quedó suspendido.

Entonces por primera vez entraron en casas, casas las cavernas fueron,

y los densos arbustos, y atadas con corteza varas.

Simientes entonces por primera vez, de Ceres, en largos surcos

sepultadas fueron, y hundidos por el yugo gimieron los novillos.

¹²⁵ Tercera tras aquella sucedió la broncínea prole,

más salvaje de ingenios y a las hórridas armas más pronta,

no criminal, aun así; es la última de duro hierro.

En seguida irrumpió a ese tiempo, de vena peor,

toda impiedad: huyeron el pudor y la verdad y la confianza,

¹³⁰ en cuyo lugar aparecieron los fraudes y los engaños

y las insidias y la fuerza y el amor criminal de poseer.

Velas daba a los vientos, y todavía bien no los conocía

el marinero, y las que largo tiempo se habían alzado en los montes altos

en oleajes desconocidos cabriolaron, las quillas,

¹³⁵ y común antes, cual las luces del sol y las auras,

el suelo, cauto lo señaló con larga linde el medidor.

Y no sólo sembrados y sus alimentos debidos se demandaba
al rico suelo, sino que se entró hasta las entrañas de la tierra,
y las que ella había reservado y apartado junto a las estigias sombras,
¹⁴⁰ se excavan esas riquezas, agujadas de desgracias.

Y ya el dañino hierro, y que el hierro más dañino el oro
había brotado: brota la guerra que lucha por ambos,
y con su sanguínea mano golpea crepitantes armas.

Se vive al asalto: no el huésped de su huésped está a salvo,
¹⁴⁵ no el suegro de su yerno, de los hermanos también la gracia rara es.

Acecha para la perdición el hombre de su esposa, ella del marido,
cetrinos acónitos mezclan terribles madrastras,
el hijo antes de su día inquiere en los años del padre.

Vencida yace la piedad, y la Virgen, de matanza mojadas,
¹⁵⁰ la última de los celestes, la Astrea, las tierras abandona.

La Gigantomaquia

Y para que no estuviera que las tierras más seguro el arduo éter,
que aspiraron dicen al reino celeste los Gigantes,
y que acumulados levantaron hacia las altas estrellas sus montes.
Entonces el padre omnipotente enviándoles un rayo resquebrajó
¹⁵⁵ el Olimpo y sacudió el Pelión del Osa, a él sometido;
sepultados por la mole suya, al quedar sus cuerpos siniestros yacentes,
regada de la mucha sangre de sus hijos dicen
que la Tierra se impregnó, y que ese caliente crúor alentó,

y para que de su estirpe todo recuerdo no desapareciera,

¹⁶⁰ que a una faz los tornó de hombres. Pero también aquel ramo
despreciador de los altísimos y salvaje y avidísimo de matanza
y violento fue: bien sabrías que de sangre habían nacido.

El concilio de los dioses (I)

Lo cual el padre cuando vio, el Saturnio, en su supremo recinto,
gime hondo, y, todavía no divulgados por recién cometidos,

¹⁶⁵ los impuros banquetes recordando de la mesa de Licaón,
ingentes en su ánimo y dignas de Júpiter concibió unas iras,
y el consejo convoca; no retuvo demora ninguna a los convocados.

Hay una vía sublime, manifiesta en el cielo sereno:

Láctea de nombre tiene, por su candor mismo notable.

¹⁷⁰ Por ella el camino es de los altísimos hacia los techos del gran
Tonante

y su real casa: a derecha e izquierda los atrios

de los dioses nobles van concurriéndose por sus compuertas abiertas,

la plebe habita otros, por sus lugares opuestos: en esta parte los
poderosos

celestiales y preclaros pusieron sus penates.

¹⁷⁵ Éste lugar es, al que, si a las palabras la audacia se diera,
yo no temería haber llamado los Palacios del gran cielo.

Así pues, cuando los altísimos se sentaron en su marmóreo receso,
más excelso él por su lugar, y apoyado en su cetro marfileño,
terrorífica, de su cabeza sacudió tres y cuatro veces

¹⁸⁰ la cabellera, con la que la tierra, el mar, las estrellas mueve;

de tales modos después su boca indignada libera:

«No yo por el gobierno del cosmos más ansioso en aquella
ocasión estuve, en la que cada uno se disponía a lanzar,
de los angüípedes, sus cien brazos contra el cautivo cielo,
185 pues aunque fiero el enemigo era, aun así, aquélla de un solo
cuerpo y de un solo origen pendía, aquella guerra;
ahora yo, por doquiera Nereo rodeándolo hace resonar todo el orbe,
al género mortal de perder he: por las corrientes juro
infernales, que bajo las tierras se deslizan a la estigia floresta,
190 que todo antes se ha intentado, pero un incurable cuerpo
a espada se ha de sajar, por que la parte limpia no arrastre.
Tengo semidioses, tengo, rústicos númenes, Ninfas
y Faunos y Sátiros y montañeses Silvanos,
a los cuales, puesto que del cielo todavía no dignamos con el honor,
195 las que les dimos ciertamente, las tierras, habitar permitamos.
¿O acaso, oh altísimos, que bastante seguros estarán ellos creéis,
cuando contra mí, que el rayo, que a vosotros os tengo y gobierno,
ha levantado sus insidias, conocido por su fiereza, Licaón?»

Murmuraron todos, y con afán ardido al que osó

200 tal reclaman: así, cuando una mano impía se ensañó
con la sangre de César para extinguir de Roma el nombre,
atónito por el gran terror de esta súbita ruina
el humano género queda y todo se horrorizó el orbe,
y no para ti menos grata la piedad, Augusto, de los tuyos es

²⁰⁵ que fue aquélla para Júpiter. El cual, después de que con la voz y la mano

los murmullos reprimió, guardaron silencios todos.

Cuando se detuvo el clamor, hundido del peso del soberano,

Júpiter de nuevo con este discurso los silencios rompió:

Licaón

«Él, ciertamente, sus castigos —el cuidado ese perded— ha cumplido.

²¹⁰ Mas qué lo cometido, cuál sea su satisfacción, os haré saber.

Había alcanzado la infamia de ese tiempo nuestros oídos;

deseándola falsa desciendo del supremo Olimpo

y, dios bajo humana imagen, lustro las tierras.

Larga demora es de cuánto mal se hallaba por todos lados

²¹⁵ enumerar: menor fue la propia infamia que la verdad.

El Ménalo había atravesado, por sus guaridas horrendo de fieras,

y con Cilene los pinares del helado Liceo:

del Árcade a partir de ahí en las sedes, y en los inhóspitos techos del tirano

penetro, cuando traían los tardíos crepúsculos la noche.

²²⁰ Señales di de que había llegado un dios y el pueblo a suplicar

había empezado: se burla primero de esos piadosos votos Licaón,

luego dice: «Comprobaré si dios éste o si sea mortal

con una distinción abierta, y no será dudable la verdad.»

De noche, pesado por el sueño, con una inopinada muerte a perderme

²²⁵ se dispone: tal comprobación a él le place de la verdad.

Y no se contenta con ello: de un enviado de la nación

molosa^[2] , de un rehén, su garganta a punta tajó

y, así, semimuertos, parte en hirvientes aguas

sus miembros ablanda, parte los tuesta, sometiéndolos a fuego.

²³⁰ Lo cual una vez impuso a las mesas, yo con mi justiciera llama
sobre unos penates dignos de su dueño torné sus techos.

Aterrado él huye y alcanzando los silencios del campo

aúlla y en vano hablar intenta; de sí mismo

recaba su boca la rabia, y el deseo de su acostumbrada matanza

²³⁵ usa contra los ganados, y ahora también en la sangre se goza.

En vellos se vuelven sus ropas, en patas sus brazos:

se hace lobo y conserva las huellas de su vieja forma.

La canicie la misma es, la misma la violencia de su rostro,

los mismos ojos lucen, la misma de la fiereza la imagen es.

²⁴⁰ Cayó una sola casa, pero no una casa sola de perecer

digna fue. Por doquiera la tierra se expande, fiera reina la Erinis.

Para el delito que se han conjurado creerías; cumplan rápido todos,

los que merecieron padecer, así consta mi sentencia, sus castigos.»

El concilio de los dioses (II)

Las palabras de Júpiter parte con su voz, murmurando, aprueban e
incitamentos

²⁴⁵ añaden. Otros sus partes con asentimientos cumplen.

Es, aun así, la perdición del humano género causa de dolor

para todos, y cuál habrá de ser de la tierra la forma,

de los mortales huérfana, preguntan, quién habrá de llevar a sus aras

inciensos, y si a las fieras, para que las pillen, se dispone a entregar las tierras.

²⁵⁰ A los que tal preguntaban —puesto que él se preocuparía de lo demás—

el rey de los altísimos turbarse prohíbe, y un brote al anterior pueblo desemejante promete, de origen maravilloso.

El diluvio

Y ya iba sobre todas las tierras a esparcir sus rayos;

pero temió que acaso el sagrado éter por causa de tantos fuegos

²⁵⁵ no concibiera llamas, y que el lejano eje ardiera.

Que está también en los hados, recuerda, que llegará un tiempo

en el que el mar, en el que la tierra y arrebatados los palacios del cielo ardan y del mundo la mole, afanosa, sufra.

Esas armas vuelven a su sitio, por manos fabricadas de los Cíclopes:

²⁶⁰ un castigo place inverso, al género mortal bajo las ondas perder, y borrascas lanzar desde todo el cielo.

En seguida al Aquilón encierra en las eolias cavernas,

y a cuantos soplos ahuyentan congregadas a las nubes,

y suelta al Noto: con sus mojadas alas el Noto vuela,

²⁶⁵ su terrible rostro cubierto de una bruma como la pez:

la barba pesada de borrascas, fluye agua de sus canos cabellos,

en su frente se asientan nieblas, roran sus alas y senos.

Y cuando con su mano, a lo ancho suspendidas, las nubes apretó,

se hace un fragor: entonces densas se derraman desde el éter las borrascas.

²⁷⁰ La mensajera de Juno, de variados colores vestida,

concibe, Iris, aguas, y alimentos a las nubes allega:
póstranse los sembrados, y llorados por los colonos
sus votos yacen, y perece el trabajo frustrado de un largo año.

Y no al cielo suyo se limitó de Júpiter la ira, sino que a él
275 su azul hermano^[3] le ayuda con auxiliares ondas.

Convoca éste a los caudales. Los cuales, después de que en los techos
de su tirano entraron: «Una arenga larga ahora de usar»,
dice, «no he: las fuerzas derramad vuestras.

Así menester es. Abrid vuestras casas y, la mole apartada,
280 a las corrientes vuestras todas soltad las riendas.»

Había ordenado; ellos regresan, y de sus fontanas las bocas relajan,
y en desenfrenada carrera ruedan a las superficies.

Él mismo con el tridente suyo la tierra golpeó, mas ella
tembló y con su movimiento vías franqueó de aguas.

285 Desorbitadas se lanzan por los abiertos campos las corrientes
y, con los sembrados, arbustos al propio tiempo y rebaños y hombres
y techos, y con sus penetrales arrebatan sus sacramentos.

Si alguna casa quedó y pudo resistir a tan gran
mal no desplomada, la cúpula, aun así, más alta de ella,

290 la onda la cubre, y hundidas se esconden bajo el abismo sus torres.

Y ya el mar y la tierra ninguna distinción tenían:

todas las cosas ponto eran, faltaban incluso litorales al ponto.

Ocupa éste un collado, en una barca se sienta otro combada
y lleva los remos allí donde hace poco arara.

295 Aquél sobre los sembrados o las cúpulas de una sumergida villa
navega, éste un pez sorprende en lo alto de un olmo;
se clava en un verde prado, si la suerte lo deja, el ancla,
o, a ellas sometidos, curvas quillas trillan viñedos,
y por donde hace poco, gráciles, grama arrancaban las cabritas,
300 ahora allí deformes ponen sus cuerpos las focas.

Admiran bajo el agua florestas y ciudades y casas
las Nereides^[4], y las espesuras las poseen los delfines y entre sus altas
ramas corren y zarandeando sus troncos las baten.

Nada el lobo entre las ovejas, bermejós leones lleva la onda,

305 la onda lleva tigres, y ni sus fuerzas de rayo al jabalí,
ni sus patas veloces, arrebatado, sirven al ciervo,
y buscadas largo tiempo tierras donde posarse pudiera,
al mar, fatigadas sus alas, el pájaro errante ha caído.

Había sepultado túmulos la inmensa licencia del ponto,

310 y batían las montañas cumbres unos nuevos oleajes.

La mayor parte por la onda fue arrebatada: a los que la onda perdonó,
largos ayunos los doman, por causa del indigente sustento.

Deucalión y Pirra

Separa la Fócide los aonios de los eteos campos,
tierra feraz mientras tierra fue, pero en el tiempo aquel

315 parte del mar y ancha llanura de súbitas aguas.

Un monte allí busca arduo los astros con sus dos vértices,
por nombre el Parnaso, y superan sus cumbres las nubes.

Aquí cuando Deucalión —pues lo demás lo había cubierto la superficie—
con la consorte de su lecho, en una pequeña balsa llevado, se aferró,

³²⁰ a las corícidas ninfas y a los númenes del monte oran

y a la fatídica Temis, que entonces esos oráculos tenía:

no que él mejor ninguno, ni más amante de lo justo,

hombre hubo, o que ella más temerosa ninguna de los dioses.

Júpiter, cuando de fluentes lagos que estaba empantanado el orbe,

³²⁵ y que quedaba un hombre de tantos miles hacía poco, uno,

y que quedaba, ve, de tantas miles hacía poco, una,

inocuos ambos, cultivadores de la divinidad ambos,

las nubes desgarró y, habiéndose las borrascas con el aquilón alejado,

al cielo las tierras mostró, y el éter a las tierras.

³³⁰ Tampoco del mar la ira permanece y, dejada su tricúspide arma,

calma las aguas el regidor del piélago, y al que sobre el profundo

emerge y sus hombros con su innato múrice cubre,

al azul Tritón llama, y en su concha sonante

soplar le ordena, y los oleajes y las corrientes ya

³³⁵ revocar, su señal dando: su hueca bocina toma él,

tórcil, que en ancho crece desde su remolino inferior,

bocina, la cual, en medio del ponto cuando concibió aire,

los litorales con su voz llena, que bajo uno y otro Febo yacen.

Entonces también, cuando ella la boca del dios, por su húmeda barba
rorante,

³⁴⁰ tocó, y cantó henchida las ordenadas retretas,

por todas las ondas oída fue de la tierra y de la superficie,
y por las que olas fue oída, contuvo a todas.

Ya el mar litoral tiene, plenos acoge el álveo a sus caudales,
las corrientes se asientan y los collados salir parecen.

³⁴⁵ Surge la tierra, crecen los lugares al decrecer las ondas,
y, después de día largo, sus desnudadas copas las espesuras
muestran y limo retienen que en su fronda ha quedado.

Había retornado el orbe; el cual, después de que lo vio vacío,
y que desoladas las tierras hacían hondos silencios,

³⁵⁰ Deucalión con lágrimas brotadas así a Pirra se dirige:

«Oh hermana, oh esposa, oh hembra sola sobreviviente,
a la que a mí una común estirpe y un origen de primos,
después un lecho unió, ahora nuestros propios peligros unen,
de las tierras cuantas ven el ocaso y el orto

³⁵⁵ nosotros dos la multitud somos: posee lo demás el ponto.

Esta tampoco todavía de la vida nuestra es garantía
cierta bastante; aterran todavía ahora nublados nuestra mente.

¿Cuál si sin mí de los hados arrebatada hubieras sido
ahora tu ánimo, triste de ti, sería? ¿De qué modo sola

³⁶⁰ el temor soportar podrías? ¿Con consuelo de quién te dolerías?

Porque yo, créeme, si a ti también el ponto te tuviera,
te seguiría, esposa, y a mí también el ponto me tendría.

Oh, ojalá pudiera yo los pueblos restituir con las paternas
artes, y alientos infundir a la conformada tierra.

365 Ahora el género mortal resta en nosotros dos

—así pareció a los altísimos— y de los hombres como ejemplos quedamos.»

Había dicho, y lloraban; decidieron al celeste numen
suplicar y auxilio por medio buscar de las sagradas venturas.

Ninguna demora hay: acuden a la par a las cefísidas ondas,
370 como todavía no líquidas, así ya sus vados conocidos cortando.

De allí, cuando licores de él tomados rociaron
sobre sus ropas y cabeza, doblan sus pasos hacia el santuario
de la sagrada diosa, cuyas cúspides de indecente
musgo palidecían, y se alzaban sin fuegos sus aras.

375 Cuando del templo tocaron los peldaños se postró cada uno
inclinado al suelo, y atemorizado besó la helada roca,
y así: «Si con sus plegarias justas», dijeron, «los númenes vencidos
se enternecen, si se doblega la ira de los dioses,
di, Temis, por qué arte la merma del género nuestro

380 reparable es, y presta ayuda, clementísima, a estos sumergidos
estados.»

Conmovida la diosa fue y su ventura dio: «Retiraos del templo
y velaos la cabeza, y soltaos vuestros ceñidos vestidos,
y los huesos tras vuestra espalda arrojad de vuestra gran madre.»

Quedaron suspendidos largo tiempo, y rompió los silencios con su voz

385 Pirra primera, y los mandatos de la diosa obedecer rehúsa,
y tanto que la perdona con aterrada boca ruega, como se aterra
de herir, arrojando sus huesos, las maternas sombras.

Entre tanto repasan, por sus ciegas latencias oscuras,
las palabras de la dada ventura, y para entre sí les dan vueltas.

³⁹⁰ Tras ello el Prometida a la Epimetida con plácidas palabras
calma, y: «O falaz», dice, «es mi astucia para nosotros,
o —píos son y a ninguna abominación los oráculos persuaden—
esa gran madre la tierra es: piedras en el cuerpo de la tierra
a los huesos calculo que se llama; arrojarlas tras nuestra espalda se nos
ordena.»

³⁹⁵ De su esposo por el augurio aunque la Titania se conmovió,
su esperanza, aun así, en duda está: hasta tal punto ambos desconfían
de las celestes admoniciones. Pero ¿qué intentarlo dañará?
Se retiran y velan su cabeza y las túnicas se desciñen,
y las ordenadas piedras tras sus plantas envían.

⁴⁰⁰ Las rocas —¿quién lo creería, si no estuviera por testigo la
antigüedad?—

a dejar su dureza comenzaron, y su rigor
a mullir, y con el tiempo, mullidas, a tomar forma.

Luego, cuando crecieron y una naturaleza más tierna

les alcanzó, como sí semejante, del mismo modo manifiesta parecer no
puede

⁴⁰⁵ la forma de un humano, sino, como de mármol comenzada,
no terminada lo bastante, a las rudas estatuas muy semejante era.

La parte aun así de ellas que húmeda de algún jugo
y terrosa era, vuelta fue en uso de cuerpo.

Lo que sólido es y doblarse no puede, se muta en huesos,

⁴¹⁰ la que ahora poco vena fue, bajo el mismo nombre quedó;

y en breve espacio, por el numen de los altísimos, las rocas
enviadas por las manos del hombre la faz tomaron de hombres,
y del femenino lanzamiento restituida fue la mujer.

De ahí que un género duro somos y avezado en sufrimientos
⁴¹⁵ y pruebas damos del origen de que hemos nacido.

A los demás seres la tierra con diversas formas
por sí misma los parió después de que el viejo humor por el fuego
se caldeó del sol, y el cieno y los húmedos charcos
se entumecieron por su hervor, y las fecundas simientes de las cosas,
⁴²⁰ por el vivaz suelo nutridas, como de una madre en la matriz
crecieron y faz alguna cobraron con el pasar del tiempo.

Así, cuando abandonó mojados los campos el séptuple fluir
del Nilo, y a su antiguo seno hizo volver sus corrientes,
y merced a la etérea estrella, reciente, ardió hasta secarse el limo,
⁴²⁵ muchos seres sus cultivadores al volver los terrones
encuentran y entre ellos a algunos apenas comenzados, en el propio
espacio de su nacimiento, algunos inacabados y truncos
los ven de sus proporciones, y en el mismo cuerpo a menudo
una parte vive, es la parte otra ruda tierra.

⁴³⁰ Porque es que cuando una templanza han tomado el humor y el
calor,

conciben, y de ellos dos se originan todas las cosas
y, aunque sea el fuego para el agua pugnaz, el vapor húmedo todas
las cosas crea, y la discorde concordia para las crías apta es.

Así pues, cuando del diluvio reciente la tierra enlodada

⁴³⁵ con los soles etéreos se encandeció y con su alto hervor,
dio a luz innumerables especies y en parte sus figuras
les devolvió antiguas, en parte nuevos prodigios creó.

La sierpe Pitón

Ella ciertamente no lo querría, pero a ti también, máximo Pitón,
entonces te engendró, y de los pueblos nuevos, desconocida sierpe,

⁴⁴⁰ el terror eras: tan grande espacio de un monte ocupabas.

A él el dios señor del arco, y que nunca tales armas

antes sino en los gamos y corzas fugaces había usado,

hundido por mil disparos, exhausta casi su aljaba,

lo perdió, derramándose por sus heridas negras su veneno.

⁴⁴⁵ Y para que de esa obra la fama no pudiera destruir la antigüedad,

instituyó, sagrados, de reiterado certamen, unos juegos,

Pitios con el nombre de la domada serpiente llamados.

Ése de los jóvenes quien con su mano, sus pies o a rueda

venciera, de fronda de encina cobraba un galardón.

⁴⁵⁰ Todavía laurel no había y, hermosas con su largo pelo,

sus sienes ceñía de cualquier árbol Febo.

Apolo y Dafne

El primer amor de Febo: Dafne la Peneia, el cual no

el azar ignorante se lo dio, sino la salvaje ira de Cupido.

El Delio a él hacía poco, por su vencida sierpe soberbio,

⁴⁵⁵ le había visto doblando los cuernos al tensarle el nervio,

y: «¿Qué tienes tú que ver, travieso niño, con las fuertes armas?»,

había dicho; «ellas son cargamentos decorosos para los hombros
nuestros,

que darlas certeras a una fiera, dar heridas podemos al enemigo,

que, al que ahora poco con su calamitoso vientre tantas yugadas
hundía,

⁴⁶⁰ hemos derribado, de innumerables saetas henchido, a Pitón.

Tú con tu antorcha no sé qué amores conténtate

con irritar, y las alabanzas no reclames nuestras.»

El hijo a él de Venus: «Atraviese el tuyo todo, Febo,

a ti mi arco», dice, «y en cuanto los seres ceden

⁴⁶⁵ todos al dios, en tanto menor es tu gloria a la nuestra.»

Dijo, y rasgando el aire a golpes de sus alas,

diligente, en el sombreado recinto del Parnaso se posó,

y de su saetífera aljaba aprestó dos dardos

de opuestas obras: ahuyenta éste, causa aquél el amor.

⁴⁷⁰ El que lo causa de oro es y en su cúspide fulge aguda.

El que lo ahuyenta obtuso es y tiene bajo la caña plomo.

Éste el dios en la ninfa Peneide clavó, mas con aquél

hirió de Apolo, pasados a través sus huesos, las médulas.

En seguida el uno ama, huye la otra del nombre de un amante,

⁴⁷⁵ de las guaridas de las espesuras, y de los despojos de las cautivas

fieras gozando, y émula de la innupta Febe.

Con una cinta sujetaba, sueltos sin ley, sus cabellos.

Muchos la pretendieron; ella, evitando a los pretendientes,

sin soportar ni conocer varón, bosques inaccesibles lustra

⁴⁸⁰ y de qué sea el Himeneo, qué el amor, qué el matrimonio, no cura.

A menudo su padre le dijo: «Un yerno, hija, me debes.»

A menudo su padre le dijo: «Me debes, niña, unos nietos.»

Ella, que como un crimen odiaba las antorchas conyugales,
su bello rostro teñía de un verecundo rubor

⁴⁸⁵ y de su padre en el cuello prendiéndose con tiernos brazos:

«Concédeme, genitor queridísimo» le dijo, «de una perpetua
virginidad disfrutar: lo concedió su padre antes a Diana.»

Él, ciertamente, obedece; pero a ti el decor este, lo que deseas
que sea, prohíbe, y con tu voto tu hermosura pugna.

⁴⁹⁰ Febo ama, y al verla desea las nupcias de Dafne,

y lo que desea espera, y sus propios oráculos a él le engañan;

y como las leves pajas sahúman, despojadas de sus aristas,

como con las antorchas los cercados arden, las que acaso un caminante
o demasiado les acercó o ya a la luz abandonó,

⁴⁹⁵ así el dios en llamas se vuelve, así en su pecho todo

él se abrasa y estéril, en esperando, nutre un amor.

Contempla no ornados de su cuello pender los cabellos

y «¿Qué si se los arreglara?», dice. Ve de fuego rielantes,

a estrellas parecidos sus ojos, ve sus labios, que no

⁵⁰⁰ es con haber visto bastante. Alaba sus dedos y manos

y brazos, y desnudos en más de media parte sus hombros:

lo que oculto está, mejor lo supone. Huye más veloz que el aura

ella, leve, y no a estas palabras del que la revoca se detiene:

«¡Ninfa, te lo ruego, del Peneo, espera! No te sigue un enemigo;

505 ¡ninfa, espera! Así la cordera del lobo, así la cierva del león,

así del águila con ala temblorosa huyen las palomas,

de los enemigos cada uno suyos; el amor es para mí la causa de seguirte.

Triste de mí, no de bruces te caigas o indignas de ser heridas

tus piernas señalen las zarzas, y sea yo para ti causa de dolor.

510 Ásperos, por los que te apresuras, los lugares son: más despacio te lo ruego

corre y tu fuga modera, que más despacio te persiga yo.

A quién complaces pregunta, aun así; no un paisano del monte,

no yo soy un pastor, no aquí ganados y rebaños,

hórrido, vigilo. No sabes, temeraria, no sabes

515 de quién huyes y por eso huyes. A mí la délfica tierra,

y Claros, y Tenedos, y los palacios de Pátara me sirven;

Júpiter es mi padre. Por mí lo que será, y ha sido,

y es se manifiesta; por mí concuerdan las canciones con los nervios.

Certera, realmente, la nuestra es; que la nuestra, con todo, una saeta

520 más certera hay, la que en mi vacío pecho estas heridas hizo.

Hallazgo la medicina mío es, y auxiliador por el orbe

se me llama, y el poder de las hierbas sometido está a nos:

ay de mí, que por ningunas hierbas el amor es sanable,

y no sirven a su dueño las artes que sirven a todos.»

525 Del que más iba a hablar con tímida carrera la Peneia

huye, y con él mismo sus palabras inconclusas deja atrás,

entonces también pareciendo hermosa; desnudaban su cuerpo los vientos,

y las brisas a su encuentro hacían vibrar sus ropas, contrarias a ellas,

y leve el aura atrás daba, empujándolos, sus cabellos,

⁵³⁰ y acrecióse su hermosura con la huida. Pero entonces no soporta más

perder sus ternuras el joven dios y, como aconsejaba

el propio amor, a tendido paso sigue sus plantas.

Como el perro en un vacío campo cuando una liebre, el galgo,

ve, y éste su presa con los pies busca, aquélla su salvación:

⁵³⁵ el uno, como que está al cogerla, ya, ya tenerla

espera, y con su extendido morro roza sus plantas;

la otra en la ignorancia está de si ha sido apresada, y de los propios

mordiscos se arranca y la boca que le toca atrás deja:

así el dios y la virgen; es él por la esperanza raudo, ella por el temor.

⁵⁴⁰ Aun así el que persigue, por las alas ayudado del amor,

más veloz es, y el descanso niega, y la espalda de la fugitiva

acecha, y sobre su pelo, esparcido por su cuello, alienta.

Sus fuerzas ya consumidas palideció ella y, vencida

por la fatiga de la rápida huida, contemplando las peneidas ondas:

⁵⁴⁵ «Préstame, padre», dice, «ayuda; si las corrientes numen tenéis,

por la que demasiado he complacido, mutándola pierde mi figura.»

Apenas la plegaria acabó un entumecimiento pesado ocupa su organismo,

se ciñe de una tenue corteza su blando tórax,

⁵⁵⁰ en fronda sus pelos, en ramas sus brazos crecen,

el pie, hace poco tan veloz, con morosas raíces se prende,
su cara copa posee: permanece su nitor solo en ella.

A ésta también Febo la ama, y puesta en su madero su diestra
siente todavía trepidar bajo la nueva corteza su pecho,
⁵⁵⁵ y estrechando con sus brazos esas ramas, como a miembros,
besos da al leño; rehúye, aun así, sus besos el leño.

Al cual el dios: «Mas puesto que esposa mía no puedes ser,
el árbol serás, ciertamente», dijo, «mío. Siempre te tendrán
a ti mi pelo, a ti mis cítaras, a ti, laurel, nuestras aljabas.

⁵⁶⁰ Tú a los generales lacios asistirás cuando su alegre voz
el triunfo cante, y divisen los Capitolios las largas pompas.

En las jambas augustas tú misma, fidelísima guardiana,
ante sus puertas te apostarás, y la encina central guardarás,
y como mi cabeza es juvenil por sus intonsos cabellos,

⁵⁶⁵ tú también perpetuos siempre lleva de la fronda los honores.»

Había acabado Peán: con sus recién hechas ramas la láurea
asiente y, como una cabeza, pareció agitar su copa.

Júpiter e Ío (I)

Hay un bosque en la Hemonia al que por todos lados cierra, acantilada,
una espesura: le llaman Tempe. Por ellos el Peneo, desde el profundo

⁵⁷⁰ Pindo derramándose, merced a sus espumosas ondas, rueda,

y en su caer pesado nubes que agitan tenues

humos congrega, y sobre sus supremas espesuras con su aspersion

llueve, y con su sonar más que a la vecindad fatiga.

Ésta la casa, ésta la sede, éstos son los penetrales del gran
575 caudal; en ellos aposentado, en su caverna hecha de escollos,
a sus ondas leyes daba, y a las ninfas que honran sus ondas.
Se reúnen allá las paisanas corrientes primero,
ignorando si deben felicitar o consolar al padre:
rico en álamos el Esperquío y el irrequieto Enipeo
580 y el Apídano viejo y el lene Anfriso y el Eante,
y pronto los caudales otros que, por donde los llevara su ímpetu a ellos,
hacia el mar abajan, cansadas de su errar, sus ondas.
El Ínaco solo falta y, en su profunda caverna recóndito,
con sus llantos aumenta sus aguas y a su hija, tristísimo, a Ío,
585 plañe como perdida; no sabe si de vida goza
o si está entre los manes, pero a la que no encuentra en ningún sitio
estar cree en ningún sitio y en su ánimo lo peor teme.
La había visto, de la paterna corriente regresando, Júpiter
a ella y: «Oh virgen de Júpiter digna y que feliz con tu
590 lecho ignoro a quién has de hacer, busca», le había dicho, «las
sombras
de esos altos bosques», y de los bosques le había mostrado las sombras,
«mientras hace calor y en medio el sol está, altísimo, de su orbe,
que si sola temes en las guaridas entrar de las fieras,
segura con la protección de un dios, de los bosques el secreto
alcanzarás,
595 y no de la plebe un dios, sino el que los celestes cetros
en mi magna mano sostengo, pero el que los errantes rayos lanzo:

no me huye», pues huía. Ya los pastos de Lerna,
y, sembrados de árboles, de Lirceo había dejado atrás los campos,
cuando el dios, produciendo una calina, las anchas tierras

⁶⁰⁰ ocultó, y detuvo su fuga, y le arrebató su pudor.

Entre tanto Juno abajo miró en medio de los campos
y de que la faz de la noche hubieran causado unas nieblas voladoras
en el esplendor del día admirada, no que de una corriente ellas
fueran, ni sintió que de la humedecida tierra fueran despedidas,

⁶⁰⁵ y su esposo dónde esté busca en derredor, como la que
ya conociera, sorprendido tantas veces, los hurtos de su marido.

Al cual, después de que en el cielo no halló: «O yo me engaño
o se me ofende», dice, y deslizándose del éter supremo
se posó en las tierras y a las nieblas retirarse ordenó.

⁶¹⁰ De su esposa la llegada había presentido, y en una lustrosa
novilla la apariencia de la Ináquida había mutado él
—de res también hermosa es—: la belleza la Saturnia de la vaca
aunque contrariada aprueba, y de quién, y de dónde, o de qué manada
era, de la verdad como desconocedora, no deja de preguntar.

⁶¹⁵ Júpiter de la tierra engendrada la mente, para que su autor
deje de averiguar: la pide a ella la Saturnia de regalo.

¿Qué iba a hacer? Cruel cosa adjudicarle sus amores,
no dárselos sospechoso es: el pudor es quien persuade de aquello,
de esto disuade el amor. Vencido el pudor habría sido por el amor,

⁶²⁰ pero si el leve regalo, a su compañera de linaje y de lecho,

de una vaca le negara, pudiera no una vaca parecer.

Su rival ya regalada no en seguida se despojó la divina
de todo miedo, y temió de Júpiter, y estuvo ansiosa de su hurto
hasta que al Arestórida para ser custodiada la entregó, a Argos.

Argos

⁶²⁵ De cien luces ceñida su cabeza Argos tenía,
de donde por sus turnos tomaban, de dos en dos, descanso,
los demás vigilaban y en posta se mantenían.

Como quiera que se apostara miraba hacia Ío:
ante sus ojos a Ío, aun vuelto de espaldas, tenía.

⁶³⁰ A la luz la deja pacer; cuando el sol bajo la tierra alta está,
la encierra, y circunda de cadenas, indigno, su cuello.
De frondas de árbol y de amarga hierba se apacienta,
y, en vez de en un lecho, en una tierra que no siempre grama tiene
se recuesta la infeliz y limosas corrientes bebe.

⁶³⁵ Ella, incluso, suplicante a Argos cuando sus brazos quisiera
tender, no tuvo qué brazos tendiera a Argos,
e intentando quejarse, mugidos salían de su boca,
y se llenó de temor de esos sonidos y de su propia voz aterróse.

Llegó también a las riberas donde jugar a menudo solía,

⁶⁴⁰ del Ínaco a las riberas, y cuando contempló en su onda
sus nuevos cuernos, se llenó de temor y de sí misma enloquecida huyó.

Las náyades ignoran, ignora también Ínaco mismo
quién es; mas ella a su padre sigue y sigue a sus hermanas

y se deja tocar y a sus admiraciones se ofrece.

645 Por él arrancadas el más anciano le había acercado, Ínaco, hierbas:

ella sus manos lame y da besos de su padre a las palmas

y no retiene las lágrimas y, si sólo las palabras le obedecieran,

le rogara auxilio y el nombre suyo y sus casos le dijera.

Su letra, en vez de palabras, que su pie en el polvo trazó,

650 de indicio amargo de su cuerpo mutado actuó.

«Triste de mí», exclama el padre Ínaco, y en los cuernos

de la que gemía, y colgándose en la cerviz de la nivea novilla:

«Triste de mí», reitera; «¿Tú eres, buscada por todas

las tierras, mi hija? Tú no encontrada que hallada

655 un luto eras más leve. Callas y mutuas a las nuestras

palabras no respondes, sólo suspiros sacas de tu alto

pecho y, lo que solo puedes, a mis palabras remuges.

Mas a ti yo, sin saber, tálamos y teas te preparaba

y esperanza tuve de un yerno la primera, la segunda de nietos.

660 De la grey ahora tú un marido, y de la grey hijo has de tener.

Y concluir no puedo yo con mi muerte tan grandes dolores,

sino que mal me hace ser dios, y cerrada la puerta de la muerte

nuestros lutos extiende a una eterna edad.»

Mientras de tal se afligía, lo aparta el constelado Argos

665 y, arrancada a su padre, a lejanos pastos a su hija

arrastra; él mismo, lejos, de un monte la sublime cima

ocupa, desde donde sentado otea hacia todas partes.

Tampoco de los altísimos el regidor los males tan grandes de la Forónide

más tiempo soportar puede y a su hijo llama, al que la lúcida Pléyade
670 de su vientre había parido, y que a la muerte dé, le impera, a Argos.

Pequeña la demora es la de las alas para sus pies, y la vara somnífera para su potente mano tomar, y el cobertor para sus cabellos.

Ello cuando dispuso, de Júpiter el nacido desde el paterno recinto salta a las tierras. Allí, tanto su cobertor se quitó

675 como depuso sus alas, de modo que sólo la vara retuvo:

con ella lleva, como un pastor, por desviados campos unas cabritas que mientras venía había reunido, y con unas ensambladas avenas canta.

Por esa voz nueva, y cautivado el guardián de Juno por su arte:

«Mas tú, quien quiera que eres, podrías conmigo sentarte en esta roca»,

680 Argos dice, «pues tampoco para el rebaño más fecunda en ningún lugar hierba hay, y apta ves para los pastores esta sombra.»

Se sienta el Atlantíada, y al que se marchaba, de muchas cosas hablando

detuvo con su discurso, al día, y cantando con sus unidas cañas vencer sus vigilantes luces intenta.

685 Él, aun así, pugna por vencer sobre los blandos sueños y aunque el sopor en parte de sus ojos se ha alojado, en parte, aun así, vigila; pregunta también, pues descubierta la flauta hacía poco había sido, en razón de qué fue descubierta.

Pan y Siringe

Entonces el dios: «De la Arcadia en los helados montes», dice,

690 «entre las hamadriadas muy célebre, las Nonacrinas,
náyade una hubo; las ninfas Siringe la llamaban.
No una vez, no ya a los sátiros había burlado ella, que la seguían,
sino a cuantos dioses la sombreada espesura y el feraz
campo hospeda; a la Ortigia en sus aficiones y con su propia virginidad
695 honraba, a la diosa; según el rito también ceñida de Diana,
engañaría y podría creérsela la Latonia, si no
de cuerno el arco de ésta, si no fuera áureo el de aquélla;
así también engañaba. Volviendo ella del collado Liceo,
Pan la ve, y de pino agudo ceñido en su cabeza
700 tales palabras refiere...» Restaba sus palabras referir,
y que despreciadas sus súplicas había huido por lo intransitable la ninfa,
hasta que del arenoso Ladón al plácido caudal
llegó: que aquí ella, su carrera al impedirle sus ondas,
que la mutaran a sus líquidas hermanas les había rogado,
705 y que Pan, cuando presa de él ya a Siringa creía,
en vez del cuerpo de la ninfa, cálamos sostenía lacustres,
y, mientras allí suspira, que movidos dentro de la caña los vientos
efectuaron un sonido tenue y semejante al de quien se lamenta;
que por esa nueva arte y de su voz por la dulzura el dios cautivado:
710 «Este coloquio a mí contigo», había dicho, «me quedará»,
y que así, los desparejos cálamos con la trabazón de la cera
entre sí unidos, el nombre retuvieron de la muchacha.

Júpiter e Ío (II)

Tales cosas cuando iba a decir ve el Cilenio que todos
los ojos se habían postrado, y cubiertas sus luces por el sueño.

⁷¹⁵ Apaga al instante su voz y afirma su sopor,
sus lánguidas luces acariciando con la unguentada vara.

Y, sin demora, con su falcada espada mientras cabeceaba le hiere
por donde al cuello es confín la cabeza, y de su roca, cruento,
abajo lo lanza, y mancha con su sangre la acantilada peña.

⁷²⁰ Argos, yaces, y la que para tantas luces luz tenías
extinguido se ha, y cien ojos una noche ocupa sola.

Los recoge, y del ave suya la Saturnia en sus plumas
los coloca, y de gemas consteladas su cola llena.

En seguida se inflamó y los tiempos de su ira no difirió

⁷²⁵ y, horrenda, ante los ojos y el ánimo de su rival argólica
le echó a la Erinis, y agujadas en su pecho ciegas
escondió, y prófuga por todo el orbe la aterró.

Último restabas, Nilo, a su inmensa labor;

a él, en cuanto lo alcanzó y, puestas en el margen de su ribera

⁷³⁰ sus rodillas, se postró, y alzada ella de levantar el cuello,
elevando a las estrellas los semblantes que sólo pudo,

con su gemido, y lágrimas, y luctuoso mugido

con Júpiter pareció quejarse, y el final rogar de sus males.

De su esposa él estrechando el cuello con sus brazos,

⁷³⁵ que concluya sus castigos de una vez le ruega y: «Para el futuro
deja tus miedos», dice; «nunca para ti causa de dolor

ella será», y a las estigias lagunas ordena que esto oigan.

Cuando aplacado la diosa se hubo, sus rasgos cobra ella anteriores

y se hace lo que antes fue: huyen del cuerpo las cerdas,

⁷⁴⁰ los cuernos decrecen, se hace de su luz más estrecho el orbe,

se contrae su comisura, vuelven sus hombros y manos,

y su pezuña, disipada, se subsume en cinco uñas:

de la res nada queda a su figura, salvo el blancor en ella,

y al servicio de sus dos pies la ninfa limitándose

⁷⁴⁵ se yergue, y teme hablar, no a la manera de la novilla

muja, y tímidamente las palabras interrumpidas reintenta.

Ahora como diosa la honra, celebradísima, la multitud vestida de lino.

Ahora que Épafo generado fue de la simiente del gran Júpiter por fin

se cree, y por las ciudades, juntos a los de su madre,

⁷⁵⁰ templos posee.

Faetón (I)

Tuvo éste en ánimos un igual, y en años,

del Sol engendrado, Faetón; al cual, un día, que grandes cosas decía

y que ante él no cedía, de que fuera Febo su padre soberbio,

no lo soportó el Ináquida y «A tu madre», dice, «todo como demente

crees y estás henchido de la imagen de un genitor falso.»

⁷⁵⁵ Enrojeció Faetón y su ira por el pudor reprimió,

y llevó a su madre Clímene los insultos de Épafo,

y «Para que más te duelas, mi genetriz», dice, «yo, ese libre,

ese fiero me callé. Me avergüenza que estos oprobios a nos

sí decirse han podido, y no se han podido desmentir.

⁷⁶⁰ Mas tú, si es que he sido de celeste stirpe creado,
dame una señal de tan gran linaje y reclámame al cielo.»

Dijo y enredó sus brazos en el materno cuello,
y por la suya y la cabeza de Mérope y las teas de sus hermanas,
que le trasmitiera a él, le rogó, signos de su verdadero padre.

⁷⁶⁵ Ambiguo si Clímene por las súplicas de Faetón o por la ira
movida más del crimen dicho contra ella, ambos brazos al cielo
extendió y mirando hacia las luces del Sol:

«Por el resplandor este», dice, «de sus rayos coruscos insigne,
hijo, a ti te juro, que nos oye y que nos ve,

⁷⁷⁰ que de éste tú, al que tú miras, de éste tú, que templas el orbe,
del Sol, has sido engendrado. Si mentiras digo, niéguese él a ser visto
de mí y sea para los ojos nuestros la luz esta la postrera.

Y no larga labor es para ti conocer los patrios penates.

De donde él se levanta la casa es confín a la tierra nuestra:

⁷⁷⁵ si es que te lleva tu ánimo, camina y averígualo de él mismo.»

Brinca al instante, contento después de tales
palabras de la madre suya, Faetón, y concibe éter en su mente,
y por los etíopes suyos y, puestos bajo los fuegos estelares,
por los indos atraviesa, y de su padre acude diligente a los ortos.

Libro segundo

Faetón (II)

El real del Sol era, por sus sublimes columnas, alto,
claro por su rielante oro y, que a las llamas imita, por su piropo,
cuyo marfil nítido las cúspides supremas cubría;
de plata sus bivalvas puertas radiaban de su luz.

⁵ A la materia superaba su obra; pues Múlciber allí
las superficies había cincelado, que ciñen sus intermedias tierras,
y de esas tierras el orbe, y el cielo, que domina el orbe.

Azules tiene la onda sus dioses: a Tritón el canoro,
a Proteo el ambiguo, y de las ballenas apretando,

¹⁰ a Egeón, las inabarcables espaldas con sus brazos,
a Doris y a sus nacidas, de las cuales, parte nadar parece,
parte, en una mole sentada, sus verdes cabellos secar;
de un pez remolcarse algunas; su faz no es de todas una misma,
no distante, aun así, cual decoroso es entre hermanas.

¹⁵ La tierra hombres y ciudades lleva, y espesuras y fieras
y corrientes y ninfas y los restantes númenes del campo.
De ello encima, impuesta fue del fulgente cielo la imagen,
y signos seis en las puertas diestras y otros tantos en las siniestras.

Adonde, en cuanto por su ascendente senda de Clímene la prole

²⁰ llegó y entró de su dudado padre en los techos,
en seguida hacia los patrios rostros lleva sus plantas,

y se apostó lejos, pues no más cercanas soportaba
sus luces: de una purpúrea vestidura velado, sentábase
en el solio Febo, luciente de sus claras esmeraldas.

²⁵ A diestra e izquierda el Día y el Mes y el Año,
y los Siglos, y puestas en espacios iguales las Horas,
y la Primavera nueva estaba, ceñida de floreciente corona,
estaba desnudo el Verano y coronas de espigas llevaba;
estaba también el Otoño, de las pisadas uvas sucio,
³⁰ y glacial el Invierno, arrecidos sus canos cabellos.

Desde ahí, central según su lugar, por la novedad de las cosas
atemorizado

al joven el Sol con sus ojos, con los que divisa todo, ve,
y «¿Cuál de tu ruta es la causa? ¿A qué en este recinto», dice, «acudías,
progenie, Faetón, que tu padre no ha de negar?»

³⁵ Él responde: «Oh luz pública del inmenso mundo,
Febo padre, si me das el uso del nombre este
y Clímene una culpa bajo esa falsa imagen no esconde:
prendas dame, genitor, por las que verdadera rama tuya
se me crea y el error arranca del corazón nuestro.»

⁴⁰ Había dicho, mas su genitor, alrededor de su cabeza toda rielantes
se quitó los rayos, y más cerca avanzar le ordenó
y un abrazo dándole: «Tú de que se niegue que eres mío
digno no eres, y Clímene tus verdaderos» dice «orígenes te ha revelado,
y para que menos lo dudes, cualquier regalo pide, que,

45 pues te lo otorgaré, lo tendrás. De mis promesas testigo sea,
por la que los dioses han de jurar, la laguna^[5] desconocida para los
ojos nuestros.»

No bien había cesado, los carros le ruega él paternos,
y, para un día, el mando y gobierno de los alípedes caballos.

Le pesó el haberlo jurado al padre, el cual, tres y cuatro veces

50 sacudiendo su ilustre cabeza: «Temeraria», dijo,

«la voz mía por la tuya se ha hecho. Ojalá mis promesas pudiera
no conceder. Confieso que sólo esto a ti, mi nacido, te negaría;

pero disuadirte me es dado: no es tu voluntad segura.

Grandes pides, Faetón, regalos, y que ni a las fuerzas

55 esas convienen ni a tan pueriles años.

La suerte tuya mortal: no es mortal lo que deseas.

A más incluso de lo que los altísimos alcanzar pueden,

ignorante, aspiras; aunque pueda a sí mismo cada uno complacerse,

ninguno, aun así, es capaz de asentarse en el eje

60 portador del fuego, yo exceptuado. También el regidor del vasto
Olimpo,

que fieros rayos lanza con su terrible diestra,

no llevará estos carros, y qué que Júpiter mayor tenemos.

Ardua la primera vía es y con la que apenas de mañana, frescos,

pugnan los caballos; en medio está la más alta del cielo,

65 desde donde el mar y las tierras a mí mismo muchas veces ver

me dé temor, y de pávido espanto tiemble mi pecho;

la última, inclinada vía es, y precisa de manejo cierto:

entonces, incluso la que me recibe en sus sometidas olas,
que yo no caiga de cabeza, Tetis misma, suele temer.

⁷⁰ Añade que de una continua rotación se arrebatara el cielo
y sus estrellas altas arrastra y en una rápida órbita las vira.
Pugno yo en contra, y no el ímpetu que a lo demás a mí me
vence, y contrario circulo a ese rápido orbe.

Figúrate que se te han dado los carros. ¿Qué harás? ¿Podrías

⁷⁵ en contra ir de los rotantes polos para que no te arrebatara el veloz
eje?

Acaso, también, las florestas allí y las ciudades de los dioses
concibas en tu ánimo que están, y sus santuarios ricos
en dones. A través de insidias el camino es, y de formas de fieras,
y aunque tu ruta mantengas y ningún error te arrastre,

⁸⁰ a través, aun así, de los cuernos pasarás del adverso Toro,
y de los hemonios arcos, y la boca del violento León,
y del que sus salvajes brazos curva en un circuito largo,
el Escorpión, y del que de otro modo curva sus brazos, el Cangrejo.

Tampoco mis cuadrípedes, ardidados por los fuegos esos

⁸⁵ que en su pecho tienen, que por su boca y narinas exhalan,
a tu alcance gobernar está: apenas a mí me sufren cuando sus agrios
ánimos se enardecen, y su cerviz rechaza las riendas.

Mas tú, de que no sea yo para ti el autor de este funesto regalo,
mi nacido, cuida y, mientras la cosa lo permite, tus votos corrige.

⁹⁰ Claro es que para que de nuestra sangre tú engendrado te creas

unas prendas ciertas pides: te doy unas prendas ciertas temiendo,
y con el paterno miedo que tu padre soy pruebo. Mira los rostros
aquí míos, y ojalá tus ojos en mi pecho pudieras
inserir y dentro desprender los paternos cuidados.

⁹⁵ Y, por último, cuanto tiene el rico cosmos mira en derredor,
y de tantos y tan grandes bienes del cielo y la tierra
y el mar demanda algo: ninguna negativa sufrirás.

Te disuado de esto solo, que por verdadero nombre un castigo,
no un honor es: un castigo, Faetón, en vez de un regalo demandas.

¹⁰⁰ ¿Por qué mi cuello sostienes, ignorante, con tus blandos brazos?
No lo dudes, se te concederá —las estigias ondas hemos jurado—
aquello que pidas. Pero tú con más sabiduría pide.

Había acabado sus advertencias. Sus palabras, aun así, él rechaza
y su propósito apremia y flagra en el deseo del carro.

¹⁰⁵ Así pues, lo que podía, su genitor, irresoluto, a los altos
conduce al joven, de Vulcano regalos, carros.

Áureo el eje era, el timón áureo, áurea la curvatura
de la extrema rueda, de los radios argénteo el orden.

Por los yugos unos crisólitos y, puestas en orden, unas gemas,

¹¹⁰ claras devolvían sus luces, reverberante, a Febo.

Y mientras de ello, henchido, Faetón se admira y su obra
escruta, he aquí que vigilante abrió desde el nítido orto
la Aurora sus purpúreas puertas, y plenos de rosas
sus atrios. Se dispersan las estrellas, cuyas columnas conduce

115 el Lucero, y de su posta del cielo el postrero sale:
al cual cuando buscar las tierras, y que el cosmos enrojecía, vio,
y los cuernos como desvanecerse de la extrema luna,
uncir los caballos el Titán impera a las veloces Horas.
Sus órdenes las diosas rápidas cumplen y, fuego vomitando
120 y de jugo de ambrosia saciados, de sus pesebres altos
a los cuadrípedes sacan, y les añaden sus sonantes frenos.
Entonces el padre la cara de su nacido con una sagrada droga
tocó y la hizo paciente de la arrebatadora llama
e impuso a su pelo los rayos, y, présagos del luto,
125 de su pecho angustiado reiterando suspiros, dijo:
«Si puedes a estas advertencias al menos obedecer de tu padre,
sé parco, chico, con las agujadas, y más fuerte usa las bridas.
Por sí mismos se apresuran: la labor es inhibirles tal deseo.
Y no a ti te plazca la ruta, derechos, a través de los cinco arcos.
130 Cortada en oblicuo hay, de ancha curvatura, una senda,
y, con la frontera de tres zonas contentándose, del polo
rehúye austral y, vecina a los aquilones, de la Osa.
Por aquí sea tu camino: manifiestas de mi rueda las huellas divisarás;
y para que soporten los justos el cielo y la tierra calores,
135 ni hundas ni yergas por los extremos del éter el carro.
Más alto pasando los celestes techos quemarás,
más bajo, las tierras: por el medio segurísimo irás.
Tampoco a ti la más diestra te decline hacia la torcida Serpiente,

ni tu más siniestra rueda te lleve, hundido, al Ara.

¹⁴⁰ Entre ambos manténte. A la Fortuna lo demás encomiendo,
la cual te ayude, y que mejor que tú por ti vele, deseo.

Mientras hablo, puestas en el vespertino litoral, sus metas
la húmeda noche ha tocado; no es la demora libre para nos.
Se nos reclama, y fulge, las tinieblas ahuyentadas, la Aurora.

¹⁴⁵ Coge en la mano las riendas, o, si un mudable pecho
es el tuyo, los consejos, no los carros usa nuestros.
Mientras puedes y en unas sólidas sedes todavía estás,
y mientras, mal deseados, todavía no pisas, ignorándolos, mis ejes,
las que tú seguro contemples, déjame dar, las luces a las tierras.»

¹⁵⁰ Ocupa él con su juvenil cuerpo el leve carro
y se aposta encima, y de que a sus manos las leves riendas hayan tocado
se goza, y las gracias da de ello a su contrariado padre.

Entre tanto, voladores, Pirois, y Eoo y Eton,
del Sol los caballos, y el cuarto, Flegonte, con sus relinchos llameantes

¹⁵⁵ las auras llenan y con sus pies las barreras baten.
Las cuales, después de que Tetis, de los hados ignorante de su nieto,
retiró, y hecha les fue provisión del inmenso cielo,
cogen la ruta y sus pies por el aire moviendo

a ellos opuestas hienden las nubes, y con sus plumas levitando

¹⁶⁰ atrás dejan, nacidos de esas mismas partes, a los Euros.

Pero leve el peso era y no el que conocer pudieran
del Sol los caballos, y de su acostumbrado peso el yugo carecía,

y como se escoran, curvas, sin su justo peso las naves,
y por el mar, inestables por su excesiva ligereza, vanse,
165 así, de su carga acostumbrada vacío, da en el aire saltos
y es sacudido hondamente, y semejante es el carro a uno inane.

Lo cual en cuanto sintieron, se lanzan, y el trillado espacio
abandonan los cuadríyugos, y no en el que antes orden corren.

Él se asusta, y no por dónde dobla las riendas a él encomendadas,

170 ni sabe por dónde sea el camino, ni si lo supiera se lo imperaría a
ellos.

Entonces por primera vez con rayos se calentaron los helados Triones
y, vedada, en vano intentaron en la superficie bañarse,
y la que puesta está al polo glacial próxima, la Serpiente,
del frío yerta antes y no espantable para nadie,

175 se calentó y tomó nuevas con esos hervores unas iras.

Tú también que turbado huiste cuentan, Boyero,
aunque tardo eras y tus carretas a ti te retenían.

Pero cuando desde el supremo éter contempló las tierras
el infeliz Faetón, que a lo hondo, y a lo hondo, yacían,

180 palideció y sus rodillas se estremecieron del súbito temor,

y le fueron a sus ojos tinieblas en medio de tanta luz brotadas,
y ya quisiera los caballos nunca haber tocado paternos,

ya de haber conocido su linaje le pesa, y de haber prevalecido en su
ruego.

Ya, de Mérope decirse deseando, igual es arrastrado que un pino

185 llevado por el vertiginoso bóreas, al que vencidos sus frenos

ha soltado su propio regidor, y al que a los dioses y a los rezos ha abandonado.

¿Qué haría? Mucho cielo a sus espaldas ha dejado;

ante sus ojos más hay. Con el ánimo mide los dos;

y, ya, los que su hado alcanzar no es,

¹⁹⁰ delante mira los ocasos; a las veces detrás mira los ortos,

y, de qué hacer ignorante, suspendido está, y ni los frenos suelta

ni de retenerlos es capaz, ni los nombres conoce de los caballos.

Esparcidas también en el variado cielo por todos lados maravillas,

y ve, tembloroso, los simulacros de las vastas fieras.

¹⁹⁵ Hay un lugar, donde en gemelos arcos sus brazos concava

el Escorpión, y con su cola, y dobladas a ambos lados sus pinzas,

alarga en espacio los miembros de sus dos signos:

a éste el muchacho, cuando, húmedo del sudor de su negro veneno,

y heridas amenazando con su curvada cúspide, ve,

²⁰⁰ de la razón privado por el helado espanto las bridas soltó.

Las cuales, después de que tocaron postradas lo alto de sus espaldas,

se desorbitan los caballos y, nadie reteniéndolos, por las auras

de una ignota región van, y por donde su ímpetu les lleva,

por allá sin ley se lanzan, y bajo el alto éter se precipitan

²⁰⁵ contra las fijas estrellas y arrebatan por lo inaccesible el carro,

y ya lo más alto buscan, ya en pendiente y por rutas

vertiginosas a un espacio a la tierra más cercano vanse,

y de que más bajo que los suyos corran los fraternos caballos

la Luna se admira, y abrasadas las nubes humean.

210 Se prende en llamas, según lo que está más alto, la tierra,
y hendida produce grietas, y de sus jugos privada se deseca.
Los pastos canecen, con sus frondas se quema el árbol,
y materia presta para su propia perdición el sembrado árido.
De poco me quejo: grandes perecen, con sus murallas, ciudades,
215 y con sus pueblos los incendios a enteras naciones
en ceniza tornan; las espesuras con sus montes arden,
arde el Atos y el Tauro cílice y el Tmolo y el Oete
y, entonces seco, antes abundantísimo de fontanas, el Ide,
y el virgíneo Helicón y todavía no de Eagro el Hemo.
220 Arde a lo inmenso con geminados fuegos el Etna
y el Parnaso bicéfalo y el Érix y el Cinto y el Otris
y, que por fin de nieves carecería, el Ródope, y el Mimas
y el Díndima y el Mícale y nacido para lo sagrado el Citerón,
y no le aprovechan a Escitia sus fríos: el Cáucaso arde
225 y el Osa con el Pindo y mayor que ambos el Olimpo,
y los aéreos Alpes y el nubífero Apenino.
Entonces en verdad Faetón por todas partes el orbe
mira incendiado, y no soporta tan grandes calores,
e hirvientes auras, como de una fragua profunda,
230 con la boca atrae, y los carros suyos encandecerse siente;
y no ya las cenizas, y de ellas arrojada la brasa,
soportar puede, y envuelto está por todos lados de caliente humo,
y a dónde vaya o dónde esté, por una calina como de pez cubierto,

no sabe, y al arbitrio de los voladores caballos es arrebatado.

²³⁵ De su sangre, entonces, creen, al exterior de sus cuerpos llamada,
que los pueblos de los etíopes trajeron su negro color.

Entonces se hizo Libia, arrebatados sus humores con ese bullir,
árida, entonces las ninfas, con sueltos cabellos, a sus fontanas
y lagos lloraron: busca Beocia a su Dirce,

²⁴⁰ Argos a Amímone, Éfire a las pirénidas ondas.

Y tampoco las corrientes, las agraciadas con riberas distantes de lugar,
seguras permanecen: en mitad el Tanais humeaba de sus ondas,
y también Peneo el viejo y el teutranteo Caíco
y el veloz Ismeno con el fegíaco Erimanto

²⁴⁵ y el que habría de arder de nuevo, el Janto, y el flavo Licormas
y el que juega, el Meandro, entre sus recurvadas ondas,
y el migdonio Melas y el tenario Eurotas.

Ardió también el Eufrates babilonio, ardió el Orontes
y el Termodonte raudo y el Ganges y el Fasis y el Histro.

²⁵⁰ Bulle el Alfeo, las riberas del Esperquío arden,
y el que en su caudal el Tajo lleva, fluye, por los fuegos, el oro,
y las que frecuentaban con su canción las meonias riberas,
sus fluviales aves, se caldean en mitad del Caístro.

El Nilo al extremo huye, aterrorizado, del orbe,

²⁵⁵ y se tapó la cabeza, que todavía está escondida; sus siete
embocaduras,

polvorientas, están vacías, siete, sin su corriente, valles.

El azar mismo los ismarios Hebro y Estrimón seca,
y los Vespertinos caudales del Rin, el Ródano y el Po,
y al que fue de todas las cosas prometido el poder, al Tíber.

²⁶⁰ Saltó en pedazos todo el suelo y penetra en los Tártaros por las grietas

la luz, y aterra, con su esposa, al infernal rey;^[6]

y el mar se contrae, y es un llano de seca arena

lo que poco antes ponto era, y los que alta cubría la superficie,
sobresalen esos montes y las esparcidas Cícladas ellos acrecen.

²⁶⁵ Lo profundo buscan los peces y no sobre las superficies, curvos,
a elevarse se atreven los delfines hacia sus acostumbradas auras;
los cuerpos de las focas, de espaldas sobre lo extremo del profundo,
exánimes, nadan; el mismo incluso Nereo, fama es,
y Doris y sus nacidas, que se ocultaron bajo tibias cavernas.

²⁷⁰ Tres veces Neptuno, de las aguas, sus brazos con torvo semblante
a extraer se atrevió, tres veces no soportó del aire los fuegos.

La nutricia Tierra, aun así, como estaba circundada de ponto,
entre las aguas del piélagos y, contraídas por todos lados, sus fontanas,
que se habían escondido en las vísceras de su opaca madre,

²⁷⁵ sostuvo hasta el cuello, árida, su devastado rostro

y opuso su mano a su frente, y con un gran temblor

todo sacudiendo, un poco se asentó y más abajo

de lo que suele estar quedó, y así con seca voz habló:

«Si te place esto y lo he merecido, ¿a qué, oh, tus rayos cesan,

280 supremo de los dioses? Pueda la que ha de perecer por las fuerzas del fuego,

por el fuego perecer tuyo, y su calamidad por su autor aliviar.

Apenas yo, ciertamente, mis fauces para estas mismas palabras libero»

—le oprimía la boca el vapor— «quemados, ay, mira mis cabellos, y en mis ojos tanta, tanta sobre mi cara brasa.

285 ¿Estos frutos a mí, este premio de mi fertilidad

y de mi servicio me devuelves, porque las heridas del combado arado

y de los rastrillos soporto, y todo se me hostiga el año,

porque al ganado frondas, y alimentos tiernos, los granos,

al humano género, a vosotros también inciensos, suministro?

290 Pero aun así, este final pon que yo he merecido ¿Qué las ondas,

qué ha merecido tu hermano? ¿Por qué, a él entregadas en suerte,

las superficies decrecen y del éter más lejos se marchan?

Y si ni la de tu hermano, ni a ti mi gracia te conmueve,

mas del cielo compadécete tuyo. Mira a ambos lados:

295 humea uno y otro polo, los cuales si viciara el fuego,

los atrios vuestros se desplomarán. Atlante, ay, mismo padece,

y apenas en sus hombros candente sostiene el eje.

Si los estrechos, si las tierras perecen, si el real del cielo:

en el caos antiguo nos confundimos. Arrebata a las llamas

300 cuanto todavía quede y vela por la suma de las cosas.»

Había dicho esto la Tierra, puesto que ni tolerar el vapor

más allá pudo ni decir más, y la boca

suya se devolvió a sí misma, y a sus cavernas a los manes más cercanas.

Mas el padre omnipotente, los altísimos poniendo por testigos y a aquél mismo

³⁰⁵ que había dado sus carros, de que, si ayuda él no prestara, todas las cosas de un hado

desaparecerían grave, acude, arduo, al supremo recinto

desde donde suele las nubes congregar sobre las anchas tierras,

desde donde mueve los truenos, y sus blandidos rayos lanza.

Pero ni las que pudiera sobre las tierras congregar, nubes

³¹⁰ entonces tuvo, ni las que del cielo mandara, lluvias:

trueno, y balanceando un rayo desde su diestra oreja

lo mandó al auriga y, al par, de su aliento y de sus ruedas

lo expelió, y apacentó con salvajes fuegos los fuegos.

Constérganse los caballos, y un salto dando en contrario

³¹⁵ sus cuellos del yugo arrebatan, y sus rotas correas abandonan:

por allí los frenos yacen, por allí, del timón arrancado,

el eje, en esta parte los radios de las quebradas ruedas,

y esparcidos quedan anchamente los vestigios del lacerado carro.

Mas Faetón, con llama devastándole sus rútilos cabellos,

³²⁰ rodando cae en picado, y en un largo trecho por los aires

va, como a las veces desde el cielo una estrella, sereno,

aunque no ha caído, puede que ha caído parecer.

Al cual, lejos de su patria, en el opuesto orbe, el máximo

Erídano lo recibió, y le lavó, humeante, la cara.

³²⁵ Las náyades Vespertinas, por la trífida llama humeante,

su cuerpo dan a un túmulo, e inscriben también con esta canción la roca:

AQUÍ · SITO · QUEDA · FAETÓN · DEL · CARRO · AURIGA · PATERNO

QUE · SI · NO · LO · DOMINÓ · AUN · ASÍ · SUCUMBIÓ · A · UNAS · GRANDES · OSADÍAS

Pues su padre, cubiertos por su luto afligido, digno de compasión,

³³⁰ había escondido sus semblantes, y si es que lo creemos, que un único

día pasó sin sol refieren; los incendios luz

prestaban, y algún uso hubo en el mal aquel.

Clímene

Mas Clímene, después de que dijo cuanto hubo

en tan grandes males de ser dicho, lúgubre y amente,

³³⁵ y rasgándose los senos, todo registró el orbe,

y sus exánimes miembros primero, luego sus huesos buscando,

los halló, aunque huesos, en una peregrina ribera escondidos.

Y se postró en ese lugar, y su nombre, en el mármol leído,

regó de lágrimas, y con su abierto pecho lo calentó.

Las Helíades

³⁴⁰ Y no menos las Helíades le plañen y, inanes ofrendas

a la muerte, le dan lágrimas, e hiriéndose los pechos con sus palmas,

a quien no oiría sus tristes quejas, a Faetón,

noche y día llaman y se prosternan al sepulcro.

La luna cuatro veces había llenado, juntos sus cuernos, su orbe:

³⁴⁵ ellas, con la costumbre suya —pues costumbre lo hiciera el uso—,

sus golpes de duelo se habían dado; de las cuales Faetusa, de las hermanas

la mayor, cuando quisiera en tierra postrarse, se quejó

de que rigentes estaban sus pies, a la cual intentando llegarse

la cándida Lampetie, por una súbita raíz retenida fue;

³⁵⁰ la tercera, cuando con las manos su pelo a desgarrar se disponía,

arranca frondas; ésta, de que un tronco sus piernas retiene,

aquella se duele de que se han hecho sus brazos largas ramas;

y mientras de ello se admiran, se abraza a sus ingles una corteza

y por sus plantas, útero y pecho y hombros y manos,

³⁵⁵ las rodea, y restaban sólo sus bocas llamando a su madre.

¿Qué iba a hacer su madre, sino, adonde la trae su ímpetu a ella,

para acá ir y para allá, y, mientras puede, su boca unirles?

No bastante es: de los troncos arrancar sus cuerpos intenta,

y tiernas con sus manos sus ramas rompe; mas de ahí

³⁶⁰ sanguíneas manan, como de una herida, gotas.

«Cesa, te lo suplico, madre», aquella que es herida grita,

«cesa, te lo suplico: se lacera en el árbol nuestro cuerpo.

Y ya adiós....» La corteza a sus palabras postreras llega.

Después fluyen lágrimas, y, destilados, con el sol se endurecen,

³⁶⁵ de sus ramas nuevas, electros, los cuales el lúcido caudal

recibe, y a las nueras los manda, para que los lleven, latinas.

Cigno

Asistió a este prodigio, prole de Esténelo, Cigno,

el cual a ti, aunque por la sangre materna unido,

en la mente aun así, Faetón, más cercano estaba. Él, tras abandonar
370 —pues de los lígures los pueblos y sus grandes ciudades regía—
su gobierno, las riberas verdes y el caudal Erídano
de sus quejas había llenado, y la espesura, por sus hermanas acrecida;
cuando su voz se adelgazó para la de un hombre, y canas plumas
sus cabellos disimulan, y el cuello del pecho lejos
375 se extiende, y sus dedos rojecientes liga una unión,
un ala su costado vela, tiene su cara, sin punta, un pico.
Se vuelve nueva Cigno una ave, y no él al cielo y a Júpiter
se confía, como acordado del fuego injustamente enviado desde él;
a los pantanos acude y a los anchurosos lagos, y el fuego odiando,
380 las que honrara eligió, contrarias a las llamas, las corrientes.
Demacrado entre tanto el genitor de Faetón, y privado
él de su propio decor, con tal orbe cual cuando falta
estar suele, la luz odia y a sí mismo él, y al día,
y da su ánimo a los lutos, y a los lutos añade ira,
385 y su servicio niega al cosmos. «Bastante», dice, «desde los
principios
del tiempo la suerte mía ha sido irrequieta, y me pesa
de estos, cumplidos sin fin por mí, sin honor, trabajos.
Cualquier otro lleve, portadores de las luces, los carros.
Si nadie hay y todos los dioses que no pueden confiesan,
390 que él mismo los lleve, para que al menos mientras prueba nuestras
riendas,
los que han de orfanar a los padres, alguna vez los rayos suelte.

Entonces sabrá, las fuerzas experimentando de los caballos de pies de fuego,

que no merecía la muerte quien no bien los gobernara a ellos.»

Al que tal decía circundan, al Sol, todos

³⁹⁵ los númenes, y que no quiera las tinieblas congregar sobre las cosas con suplicante voz ruegan; sus enviados fuegos también Júpiter excusa, y a sus súplicas amenazas, regiamente, añade.

Reúne amentes y todavía de terror espantados

Febo los caballos, y con la agujada, doliente, y el látigo se encona

⁴⁰⁰ —pues enconado está— y de su nacido les acusa e imputa a ellos.

Júpiter y Calisto

Mas el padre omnipotente las ingentes murallas del cielo

rodea y que no haya algo vacilante, por las fuerzas del fuego

derruido, explora. Las cuales, después de que firmes y con su reciedumbre

propia que están ve, las tierras y los trabajos de los hombres

⁴⁰⁵ indaga. El de la Arcadia suya, aun así, es su más precioso

cuidado, y sus fontanas y, las que todavía no osaban bajar,

sus corrientes restituye, da a la tierra gramas, frondas

a los árboles, y ordena retoñar, lastimadas, a las espesuras.

Mientras vuelve y va incesante, en una virgen nonacrina

⁴¹⁰ quedó prendido, y encajados caldearon bajo sus huesos unos fuegos.

No era de ella obra la lana mullir tirando,

ni de disposición variar los cabellos: cuando un broche su vestido,

una cinta sujetara blanca sus descuidados cabellos,

y ora en la mano una leve jabalina, ora tomara el arco,
415 un soldado era de Febe, y no al Ménalo alcanzó alguna
más grata que ella a Trivia. Pero ninguna potencia larga es.
Más allá de medio su espacio el sol alto ocupaba,
cuando alcanza ella un bosque que ninguna edad había cortado.
Despojó aquí su hombro de su aljaba y los flexibles arcos
420 destensó, y en el suelo, que cubriera la hierba, yacía,
y su pinta aljaba, con su cuello puesto, hundía.

Júpiter cuando la vio, cansada y de custodia libre:

«Este hurto, ciertamente, la esposa mía no sabrá», dice,
«o si lo vuelve a saber, son, oh, son unas disputas por tanto....»

425 Al punto se viste de la faz y el culto de Diana
y dice: «Oh, de las acompañantes mías, virgen, parte única,
¿en qué sierras has cazado?» Del césped la virgen

se eleva y: «Salud, numen a mi juicio», dijo,
«aunque lo oiga él mismo, mayor que Júpiter.» Ríe y oye,

430 y de que a él, a sí mismo, se prefiera se goza y besos le une
ni moderados bastante, ni que así una virgen deba dar.

En qué espesura cazado hubiera a la que a narrar se disponía,
la impide él con su abrazo, y no sin crimen se delata.

Ella, ciertamente, en contra, cuanto, sólo una mujer, pudiera

435 —ojalá lo contemplaras, Saturnia, más compasiva serías—,
ella, ciertamente, lucha, pero ¿a quién vencer una muchacha,
o quién a Júpiter podría? Al éter de los altísimos acude vencedor

Júpiter: para ella causa de odio el bosque es y la cómplice espesura,
de donde, su pie al retirar, casi se olvidó de coger

⁴⁴⁰ su aljaba con las flechas y, que había suspendido, su arco.

He aquí que de su coro acompañada Dictina por el alto

Ménalo entrando, y de su matanza orgullosa de fieras,

la vio a ella y vista la llama: llamada ella rehúye

y temió a lo primero que Júpiter estuviera en ella,

⁴⁴⁵ pero después de que al par a las ninfas avanzar vio,

sintió que no había engaños y al número accedió de ellas.

Ay, qué difícil es el crimen no delatar con el rostro.

Apenas los ojos levanta de la tierra, y no, como antes solía,

junta de la diosa al costado está, ni de todo es el grupo la primera,

⁴⁵⁰ sino que calla y da signos con su rubor de su lastimado pudor

y, salvo porque virgen es, podría sentir Diana

en mil señales su culpa —las ninfas que lo notaron refieren—.

En su orbe noveno resurgían de la luna cuernos,

cuando la diosa, de la cacería bajo las fraternas llamas lánguida,

⁴⁵⁵ alcanzado había un bosque helado desde el que con su murmullo
bajando

iba, y sus trilladas arenas viraba un río;

cuando esos lugares alabó, lo alto con el pie tocó de sus ondas.

Ellas también alabadas, «Lejos queda», dijo, «árbitro todo;

desnudos, sumergidos en las linfas bañemos nuestros cuerpos.»

⁴⁶⁰ La Parráside rojeció; todas sus velos dejan;

una demoras busca; a la que dudaba su vestido quitado le es,
el cual dejado, se hizo patente, con su desnudo cuerpo, su delito.

A ella, atónita, y con sus manos el útero esconder queriendo:

«Vete lejos de aquí», le dijo Cintia, «y estas sagradas fontanas
⁴⁶⁵ no mancilles», y de su unión le ordenó separarse.

Había sentido esto hacía tiempo la matrona del gran Tonante,
y había diferido, graves, hasta idóneos tiempos los castigos.

Causa de demora ninguna hay, y ya el niño Árcade —esto mismo
dolió a Juno— había de su rival nacido.

⁴⁷⁰ Al cual nada más volvió su salvaje mente junto con su luz:

«Claro es que esto también restaba, adúltera», dijo,

«que fecunda fueras y se hiciera tu injuria por tu parto

conocida y del Júpiter mío testimoniado el desdoro fuera.

No impunemente lo harás, puesto que te arrancaré a ti la figura

⁴⁷⁵ en la que a ti misma, y en la que complaces, importuna, a nuestro
marido»,

dijo, y de su frente, a ella opuesta, prendiéndole los cabellos,

la postra en el suelo de bruces; tendía sus brazos suplicantes:

sus brazos empezaron a erizarse de negros vellos

y a curvarse sus manos y a crecer en combadas uñas

⁴⁸⁰ y el servicio de los pies a cumplir, y alabada un día

su cara por Júpiter, a hacerse deforme en una ancha comisura,

y para que sus súplicas los ánimos, y sus palabras suplicantes, no
dobleguen,

el poder hablar le es arrebatado: una voz iracunda y amenazante

y llena de terror de su ronca garganta sale.

⁴⁸⁵ Su mente antigua le queda —también permaneció en la osa hecha—,
y con su asiduo gemido atestiguando sus dolores,
cuales ellas son, sus manos al cielo y a las estrellas alza,
e ingrato a Júpiter, aunque no pueda decirlo, siente.

Ay, cuántas veces, no osando descansar en la sola espesura,

⁴⁹⁰ delante de su casa y, otro tiempo suyos, vagó por los campos.

Ay, cuántas veces por las rocas los ladridos de los perros la llevaron,
y la cazadora, por el miedo de los cazadores aterrada, huyó.

Muchas veces fieras se escondió al ver, olvidada de qué era,
y, la osa, de ver en los montes osos se horrorizó,

⁴⁹⁵ y temió a los lobos, aunque su padre estuviese entre ellos.

He aquí que su prole, desconocedor de su Licaonia madre,

Árcade, llega, por tercera vez sus quintos casi cumpleaños pasados,

y mientras fieras persigue, mientras los sotos elige aptos

y de nodosas mallas las espesuras del Erimanto rodea,

⁵⁰⁰ cae sobre su madre, la cual se detuvo Árcade al ver

y como aquella que lo conociera se quedó. Él rehúye,

y de quien inmóviles sus ojos en él sin fin tenía

sin saber tuvo miedo y a quien más cerca avanzar ansiaba

hubiera atravesado el pecho con una heridora flecha.

⁵⁰⁵ Lo evitó el omnipotente, y al par a ellos y su abominación

contuvo, y, al par, arrebatados por el vacío merced al viento,

los impuso en el cielo, y vecinas estrellas los hizo.

Se inflamó Juno después que entre las estrellas su rival
fulgió, y hasta la cana Tetis descendió a las superficies,

⁵¹⁰ y al Océano viejo, cuya reverencia conmueve

a menudo a los dioses, y a aquéllos que la causa de su ruta
preguntaban, empieza:

«¿Preguntáis por qué, reina de los dioses, de las etéreas
sedes aquí vengo? En vez de mí tiene otra el cielo.

Miento si cuando oscuro la noche haya hecho el orbe,

⁵¹⁵ recién honoradas —mis heridas— con el supremo cielo,

no vierais unas estrellas allí, donde el círculo último,

por su espacio el más breve, el eje postrero rodea.

¿Hay en verdad razón por que alguien a Juno herir no quiera,

y ofendida le trema, la que sola beneficio daño haciendo?

⁵²⁰ ¡Oh, yo, qué cosa grande he hecho! ¡Cuán vasta la potencia nuestra
es!

Ser humana le veté: hecho se ha diosa. Así yo los castigos

a los culpables impongo, así es mi gran potestad.

Que le reclame su antigua hermosura y los rasgos ferinos

le detraiga, lo cual antes en la argólica Forónide hizo.

⁵²⁵ ¿Por qué no también, echada Juno, se la lleva

y la coloca en mi tálamo y por suegro a Licaón toma?

Mas vosotros, si os mueve el desprecio de vuestra herida ahijada,

del abismo azul prohibid a los Siete Triones,

y esas estrellas, en el cielo en pago de un estupro recibidas,

⁵³⁰ rechazad, para que no se bañe en la superficie pura una rival.»

Los dioses del mar habían asentido: en su manejable carro la Saturnia
ingresa en el fluente éter con sus pavones pintados.

El cuervo

Tan recién pintados sus pavones del asesinado Argos,
como tú recientemente fuiste, cuando cándido antes fueras,
535 cuervo locuaz, en alas vuelto súbitamente ennegrecidas.

Pues fue ésta un día, por sus níveas alas plateada
un ave, como para igualar, todas sin fallo, a las palomas,
y a los que salvarían los Capitolios con su vigilante voz
no ceder, a los ánsares, ni amante de las corrientes al cisne.

540 Su lengua fue su perdición, la lengua haciendo esa, locuaz,
que el color que blanco era, ahora es contrario al blanco.

Apolo y Coronis

Más bella en ella toda que la larísea Coronis
no la hubo, en la Hemonia: te agradó a ti, Delfico, ciertamente,
mientras o casta fue, o inobservada, pero el ave

545 de Febo sintió el adulterio, y para descubrir
la culpa escondida, no exorable delator,

hacia su señor tomaba el camino;

La corneja; Nictímene

al cual, gárrula, moviendo
sus alas, le sigue, para averiguarlo todo, la corneja,
y oída de su ruta la causa: «No útil coges»,

550 dice, «un camino: no desprecia los presagios de mi lengua.

Qué fuera yo y qué sea, mira, y el mérito pregunta.

Encontrarás que daño me hizo mi lealtad. Pues en cierto tiempo

Palas a Erictonio, prole sin madre creada,

había encerrado, tejida de acteo mimbre, en una cesta,

Las hijas de Cécrope

⁵⁵⁵ y a vírgenes tres, del geminado Cécrope nacidas,

con la ley lo había entregado, de que sus secretos no vieran.

Escondida en su fronda leve oteaba yo desde un denso olmo

qué hacían: sus cometidos dos sin fraude guardan,

Pándrosos y Herse; miedosas llama sola a sus hermanas

⁵⁶⁰ Áglauros y los nudos con su mano separa, y dentro

al pequeño ven y, al lado tendido, un dragón.

Los hechos a la diosa refiero, a cambio de lo cual a mí gracia tal

se me devuelve, que se me dice de la guardia expulsada de Minerva,

y se me pone por detrás del ave de la noche. Mi castigo a las aves

⁵⁶⁵ advertir puede de que con su voz peligros no busquen.

Mas, pienso, no voluntariamente ni que algo tal pedía

a mí acudió. Lo puedes a la misma Palas preguntar:

aunque furiosa está, no esto furiosa negará.

Pues a mí en la focaica tierra el claro Coroneo

⁵⁷⁰ —cosas conocidas digo— me engendró, y había sido yo una regia virgen

y por ricos pretendientes —no me desprecia— era pretendida.

Mi hermosura me dañó: pues, cuando por los litorales con lentos

pasos, como suelo, paseaba por encima de la arena,

me vio y se encendió del piélago el dios, y como suplicando
575 con blandas palabras tiempos inanes consumió,
la fuerza dispone y me persigue; huyo y denso dejo
el litoral, y en la mullida arena me fatigo en vano.
Después a dioses y hombres llamo, y no alcanza la voz
mía a mortal alguno: se conmovió por una virgen la virgen
580 y auxilio me ofreció. Tendía los brazos al cielo:
mis brazos empezaron de leves plumas a negrecer;
por rechazar de mis hombros esa veste pugnaba, mas ella
pluma era y en mi piel raíces había hecho hondas;
golpes de duelo dar en mis desnudos pechos intentaba con mis palmas,
585 pero ni ya palmas ni pechos desnudos llevaba;
corría, y no como antes mis pies retenía la arena,
sino que de lo alto de la tierra me elevaba; luego, llevada por las auras
avanzo y dada soy, inculpada, de acompañante, a Minerva.
¿De qué, aun así, esto me sirve, si, hecha ave por un siniestro
590 crimen, Nictímene nos sucedió en el honor nuestro?
¿O acaso la que cosa es por toda Lesbos conocidísima,
no oída por ti ha sido, de que profanó el dormitorio patrio
Nictímene? Ave ella, ciertamente, pero sabedora de su culpa,
de la vista y la luz huye, y en las tinieblas su pudor
595 esconde y, a una, expulsada es del éter todo.»

Apolo y Coronis (II)

A quien tal decía: «Para tu mal», dice el cuervo,

«las disuasiones estas sean, suplico yo: nos el vano agüero
despreciamos»,

y no suelta emprendido el camino y a su dueño, que yaciendo
ella con un joven hemonio había visto, a Coronis, narra.

600 La láurea se resbaló, oído el crimen, al amante,
y al par su expresión, del dios, y su plectro y su color,
se desprendió, y según su ánimo hervía de henchida ira,
sus armas acostumbradas coge y, doblado por sus cuernos, el arco
tiende, y aquellos, tantas veces con su pecho unidos,

605 con una inevitada flecha atravesó, sus pechos.

Golpeada dio un gemido, y al ser sacado de su cuerpo el hierro
sus cándidos miembros regó de crúor carmesí,
y dijo: «Pude mis castigos a ti, Febo, haber cumplido,
pero haber parido antes. Dos ahora moriremos en una.»

610 Hasta aquí, y al par su vida con su sangre vertió.

A su cuerpo, inane de aliento, un frío letal siguió.

Le pesa, ay, tarde de su castigo cruel al amante,
y a sí mismo, porque oyera, porque así ardiera se odia;
odia al ave por la cual el crimen y la causa de su dolor

615 a saber obligado fue, y no menos su arco y su mano odia,

y, con su mano, temerarios dardos, las saetas,
y a la abatida conforta, y con tardía ayuda por vencer esos hados
pugna, y médicas ejerce inanemente sus artes.

Lo cual, después de que en vano intentarse, y la hoguera aprestarse

620 sintió, y que arderían en los supremos fuegos sus miembros,
entonces en verdad gemidos —puesto que no las celestes caras
bañarse pueden en lágrimas—, de su alto corazón acudidos,
emitió, no de otro modo que cuando, viéndolo la novilla,
de su lactante becerrito, balanceado desde la diestra oreja,
625 las sienes cóncavas destrozó el mazo con un claro golpe.
Aun así, cuando ingratos sobre sus pechos derramó los olores
y le dio abrazos, y con lo injustamente justo cumplió,
no soportó Febo que a las cenizas mismas cayeran
sus simientes, sino a su nacido de las llamas y del útero de su madre
630 arrebató, y del geminado Quirón lo llevó a la caverna,
y al que esperaba para sí los premios de su no falsa lengua,
entre las aves blancas vetó asentarse, al cuervo.

Ocírroe

El mediofiera, entre tanto, de su ahijado de divina estirpe
alegre estaba y, mezclado a su carga, se gozaba del honor.

635 He aquí que llega, protegiendo sus hombros con sus rútilos cabellos,
la hija del Centauro, a la que un día la ninfa Cariclo,
en las riberas de una corriente arrebatadora por haberla parido, llamó
Ocírroe; no ella con haber aprendido las artes paternas
se contentó: de los hados los arcanos cantaba.

640 Así pues, cuando los vaticinos furores concibió en su mente,
y se enardeció del dios que encerrado en su pecho tenía,
miró al pequeño y: «Para todo el orbe saludador,

crece, niño», dijo, «a ti los mortales cuerpos muchas veces
se deberán; los alientos arrancados para ti devolver

⁶⁴⁵ lícito será, y habiendo esto osado tú una sola vez, por la indignación
de los dioses,

poder concederlo de nuevo tu llama atávica te prohibirá,
y, de dios, cuerpo exangüe te volverás, y dios
quien poco antes cuerpo eras, y dos veces tus hados renovarás.

Tú también, querido padre, ahora inmortal, y para que

⁶⁵⁰ por las edades todas permanezcas, según la ley de tu nacimiento
creado,

poder morir desearás entonces, cuando seas torturado por la sangre
de una siniestra serpiente, a través de tus heridos miembros recibida,
y a ti, de eterno, sufridor de la muerte las divinidades
te harán, y las tríplices diosas tus hilos desatarán.»

⁶⁵⁵ Restaba a los hados algo: suspira desde sus hondos
pechos y lágrimas por sus mejillas resbalan brotadas,
y así: «Se me anticipan», dijo, «a mí mis hados y se me impide
más decir, y de la voz mía se antecierra el uso.

No hubieran sido estas artes tan valiosas que del numen la ira

⁶⁶⁰ me contrajeran: preferiría desconocer lo futuro.

Ya a mí sustraérseme la faz humana parece,
ya por alimento la hierba me place, ya de correr por los anchos llanos
el ímpetu tengo: en yegua y a mí emparentados cuerpos me vuelvo.
¿Toda, aun así, por qué? El padre es mío en verdad biforme.»

⁶⁶⁵ A la que tal decía la parte fuele extrema de su queja

entendida poco, y confusas sus palabras fueron.

Pronto ni palabras siquiera, ni de yegua, el sonido aquel parece, sino del que imitara a una yegua, y en pequeño tiempo ciertos relinchos emitió, y sus brazos movió a las hierbas.

⁶⁷⁰ Entonces sus dedos se unen y quíntuples enlaza sus uñas, de perpetuo cuerno, un leve casco, crece también de su cara y su cuello el espacio, la parte máxima de su largo manto cola se hace, y según vagos los cabellos por su cuello yacían, en diestras crines acaban, y al par renovada fue

⁶⁷⁵ su voz y su faz: nombre también esos prodigios le dieron.

Mercurio y Bato

Lloraba, y la ayuda tuya en vano de Fíliras el héroe, Délfico, demandaba. Pues ni rescindir las órdenes del gran Júpiter podías ni, si rescindir las pudieras, entonces allí estabas: la Élida y los mesenios campos honrabas.

⁶⁸⁰ Aquél era el tiempo en el que a ti una pastoril piel te cubrió y carga fue un báculo silvestre de tu siniestra, de la otra, dispar de sus septenas cañas, la flauta; y mientras el amor es tu cuidado, mientras a ti tu flauta te calma, incustodiadas se recuerdan tus reses que en los campos

⁶⁸⁵ se adentraron de Pilos. Las ve de la Atlántide Maya el nacido, y con el arte suya en las espesuras las oculta sustraídas.

Sintiera este hurto nadie, salvo, conocido en aquel campo, un anciano: Bato la vecindad toda le llamaban.

Él los sotos y los herbosos pastos del rico Neleo

⁶⁹⁰ y las greyes de sus nobles yeguas como custodio guardaba.

De él temió, y con blanda mano lo apartó, y a él:

«Quien quiera que eres, huésped», dice, «si acaso las manadas

buscara estas alguien, haberlas visto niega, y por que no con gracia
ninguna

tu acción se recompense: toma de premios esta nítida vaca»,

⁶⁹⁵ y la dio. Aceptada, las voces estas devolvió: «Huésped,

seguro vayas. La piedra esta antes tus hurtos dirá»,

y una piedra mostró. Simula de Júpiter el nacido que se marcha.

Luego vuelve, y tornada al par con su voz su figura:

«Campesino, si has visto por esta linde», le dijo, «pasar

⁷⁰⁰ algunas reses, préstame ayuda, y al hurto sus silencios quita.

Junto a su toro al par se te dará una hembra.»

Pero el más anciano, después de que se hubo el salario duplicado: «Bajo
esos

montes», dice, «estarán», y estaban bajo los montes esos.

Rió el Atlántida y: «¿A mí a mí mismo, pérfido, delatas?

⁷⁰⁵ ¿A mí a mí mismo delatas?», dice, y sus perjuros pechos torna

en un duro sílice, que ahora también se dice delator,

y, en la que nada mereció, una vieja infamia hay, en esa roca.

Áglauro, Mercurio y Herse

Desde aquí se había elevado en sus parejas alas el Portador del caduceo

y volando los muniquios campos y la tierra grata

⁷¹⁰ a Minerva abajo contemplaba, y los arbustos del culto Liceo.

En aquel día, por azar, unas castas de costumbre muchachas,
la cabeza puesta bajo ellos, hacia los festivos recintos de Palas
puros sacrificios portaban en coronados canastos.

De ahí al volver ellas, el dios las ve alado y su camino

⁷¹⁵ no hace recto, sino que en el orbe lo curva mismo.

Como volador el rapacísimo milano, al ver unas entrañas,
mientras teme y densos rodean los sacrificios los ministros
dobla en espiral, y no más lejos osa partir,

y la esperanza suya ávido circunvuela moviendo las alas,

⁷²⁰ así sobre los acteos recintos ávido el Cilenio

inclina su curso y las mismas auras cercena.

Cuanto más espléndido que las demás estrellas fulge

el Lucero, y cuanto que el Lucero la áurea Febe,

tanto que las vírgenes más prestante todas Herse

⁷²⁵ iba, y era el decor de la pompa y de las acompañantes suyas.

Quedó pasmado de su hermosura de Júpiter el nacido y, en el éter
suspendido,

no de otro modo ardió que cuando la baleárica honda

el plomo lanza: vuela éste y se encandece en su ida

y, los que no tenía, fuegos bajo las nubes encuentra.

⁷³⁰ Torna su camino y el cielo abandonado acude a lo terreno

y no se disfraza: tanta es su confianza en su hermosura.

La cual aunque la justa es, con su cuidado aun así la ayuda:

y se aquieta los cabellos, y la clámide para que cuelgue aptamente
coloca, de modo que la orla y todo parezca su oro,

735 que bruñida en su diestra, la que los sueños trae y veta,
su vara esté, que brillen sus talares en sus tersas plantas.
Una parte secreta de la casa, de marfil y tortuga ornados,
tres tálamos tenía, de los que tú, Pándrosos, el diestro,
Áglauros el izquierdo, el central poseía Herse.

740 La que tenía el izquierdo, al venir él, la primera notó
a Mercurio y el nombre del dios averiguar osó
y la causa de su venida. A la cual así respondió: «El Atlántida
y de Pléyone el nieto yo soy, el que por las auras las ordenadas
palabras de mi padre porto, padre es para mí Júpiter mismo.

745 Y no fingiré las causas: basta que tú fiel a tu hermana
ser quieras y de la prole mía tía materna llamarte:
Herse la causa de mi ruta; que favorezcas, te rogamos, al amante.»
Lo contempló a él con los ojos mismos con los que escondidos poco
antes

viera Áglauros los secretos de la flava Minerva,

750 y a cambio de su ministerio para sí de gran peso un oro
postula: entre tanto de sus techos a retirarse le obliga.

Torna a ella la diosa guerrera de su torva mirada el orbe,
y de lo hondo trajo unos suspiros, con tan gran movimiento,
que al par su pecho y, puesta en su pecho fuerte,

755 la égida sacudiera. Recuerda que ella sus arcanos con profana
mano descubrió, entonces, cuando sin madre creada,
del Lemnícola la estirpe contra los dados pactos vio,

y que grata al dios iba a ser ya, y grata a su hermana,
y rica al coger, que avara había demandado, el oro.

La Envidia

⁷⁶⁰ En seguida de la Envidia, sucios de negra podre,
a los techos acude: la casa está de ella en unos hondos valles
apartada, de sol privada, no transitable para ningún viento,
triste y llenísima de indolente frío, y cual
de fuego carezca siempre, en calina siempre abunde.

⁷⁶⁵ Aquí cuando llegó, de la batalla la temible heroína,
se apostó ante la casa —puesto que acceder a esos techos
lícito no le es— y los postes con el extremo de su cúspide sacude.
Golpeadas se abrieron las puertas: ve dentro, comiendo
viborinas carnes, alimentos de los vicios suyos,

⁷⁷⁰ a la Envidia, y vista los ojos volvió; mas ella
se levanta de la tierra, despaciosa, y de las semicomidas serpientes
deja los cuerpos, y con paso avanza inerte,
y cuando a la diosa vio, por su forma y sus armas hermosa,
gimió hondo, y semblante para esos hondos suspiros puso.

⁷⁷⁵ La palidez en su rostro se asienta, delgadez en todo el cuerpo,
a ninguna parte recta su mirada, lívidos están de orín sus dientes,
sus pechos de hiel verdecen, su lengua está inundada de veneno.

Risa no tiene, salvo la que movieron vistos los dolores,
y no disfruta de sueño, despierta por las vigilativas angustias^[7] ,

⁷⁸⁰ sino que ve los ingratos —y se consume al verlos—

éxitos de los hombres, y corroe y corróese a una,
y su suplicio el suyo es. Aun así, aunque la odiaba a ella,
con tales palabras se le dirigió brevemente la Tritonia:
«Infecta de la podre tuya de las nacidas de Cécrope a una:
785 así menester es. Áglauros ella es.» No más diciendo
huye, y la tierra repele apoyando su asta.

Ella, a la diosa que huía con su oblicua luz contemplando,
unos murmullos pequeños dio y de lo que bien saldría a Minerva
se dolió, y su báculo toma, al que entero ligaduras
790 de espinas ceñían, y cubierta de nubes negras
por donde quiera que pasa, postra florecientes los campos
y quema las hierbas y lo alto de las amapolas rae
y con el aflato suyo pueblos y ciudades y casas
mancilla, y por fin de la Tritónide contempla el recinto^[8] ,
795 de talentos y de recursos y de festiva paz verdeciente,
y apenas contiene las lágrimas porque nada lacrimoso divisa.

Áglauro

Pero después de que en los tálamos penetró de la nacida de Cécrope,
lo ordenado hace y su pecho con una mano de orín teñida
toca y de arponadas zarzas su tórax llena,
800 y le insufla un dañino jugo, y como la pez por sus huesos
disipa y por mitad esparce de su pulmón un veneno,
y para que de su mal las causas por un espacio más ancho no vaguen,
a su germana ante sus ojos, y de su hermana el afortunado

matrimonio, y al dios bajo su bella imagen, pone,
805 y todo grande lo hace; con lo cual excitada, por un dolor
oculto la Cecrópide es mordida, y ansiosa de noche,
ansiosa a la luz gime, y en una lenta podre, tristísima,
se disuelve, como el hielo herido por un incierto sol,
y por los bienes no más lentamente se abrasa de la feliz Herse,
810 que cuando a las espinosas hierbas fuego se les abaja,
las cuales, como no dan llamas, sí con suave tibieza se creman.
Muchas veces morir quiso, para algo tal no ver,
muchas veces, como un crimen, narrarlo a su rígido padre.
Por fin en el umbral opuesto al que llegaba se sentó,
815 para excluirlo, al dios; a quien, mientras blandimientos y súplicas
y palabras le lanzaba suavísimas: «Cesa», le dijo.
«De aquí yo no me he de mover sino cuando te haya rechazado.»
«Estemos», dice el veloz Cilenio, «en el pacto este.»
Y con su celeste vara las puertas abrió, mas a ella,
820 cuando levantar intentaba las partes que al sentarse
dobla, no pueden, por una indolente pesadez, moverse.
Ella pugna ciertamente por elevarse, recto el tronco,
pero de las rodillas la juntura rigente está y un frío por sus uñas
se desliza y palidecen, perdida la sangre, sus venas,
825 y como anchamente suele, incurable, malo un cáncer,
serpear, y a las ilesas añadir las viciadas partes,
así un letal invierno poco a poco a su pecho llega

y las vitales vías y los respiraderos cierra,
y ni intentó hablar ni si intentado lo hubiera

⁸³⁰ de voz tenía camino; una roca ya sus cuellos poseía
y su cara se había endurecido y estatua exangüe sentada estaba,
y no su piedra blanca era: su mente la había inficionado a ella.

Júpiter y Europa

Cuando estos castigos de sus palabras y de su mente profana
cobró el Atlantiada, dichas por Palas esas tierras

⁸³⁵ abandona, e ingresa en el éter sacudiendo sus alas.

Lo llama aparte a él su genitor y la causa sin confesar de su amor:

«Fiel ministro», dice, «de las órdenes, mi nacido, mías,
rechaza la demora y raudo con tu acostumbrada carrera descende,
y la tierra que a tu madre por la parte siniestra

⁸⁴⁰ mira —sus nativos Sidónide por nombre le dicen—,
a ella acude, y el que, lejos, de montana grama apacentarse,
ganado real, ves, a los litorales torna.»

Dijo, y expulsados al instante del monte los novillos,
a los litorales ordenados acuden, donde la hija del gran rey

⁸⁴⁵ jugar, de las vírgenes tirias acompañada, solía.

No bien se avienen ni en una sola sede moran

la majestad y el amor: del cetro la gravedad abandonada
aquel padre y regidor de los dioses, cuya diestra de los trisulcos
fuegos armada está, quien con un ademán sacude el orbe,

⁸⁵⁰ se viste de la faz de un toro y mezclado con los novillos

muge, y entre las tiernas hierbas hermoso deambula.

Cierto que su color el de la nieve es, que ni las plantas
de duro pie han hollado ni ha disuelto el acuático austro.

En su cuello toros sobresalen, por sus brazos las papadas penden;
855 sus cuernos pequeños, ciertamente, pero cuales contender
podrías que hechos a mano, y más perlúcidos que pura una gema.

Ninguna amenaza en su frente, ni formidable su luz:

paz su rostro tiene. Se admira de Agenor la nacida
porque tan hermoso, porque combate ninguno amenace,

860 pero aunque tuvo miedo de tocarlo, manso, a lo primero,
pronto se acerca y flores a su cándida boca le extiende.

Se goza el amante, y mientras llegue el esperado placer,
besos da a sus manos; apenas ya, apenas el resto difiere,
y ahora al lado juega y salta en la verde hierba,

865 ahora su costado níveo en las bermejas arenas depone.

Y poco a poco, el miedo quitado, ora sus pechos le presta

para que con su virgínea mano lo palme, ora los cuernos, para que
guirnaldas

los impidan nuevas. Se atrevió también la regia virgen,

ignorante de a quién montaba, en la espalda sentarse del toro:

870 cuando el dios, de la tierra y del seco litoral, insensiblemente,
las falsas plantas de sus pies a lo primero pone en las ondas;

de allí se va más lejos, y por las superficies de mitad del ponto

se lleva su botín. Se asusta ella y, arrancada a su litoral abandonado,
vuelve a él sus ojos, y con la diestra un cuerno tiene, la otra al dorso

875 ^{impuesta} está; trémulas ondulan con la brisa sus ropas.

Libro tercero

Cadmo

Y ya el dios, dejada del falaz toro la imagen,
él se había confesado, y los dicteos campos tenía;
cuando su padre, de ello ignorante, a Cadmo perquirir a la raptada
impera, y de castigo, si no la encontrara, añade

⁵ el exilio, por tal hecho él piadoso, y execrable él por el mismo.

Todo el orbe lustrado (¿pues quién sorprender pueda
los hurtos de Júpiter?), prófugo, su patria y la ira de su padre
evita el Agenórida, y de Febo los oráculos suplicante
consulta, y cuál sea la tierra que ha de habitar requiere:

¹⁰ «Una res», Febo dice, «a tu encuentro saldrá en unos solitarios
campos,

sin haber sufrido ningún yugo, y de curvo arado inmune.

Con ella de guía coge las rutas y, en la hierba que descanse,
unas murallas ponte a fundar y beocias las llama.»

No bien Cadmo había descendido de la castalia caverna,

¹⁵ incustodiada, lentamente ve ir a una novilla,

sin que ningún signo de servidumbre en su cerviz llevara.

La sigue, y, marcado, lee las huellas de su paso,

y al autor de su ruta, a Febo, taciturno, adora.

Ya los vados del Cefiso, y de Pánope había evadido los campos:

²⁰ la res se detuvo y levantando, especiosa con sus cuernos altos,

al cielo su frente, con mugidos impulsó las auras,
y así, volviéndose a mirar a los acompañantes que sus espaldas seguían,
se postró, y su costado abajó en la tierna hierba.

Cadmo da las gracias y a esa peregrina tierra besos

²⁵ une, y desconocidos montes y campos saluda.

Sus sacrificios a Júpiter a hacer iba: manda ir a unos ministros
y buscar, las que libaran, de las vivas fontanas ondas.

Una espesura vieja se alzaba, por ninguna segur violada,
y una gruta en el medio, de varas y mimbre densa,

³⁰ efectuando, humilde en sus ensambladuras de piedra, un arco,
fecunda en fértiles aguas; donde, escondida en su caverna,
una serpiente de Marte había, por sus crestas insigne y su oro:
de fuego rielan sus ojos, su cuerpo henchido todo de veneno,
y tres rielan sus lenguas, en tríplice orden se alzan sus dientes.

³⁵ Esta floresta, después de que los marchados del pueblo tirio
con infausto paso tocaron, y, bajada a las ondas,
la urna hizo un sonido, la cabeza sacó de su larga caverna
la azulada serpiente y horrendos silbidos lanzó.

Se derramaron las urnas de sus manos, y la sangre abandonó

⁴⁰ su cuerpo y un súbito temblor ocupa atónitos sus miembros.

Ella, escamosos, en volubles nexos sus orbes

tuerce, y de un salto se curva en inmensos arcos,

y en más de media parte erguida hacia las leves auras

bajo sí contempla todo el bosque y de tan grande cuerpo es, cuanto,

⁴⁵ si toda la contemplas, la que separa a las gemelas Osas.

Y no hay demora, a los fenicios, ya si para ella las armas preparaban
ya si la huida, ya si el mismo temor les prohibía ambas cosas,
ocupa: a éstos de un mordisco, de largos abrazos a aquéllos,
a éstos mata con el aflato de su funesto —de su podre— veneno.

⁵⁰ Había hecho exiguas ya el sol, altísimo, las sombras:
qué demora sea la de sus compañeros asombra de Agenor al nacido,
y rastrea a los hombres. Su cobertor, desgarrado de un león,
el pellejo era, su arma una láncea de esplendente hierro,
y una jabalina, y, más prestante que arma alguna, su ánimo.

⁵⁵ Cuando al bosque entró y matados sus cuerpos vio
y vencedor sobre ellos, de espacioso cuerpo, al enemigo,
sus tristes heridas lamiendo con sanguínea lengua:
«O el vengador, fidelísimos cuerpos, de vuestra muerte,
o su compañero», dice, «seré.» Así dijo, y con la diestra una molar

⁶⁰ levantó y, grande, con gran conato se la mandó.

De ella con el empuje, aunque, arduas con sus torres excelsas,
murallas movido se habrían, la serpiente sin herida quedó,
de una loriga al modo por sus escamas defendida, y de su negro
pellejo con la dureza, vigorosos, con la piel repelió los golpes.

⁶⁵ Mas no con la dureza misma la jabalina también venció,
la cual, en mitad de la curvatura de su flexible espina clavada,
se irguió y todo descendió en sus ijares su hierro.

Ella, del dolor feroz, la cabeza para sus espaldas retorció

y sus heridas miró y el clavado astil mordió,

⁷⁰ y éste, cuando con fuerza mucha lo hubo inclinado a parte toda,
apenas de su espalda lo arrebató; el hierro, aun así, en sus huesos
quedó prendido.

Entonces, en verdad, después de que a sus acostumbradas iras se allegó
un motivo reciente, se hincharon sus gargantas de sus llenas venas,
y una espuma blanquecina circunfluye por sus pestíferas comisuras,
⁷⁵ y la tierra suena raída por sus escamas, y el hálito que sale
negro de su boca estigia, corrompidas, infecta las auras.

Ella, ora en espiras que un inmenso orbe hacen
se ciñe, a las veces, que una larga viga más recta se yergue,
con una embestida ahora vasta, cual concitado por las lluvias un caudal,
⁸⁰ muévase, y, a ella opuestas, arrasa con su pecho las espesuras.

Se retira el Agenórída un poco, y con el despojo del león
sostiene sus incursos y su acosante boca retarda,
su cúspide tendiéndole delante; se enfurece ella e inanes heridas
da al duro hierro y clava en la punta los dientes.

⁸⁵ Y ya de su venenífero paladar sangre a manar
había empezado, y con su aspersion había bañado, verdes, las hierbas.
Pero leve la herida era, porque que ella a sí se retraía del golpe
y sus heridos cuellos daba atrás, y que tajo asestara
retirándose impedía, y no más lejos ir permitía,

⁹⁰ hasta que el Agenórída, puesto el hierro en la garganta,
sin dejar de seguirla la empujó, mientras, yendo ella hacia atrás, una
encina

le cerró el paso, y clavada quedó al par, con el madero, su cerviz.

Del peso de la serpiente curvóse el árbol, y por la parte inferior al ser flagelada de la cola, su madera gimió.

⁹⁵ Mientras el espacio el vencedor considera de su vencido enemigo, una voz de repente oída fue, y no estaba reconocer de dónde al alcance, pero oída fue: «¿Por qué, de Agenor el nacido, la perecida serpiente miras? También tú mirado serás como serpiente.»

Él, largo tiempo asustado, al par con la mente el color

¹⁰⁰ había perdido, y de gélido terror sus cabellos se arreciaron:

he aquí que de este varón la bienhechora, deslizándose por las superiores auras,

Palas llega, y removida ordena someter a la tierra

los viborinos dientes, incrementos del pueblo futuro.

Obedece, y cuando un surco hubo abierto, hundido el arado

¹⁰⁵ esparce en la tierra, mortales simientes, los ordenados dientes.

Después —que la fe cosa mayor— los terrones empezaron a moverse,

y primera de los surcos el filo apareció de un asta,

las coberturas luego de sus cabezas, cabeceando con su pintado cono,

luego los hombros y el pecho y cargados los brazos de armas

¹¹⁰ sobresalen, y crece un sembrado, escudado, de varones:

así, cuando se retiran los tapices de los festivos teatros,

surgir las estatuas suelen, y primero mostrar los rostros,

lo demás poco a poco, y en plácido tenor sacadas,

enteras quedan a la vista, y en el inferior margen sus pies ponen.

115 Aterrado por este enemigo nuevo, Cadmo a empuñar las armas se preparaba:

«No empuña», de este pueblo, al que la tierra había creado, uno exclama, «y no en civiles guerras te mezcla.»

Y así, de sus terrígenas hermanos a uno, de cerca, con su rígida espada hiere; por una jabalina cae, de lejos, él mismo.

120 Éste también que a la muerte le diera, no más largo que aquél vive, y expira las auras que ora recibiera,

y con ejemplo parejo se enfurece toda la multitud, y por su propio Marte caen por sus mutuas heridas los súbitos hermanos.

Y ya, con tal espacio de breve vida la agraciada juventud,

125 a su sanguínea madre golpes de duelo daba en su tibio pecho, cinco los sobrevivientes: de los cuales fue uno Equión.

Él sus armas arrojó al suelo por consejo de la Tritónide, y de fraterna paz palabra pidió y dio.

Éstos de su obra por acompañantes tuvo el sidonio huésped,

130 cuando puso, ordenado por las venturas de Febo, la ciudad.

Ya se alzaba Tebas; pudieras ya, Cadmo, parecer

en tu exilio feliz: suegros a ti Marte y Venus

te habían tocado; aquí añade la alcurnia de esposa tan grande,

tantas hijas e hijos y, prendas queridas, tus nietos,

135 éstos también, ya jóvenes; pero claro es que su último día

siempre de aguardar el hombre ha, y decirse dichoso

antes de su óbito nadie, y de sus supremos funerales, debe.

Diana y Acteón

La primera tu nieto, entre tantas cosas para ti, Cadmo, propicias,
causa fue de luto, y unos ajenos cuernos a su frente
140 añadidos; y vosotras, canes saciadas de una sangre dueña vuestra.

Mas, bien si buscas, de la fortuna un crimen en ello,
no una abominación hallarás, pues, ¿qué abominación un error tenía?

El monte estaba infecto de la matanza de variadas fieras,
y, ya el día mediado, de las cosas había contraído las sombras,

145 y el sol por igual de sus metas distaba ambas,
cuando el joven, por desviadas guaridas a los que vagaban,
a los partícipes de sus trabajos, con plácida boca llama, el hiantio:

«Los linos chorrean, compañeros, y el hierro, de crúor de fieras,
y fortuna el día tuvo bastante. La siguiente Aurora

150 cuando, transportada por sus zafranadas ruedas, la luz reitere,
el propuesto trabajo retomaremos; ahora Febo de ambas
tierras lo mismo dista, y hiende con sus vapores los campos.

Detened el trabajo presente y nudosos levantad los linos.»

Las órdenes los hombres hacen e interrumpen su labor.

155 Un valle había, de píceas y agudo ciprés denso,
por nombre Gargafie, a la ceñida Diana consagrado,
del cual en su extremo receso hay una caverna boscosa,

por arte ninguna labrada: había imitado al arte
con el ingenio la naturaleza suyo, pues, con pómez viva

160 y leves tobas, un nativo arco había trazado.

Un manantial suena a diestra, por su tenue onda perlúcido,
y por una margen de grama estaba él en sus anchurosas aberturas
ceñido.

Aquí la diosa de las espesuras, de la caza cansada, solía
sus virgíneos miembros con líquido rocío regar.

¹⁶⁵ El cual después que alcanzó, de sus ninfas entregó a una,
la armera, su jabalina y su aljaba y sus arcos destensados.

Otra ofreció al depuesto manto sus brazos.

Las ligaduras dos de sus pies quitan; pues más docta que ellas
la isménide Crócale, esparcidos por el cuello sus cabellos,

¹⁷⁰ los traba en un nudo, aunque los había ella sueltos.

Recogen licor Néfele y Híale y Ránide,

y Psécade, y Fíale, y lo vierten en sus capaces urnas.

Y mientras allí se lava la Titania en su acostumbrada linfa,
he aquí que el nieto de Cadmo, diferida parte de sus labores,

¹⁷⁵ por un bosque desconocido con no certeros pasos errante,

llega a esa floresta: así a él sus hados lo llevaban.

El cual, una vez entró, rorantes de sus manantiales, en esas cavernas,
como ellas estaban, desnudas sus pechos las ninfas se golpearon

al verle un hombre, y con súbitos aullidos todo

¹⁸⁰ llenaron el bosque, y a su alrededor derramadas a Diana

con los cuerpos cubrieron suyos; aun así, más alta que ellas

la propia diosa es, y hasta el cuello sobresale a todas.

El color que, teñidas del contrario sol por el golpe,

el de las nubes ser suele, o de la purpúrea aurora,

185 tal fue en el rostro, vista sin vestido, de Diana.

La cual, aunque de las compañeras por la multitud rodeada suyas,
a un lado oblicuo aun así se estuvo y su cara atrás
dobló y, aunque quisiera prontas haber tenido sus saetas,
las que tuvo, así cogió aguas y el rostro viril

190 regó con ellas, y asperjando sus cabellos con vengadoras ondas,
añadió estas, del desastre futuro prenunciadoras, palabras:

«Ahora para ti, que me has visto dejado mi atuendo, que narres

—si pudieras narrar— lícito es.» Y sin más amenazar,

da a su asperjada cabeza del vivaz ciervo los cuernos,

195 da espacio a su cuello y lo alto aguza de sus orejas,

y con pies sus manos, con largas patas muta

sus brazos, y vela de maculado vellón su cuerpo;

añadido también el pavor le fue. Huye de Autónoe el héroe,

y de sí, tan raudo, en la carrera se sorprende misma.

200 Pero cuando sus rasgos y sus cuernos vio en la onda:

«Triste de mí», a decir iba: voz ninguna le siguió.

Gimió hondo: su voz aquella fue, y lágrimas por una cara

no suya fluyeron; su mente solamente prístina permaneció.

¿Qué haría? ¿Volvería, pues, a su casa y a sus reales techos,

205 o se escondería en los bosques? El temor esto, el pudor le impide
aquello.

Mientras duda, lo vieron los canes, y el primero Melampo

e Icnóbates el sagaz con su ladrido señales dieron:

gnosio Icnóbates, de la espartana gente Melampo.

Después se lanzan los otros, que la arrebatadora brisa más rápido,

²¹⁰ Pánfago y Dorceo y Oríbaso, árcades todos,

y Nebrófono el vigoroso y el atroz, con Lélape, Terón,

y por sus pies Ptérelas, y por sus narices útil Agre,

e Hileo el feroz, recién golpeado por un jabalí,

y de un lobo concebida Nape, y de ganados perseguidora

²¹⁵ Pémenis, y de sus nacidos escoltada Harpía dos,

y atados llevando sus ijares el sicionio Ladón,

y Dromas y Cánaque y Esticte y Tigre y Alce,

y de níveos Leucón, y de vellos Ásbolo negros,

y el muy vigoroso Lacón, y en la carrera fuerte Aelo,

²²⁰ y Too y veloz, con su chipriota hermano, Licisca,

y en su negra frente distinguido en su mitad con un blanco,

Hárpalo, y Melaneo, e hirsuta de cuerpo Lacne,

y de padre dicteo pero de madre lacónide nacidos

Labro y Agriodunte, y de aguda voz Hiláctor,

²²⁵ y cuantos referir largo es: esa multitud, con deseo de presa,

por acantilados y peñas y de acceso carentes rocas,

y por donde quiera que es difícil, o por donde no hay ruta alguna, le persiguen.

Él huye por los lugares que él había muchas veces perseguido,

ay, de los servidores huye él suyos. Gritar ansiaba:

²³⁰ «¡Acteón yo soy, al dueño conoced vuestro!»

Palabras a su ánimo faltan: resuena de ladridos el éter.

Las primeras heridas Melanquetes en su espalda hizo,

las próximas Teródamas, Oresítropo prendióse en su antebrazo:

más tarde había salido, pero por los atajos del monte

²³⁵ anticipada la ruta fue; a ellos, que a su dueño retenían,

la restante multitud se une y acumula en su cuerpo sus dientes.

Ya lugares para las heridas faltan; gime él, y un sonido,

aunque no de un hombre, cual no, aun así, emitir pueda

un ciervo, tiene, y de afligidas quejas llena los cerros conocidos,

²⁴⁰ y con las rodillas inclinadas, suplicante, semejante al que ruega,

alrededor lleva, tácito, como brazos, su rostro.

Mas sus compañeros la rabiosa columna con sus acostumbrados
apremios,

ignorantes, instigan, y con los ojos a Acteón buscan,

y, como ausente, a porfía a Acteón llaman

²⁴⁵ —a su nombre la cabeza él vuelve— y de que no esté se quejan

y de que no coja, perezoso, el espectáculo de la ofrecida presa.

Querría no estar, ciertamente, pero está, y querría ver,

no también sentir, de los perros suyos los fieros hechos.

Por todos lados le rodean, y hundidos en su cuerpo los hocicos

²⁵⁰ despedazan a su dueño bajo la imagen de un falso ciervo,

y no, sino terminada por las muchas heridas su vida,

la ira se cuenta saciada, ceñida de aljaba, de Diana.

Júpiter, Sémele y Baco

El rumor en ambiguo está: a algunos más violenta de lo justo

les pareció la diosa, otros la alaban y digna de su severa
255 virginidad la llaman; las partes encuentran cada una sus causas.
Sola de Júpiter la esposa no tanto de si lo culpa o lo aprueba
diserta, cuanto del desastre de la casa nacida de Agenor
se goza, y, de su tiria rival recabado, transfiere
de su stirpe a los socios su odio: sobreviene, he aquí, que a la previa,
260 una causa reciente, y se duele de que grávida de la simiente del gran
Júpiter esté Sémele. Entonces su lengua en disputas desata:
«¿He conseguido qué, pues, tantas veces con las disputas?», dijo.
«A ella misma de buscar yo he; a ella, si máxima Juno
ritualmente me llamo, la perderé, si a mí con mi diestra, de gemas
guarnecidos,
265 los cetros sostener me honra, si soy reina, y de Júpiter
la hermana y la esposa —cierto la hermana—. Mas, pienso yo, “con el
hurto se ha
contentado ella, y del tálamo breve es la injuria nuestro”:
ha concebido, esto faltaba, y manifiestos los crímenes lleva
en su útero pleno, y madre, lo que apenas a mí me ha tocado, del único
270 Júpiter quiere hacerse: tanta es su confianza en su hermosura.
Que la engañe a ella haré, y no soy Saturnia, si no,
por el Júpiter suyo sumergida, penetra en las estigias ondas.»
Se levanta tras esto de su solio y en una fulva nube recóndita
al umbral acude de Sémele y no las nubes antes eliminó
275 de simularse una vieja y de ponerse a las sienes canas
y surcarse la piel de arrugas y curvados con tembloroso

paso sus miembros llevar; su voz también la hizo de vieja,
y la propia era Béroe, de Sémele la epidauria nodriza.

Así pues, cuando buscada conversación y mucho tiempo hablando

²⁸⁰ al nombre vinieron de Júpiter, suspira y: «Pido

Júpiter que sea», dice, «temo, aun así, todo: muchos

en nombre de los divinos en tálamos entraron pudorosos.

Y no, aun así, que sea Júpiter bastante es; dé una prenda de su amor,

si sólo el verdadero éste es, y tan grande y cual por la alta

²⁸⁵ Juno es recibido, tan grande y tal, pedirásle,

te dé a ti sus abrazos, y sus insignias antes coja.»

Con tales palabras a la ignorante Cadmeida Juno

había formado: le ruega ella a Júpiter, sin nombre, un regalo.

A la cual el dios: «Elige», le dice, «ningún rechazo sufrirás,

²⁹⁰ y para que más lo creas, del estigio torrente también cómplices

han de ser los númenes: el temor y el dios él de los dioses es.»

Alegre con su mal y demasiado pudiendo y próxima a morir de su
amante

por la complacencia, Sémele: «Cual la Saturnia», dijo,

«te suele abrazar, de Venus cuando al pacto entráis,

²⁹⁵ date a mí tal.» Quiso el dios la boca de quien hablaba

tapar: había salido ya su voz apresurada bajo las auras.

Gimió hondo, y puesto que ni ella no haber deseado, ni él

no haber jurado puede, así pues, afligidísimo, al alto

éter ascendió y con su rostro obedientes a las nubes

300 arrastró, a las que borrascas, y mezclados relámpagos con vientos
añadió y truenos y el inevitable rayo.

Con todo, hasta donde puede, fuerzas a sí quitarse intenta
y no con el fuego que al centímano había derribado, a Tifeo,
ahora ármase con ése: demasiada fiereza en él hay.

305 Hay otro más leve rayo, al que la diestra de los Cíclopes
de violencia y de llama menos, menos añadió de ira:
armas segundas los llaman los altísimos; los empuña a ellos y en la casa
entra Agenórea. El cuerpo mortal los tumultos
no soportó etéreos, y con los dones conyugales ardió.

310 Inacabado todavía el pequeño, del vientre de su genetriz
es arrebatado y, tierno, si de creer digno es, cóselo dentro
de su paterno muslo y los maternos tiempos completa.

Furtivamente a él en sus primeras cunas Ino, su tía materna,
lo cría, después, dado a ellas, las ninfas Niseidas en las cavernas

315 lo ocultaron suyas y de leche alimentos le dieron.

Tiresias

Y mientras estas cosas por las tierras, según fatal ley, pasan,
y seguros del dos veces nacido están los paños de cuña, de Baco,
por azar que Júpiter, recuerdan, disipado él por el néctar, sus cuidados
había apartado graves, y con la desocupada Juno agitaba

320 remisos juegos, y: «Mayor el vuestro en efecto es,
que el que toca a los varones», dijo, «el placer.»

Ella lo niega; les pareció bien cuál fuera la sentencia preguntar

del docto Tiresias: Venus para él era, una y otra, conocida,
pues de unas grandes serpientes, uniéndose en la verde
325 espesura, sus dos cuerpos a golpe de su báculo había violentado,
y, de varón, cosa admirable, hecho hembra, siete
otoños pasó; al octavo de nuevo las mismas
vio y: «Es si tanta la potencia de vuestra llaga»,
dijo, «que de su autor la suerte en lo contrario mude:
330 ahora también os heriré.» Golpeadas las culebras mismas,
su forma anterior regresa y nativa vuelve su imagen.
El árbitro este, pues, tomado sobre la lid jocosa,
las palabras de Júpiter afirma; más gravemente la Saturnia de lo justo,
y no en razón de la materia, cuéntase que se dolió,
335 y de su juez con una eterna noche dañó las luces.

Mas el padre omnipotente —puesto que no es lícito vanos a ningún
dios los hechos hacer de un dios—, por la luz arrebatada,
saber el futuro le dio y un castigo alivió con un honor.

Narciso y Eco

Él, por las aonias ciudades, por su fama celebradísimo,
340 irreprochables daba al pueblo que las pedía sus respuestas.

La primera, de su voz, por su cumplimiento ratificada, hizo la
comprobación

la azul Liríope, a la que un día en su corriente curva
estrechó, y encerrada el Cefiso en sus ondas
fuerza le hizo. Expulsó de su útero pleno bellísima

345 un pequeño la ninfa, ya entonces que podría ser amado,
y Narciso lo llama, del cual consultado si habría
los tiempos largos de ver de una madura senectud,
el fatídico vate: «Si a sí no se conociera», dijo.

Vana largo tiempo parecióle la voz del augur: el resultado a ella,

350 y la realidad, la hace buena, y de su muerte el género, y la novedad
de su furor.

Pues a su tercer quinquenio un año el Cefisio

había añadido y pudiera un muchacho como un joven parecer.

Muchos jóvenes a él, muchas muchachas lo desearon.

Pero —hubo en su tierna hermosura tan dura soberbia—

355 ninguno a él, de los jóvenes, ninguna lo conmovió, de las
muchachas.

Lo contempla a él, cuando temblorosos azuzaba a las redes a unos
ciervos,

la vocal ninfa, la que ni a callar ante quien habla,

ni primero ella a hablar había aprendido, la resonante Eco.

Un cuerpo todavía Eco, no voz era, y aun así, un uso,

360 gárrula, no distinto de su boca que ahora tiene tenía:

que devolver, de las muchas, las palabras postreras pudiese.

Había hecho esto Juno, porque, cuando sorprender pudiese

bajo el Júpiter suyo muchas veces a ninfas en el monte yaciendo,

ella a la diosa, prudente, con un largo discurso retenía

365 mientras huyeran las ninfas. Después de que esto la Saturnia sintió:

«De esa», dice, «lengua, por la que he sido burlada, una potestad
pequeña a ti se te dará y de la voz brevísimo uso.»

Y con la realidad las amenazas confirma; aun así ella, en el final del hablar,

gemina las voces y las oídas palabras reporta.

³⁷⁰ Así pues, cuando a Narciso, que por desviados campos vagaba, vio y se encendió, sigue sus huellas furtivamente, y mientras más le sigue, con una llama más cercana se enciende, no de otro modo que cuando, untados en lo alto de las teas, a ellos acercadas, arrebatan los vivaces azufres las llamas.

³⁷⁵ Oh cuántas veces quiso con blandas palabras acercársele y dirigirle tiernas súplicas. Su naturaleza en contra pugna, y no permite que empiece; pero, lo que permite, ella dispuesta está a esperar sonidos a los que sus palabras remita.

Por azar el muchacho, del grupo fiel de sus compañeros apartado

³⁸⁰ había dicho: «¿Alguien hay?», y «hay», había respondido Eco.

Él quédase suspendido y cuando su penetrante vista a todas partes dirige,

con voz grande: «Ven», clama; llama ella a aquel que llama.

Vuelve la vista y, de nuevo, nadie al venir: «¿Por qué», dice,

«me huyes?», y tantas, cuantas dijo, palabras recibe.

³⁸⁵ Persiste y, engañado de la alterna voz por la imagen:

«Aquí unámonos», dice, y ella, que con más gusto nunca

respondería a ningún sonido: «Unámonos», respondió Eco,

y las palabras secunda ella suyas, y saliendo del bosque

caminaba para echar sus brazos al esperado cuello.

Él huye, y al huir: «¡Tus manos de mis abrazos quita!

Antes», dice, «pereceré, de que tú dispongas de nos.»

Repite ella nada sino: «tú dispongas de nos.»

Despreciada se esconde en las espesuras, y pudibunda con frondas su cara

protege, y solas desde aquello vive en las cavernas.

³⁹⁵ Pero, aun así, prendido tiene el amor, y crece por el dolor del rechazo,

y atenúan, vigilantes, su cuerpo desgraciado las ansias,

y contrae su piel la delgadez y al aire el jugo

todo de su cuerpo se marcha; voz tan solo y huesos restan:

la voz queda, los huesos cuentan que de la piedra cogieron la figura.

⁴⁰⁰ Desde entonces se esconde en las espesuras y por nadie en el monte es vista,

por todos oída es: el sonido es el que vive en ella.

Así a ésta, así a las otras, ninfas en las ondas o en los montes originadas, había burlado él, así las uniones antes masculinas.

De ahí las manos uno, desdeñado, al éter levantando:

⁴⁰⁵ «Que así aunque ame él, así no posea lo que ha amado.»

Había dicho. Asintió a esas súplicas la Ramnusia, justas.

Un manantial había impoluto, de nítidas ondas argénteo,

que ni los pastores ni sus cabritas pastadas en el monte

habían tocado, u otro ganado, que ningún ave

⁴¹⁰ ni fiera había turbado ni caída de su árbol una rama;

grama había alrededor, a la que el próximo humor alimentaba,

y una espesura que no había de tolerar que este lugar se templara por sol alguno.

Aquí el muchacho, del esfuerzo de cazar cansado y del calor,
se postró, por la belleza del lugar y por el manantial llevado,
415 y mientras su sed sedar desea, sed otra le creció,
y mientras bebe, al verla, arrebatado por la imagen de su hermosura,
una esperanza sin cuerpo ama: cuerpo cree ser lo que onda es.
Quédase suspendido él de sí mismo y, inmóvil con el rostro mismo,
queda prendido, como de pario mármol formada una estatua.
420 Contempla, en el suelo echado, una geminada —sus luces— estrella,
y dignos de Baco, dignos también de Apolo unos cabellos,
y unas impúberas mejillas, y el marfileño cuello, y el decor
de la boca y en el níveo candor mezclado un rubor,
y todas las cosas admira por las que es admirable él.
425 A sí se desea, imprudente, y el que aprueba, él mismo apruébase,
y mientras busca búscase, y al par enciende y arde.
Cuántas veces, inútiles, dio besos al falaz manantial.
En mitad de ellas visto, cuántas veces sus brazos que coger intentaban
su cuello sumergió en las aguas, y no se atrapó en ellas.
430 Qué vea no sabe, pero lo que ve, se abrasa en ello,
y a sus ojos el mismo error que los engaña los incita.
Crédulo, ¿por qué en vano unas apariencias fugaces coger intentas?
Lo que buscas está en ninguna parte, lo que amas, vuélvete: lo pierdes.
Ésa que ves, de una reverberada imagen la sombra es:
435 nada tiene ella de sí. Contigo llega y se queda,
contigo se retirará, si tú retirarte puedes.

No a él de Ceres, no a él cuidado de descanso
abstraerlo de ahí puede, sino que en la opaca hierba derramado
contempla con no colmada luz la mendaz forma
440 y por los ojos muere él suyos, y un poco alzándose,
a las circunstantes espesuras tendiendo sus brazos:
«¿Es que alguien, oh, espesuras, más cruelmente», dijo, «ha amado?
Pues lo sabéis, y para muchos guaridas oportunas fuisteis.
¿Es que a alguien, cuando de la vida vuestra tantos siglos pasan,
445 que así se consumiera, recordáis, en el largo tiempo?
Me place, y lo veo, pero lo que veo y me place,
no, aun así, hallo: tan gran error tiene al amante.
Y por que más yo duela, no a nosotros un mar separa ingente,
ni una ruta, ni montañas, ni murallas de cerradas puertas.
450 Exigua nos prohíbe un agua. Desea él tenido ser,
pues cuantas veces, fluentes, hemos acercado besos a las linfas,
él tantas veces hacia mí, vuelta hacia arriba, se afana con su boca.
Que puede tocarse creerías: mínimo es lo que a los amantes obsta.
Quien quiera que eres, aquí sal, ¿por qué, muchacho único, me engañas,
455 o a dónde, buscado, marchas? Ciertamente ni una figura ni una
edad
es la mía de la que huyas, y me amaron a mí también ninfas.
Una esperanza no sé cuál con rostro prometes amigo,
y cuando yo he acercado a ti los brazos, los acercas de grado,
cuando he reído sonrías; lágrimas también a menudo he notado

⁴⁶⁰ yo al llorar tuyas; asintiendo también señas remites
y, cuanto por el movimiento de tu hermosa boca sospecho,
palabras contestas que a los oídos no llegan nuestros...

Éste yo soy. Lo he sentido, y no me engaña a mí imagen mía:
me abraso en amor de mí, llamas nuevo y llamas llevo.

⁴⁶⁵ ¿Qué he de hacer? ¿Sea yo rogado o ruegue? ¿Qué desde ahora
rogaré?

Lo que deseo conmigo está: pobre a mí mi provisión me hace.

Oh, ojalá de nuestro cuerpo separarme yo pudiera,

voto en un amante nuevo: quisiera que lo que amamos estuviera
ausente...

Y ya el dolor de fuerzas me priva y no tiempos a la vida

⁴⁷⁰ mía largos restan, y en lo primero me extingo de mi tiempo,

y no para mí la muerte grave es, que he de dejar con la muerte los
dolores.

Éste, el que es querido, quisiera más duradero fuese.

Ahora dos, concordes, en un aliento moriremos solo.»

Dijo, y al rostro mismo regresó, mal sano,

⁴⁷⁵ y con lágrimas turbó las aguas, y oscura, movido

el lago, le devolvió su figura, la cual como viese marcharse:

«¿A dónde rehúyes? Quédate y no a mí, cruel, tu amante,

me abandona», clamó. «Pueda yo, lo que tocar no es,

contemplar, y a mi desgraciado furor dar alimento.»

⁴⁸⁰ Y mientras se duele, la ropa se sacó arriba desde la orilla

y con marmóreas palmas se sacudió su desnudo pecho.

Su pecho sacó, sacudido, de rosa un rubor,

no de otro modo que las frutas suelen, que, cándidas en parte,
en parte rojean, o como suele la uva en los varios racimos

485 llevar purpúreo, todavía no madura, un color.

Lo cual una vez contempló, transparente de nuevo, en la onda,
no lo soportó más allá, sino como consumirse, flavas,

con un fuego leve las ceras, y las matutinas escarchas,

el sol al templarlas, suelen, así, atenuado por el amor,

490 se diluye y poco a poco cárpese por su tapado fuego,

y ni ya su color es el de, mezclado al rubor, candor,

ni su vigor y sus fuerzas, y lo que ahora poco visto complacía,

ni tampoco su cuerpo queda, un día el que amara Eco.

La cual, aun así, cuando lo vio, aunque airada y memoriosa,

495 hondo se dolió, y cuantas veces el muchacho desgraciado: «*Ahay* »,

había dicho, ella con resonantes voces iteraba, «*ahay* .»

Y cuando con las manos se había sacudido él los brazos suyos,

ella también devolvía ese sonido, de golpe de duelo, mismo.

La última voz fue ésta del que se contemplaba en la acostumbrada onda:

500 «Ay, en vano querido muchacho», y tantas otras palabras

remitió el lugar, y díchose adiós, «adiós» dice también Eco.

Él su cabeza cansada en la verde hierba abajó,

sus luces la muerte cerró, que admiraban de su dueño la figura.

Entonces también, a sí, después que fue en la inferna sede recibido,

505 en la estigia agua se contemplaba. En duelo se golpearon sus
hermanas

las Náyades, y a su hermano depositaron sus cortados cabellos,
en duelo se golpearon las Dríades: sus golpes asuena Eco.
Y ya la pira y las agitadas antorchas y el féretro preparaban:
en ninguna parte el cuerpo estaba; zafranada, en vez de cuerpo, una flor
510 encuentran, a la que hojas en su mitad ceñían blancas.^[9]

Penteo y Baco (I)

Conocida la cosa, una merecida fama al adivino por las acaidas
ciudades aportó, y el nombre era del augur ingente;
le desdeñó el Equiónida, aun así, a él, de todos el único,
despreciador de los altísimos, Penteo, y de las présagas palabras
515 se ríe del viejo y sus tinieblas y la calamidad de su luz arrancada
le imputa. Él, moviendo sus blanqueantes sienes de canas:

«Qué feliz serías si tú también de la luz esta

huérfano», dice, «quedaras, y los báquicos sacrificios no vieras.

Pues un día llegará, que no lejos auguro que está,

520 en el que nuevo aquí venga, prole de Sémele, Líber,

al cual, si no de sus templos hubieres dignado con el honor,

por mil lugares destrozado te esparcirás y de sangre las espesuras

mancharás, y a la madre tuya, y de tu madre a las hermanas.

Ocurrirá, puesto que no dignarás al numen con su honor,

525 y de que yo, en estas tinieblas, demasiado he visto te quejarás.»

Al que tal decía empuja de Equión el nacido;

a sus palabras la confirmación sigue, y las respuestas del adivino
suceden.

Líber llega, y con festivos alaridos rugen los campos:

la multitud se lanza y, mezcladas con los hombres madres y nueras,
530 pueblo y próceres a los desconocidos sacrificios vanse.

«¿Qué furor, hijos de la serpiente, prole de Mavorte, las mentes
ha suspendido vuestras?», Penteo dice; «¿los bronces tanto,
con bronces percutidos, pueden, y de combado cuerno la tibia
y los mágicos engaños, que a quienes no la bélica espada,

535 no la tuba aterrara, no de empuñadas armas las columnas,
voces femeninas y movida una insania del vino
y obscenos rebaños e inanes tímpanos venzan?

¿A vosotros, ancianos, he de admirar, quienes, por largas superficies
viajando

en esta sede vuestra Tiro, en ésta vuestros prófugos penates pusisteis,

540 ahora permitís que sin Marte se os cautive? ¿O a vosotros, más
áspera edad,

oh, jóvenes, y más cercana a la mía, a los que armas sostener,
no tirsos, y de gálea cubriros, no de fronda, decoroso era?

Tened, os ruego, presente, de qué stirpe fuisteis creados
y ánimos cobrad de aquella, que a muchos perdió ella sola,

545 la serpiente. Por sus manantiales ella y su lago
pereció: mas vosotros por la fama vencid vuestra.

Ella dio a la muerte a valientes; vosotros rechazad a unos débiles
y el honor retened patrio. Si los hados vedaban

que se alce largo tiempo Tebas, ojalá que máquinas y hombres

550 sus murallas derruyeran, y hierro y fuego sonaran.

Seríamos desgraciados sin crimen y nuestra suerte de lamentar,

no de esconder habríamos, y nuestras lágrimas de pudor carecerían;
mas ahora Tebas es cautivada por un muchacho inerme,

al que ni las guerras agradan ni las armas ni el uso de caballos,

⁵⁵⁵ sino empapado de mirra el pelo y las muelles coronas

y la púrpura y entretejido en las pintas ropas el oro,

al cual, ciertamente, yo ahora mismo —vosotros sólo apartaos—
obligaré

a que supuesto a su padre, e inventados sus sacrificios, confiese.

¿Es que bastante valor Acrisio tiene para desdeñar el vano

⁵⁶⁰ numen, y las argólicas puertas, al venir, cerrarle,

y a Penteo aterrorizará, con toda Tebas, ese extranjero?

Id rápidos —a sus sirvientes esto impera—, id y a su jefe

atraed aquí atado. De mis órdenes la demora lenta se aparte.»

A él su abuelo, a él Atamante, a él la restante multitud de los suyos

⁵⁶⁵ lo corren con sus razones y en vano por contenerlo se esfuerzan;

más áspera con la advertencia es, y se excita retenida

y crece su rabia, y las moderaciones mismas perjudiciales eran:

así yo al torrente, por donde nada se le oponía al él pasar,

más dulcemente y con módico estrépito bajar he visto;

⁵⁷⁰ mas, por donde quiera que un tronco o en contra erigidas rocas lo
sujetaban,

espúmeo e hirviente y por el impedimento más salvaje iba.

He aquí que cruentos vuelven y, Baco dónde estuviera,

a su señor, que preguntaba, que a Baco habían visto negaron.

«A éste», dijeron, «aun así, su compañero y servidor de sus sacrificios

575 capturamos», y entregan, las manos tras la espalda atadas,
los sacrificios del dios a uno, del tirreno pueblo, que había seguido.

Lo contempla a él Penteo, con ojos que la ira estremecedores
hiciera, y aunque de los castigos apenas los tiempos difiere:

«Oh, quien has de morir y que con la muerte tuya has de dar enseñanza
a otros»,

580 dice, «revela tu nombre y el nombre de tus padres
y tu patria, y, de costumbre nueva, por qué estos sacrificios frecuentas.»

Los navegantes tirrenos

Él, de miedo vacío: «El nombre mío», dijo, «Acetes,
mi patria Meonia es, de la humilde plebe mis padres.

No a mí, que duros novillos cultivaran, mi padre campos,

585 o lanadas greyes, no manadas algunas me dejó;

pobre también él fue y con lino solía y anzuelos

engañar, y con cálamo coger, saltarines peces.

Esta arte suya su hacienda era; al transmitirme su arte:

«Recibe, las que tengo, de mi esfuerzo sucesor y heredero»,

590 dijo, «estas riquezas», y al morir a mí nada él me dejó

salvo aguas: sólo esto puedo denominar paterno.

Pronto yo, para no en las peñas quedarme siempre mismas,

aprendí además el gobernalle de la quilla, por mi diestra moderado,

a guiar, y de la Cabra Olenia la estrella pluvial,

595 y Taígete y las Híadas y en mis ojos la Ursa anoté,

y de los vientos las casas, y los puertos para las popas aptos.

Por azar yendo a Delos, de la quía tierra a las orillas
me acoplo, y me acerco a los litorales con diestros remos,
y doy unos leves saltos y me meto en la húmeda arena:

⁶⁰⁰ la noche cuando consumida fue —la Aurora a rojecer a lo primero
empezaba—, me levanto, y linfas que traigan recientes
encomiendo, y les muestro la ruta que lleve a esas ondas;
yo, qué el aura a mí prometa, desde un túmulo alto
exploro, y a los compañeros llamo y regreso a la quilla.

⁶⁰⁵ «Aquí estamos», dice de los socios el primero, Ofeltes,
y, según cree que botín en el desierto campo hallado ha,
de virgínea hermosura a un muchacho conduce por los litorales.
Él, de vino puro y sueño pesado, titubar parece,
y apenas seguirle; miro su ornato, su faz y su paso:

⁶¹⁰ nada allí que creerse pudiera mortal veía.

Lo sentí y lo dije a mis socios: «Qué numen en este
cuerpo hay, dudo; pero en el cuerpo este una divinidad hay.

Quien quiera que eres, oh, sénos propicio, y nuestros afanes asiste;
a estos también des tu venia.» «Por nosotros deja de suplicar»,

⁶¹⁵ Dictis dice, que él no otro en ascender a lo alto
de las entenas más raudo, y estrechando la escota descender;
esto Libis, esto el flavo, de la proa tutela, Melanto,
esto aprueba Alcimedonte y quien descanso y ritmo
con su voz daba a los remos, de los ánimos estímulo, Epopeo,

⁶²⁰ esto todos los otros: de botín tan ciego el deseo es.

«No, aun así, que este pino se viole con su sagrado peso
toleraré», dije; «la parte mía aquí la mayor es del derecho»,
y en la entrada me opongo a ellos. Se enfurece el más audaz de todo
el grupo, Licabas, que expulsado de su toscana ciudad,
625 exilio como castigo por un siniestro asesinato cumplía.
Él a mí, mientras resisto, con su juvenil puño la garganta
me rompió, y golpeado me habría mandado a las superficies si no
me hubiera yo quedado, aunque amente, en una cuerda retenido.
La impía multitud aprueba el hecho; entonces por fin Baco,
630 pues Baco fuera, cual si por el clamor disipado
sea el sopor, y del vino vuelvan a su pecho sus sentidos,
«¿Qué hacéis? ¿Cuál este clamor?», dice. «Por qué medio, decid,
aquí he arribado? ¿A dónde a llevarme os disponéis?»
«Deja tu miedo», Proreo, «y qué puertos alcanzar,
635 di, quieres», dijo, «en la tierra pedida se te dejará.»
«A Naxos», dice Líber, «los cursos volved vuestros.
Aquella la casa mía es, para vosotros será hospitalaria tierra.»
Por el mar, falaces, y por todos los númenes juran
que así sería, y a mí me ordenan a la pinta quilla dar velas.
640 Diestra Naxos estaba: por la diestra a mí, que linos daba:
«¿Qué haces, oh demente? ¿Qué furor hay en ti» dice, «Acetes?»
Por sí cada uno teme: «A la izquierda ve.» La mayor parte
con un gesto me indica, parte qué quiere en el oído me susurra.
Quedéme suspendido y: «Coja alguno los gobernalles», dije,

645 y del ministerio de la impiedad y del de mi arte me privé.

Me increpan todos, y todo murmura el grupo,
de los cuales Etalión: «Así es que toda en ti solo
nuestra salvación depositada está», dice, y sube y él mismo la obra
cumple mía y Naxos abandonada, marcha a lo opuesto.

650 Entonces el dios, burlándose, como si ahora al fin el engaño
sintiera, desde la popa combada el ponto explora,
y al que llora semejante: «No estos litorales, marineros»,
«a mí me prometisteis», dice, «no esta tierra por mí rogada ha sido»
¿Por qué hecho he merecido este castigo? ¿Cuál la gloria vuestra es,
655 si a un muchacho unos jóvenes, si muchos engañáis a uno?»

Hacía tiempo lloraba yo: de las lágrimas nuestras ese puñado impío
se ríe y empuja las superficies con apresurados remos.

Por él mismo a ti ahora —y no más presente que él
hay un dios— te juro, que tan verdaderas cosas yo a ti te refiero

660 como mayores que de la verdad la fe: se quedó quieta en la
superficie la popa

no de otro modo que si su seco astillero la retuviera.

Ellos, asombrándose, de los remos en el golpe persisten
y las velas bajan, y con geminada ayuda correr intentan.

Impiden hiedras los remos y con su nexo recurvo

665 serpean y con grávidos corimbo separan las velas.

Él, de racimadas uvas su frente circundado,

agita su velada asta de pampíneas frondas;

del cual alrededor, tigres y apariencias inanes de lince,
y de pintas panteras yacen los fieros cuerpos.

670 Fuera saltaron los hombres, bien si esto la insania hizo
o si el temor, y el primero Medón a negrecer empezó
por el cuerpo y en una prominente curvatura de su espina a doblarse
empieza. A éste Licabas: «¿En qué portentos», dijo,
«te tornas?», y anchas las comisuras y encorvada del que hablaba
675 la nariz era y escama su piel endurecida sacaba.

Mas Libis, que se resistían, mientras quiere revolver los remos,
a un espacio breve atrás saltar sus manos vio, y que ellas
ya no eran manos, que ya aletas podían llamarse.

Otro, a las enroscadas cuerdas deseando echar los brazos,
680 brazos no tenía y, recorvado, con un trunco cuerpo
a las olas saltó: falcada en lo postrero su cola es,
cuales de la demediada luna se curvan los cuernos.

Por todos lados dan saltos y con su mucha aspersion todo rocían
y emergen otra vez y regresan bajo las superficies de nuevo

685 y de un coro en la apariencia juegan y retozones lanzan^[10]
sus cuerpos y el recibido mar por sus anchas narinas exhalan.

De hace poco veinte —pues tantos la balsa aquella llevaba—
quedaba solo yo: pávido y helado, temblándome

el cuerpo, y apenas en mí, me afirma el dios, «Sacude», diciendo,

690 «de tu corazón el miedo y Día alcanza.» Arribado a ella
accedí a sus sacrificios y los báqueos sacrificios frecuento.»

Penteo y Baco (II)

«Hemos prestado a tus largos», Penteo, «rodeos oídos»

dice, «para que mi ira con la demora fuerzas soltar pudiera.

De cabeza, servidores, llevaos a éste, y tras ser torturados con siniestros

695 tormentos sus miembros, bajadlos a estigia noche.»

En seguida, arrastrado el tirreno Acetes, en sólidos

techos es encerrado; y mientras los crueles instrumentos

de la ordenada muerte y hierro y fuegos se preparan,

por sí mismas se abrieron las puertas y deslizáronse de sus brazos,

700 por sí mismas, fama es, sin que nadie las soltara, sus cadenas.

Persiste el Equiónida y no ya ordena ir, sino que él mismo

camina adonde, elegido para hacerse los sacrificios, el Citerón

con cantos y clara de las bacantes la voz sonaba.

Como brama áspero el caballo cuando, bélico, con su bronce canoro,

705 señales dio el trompeta, y de la batalla cobra el amor,

a Penteo así, herido por los largos aullidos, el éter

conmueve, y oído el clamor de nuevo se encandeció su ira.

Del monte casi en la mitad hay, con espesuras los extremos ciñendo,

puro de árboles, visible de todas partes, un llano:

710 Aquí a él, que con ojos profanos contemplaba los sacrificios,

la primera vio, la primera arrojóse con insana carrera,

la primera al Penteo suyo violentó arrojándole su tirso

su madre y: «Oh, gemelas hermanas^[11] », clamó, «acudid.

Ese jabalí que en nuestros campos vaga, inmenso,

⁷¹⁵ ese jabalí yo de herir he.» Se lanza toda contra uno solo
la multitud enfurecida, todas se unen y tembloroso le persiguen,
ya tembloroso, ya palabras menos violentas diciendo,
ya a sí condenándose, ya que él había pecado confesando.

Herido él, aun así: «Préstame ayuda, tía», dijo,

⁷²⁰ «Autónoe. Muevan tus ánimos de Acteón las sombras.»

Ella qué Acteón no sabe y la diestra del que suplicaba
arrancó, de Ino lacerada fue la otra por el rapto.

No tiene, infeliz, qué brazos a su madre tender,
sino trucas mostrando las heridas de los arrebatados miembros:

⁷²⁵ «Contéplame, madre», dice. A aquello que vio aulló Ágave
y su cuello agitó y movió por los aires su melena,
y arrancándole la cabeza, a ella abrazada con dedos cruentos
clama: «Ea, compañeras, esta obra la victoria nuestra es.»

No más rápido unas frondas, por el frío del otoño tocadas,

⁷³⁰ y ya mal sujetas, las arrebatada de su alto árbol el viento,
que fueron los miembros del hombre por manos nefandas despedazados.

Con tales ejemplos advertidas los nuevos sacrificios frecuentan
e inciensos dan y honran las Isménides las santas aras.

Libro cuarto

Las hijas de Minias (I)

Mas no Alcítoe la Mineia estima que las orgías

deban acogerse del dios, sino que todavía, temeraria, que Baco

progenie sea de Júpiter niega y socias a sus hermanas

de su impiedad tiene. La fiesta celebrar el sacerdote

⁵ —y, descargadas de los trabajos suyos, a las sirvientas y sus dueñas

sus pechos con piel cubrirse, sus cintas para el pelo desatarse,

guirnaldas en su melena, en sus manos poner frondosos tirsos—

había ordenado, y que salvaje sería del dios ofendido la ira

vaticinado había: obedecen madres y nueras

¹⁰ y sus telas y cestos y los no hechos pesos de hilo guardan,

e inciensos dan, y a Baco llaman, y a Bromio, y a Lieo,

y al hijo del fuego y al engendrado dos veces y al único bimadre;

se añade a éstos Niseo, e intonsurado Tioneo

y, con Leneo, el natal plantador de la uva

¹⁵ y Nictelio y padre Eleleo y Iaco y Euhan

y cuantos además, numerosos, por los griegos pueblos

nombres, Líber, tienes; pues tuya la inagotable juventud es,

tú muchacho eterno, tú el más hermoso en el alto cielo

contemplado eres; cuando sin cuernos estás, virgínea

²⁰ la cabeza tuya es; el Oriente por ti fue vencido, hasta allí,

donde la decolor India se ciñe del extremo Ganges.

A Penteo tú, venerando, y a Licurgo, el de hacha de doble ala,
sacrílegos, inmolas, y los cuerpos de los tirrenos mandas
al mar, tú, insignes por sus pintos frenos, de tus biyugues
25 lince los cuellos oprimes. Las Bacas y los Sátiros te siguen,
y el viejo^[12] que con la caña, ebrio, sus titubeantes miembros
sostiene, y no fuertemente se sujeta a su encorvado burrito.
Por donde quiera que entras, un clamor juvenil y, a una,
femeninas voces y tímpanos pulsados por palmas,
30 y cóncavos bronces suenan, y de largo taladro el boj.
«Plácido y suave», ruegan las Isménides, «vengas»,
y los ordenados sacrificios honran; solas las Mineides, dentro,
turbando las fiestas con intempestiva Minerva,
o sacan lanas o las hebras con el pulgar viran
35 o prendidas están de la tela, y a sus sirvientas con labores urgen;
de las cuales una, haciendo bajar el hilo con su ligero pulgar:
«Mientras cesan otras e inventados sacrificios frecuentan,
nosotras también a quienes Palas, mejor diosa, detiene», dice,
«la útil obra de las manos con varia conversación aliviemos
40 y por turnos algo, que los tiempos largos parecer
no permita, en medio contemos para nuestros vacíos oídos.»
Lo dicho aprueban y la primera le mandan narrar sus hermanas.
Ella qué, de entre muchas cosas, cuente —pues muchísimas conocía—
considera, y en duda está de si de ti, babilonia, narrar,
45 Dércetis, quien los Palestinos creen que, tornada su figura,

con escamas que cubrían sus miembros removi6 los pantanos,
o m6s bien de c6mo la hija de aqu6lla, asumiendo alas,
sus extremos a6os en las altas torres pasara,
o acaso c6mo una n6yade con su canto y sus demasiado poderosas
hierbas

50 tornara unos juveniles cuerpos en t6citos peces
hasta que lo mismo padeci6 ella, o, acaso, el que frutos blancos llevaba,
c6mo ahora negros los lleva por contacto de la sangre, ese 6rbol:
esto elige; 6sta, puesto que una vulgar f6bula no es,
de tales modos comenz6, mientras la lana sus hilos segu6a:

P6ramo y Tisbe

55 «P6ramo y Tisbe, de los j6venes el m6s bello el uno,
la otra, de las que el Oriente tuvo, preferida entre las muchachas,
contiguas tuvieron sus casas, donde se dice que
con cer6micos muros ci6o Sem6ramis su alta ciudad.

El conocimiento y los primeros pasos la vecindad los hizo,

60 con el tiempo creci6 el amor; y sus teas tambi6n, seg6n derecho, se
hubieran unido

pero lo vetaron sus padres; lo que no pudieron vetar:

por igual ard6an, cautivas sus mentes, ambos.

C6mplice alguno no hay; por gesto y se6ales hablan,

y mientras m6s se tapa, tapado m6s bulle el fuego.

65 Hendida estaba por una tenue rendija, que ella hab6a producido en
otro tiempo,

cuando se hac6a, la pared com6n de una y otra casa.

Tal defecto, por nadie a trav6s de siglos largos notado

—¿qué no siente el amor?—, los primeros lo visteis los amantes
y de la voz lo hicisteis camino, y seguras por él

⁷⁰ en murmullo mínimo vuestras ternuras atravesar solían.

Muchas veces, cuando estaban apostados de aquí Tisbe, Píramo de allí,
y por turnos fuera buscado el anhélito de la boca:

«Envidiosa», decían, «pared, ¿por qué a los amantes te opones?

¿Cuánto era que permitieses que con todo el cuerpo nos uniéramos,

⁷⁵ o esto si demasiado es, siquier que, para que besos nos diéramos, te
abrieras?

Y no somos ingratos: que a ti nosotros debemos confesamos,

el que dado fue el tránsito a nuestras palabras hasta los oídos amigos.

Tales cosas desde su opuesta sede en vano diciendo,

al anochecer dijeron «adiós» y a la parte suya dieron

⁸⁰ unos besos cada uno que no arribarían en contra.

La siguiente Aurora había retirado los nocturnos fuegos,

y el sol las pruinosas hierbas con sus rayos había secado.

Junto al acostumbrado lugar se unieron. Entonces con un murmullo
pequeño,

de muchas cosas antes quejándose, establecen que en la noche silente

⁸⁵ burlar a los guardas y de sus puertas fuera salir intenten,

y que cuando de la casa hayan salido, de la ciudad también los techos
abandonen,

y para que no hayan de vagar recorriendo un ancho campo,

que se reúnan junto al crematorio de Nino y se escondan bajo la sombra
del árbol: un árbol allí, fecundísimo de níveas frutas,

⁹⁰ un arduo moral, había, colindante a una helada fontana.

Los acuerdos aprueban; y la luz, que tarde les pareció marcharse,
se precipita a las aguas, y de las aguas mismas sale la noche.

Astuta, por las tinieblas, girando el gozne, Tisbe
sale y burla a los suyos y, cubierto su rostro,

⁹⁵ llega al túmulo, y bajo el árbol dicho se sienta.

Audaz la hacía el amor. He aquí que llega una leona,

de la reciente matanza de unas reses manchadas sus espumantes
comisuras,

que iba a deshacerse de su sed en la onda del vecino hontanar;

a ella, de lejos, a los rayos de la luna, la babilonia Tisbe

¹⁰⁰ la ve, y con tímido pie huye a una oscura caverna

y mientras huye, de su espalda resbalados, sus velos abandona.

Cuando la leona salvaje su sed con mucha onda contuvo,

mientras vuelve a las espesuras, encontrados por azar sin ella misma,

con su boca cruenta desgarró los tenues atuendos.

¹⁰⁵ Él, que más tarde había salido, huellas vio en el alto

polvo ciertas de fiera y en todo su rostro palideció

Príamo; pero cuando la prenda también, de sangre teñida,

encontró: «Una misma noche a los dos», dice, «amantes perderá,

de quienes ella fue la más digna de una larga vida;

¹¹⁰ mi vida dañina es. Yo, triste de ti, te he perdido,

que a lugares llenos de miedo hice que de noche vinieras

y no el primero aquí llegué. ¡Destrozad mi cuerpo

y mis malditas entrañas devorad con fiero mordisco,

oh, cuantos leones habitáis bajo esta peña!

115 Pero de un cobarde es pedir la muerte.» Los velos de Tisbe
recoge, y del pactado árbol a la sombra consigo los lleva,
y cuando dio lágrimas, dio besos a la conocida prenda:
«Recibe ahora» dice «también de nuestra sangre el sorbo»,
y, del que estaba ceñido, se hundió en los costados su hierro,
120 y sin demora, muriendo, de su hirviente herida lo sacó,
y quedó tendido de espalda al suelo: su crúor fulgura alto,
no de otro modo que cuando un caño de plomo defectuoso
se hiende, y por el tenue, estridente taladro, largas
aguas lanza y con sus golpes los aires rompe.

125 Las crías del árbol, por la aspersion de la sangría, en negra
faz se tornan, y humedecida de sangre su raíz,
de un purpúreo color tiñe las colgantes moras.
He aquí que, su miedo aún no dejado, por no burlar a su amante,
ella vuelve, y al joven con sus ojos y ánimo busca,
130 y por narrarle qué grandes peligros ha evitado está ansiosa;
y aunque el lugar reconoce, y en el visto árbol su forma,
igualmente la hace dudar del fruto el color: fija se queda en si él es.
Mientras duda, unos trémulos miembros ve palpar
en el cruento suelo y atrás su pie lleva, y una cara que el boj
135 más pálida portando se estremece, de la superficie en el modo,
que tiembla cuando lo más alto de ella una exigua aura toca.
Pero después de que, demorada, los amores reconoció suyos,
sacude con sonoro golpe, indignos, sus brazos

y desgarrándose el cabello y abrazando el cuerpo amado
140 sus heridas colmó de lágrimas, y con su llanto el crúor
mezcló, y en su helado rostro besos prendiendo:

«Píramo», clamó, «¿qué azar a ti de mí te ha arrancado?

Píramo, responde. La Tisbe tuya a ti, queridísimo,
te nombra; escucha, y tu rostro yacente levanta.»

145 Al nombre de Tisbe sus ojos, ya por la muerte pesados,
Píramo irguió, y vista ella los volvió a velar.

La cual, después de que la prenda suya reconoció y vació
de su espada vio el marfil: «Tu propia a ti mano», dice, «y el amor,
te ha perdido, desdichado. Hay también en mí, fuerte para solo

150 esto, una mano, hay también amor: dará él para las heridas fuerzas.

Seguiré al extinguido, y de la muerte tuya tristísima se me dirá
causa y compañera, y quien de mí con la muerte sola

serme arrancado, ay, podías, habrás podido ni con la muerte serme
arrancado.

Esto, aun así, con las palabras de ambos sed rogados,

155 oh, muy tristes padres mío y de él,

que a los que un seguro amor, a los que la hora postrera unió,
de depositarles en un túmulo mismo no os enojéis;

mas tú, árbol que con tus ramas el lamentable cuerpo

ahora cubres de uno solo —pronto has de cubrir de dos—,

160 las señales mantén de la sangría, y endrinas, y para los lutos aptas,

siempre ten tus crías, testimonios del gemelo crúor»,

dijo, y ajustada la punta bajo lo hondo de su pecho
se postró sobre el hierro que todavía de la sangría estaba tibio.
Sus votos, aun así, conmovieron a los dioses, conmovieron a los padres,
165 pues el color en el fruto es, cuando ya ha madurado, negro,
y lo que a sus piras resta descansa en una sola urna.»

Los amores del Sol. Marte y Venus. Leucótoe. Clítie

Había cesado, e intermedio hubo un breve tiempo, y empezó
a hablar Leucónoe; su voz contuvieron las hermanas.

«A éste también, que temple todas las cosas con su sidérea luz,
170 cautivó el amor, al Sol: del Sol contaremos los amores.

El primero que el adulterio de Venus con Marte vio
se cree este dios; ve este dios todas las cosas el primero.

Hondo se dolió del hecho y al marido, descendencia de Juno^[13],
los hurtos de su lecho y del hurto el lugar mostró; mas a aquél,

175 su razón y la obra que su fabril diestra sostenía,
se le cayeron: al punto gráciles de bronce unas cadenas,
y redes y lazos que las luces burlar pudieran

lima —no aquella obra vencerían las más tenues
hebras, no la que cuelga de la más alta viga telaraña—

180 y que a los ligeros tactos pequeños movimientos obedezcan
consigue, y el lecho circundando las coloca con arte.

Cuando llegaron a este lecho, al mismo, su esposa y el adúltero,
con el arte del marido y las ataduras preparadas de novedosa manera,
en mitad de sus abrazos ambos sorprendidos quedan.

185 El Lemnio al punto sus puertas marfileñas abrió
y admitió a los dioses; ellos yacían enlazados
indecentemente, y algunos de entre los dioses no tristes desea
así hacerse indecente... Los altísimos rieron y largo tiempo
ésta fue conocidísima hablilla en todo el cielo.

190 «Lleva a cabo la Citereia, de la de delación, un castigo vengador,
y, por turnos, a aquél que hirió sus escondidos amores
hiere con amor semejante. ¿De qué ahora, de Hiperión el nacido,
tu hermosura y tu color a ti, y tus radiadas luces te sirven?

Así es que tú, quien con tus fuegos todas las tierras abrasas,

195 abrasaste con un fuego nuevo, y quien todas las cosas divisar debes,
a Leucótoe contemplas y clavas en una doncella sola,
los que al cosmos debes, ojos: ya te levantas más tempranamente
del auroral cielo, ya más tarde caes a las ondas,

y por tu demora en contemplarla alargas las invernales horas;

200 desfalleces a las veces, y el mal de tu mente a tus luces

pasa, y, oscuro, los mortales pechos aterras,

y no porque a ti de la luna la imagen más cercana a las tierras
se haya opuesto palideces: hace tal color el amor este.

Quieres a ésta sola, y no a ti Clímene, y Rodas,

205 ni te retiene la genetriz, bellísima, de la Eea Circe,

y la que tus concúbitos, Clitie, aunque despreciada

buscaba, y que en el mismo tiempo aquel una grave herida

tenía: Leucótoe, de muchas, los olvidos hizo,

a la cual, del pueblo aromático, en parto dio a luz,

²¹⁰ hermosísima, Eurínome; pero después de que la hija creció,
cuanto la madre a todas, tanto a la madre la hija vencía.

Rigió las aquemenias ciudades su padre Órcamo y él

el séptimo desde su primitivo origen, desde Belo, se numera.

Bajo el eje Vespertino están los pastos de los caballos del Sol:

²¹⁵ ambrosia en vez de hierba tienen; ella sus cansados miembros
de los diurnos menesteres nutre y los repara para su labor.

Y mientras los cuadrípedes allí celestes pastos arrancan

y la noche su turno cumple, en los tálamos el dios penetra amados,

tornado en la faz de Eurínome, la genetriz, y entre

²²⁰ una docena de sirvientas, a Leucótoe, a las luces, divisa,
que ligeras hebras sacaba, girando el huso.

Así pues, cuando cual una madre hubo dado besos a su querida hija:

«Un asunto», dice «arcano es: sirvientas, retiraos, y no
arrebatad el arbitrio a una madre de cosas secretas hablar.»

²²⁵ Habían obedecido, y el dios, el tálamo sin testigo dejado:

«Aquél yo soy», dijo, «que mido el largo año,

todas las cosas quien veo, por quien ve todo la tierra,

del cosmos el ojo: a mí, créeme, complaces.» Se asusta ella y del miedo

la rueca y el huso cayeron de sus dedos remisos.

²³⁰ El propio temor decor le fue, y no más largamente él demorándose
a su verdadero aspecto regresó y a su acostumbrado nitor;

mas la virgen, aunque aterrada por la inesperada visión,

vencida por el nitor del dios, dejando su lamento, su fuerza sufrió.

«Se enojó Clitie, pues tampoco moderado había sido

²³⁵ en ella del Sol el amor, y acuciada de la rival por la ira,

divulga el adulterio y a la difamada ante su padre

acusa; él, feroz e implacable, a la que suplicaba

y tendía las manos a las luces del Sol y que: «Él

fuerza me hizo contra mi voluntad», decía, la sepultó, sanguinario,

²⁴⁰ bajo alta tierra y un túmulo encima añade de pesada arena.

Lo disipa con sus rayos de Hiperión el nacido y camino

te da a ti por donde puedas sacar tu sepultado rostro;

y tú ya no podías, matada tu cabeza por el peso de la tierra,

ninfa, levantarla, y cuerpo exangüe yacías:

²⁴⁵ nada que aquello más doliente se cuenta que el moderador de los
voladores

caballos, después de los fuegos de Faetonte, había visto.

Él ciertamente los gélidos miembros intenta, si pueda,

de sus radios con las fuerzas, retornar al vivo calor;

pero, puesto que a tan grandes intentos el hado se opone,

²⁵⁰ con néctar aromado asperjó su cuerpo y el lugar,

y de muchas cosas antes lamentándose: «Tocarás, aun así, el éter», dijo.

En seguida, imbuido del celeste néctar el cuerpo

se licueció y la tierra humedeció con su aroma,

y una vara a través de los terrones, insensiblemente, con raíces en ella
hechas,

²⁵⁵ de incienso, se irguió, y el túmulo con su punta rompió.

Mas a Clitie, aunque el amor excusar su dolor,
y su delación el dolor podía, no más veces el autor de la luz
acudió y de Venus la moderación a sí mismo se hizo en ella.

Se consumió desde de aquello, demencialmente de sus amores haciendo
uso,

²⁶⁰ sin soportar ella a las ninfas, y bajo Júpiter noche y día
se sentó en el suelo desnuda, desnudos, despeinada, sus cabellos,
y durante nueve luces sin probar agua ni alimento,
con mero rocío y las lágrimas suyas sus ayunos cebó
y no se movió del suelo; sólo contemplaba del dios

²⁶⁵ el rostro al pasar y los semblantes suyos giraba a él.

Sus miembros, cuentan, se prendieron al suelo, y una lívida palidez
vertió parte de su color a las exangües hierbas;
tiene en parte un rubor, y su cara una flor muy semejante a la violeta
cubre.

Ella, aunque por una raíz está retenida, al Sol

²⁷⁰ se vuelve suyo y mutada conserva su amor.»

Las hijas de Minias (II)

Había dicho, y el hecho admirable había cautivado los oídos.

Parte que ocurrir pudiera niegan, parte, que todo los verdaderos
dioses pueden, recuerdan: pero no también Baco entre ellos.

Se reclama a Alcítoe, después de que callaron sus hermanas.

²⁷⁵ La cual, por el radio haciendo correr las hebras de la tela puesta:

«Por divulgados callo», dijo, «del pastor Dafnis del

Ida los amores, a quien su ninfa por la ira de su rival

confirió a una roca: tan gran dolor abrasa a los amantes;
y no hablo de cómo en otro tiempo, innovada la ley de la naturaleza,
280 ambiguo fuera, ora hombre, ora mujer Sitón.

A ti también, ahora acero, en otro tiempo fidelísimo al pequeño
Júpiter, Celmis, y a los Curetes, engendrados por larga lluvia,
y a Croco, en pequeñas flores, con Esmílace, tornado:
a todos dejo de lado, y vuestros ánimos con una dulce novedad retendré.
Sálmacis y Hermafrodito

285 De dónde que infame sea, por qué con sus poco fuertes ondas
Sálmacis enerva y ablanda los miembros por ella tocados,
aprended. La causa se ignora; el poder es conocidísimo del manantial.

A un niño, de Mercurio y la divina Citereide nacido,
las náyades nutrieron bajo las cavernas del Ida,

290 del cual era la faz en la que su madre y padre
conocerse pudieran; su nombre también trajo de ellos.

Él, en cuanto los tres quinquenios hizo, los montes
abandonó patrios y, el Ida, su nodriza, dejado atrás,
de errar por desconocidos lugares, de desconocidas corrientes

295 ver, gozaba, su interés aminorando la fatiga.

Él incluso a las licias ciudades, y a Licia cercanos, los carios
llega: ve aquí un pantano, de una linfa diáfana
hasta el profundo suelo. No allí caña palustre,
ni estériles ovas, ni de aguda cúspide juncos:

300 perspicuo licor es; lo último, aun así, del pantano, de vivo

césped se ciñe, y de siempre verdeantes hierbas.

Una ninfa lo honra, pero ni para las cacerías apta ni que los arcos
doblar suela ni que competir en la carrera,
y única de las náyades no conocida para la veloz Diana.

³⁰⁵ A menudo a ella, fama es, le dijeron sus hermanas:

«Sálmacis, o la jabalina o las pintas aljabas coge,
y con duras cacerías tus ocios mezcla.»

Ni la jabalina coge ni las pintas ella aljabas,
ni con duras cacerías sus ocios mezcla,

³¹⁰ sino ora en la fontana suya sus hermosos miembros lava,

a menudo con peine del Citoro alisa sus cabellos

y qué le sienta bien consulta a las ondas que contempla,

ahora, circundando su cuerpo de un muy diáfano atuendo,

bien en las mullidas hojas, bien en las mullidas se postra hierbas,

³¹⁵ a menudo coge flores. Y entonces también por azar las cogía

cuando al muchacho vio, y visto deseó tenerlo.

Aun así, no antes se acercó, aunque tenía prisa por acercarse,

de que se hubo compuesto, de que alrededor se contempló los atuendos,

y fingió su rostro, y mereció el hermosa parecer.

³²⁰ Entonces, así empezando a hablar: «Muchacho, oh, dignísimo de
que se crea

que eres un dios, o si tú dios eres, puedes ser Cupido,

o si eres mortal, quienes te engendraron dichosos,

y tu hermano feliz, y afortunada seguro

si alguna tú hermana tienes, y la que te dio sus pechos, tu nodriza;

325 pero mucho más que todos, y mucho más dichosa aquélla,
si alguna tú prometida tienes, si a alguna dignarás con tu antorcha,
ésta tú, si es que alguna tienes, sea furtivo mi placer,
o si ninguna tienes, yo lo sea, y en el tálamo mismo entremos.»

La náyade después de esto calló; del muchacho un rubor la cara señaló

330 —pues no sabe qué el amor—, pero también enrojecer para su decor
era.

Ese color el de los suspendidos frutos de un soleado árbol,
o el del marfil teñido es, o, en su candor, cuando en vano
resuenan los bronces auxiliares, el de la rojeciente luna.

A la ninfa, que reclamaba sin fin de hermana, al menos,

335 besos, y ya las manos a su cuello de marfil le echaba:

«¿Cesas, o huyo, y contigo», dice él, «esto dejo?»

Sálmacis se atemorizó y: «Los lugares estos a ti libres te entrego,

huésped», dice, y simula marcharse su paso tornando;

entonces también, mirando atrás, y recóndita ella de arbustos en una
espesura,

340 se ocultó y en doblando la rodilla se abajó. Mas él,

claro está, como inobservado y en las vacías hierbas,

aquí va y allá y acullá, y en las retozonas ondas

las solas plantas de sus pies y hasta el tobillo baña;

sin demora, por la templanza de las blandas aguas cautivado,

345 sus suaves vestimentas de su tierno cuerpo desprende.

Entonces en verdad complació él, y de su desnuda figura por el deseo

Sálmacis se abrasó; flagran también los ojos de la ninfa

no de otro modo que cuando nitidísimo en el puro orbe
en la opuesta imagen de un espejo se refleja Febo;
350 y apenas la demora soporta, apenas ya sus goces difiere,
ya desea abrazarle, ya a sí misma mal se contiene, amente.
Él, veloz, con huecas palmas palmeándose su cuerpo
abajo salta, y a las linfas alternos brazos llevando
en las líquidas aguas se trasluce, como si alguien unas marfileñas
355 estatuas cubra, o cándidos lirios, con un claro vidrio.
«Hemos vencido y mío es» exclama la náyade, y toda
ropa lejos lanzando, en mitad se mete de las ondas
y al que lucha retiene y disputados besos le arranca
y le sujeta las manos y su involuntario pecho toca,
360 y ahora por aquí del joven alrededor, ahora se derrama por allá;
finalmente, debatiéndose él en contra y desasirse queriendo,
lo abraza como una serpiente, a la que sostiene la regia ave y
elevada la arrebatada: colgando, la cabeza ella y los pies
le enlaza y con la cola le abraza las expandidas alas;
365 o como suelen las hiedras entretejer los largos troncos
y como bajo las superficies el pulpo su apresado enemigo
contiene, de toda parte enviándole sus flagelos.
Persiste el Atlantiada y sus esperados goces a la ninfa
deniega; ella aprieta, y acoplada con el cuerpo todo,
370 tal como estaba prendida: «Aunque luches, malvado», dijo,
«no, aun así, escaparás. Así, dioses, lo ordenéis, y a él

ningún día de mí, ni a mí separe de él.»

Los votos tuvieron sus dioses, pues, mezclados, de los dos

los cuerpos se unieron y una faz se introduce en ellos

³⁷⁵ única; como si alguien, que juntos conduce en una corteza unas ramas,

al crecer, juntarse ellas, y al par desarrollarse contempla,

así, cuando en un abrazo tenaz se unieron sus miembros,

ni dos son, sino su forma doble, ni que mujer decirse

ni que muchacho, pueda, y ni lo uno y lo otro, y también lo uno y lo otro, parece.

³⁸⁰ Así pues, cuando a él las fluentes ondas, adonde hombre había descendido,

ve que semihombre lo habían hecho, y que se ablandaron en ellas

sus miembros, sus manos tendiendo, pero ya no con voz viril,

el Hermafrodito dice: «Al nacido dad vuestro de regalos,

padre y también genetriz, que de ambos el nombre tiene,

³⁸⁵ que quien quiera que a estas fontanas hombre llegara, salga de ahí semihombre y súbitamente se ablande, tocadas, en las aguas.»

Conmovidos ambos padres, de su nacido biforme válidas las palabras

hicieron y con una incierta droga la fontana tiñeron.»

Las hijas de Minias (III)

El fin era de sus palabras, y todavía de Minias la prole

³⁹⁰ apresura la tarea y desprecia al dios y su fiesta profana,

cuando unos tímpanos súbitamente, no visibles, con ronc

sonidos en contra rugen, y la flauta de combado cuerno,

y tintineantes bronces suenan; aroman las mirras y los azafranes

y, cosa que el crédito mayor, empezaron a verdecer las telas
395 y, de hiedra en la faz, a cubrirse de frondas la veste suspendida;
parte acaba en vides, y los que poco antes hilos fueron,
en sarmiento se mutan; de la hebra un pámpano sale;
la púrpura su fulgor acomoda a las pintas uvas.

Y ya el día pasado había y el tiempo llegaba
400 al que tú ni tinieblas, ni le pudieras decir luz,
sino con la luz, aun así, los confines de la dudosa noche:
los techos de repente ser sacudidos, y las grasas lámparas arder
parecen, y con rútilos fuegos resplandecer las mansiones,
y falsos espectros de salvajes fieras aullar:

405 y ya hace tiempo se esconden por las humeantes estancias las
hermanas

y por diversos lugares los fuegos y las luces evitan,
y mientras buscan las tinieblas, una membrana por sus pequeñas
articulaciones

se extiende e incluye sus brazos en una tenue ala;

y, de qué en razón hayan perdido su vieja figura,

410 saber no permiten las tinieblas. No a ellas pluma las elevaba,
a sí se sostenían, aun así, con perlúcidas alas,

y al intentar hablar, mínima y según su cuerpo una voz

emiten, y realizan sus leves lamentos con un estridor,

y los techos, no las espesuras frecuentan, y la luz odiando,

415 de noche vuelan y de la avanzada tarde tienen el nombre.

Atamante e Ino

Entonces en verdad por toda Tebas de Baco memorable
el numen era y las grandes fuerzas del nuevo dios
su tía materna narra por todas partes, y de tantas hermanas, ajena
ella sola al dolor era: salvo al que le hicieron sus hermanas.

⁴²⁰ Reparó en ella —que por sus nacidos y el tálamo de Atamante tenía
subidos los ánimos, y por su prohijado numen— Juno,
y no lo soportó, y para sí: «¿Ha podido de una rival el nacido
tornar a los meonios marineros y en el piélago sumergirlos,
y, para que sean destrozadas, a su madre dar de su hijo las entrañas,
⁴²⁵ y a las triples Mineides cubrir con nuevas alas?

¿Nada habrá podido Juno, sino no vengados llorar sus dolores?

¿Y esto para mí bastante es? ¿Esta sola la potencia nuestra es?

Él mismo enseña qué haga yo —lícito es también del enemigo aprender
—,

y qué el furor pueda, de Penteo con el asesinato bastante

⁴³⁰ y de más ha mostrado: ¿por qué no agujonearle y que vaya

por los consanguíneos ejemplos con sus propios furores Ino?

Hay una vía declive, nublada por el funesto tejo:

lleva, a través de mudos silencios, a las infernas sedes;

la Estige nieblas exhala, inerte, y las sombras recientes

⁴³⁵ descienden allí y espectros que han cumplido con sus sepulcros:

la palidez y el invierno poseen ampliamente esos lugares espinosos y,
nuevos,

por dónde sea el camino, los manes ignoran, el que lleva a la estigia

ciudad, dónde esté la fiera regia del negro Dis.

Mil entradas la capaz ciudad, y abiertas por todos lados sus puertas
440 tiene, y como los mares de toda la tierra los ríos,
así todas las almas el lugar acoge este, y no para pueblo
alguno exiguo es, o que una multitud ingresa, siente.
Vagan exangües, sin cuerpo y sin huesos, las sombras,
y una parte el foro frecuentan, parte los techos del más bajo tirano,
445 una parte algunas artes, imitaciones de su antigua vida,
ejercen, a otra parte una condena coerce.
Soporta ir allí, su sede celeste dejada
—tanto a sus odios y a su ira daba—, la Saturnia Juno;
adonde una vez que entró y por su sagrado cuerpo oprimido
450 gimió el umbral, sus tres caras Cérbero sacó
y tres ladridos a la vez dio; ella a las Hermanas,
de la Noche engendradas, llama, grave e implacable numen:
de la cárcel ante las puertas cerradas con acero estaban sentadas,
y de sus cabellos peinaban negras serpientes.
455 A la cual una vez reconocieron entre las sombras de la calina,
se pusieron de pie las diosas; Sede Maldita se llama:
sus entrañas ofrecía Titio para ser desgarradas, y sobre nueve
yugadas se extendía; por ti, Tántalo, ningunas
aguas pueden aprehenderse, y el que asoma huye, ese árbol;
460 o buscas o empujas la que ha de retornar, Sísifo, roca;
se gira Ixión y a sí mismo se persigue y huye,
y las que preparar la muerte de sus primos osaron,

asiduas ondas, que perderán, vuelven a buscar, las Bélides.

A los cuales todos después de que con una mirada torva la Saturnia

⁴⁶⁵ vio y antes de todos a Ixíon, de vuelta desde aquél

a Sísifo mirando: «¿Por qué éste, de sus hermanos», dice,

«perpetuos sufre castigos? A Atamante, el soberbio,

una regia rica le tiene, quien a mí, con su esposa, siempre

me ha despreciado», y expone las causas de su odio y su camino

⁴⁷⁰ y qué quiera: lo que querría era que la regia de Cadmo

no siguiera en pie y que a la fechoría arrastraran, a Atamante, unos furores.

Gobierno, promesas, súplicas confunde en uno,

y solivianta a las diosas: así, esto Juno habiendo dicho,

Tisífone, con sus canos cabellos, como estaba, turbados,

⁴⁷⁵ los movió y rechazó de su cara las culebras que la estorbaban

y así: «No de largos rodeos menester es», dijo;

«hecho considera cuanto ordenas; el inamable reino

abandona y vuélvete de un cielo mejor a las auras.»

Alegre regresa Juno, a la cual, en el cielo a entrar disponiéndose,

⁴⁸⁰ con roradas aguas lustró la Taumantíade Iris.

Y sin demora Tisífone, la importuna, humedecida de sangre

toma una antorcha, y de fluido crúor rojeciente

se pone el manto, y con una torcida sierpe se enciñe,

y sale de la casa. El Luto la acompaña a su paso

⁴⁸⁵ y el Pavor y el Terror y con tembloroso rostro la Insania.

En el umbral se había apostado: las jambas que temblaron se cuenta
del Eolio, y una palidez inficionó las puertas de arce,
y el Sol del lugar huye. Ante esos prodigios, aterrada la esposa,
aterrado quedó Atamante, y de su techo a salir se aprestaban:
490 se opuso la infausta Erinis y la entrada sitió,
y sus brazos distendiendo, uncidos de viperinos nudos,
su cabellera sacudió: movidas sonaron las culebras,
y parte yacen por sus hombros, parte, alrededor de sus pechos
resbaladas,
silbidos dan y suero vomitan y sus lenguas vibran.

495 De ahí dos serpientes sajó, de en medio de sus cabellos,
y con su calamitosa mano, las que había arrebatado, les arrojó; mas
ellas
de Ino los senos, y de Atamante, recorren
y les insuflan graves alientos, y heridas a sus miembros
ningunas hacen: su mente es la que los siniestros golpes siente.

500 Había traído consigo también portentos de fluente veneno,
de la boca de Cérbero espumas, y jugos de Equidna,
y desvaríos erráticos, y de la ciega mente olvidos,
y crimen y lágrimas y rabia y de la sangría el amor,
todo molido a la vez, lo cual, con sangre mezclado reciente,

505 había cocido en un bronce cavo, revuelto con verde cicuta;
y mientras espantados están ellos, vierte este veneno de furia
en el pecho de ambos y sus entrañas más íntimas turba.

Entonces, una antorcha agitando por el mismo orbe muchas veces,

alcanza con los fuegos, velozmente movidos, los fuegos.

⁵¹⁰ Así, vencedora, y de lo ordenado dueña, a los inanes
reinos vuelve del gran Dis y se desciñe de la serpiente que cogiera.

En seguida el Eólida furibundo en mitad de su corte
clama: «Io, compañeros, las redes tended en estos bosques.

Aquí ahora con su gemela prole visto he a una leona»,

⁵¹⁵ y, como de una fiera, sigue las huellas de su esposa, amente,
y del seno de su madre, riendo y sus pequeños brazos tendiéndole,
a Learco arrebatada, y dos y tres veces por las auras

al modo lo rueda de una honda, y en una rígida roca su boca,

que aún no hablaba, despedaza feroz; entonces, en fin, excitada la
madre,

⁵²⁰ —si el dolor esto hizo, o del veneno esparcido causa—,

aúlla, y con los cabellos sueltos huye mal sana,

y a ti llevándote, pequeño, en sus desnudos brazos, Melicertes:

«*Evohé*, Baco», grita: de Baco bajo el nombre Juno

rio y: «Estos servicios te preste a ti», dijo, «tu prohijado.»

⁵²⁵ Suspendida hay sobre las superficies un risco; su parte inferior
socavada está

por los oleajes y a las ondas que cubre defiende de las lluvias,

la superior rígida está y su frente a la abierta superficie extiende;

se apodera de él —fuerzas la insania le daba— Ino

y a sí misma sobre el ponto, sin que ningún temor la retarde,

⁵³⁰ se lanza y a su carga; golpeada la onda se encandeció.

Mas Venus, de los sufrimientos compadecida de su nieta, que no los
merecía,

así al tío suyo enterneció: «Oh, numen de las aguas,
ante quien cedió, siguiente al del cielo, Neptuno, el poder,
grandes cosas, ciertamente, reclamo, pero tú compadécete de los míos,
535 que lanzados ves en el Jonio inmenso,
y a los dioses añádelos tuyos. Alguna también yo estima en el ponto
tengo,
si es cierto que un día, en medio del profundo, compacta
espuma fui y mi griego nombre queda de ella.»
Asiente a la que ruega Neptuno y arrebató de ellos
540 lo que mortal fue, y una majestad verenda
les impuso y su nombre al mismo tiempo que su aspecto les innovó,
y con Leucotea, su madre, al dios Palemón llamó.
Las compañeras de Ino
Sus sidonias compañeras, cuanto pudieron siguiendo
las señales de sus pies, en lo primero de la roca vieron, las más
recientes,
545 y sin duda de su muerte cercioradas, a la Cadmeida casa
con sus palmas hicieron duelo, rasgándose, con la ropa, sus cabellos,
y como poco justa y demasiado con su rival cruel
achares hicieron a la diosa; estos reproches Juno
no soportó y: «Os haré a vosotras mismas máximos», dijo,
550 «exponentes de la crueldad mía»; el hecho a los dichos siguió.
Pues la que principalmente había sido devota: «Seguiré», dice,
«a los estrechos a la reina» y un salto al ir a dar, moverse
a parte alguna no pudo y al risco fija quedó adherida;

otra, mientras con el acostumbrado golpe intenta herir

⁵⁵⁵ sus pechos, sintió que los que lo intentaban quedaron rígidos, sus brazos;

aquella que las manos por azar había tendido del mar a las ondas,

en piedra vuelta, las manos a las mismas ondas alarga;

de una, cuando arrebatava y rasgaba de su cabeza su pelo,

endurecidos súbitamente los dedos en el pelo vieras:

⁵⁶⁰ en el gesto en que cada una sorprendida fue, se queda en él.

Parte aves se hicieron; las que ahora también en la garganta aquella

las superficies cortan con lo extremo de sus alas, las Isménides.

Cadmo y Harmonía

Desconoce el Agenórída que su nacida y su pequeño nieto

de la superficie son dioses; por el luto y la sucesión de sus males

⁵⁶⁵ vencido, y por los ostentos que numerosos había visto, sale,

su fundador, de la ciudad suya, como si la fortuna de esos lugares,

no la suya lo empujara, y por su largo vagar llevado,

alcanza las ilíricas fronteras con su prófuga esposa.

Y ya de males y de años cargados, mientras los primeros hados

⁵⁷⁰ coligen de su casa, y repasan en su conversación sus sufrimientos:

«¿Y si sagrada aquella serpiente atravesada por mi cúspide»,

Cadmo dice, «fuera, entonces, cuando de Sidón saliendo

sus vipéreos dientes esparcí por la tierra, novedosas simientes?

A la cual, si el cielo de los dioses con tan certera ira vindica,

⁵⁷⁵ yo mismo, lo suplico, como serpiente sobre mi largo vientre me extienda»,

dijo, y como serpiente sobre su largo vientre se tiende
y a su endurecida piel que escamas le crecen siente
y que su negro cuerpo se variega con azules gotas
y sobre su pecho cae de bruces, y reunidas en una sola,
580 poco a poco se atenúan en una redondeada punta sus piernas.
Los brazos ya le restan: los que le restan, los brazos tiende
y con lágrimas por su todavía humana cara manando:
«Acércate, oh, esposa, acércate, tristísima», dijo,
«y mientras algo queda de mí, me toca, y mi mano
585 coge, mientras mano es, mientras no todo lo ocupa la serpiente.»

Él sin duda quiere más decir, pero su lengua de repente
en partes se hendió dos, y no las palabras al que habla
abastan, y cuantas veces se dispone a decir lamentos
silba: esa voz a él su naturaleza le ha dejado.

590 Sus desnudos pechos con la mano hiriendo exclama la esposa:
«Cadmo, espera, desdichado, y despójate de estos prodigios.
Cadmo, ¿Qué esto, dónde tu pie, dónde están tus brazos y manos
y tu color y tu faz y, mientras hablo, todo? ¿Por qué no
a mí también, celestes, en la misma sierpe me tornáis?»

595 Había dicho, él de su esposa lamía la cara,
y a sus senos queridos, como si los reconociera, iba,
y le daba abrazos y su acostumbrado cuello buscaba.

Todo el que está presente —estaban presentes los cortesanos— se
aterra; mas ella

los lúbricos cuellos acaricia del crestado reptil

600 y súbitamente dos son y, junta su espiral, serpean,
hasta que de un vecino bosque a las guaridas llegaron.
Ahora también, ni huyen del hombre ni de herida le hieren,
y qué antes habían sido recuerdan, plácidos, los reptiles.

Perseo y Atlas

Pero aun así a ambos consuelos grandes de su tornada
605 figura su nieto les había dado, a quien, por él debelada, honraba
la India, a quien celebraba la Acaya en los templos a él puestos.

Sólo el Abantiada, de su mismo origen creado,

Acrisio, queda, que de las murallas lo aleje de la ciudad
de Argos y contra el dios lleve las armas; y su stirpe

610 no cree que sea de dioses; pues tampoco de Júpiter ser creía
a Perseo, a quien Dánae había concebido de pluvial oro.

Pronto, aun así, a Acrisio —tan grande es la presencia de la verdad—
tanto haber ultrajado al dios como no haber reconocido a su nieto
le pesa: impuesto ya en el cielo está el uno, mas el otro,

615 devolviendo el despojo memorable del vipéreo portento,
el aire tierno rasgaba con sus estridentes alas,
y cuando sobre las líbicas arenas, vencedor, estaba suspendido,
de la cabeza de la Górgona unas gotas cayeron cruentas,
que, por ella recogidas, la tierra animó en forma de variegadas
serpientes,

620 de ahí que concurrida ella está, e infesta esa tierra de culebras.

Desde ahí, a través del infinito por vientos discordes llevado,

ahora aquí ahora allí, al ejemplo de la nube acuosa
se mueve, y de la alta superficie retiradas largamente
contempla las tierras y todo sobrevuela el orbe.

⁶²⁵ Tres veces las heladas Ursas, tres veces del cangrejo los brazos ve,
muchas veces para los ocasos, muchas veces es arrebatado a los ortos,
y ya cayendo el día, temiendo confiarse a la noche,
se posó, reinos de Atlas, en el Vespertino círculo,
y un exiguo descanso busca mientras el Lucero los fuegos

⁶³⁰ convoque de la Aurora, y la Aurora los carros diurnos.
Aquí, de los hombres a todos con su ingente cuerpo superando,
el Japetiónica Atlas estuvo: la última de las tierras
bajo el rey este, y el ponto estaba, que a los jadeantes caballos
del Sol sus superficies somete y acoge sus fatigados ejes.

⁶³⁵ Mil greyes para él y otras tantas vacadas por sus hierbas
erraban y su tierra vecindad ninguna oprimía;
las arbóreas frondas, que de su oro radiante brillaban,
de oro sus ramas, de oro sus frutos, cubrían.

«Huésped», le dice Perseo a él, «si a ti la gloria te conmueve

⁶⁴⁰ de un linaje grande, del linaje mío Júpiter el autor;

o si eres admirador de las gestas, admirarás las de nos;

hospedaje y descanso busco.» Memorioso él de la vetusta

ventura era —Temis esta ventura le había dado, la Parnasia—:

«Un tiempo, Atlas, vendrá en el que será expoliado de su oro el árbol

⁶⁴⁵ tuyo, y del botín el título este de Júpiter un nacido tendrá.»

Esto temiendo, con sólidos montes sus pomares había cerrado
Atlas, y a un vasto reptil los había dado a guardar,
y alejaba de sus fronteras a los extraños todos.
A éste también: «Márchate fuera, no sea que lejos la gloria de las gestas
650 que finges», dijo, «lejos de ti Júpiter quede»,
y fuerza a sus amenazas añade, y con sus manos expulsar intenta
al que tardaba y al que con las plácidas mezclaba fuertes palabras.
En fuerzas inferior —pues quién parejo sería de Atlas
a las fuerzas—: «Mas, puesto que poco para ti la estima nuestra vale,
655 coge este regalo», dice, y de la izquierda parte, él mismo
de espalda vuelto, de Medusa la macilenta cara le sacó.
Cuan grande él era, un monte se hizo Atlas: pues la barba y la melena
a ser bosques pasan, cimas son sus hombros y brazos,
lo que cabeza antes fue, es en lo alto del monte cima,
660 los huesos piedra se hacen; entonces, alto, hacia partes todas
creció al infinito, así los dioses lo establecisteis, y todo
—con tantas estrellas— el cielo, descansó en él.
Perseo y Andrómeda
Había encerrado el Hipótada en su eterna cárcel a los vientos
e, invitador a los quehaceres, clarísimo en el alto cielo,
665 el Lucero había surgido: con sus alas retomadas ata él
por ambas partes sus pies y de su arma arponada se ciñe
y el fluente aire, movidos sus talaes, hiende.
Gentes innumerables alrededor y debajo había dejado:

de los etíopes los pueblos y los campos cefeos divisa.

⁶⁷⁰ Allí, sin ella merecerlo, expiar los castigos de la lengua
de su madre a Andrómeda, injusto, había ordenado Amón;
a la cual, una vez que a unos duros arrecifes atados sus brazos
la vio el Abantiada —si no porque una leve brisa le había movido
los cabellos, y de tibio llanto manaban sus luces,

⁶⁷⁵ de mármol una obra la habría considerado—, contrae sin él saber
unos fuegos

y se queda suspendido y, arrebatado por la imagen de la vista
hermosura,

casi de agitar se olvidó en el aire sus plumas.

Cuando estuvo de pie: «Oh», dijo, «mujer no digna, de estas cadenas,
sino de esas con las que entre sí se unen los deseosos amantes,

⁶⁸⁰ revélame, que te lo pregunto, el nombre de tu tierra y el tuyo
y por qué ataduras llevas.» Primero calla ella y no se atreve
a dirigirse a un hombre, una virgen, y con sus manos su modesto
rostro habría tapado si no atada hubiera estado;
sus luces, lo que pudo, de lágrimas llenó brotadas.

⁶⁸⁵ Al que más veces la instaba, para que delitos suyos confesar
no pareciera que ella no quería, el nombre de su tierra y el suyo,
y cuánta fuera la arrogancia de la materna hermosura
revela, y todavía no recordadas todas las cosas, la onda
resonó, y llegando un monstruo por el inmenso ponto

⁶⁹⁰ se eleva sobre él y ancha superficie bajo su pecho ocupa.

Grita la virgen: su genitor lúgubre, y a la vez

su madre está allí, ambos desgraciados, pero más justamente ella,
y no consigo auxilio sino, dignos del momento, sus llantos
y golpes de pecho llevan y en el cuerpo atado están prendidos,
695 cuando así el huésped dice: «De lágrimas largos tiempos
quedar a vosotros podrían; para ayuda prestarle breve la hora es.
A ella yo, si la pidiera, Perseo, de Júpiter nacido y de aquélla
a la que encerrada llenó Júpiter con fecundo oro,
de la Górgona de cabellos de serpiente, Perseo, el vencedor, y el que sus
alas
700 batiendo osa ir a través de las etéreas auras,
sería preferido a todos ciertamente como yerno; añadir a tan grandes
dotes también el mérito, favoréscanme sólo los dioses, intento:
que mía sea salvada por mi virtud, con vosotros acuerdo.»
Aceptan su ley —pues quién lo dudaría— y suplican
705 y prometen encima un reino como dote los padres.
He aquí que igual que una nave con su antepuesto espolón lanzada
surca las aguas, de los jóvenes por los sudorosos brazos movida:
así la fiera, dividiendo las ondas al empuje de su pecho,
tanto distaba de los riscos cuanto una baleárica honda,
710 girado el plomo, puede atravesar de medio cielo,
cuando súbitamente el joven, con sus pies la tierra repelida,
arduo hacia las nubes salió: cuando de la superficie en lo alto
la sombra del varón avistada fue, en la avistada sombra la fiera se
ensaña,
y como de Júpiter el ave, cuando en el vacío campo vio,

715 ofreciendo a Febo sus lívidas espaldas, un reptil,
se apodera de él vuelto, y para que no retuerza su salvaje boca,
en sus escamosas cervices clava sus ávidas uñas,
así, en rápido vuelo lanzándose en picado por el vacío,
las espaldas de la fiera oprime, y de ella, bramante, en su diestro ijar
720 el Ináquida su hierro hasta su curvo arpón hundió.

Por su herida grave dañada, ora sublime a las auras
se levanta, ora se somete a las aguas, ora al modo de un feroz jabalí
se revuelve, al que el tropel de los perros alrededor sonando aterra.

Él los ávidos mordiscos con sus veloces alas rehúye

725 y por donde acceso le da, ahora sus espaldas, de cóncavas conchas
por encima sembradas,

ahora de sus lomos las costillas, ahora por donde su tenuísima cola
acaba en pez, con su espada en forma de hoz, hiere.

El monstruo, con bermellón sangre mezclados, oleajes

de su boca vomita; se mojaron, pesadas por la aspersion, sus plumas,

730 y no en sus embebidos talaes más allá Perseo osando

confiar, divisó un risco que con lo alto de su vértice

de las quietas aguas emerge: se cubre con el mar movido.

Apoyado en él y de la peña sosteniendo las crestas primeras con su
izquierda,

tres veces, cuatro veces pasó por sus ijares, una y otra vez buscados, su
hierro.

735 Los litorales el aplauso y el clamor llenaron, y las superiores

moradas de los dioses: gozan y a su yerno saludan

y auxilio de su casa y su salvador le confiesan

Casiope y Cefeo, el padre; liberada de sus cadenas
avanza la virgen, precio y causa de su trabajo.

⁷⁴⁰ Él sus manos vencedoras agua cogiendo lustra,
y con la dura arena para no dañar la serpentífera cabeza,
mulle la tierra con hojas y, nacidas bajo la superficie, unas ramas
tiende, y les impone de la Forcínide Medusa la cabeza.

La rama reciente, todavía viva, con su bebedora médula

⁷⁴⁵ fuerza arrebató del portento y al tacto se endureció de él
y percibió un nuevo rigor en sus ramas y fronda.

Mas del piélago las ninfas ese hecho admirable ensayan
en muchas ramas, y de que lo mismo acontezca gozan,
y las simientes de aquéllas iteran lanzadas por las ondas:

⁷⁵⁰ ahora también en los corales la misma naturaleza permaneció,
que dureza obtengan del aire que tocan, y lo que
mimbre en la superficie era, se haga, sobre la superficie, roca.

Para dioses tres él otros tantos fuegos de césped pone;

el izquierdo para Mercurio, el diestro para ti, belicosa virgen,

⁷⁵⁵ el ara de Júpiter la central es; se inmola una vaca a Minerva,
al de pies alados un novillo, un toro a ti, supremo de los dioses.

En seguida a Andrómeda, sin dote, y las recompensas de tan gran
proeza arrebatada: sus teas Himeneo y Amor

delante agitan, de largos aromas se sacian los fuegos

⁷⁶⁰ y guirnaldas penden de los techos, y por todos lados liras
y tibia y cantos, del ánimo alegre felices

argumentos, suenan; desatracadas sus puertas los áureos
atrios todos quedan abiertos, y con bello aparato instruidos
los cefenios próceres entran en los convites del rey.

⁷⁶⁵ Después de que, acabados los banquetes, con el regalo de un
generoso Baco

expandieron sus ánimos, por el cultivo y el hábito de esos lugares
pregunta el Abantíada; al que preguntaba en seguida el único
[narra el Lincida las costumbres y los hábitos de sus hombres];
el cual, una vez lo hubo instruido: «Ahora, oh valerosísimo», dijo,

⁷⁷⁰ «di, te lo suplico, Perseo, con cuánta virtud y por qué
artes arrebataste la cabeza crinada de dragones.»

Perseo y Medusa

Narra el Agenórída que bajo el helado Atlas yacente
hay un lugar, seguro por la defensa de su sólida mole;
que de él en la avenida habitaron las gemelas hermanas

⁷⁷⁵ Fórcides, que compartían de una sola luz el uso;

que de éste él, con habilidosa astucia, furtivamente, mientras se lo
traspasan,

se apoderó, poniendo debajo su mano; y que a través de unas roquedas
lejos

escondidas, y desviadas, y erizadas de espesuras fragosas

alcanzó de las Górgonas las casas, y que por todos lados, a través de los
campos

⁷⁸⁰ y a través de las rutas, vio espectros de hombres y de fieras

que, de su antiguo ser, en pedernal convertidos fueron al ver a la
Medusa.

Que él, aun así, de la horrenda Medusa la figura había contemplado

en el bronce repercutido del escudo que su izquierda llevaba,
y mientras un grave sueño a sus culebras y a ella misma ocupaba
785 le arrancó la cabeza de su cuello, y que, por sus plumas fugaz,
Pégaso, y su hermano, de la sangre de su madre nacidos fueron.
Añadió también de su largo recorrido los no falsos peligros,
qué estrechos, que tierras bajo sí había visto desde el alto,
y qué estrellas había tocado agitando sus alas;

790 antes de lo deseado calló, aun así; toma la palabra uno
del número de los próceres preguntando por qué ella sola de sus
hermanas
llevaba entremezcladas alternas sierpes con sus cabellos.

El huésped dice: «Puesto que saber deseas cosas dignas de relato,
recibe de lo preguntado la causa. Clarísima por su hermosura
795 y de muchos pretendientes fue la esperanza envidiada
ella, y en todo su ser más atractiva ninguna parte que sus cabellos
era: he encontrado quien haberlos visto refiera.

A ella del piélagos el regidor, que en el templo la pervirtió de Minerva,
se dice: tornóse ella, y su casto rostro con la égida,
800 la nacida de Júpiter, se tapó, y para que no esto impune quedara,
su pelo de Górgona mutó en indecentes hidras.

Ahora también, cuando atónitos de espanto aterra a sus enemigos,
en su pecho adverso, las que hizo, sostiene a esas serpientes.

Libro quinto

Perseo y Fineo

Y mientras estas cosas, de los cefenos en medio del grupo, de Dánae
el héroe conmemora, de una bronca multitud los reales

atrios se llenan, y el que unas conyugales

fiestas cante no es su clamor, sino el que anuncie fieras armas,

⁵ y en repentinos tumultos los convites tornados,

asemejarlos a un estrecho podrías, al que, quieto, la salvaje

rabia de los vientos removiendo sus ondas exaspera.

Primero entre ellos, Fineo, de esa guerra el temerario autor,

agitando un astil de fresno con cúspide de bronce:

¹⁰ «Heme aquí», dice, «heme aquí de mi esposa antes de tiempo
arrebatada vengador;

y ni de mí a ti tus plumas, ni en falso oro tornado

Júpiter te arrebatará.» A él, que intentaba disparar, Cefeo:

«¿Qué haces?», exclama, «¿Qué cabeza a ti, germano,

enloquecido, te mueve a este delito? ¿No es por unos tan grandes
méritos que esta gracia

¹⁵ se devuelve? ¿Con esta dote la vida de la rescatada pagas?

La cual a ti, no Perseo, la verdad si buscas, te quita,

sino de las Nereidas el grave numen, sino el cornado Amón,

sino el monstruo del ponto que de las entrañas venía

a saciarse mías; en ese tiempo a ti arrebatada te fue,

²⁰ en el que a morir iba, a no ser que, cruel, esto precisamente

exijas, que muera, y que tú con el luto te consueles nuestro.

Claro que no bastante es que, tú mirando, haya sido desatada,

y que ninguna ayuda tú, su tío o su prometido, le prestaste:

¿encima, de que por un otro haya sido salvada te dolerás,

²⁵ y sus premios le arrebatrás? Ellos si a ti grandes te parecen,

de aquellos escollos donde fijos estaban los hubieses buscado.

Ahora deja que quien la buscó, por quien no es huérfana esta vejez,

se lleve lo que por sus méritos y con la voz se ha pactado, y que él

no a ti, sino a una cierta muerte antepuesto fue, entiende»

³⁰ Él nada repuso, sino que tanto a él como a Perseo con rostro

alternativo mirando, si acuda a éste ignora o a aquél,

y demorándose brevemente, blandida con las fuerzas su asta

cuantas la ira le daba, inútilmente, a Perseo le manda.

Cuando quedó de pie ella en el diván, de los cobertores entonces por fin
Perseo

³⁵ saltó y, esa arma devolviéndole, feroz, su enemigo

pecho le hubiera roto si no tras los altares Fineo

se hubiese ido, y, cosa indigna, a un maldito le fue de provecho un ara.

En la frente, aun así, de Reto, no defraudada su cúspide se clavó,

el cual, después que cayó y el hierro de su hueso fue arrancado,

⁴⁰ convulsiona, y asperja de sangre las puestas mesas.

Entonces en verdad arde la masa en indómitas iras

y sus dardos allí concentran, y hay quienes que Cefeo dicen,

con su yerno, debe morir; pero del umbral de su morada

había salido Cefeo, poniendo por testigos el derecho, la lealtad,

⁴⁵ y del hospedaje a los dioses, de que aquello con su prohibición se promovía.

La bélica Palas asiste y protege con su égida a su hermano^[14]
y le da ánimos. Había un indo, Atis, a quien de la corriente del Ganges
una nacida, Limnee, bajo sus vítreas ondas había parido
según se cree, egregio por su hermosura, que con su rico atavío
⁵⁰ él acrecía, todavía íntegro en sus dos veces octavos años,
vistiendo clámide tiria, que una orla recorría
áurea; ornaban gargantillas de oro su cuello
y, rezumantes de mirra, un curvado pasador sus cabellos;
él ciertamente, lanzándoles la jabalina, cosas, aun distantes,
⁵⁵ en atravesar docto era, pero en tender más docto los arcos.

Entonces también a él, que con flexible mano doblaba los cuernos,
Perseo

con un palo que en medio puesto del ara humeaba
lo derribó, y entre sus quebrados huesos confundió su cara.

A él, cuando su alabado rostro agitando en la sangre

⁶⁰ el asirio lo vio Licabante, unidísimo a él
y su compañero y de su verdadero amor no disimulador,
después que al que exhalaba la vida bajo su amarga herida
lloró, a Atis, esos arcos que él había tensado
arrebató y: «Conmigo sean tus combates», dijo,

⁶⁵ «y no largo te alegrarás del hado de un muchacho, por el que más
deshonra que gloria tienes.» Esto todo todavía no
había dicho: rieló de su nervio un penetrante dardo,

y, evitado, aun así, de su ondulado vestido quedó colgando.

Torna contra él su arpón, contemplado en la muerte de Medusa,

⁷⁰ el Acrisioniada, y lo entra en su pecho; mas él,

ya muriendo, con ojos que nadaban bajo una noche negra

alrededor buscó a Atis, y se inclinó hacia él,

y se llevó a los manes los consuelos de su unida muerte.

He aquí que el sienita Forbas, nacido de Metión,

⁷⁵ y el libio Anfimedonte, ávidos de acometer la lucha,

con la sangre con la que ampliamente la tierra humedecida se templaba

habían caído resbalando; al levantarse se lo impide una espada,

del uno en su costado, de Forbas en la garganta traspasada.

Mas no al Actórida Érito, cuya arma una ancha

⁸⁰ segur bifronte era, Perseo busca acercándole su espada, sino que, con altos

relieves protuberante y por el peso de su mucha masa

ingente, con las dos manos levanta una cratera,

y se la estrella al hombre; vomita él rútilo crúor,

y hacia atrás cayendo la tierra con su moribunda cabeza golpea.

⁸⁵ Después a Polidegmon, de la sangre de Semíramis nacido,

y al caucasio Ábaris y al Esperquionida Liceto

e intonso de pelo a Hélice, y a Flegias y a Clito

abate y los erigidos montones de murientes pisa.

Y Fineo, no osando correr cuerpo a cuerpo hacia su enemigo,

⁹⁰ blande una jabalina: a ella su vagar hizo caer en Ida,

que no participaba, en vano, en esa guerra, y ninguna de las dos armas seguía.

Él, vigilando con ojos torvos al inclemente Fineo:

«Visto que sin duda a los partidos», dice, «se me arrastra, recibe Fineo el enemigo que tú has hecho y paga con esta herida la herida.»

⁹⁵ Y ya cuando iba a devolver, sacado de su herida, el dardo, sobre sus miembros cayó desplomado, de sangre faltos.

También entonces, después del rey cefeno el primero Hodita por la espada yace de Clímeno; a Protoénor lo abate Hipseo, a Hipseo el Lincida. Estuvo también el muy anciano entre ellos

¹⁰⁰ Ematión, de lo justo amante y temeroso de los dioses, el cual, puesto que le prohíben sus años combatir, hablando lucha, y avanza, y las criminales armas maldice;

a él Cromis, abrazado con temblorosas palmas a los altares, le tajó con la espada la cabeza, la cual hacia delante cayó al ara,

¹⁰⁵ y allí con su casi exánime lengua palabras execratorias dejó salir y en medio de los fuegos expiró su aliento.

Después de eso los gemelos hermanos Broteas y Amón, con los cestos invictos —si vencerse pudieran con los cestos las espadas—, de Fineo por mano cayeron, y de Ceres el sacerdote

¹¹⁰ Ámpico, velado en sus sienes por la blanquecinta cinta.

Tú también Lampétida, que no debiste ser tomado para estos servicios, sino quien, de la paz obra, la cítara al par de la voz movías, encargado habías sido de celebrar los manjares y la fiesta cantando; al cual, lejos retirado y el plectro no belicoso sosteniendo,

115 Pétalo, burlándose: «A los estigios manes cántales», dijo,
«el resto», y en la izquierda sien su punta le clavó;
cayó, y con dedos moribundos él vuelve a tocar
los hilos de la lira y por acaso fue triste canción, la suya.
Y no deja que éste impunemente haya caído, feroz, Licormas,
120 y arrebatando del diestro poste el robusto cerrojo
contra los huesos de la mitad de su cerviz lo estrelló, mas él
se postró en tierra, de un novillo inmolado a la manera.
Arrancar intentaba también del poste izquierdo el roble
el cinifio Pélates: intentándolo, su derecha atravesada fue
125 por la cúspide del marmárida Córito y con el leño se quedó
prendido;
allí sujeto su costado vació Abante, y no se derrumbó él,
sino que del poste que le retenía, muriendo, su mano colgaba.
Tendido está también Melaneo, de los cuarteles de Perseo seguidor,
y riquísimo en campo nasamoníaco Dórilas,
130 el rico en campo Dórilas, que él no había poseído otro
más extensión, o los mismos elevaba montones de incienso.
En su ingle, oblicuamente, un disparado hierro se le quedó apostado:
mortífero ese lugar; al cual, después que de su herida el autor,
estertorando su aliento y volviendo sus luces, le vio,
135 el bactrio Halcioneo: «Eso que oprimes», dice, «ten,
de tantos campos, de tierra» y su cuerpo exangüe abandonó.
Blande contra éste su astil, de la caliente herida arrebatada,

vengador, el Abantiada; la cual, en mitad de la nariz recibida
por su nuca atravesó y por ambas partes sobresale;

¹⁴⁰ y mientras a su mano la fortuna favorece, a Clitio y Clanis,
en una madre engendrados sola, con una opuesta herida derribó,
pues a través de los dos muslos de Clitio, blandido con su grave
brazo, un fresno hizo pasar; una jabalina Clanis con la boca mordió.

Cayó también Celadón el mendesio, cayó Astreo,

¹⁴⁵ de madre palestina, de dudoso padre creado,

y Etión, sagaz en otro tiempo para el porvenir ver,

entonces engañado por un ave falsa, y Toactes, del rey

el armero, e infame por haber asesinado a su genitor Agirtes.

Más, aun así, que lo concluido queda; y puesto que de todos el deseo

¹⁵⁰ el de a uno solo aplastar es, conjuradas de todas partes pugnan

tropas por la causa que el mérito y la palabra dada impugna;

por esta parte el suegro, en vano piadoso, y la nueva esposa

con su genetriz apoyan, y con sus alaridos los atrios llenan,

pero el sonido de las armas los supera, y los gemidos de los que están
cayendo,

¹⁵⁵ y una vez manchados de ella, con mucha sangre Belona

sus penates anega, y renovados combates mezcla.

Rodean a uno solo Fineo y los mil que siguen

a Fineo: los dardos vuelan, que el invernal granizo más numerosos,

cerca de ambos costados y cerca de su luz y sus orejas.

¹⁶⁰ Acopla él sus hombros a las rocas de una gran columna,

y seguras las espaldas teniendo y a las adversas tropas vuelto,
resiste a los que le acosan: le acosaba por la parte siniestra
el caonio Molpeo, por la diestra el nabateo Equemon.
Como una tigresa al oír en los extremos de un valle los mugidos
¹⁶⁵ de dos manadas, agujoneada por el hambre,
no sabe a cuál de ambos mejor lanzarse y por lanzarse arde a ambos,
así dudoso Perseo de si a diestra o a izquierda irse,
a Molpeo con una herida atravesando la pierna aparta,
y contento con su huida quedó, puesto que no le da tiempo Etemon,
¹⁷⁰ sino que enloquecido está; y, ansiando hacerle heridas en lo alto de
su cuello,
con no circunspectas fuerzas lanzando la espada
la rompió, y en la externa parte de la columna golpeada
la lámina saltó despedida y de su dueño en la garganta se clavó.
No, aun así, para la muerte causas bastante vigorosas aquella
¹⁷⁵ llaga le dio; tembloroso, y sus inertes brazos en vano
tendiendo, Perseo lo perforó con su cilénida alfanje^[15] .
Pero cuando su virtud a la multitud sucumbir vio:
«Auxilio», Perseo dijo, «puesto que así lo forzáis
vosotros mismos, del enemigo^[16] buscaré: los rostros volved vuestros,
¹⁸⁰ si algún amigo hay presente» y de la Górgona sacó la cara.
«Busca a otro a quien impresionen tus oráculos», dijo
Téscelo, y cuando con su mano una jabalina fatal se preparaba
a mandar, en ese gesto quedó, estatua de mármol.

Próximo a él Ámplice, plenísimo de su magno ánimo,

¹⁸⁵ el pecho del Lincida busca: y en el buscarle

su derecha se arreció y no más acá se movió ni más allá.

Mas Nileo, el que engendrado del séptuple Nilo

se había mentido y en su escudo incluso sus corrientes siete,

en plata en parte, en parte había cincelado en oro:

¹⁹⁰ «Contempla», dice, «Perseo, los primordios de nuestra familia:

grandes consuelos te llevarás a las tácitas sombras de la muerte

por tan gran hombre al haber caído»; la parte última de su voz

en mitad de su sonido quedó suprimida y, entreabierta, querer

su boca hablar creerías, y no es ella transitable a las palabras.

¹⁹⁵ Les increpa a ellos Érice y: «Por falta de ánimo, no por sus fuerzas

de Górgona», dice, «estáis paralizados; atacadle conmigo

y postrad en tierra a ese joven que mágicas armas mueve.»

A atacarle iba: retuvo sus plantas la tierra

e inmovilizado sílice permaneció su armada imagen.

²⁰⁰ Ellos, aun así, por cuanto habían merecido los castigos tuvieron,
pero uno solo

el soldado era de Perseo: por él mientras lucha, Aconteo,

la Górgona contemplando, en una surgida roca se consolidó;

a él, creyendo Astíages que todavía vivía, con su larga

espada lo hiere: resonó con tintineos agudos la espada.

²⁰⁵ Mientras queda suspendido Astíages la naturaleza contrajo misma

y en su marmórea cara permanece su rostro de asombro.

Larga demora es los nombres de la mitad de esa muchedumbre de varones

decir: dos veces cien cuerpos restaban al combate,

la Górgona al ver, dos veces cien cuerpos se arreciaron.

²¹⁰ Se arrepiente entonces al cabo Fineo de su injusta guerra,
pero ¿qué puede hacer? Los simulacros ve en diversas posturas,
y reconoce a los suyos, y por su nombre cada uno llamado,
le reclama ayuda y, creyéndolo poco, los cuerpos a sí próximos
toca: mármol eran; se aparta y así suplicante

²¹⁵ sus confesas manos y oblicuos sus brazos tendiéndole:

«Vences», dice, «Perseo. Aparta tus prodigios, y el petrificador
rostro quita de quien quiera que ella sea, tu Medusa:

quítalo. No a nos el odio y del poder el deseo

nos ha impulsado a esta guerra; por una esposa movimos las armas.

²²⁰ La causa fue tuya por sus méritos mejor, por su tiempo la nuestra:
no haber cedido me pesa: nada, oh valerosísimo, excepto
este aliento concédeme; tuyo lo demás sea.»

Al que tal decía y no a él, a quien con su voz rogaba,

a mirar se atrevía: «Lo que yo», dice, «temerosísimo Fineo,

²²⁵ sí puedo otorgarte y un gran regalo es para un hombre inerte,

deja tu miedo, te otorgaré: ningún hierro te hará violencia;

pero además te daré un recordatorio que permanecerá por los siglos,

y en la casa del suegro siempre se te contemplará, del nuestro,

para que se solace mi esposa de su prometido con la imagen.»

230 Dijo y a la parte trasladó a la Forcínide^[17] a aquélla
a la que Fineo con su temblorosa cara se había vuelto.
Entonces también, al que intentaba sus luces tornar, el cuello
se arreció, y, en roca, de sus ojos el humor se endureció,
pero aun así su cara temerosa y su rostro, en mármol suplicante,
235 y sus sumisas manos y su faz culpable permaneció.

Otras hazañas de Perseo

Vencedor el Abantíada en las murallas patrias con su esposa
entra y de un padre defensor y vengador, que no lo merecía,
ataca a Preto: pues puesto en fuga su hermano mediante las armas,
Preto se había apoderado de los acrisiónes recintos.

240 Pero ni con la ayuda de las armas ni con el que mal había
capturado, el recinto,

las torvas luces superó del prodigio portador de culebras.

A ti, aun así, oh de la pequeña Serifos regidor, Polidectes,
ni de este joven la virtud, a través de tantas pruebas contemplada,
ni sus desgracias te habían ablandado, sino que un inexorable odio,
245 duro de ti, ejerces y un final en tu injusta ira no hay.

Detractas incluso su gloria y fingida de Medusa

arguyes que es la muerte. «Te daremos a ti prendas de la verdad.

Salvad vuestras luces», Perseo dice, y la cara del rey

con la cara de Medusa pedernal sin sangre hizo.

Pégaso

250 Hasta aquí a su hermano, nacido del oro, como acompañante

la Tritonia se ofreció; después, circundada de una cóncava nube,
Serifon

abandonó, a diestra Citnos y Gíaros dejados,

y por donde sobre el ponto el camino parecía el más breve, a Tebas

y el virgíneo Helicón acude; monte que, cuando alcanzó,

²⁵⁵ en él se apostó y así se dirigió a sus doctas hermanas:

«La fama de un nuevo manantial ha arribado hasta nuestros oídos,

el que la dura pezuña del alado hijo de Medusa ha quebrado.

Él la causa de mi camino: he querido el admirable hecho

contemplar; lo vi a él de la materna sangre nacer.»

²⁶⁰ Toma la palabra Urania: «Cualquiera que es la causa para ti

de ver estas casas, divina, al ánimo gratísima nuestro eres.

Verdadera, aun así, la noticia es: es Pégaso el origen de este

manantial», y a los licores sagrados condujo a Palas.

Quien admirando mucho tiempo, hechas a golpes de pie, las ondas,

²⁶⁵ de espesuras antiguas las florestas alrededor contempló,

y las cavernas y las hierbas adornadas por innumerables flores,

y felices llama al par por su estudio y su lugar

a las Memnónides; a ella así se dirigió una de las hermanas:

Pireneo

«Oh tú, que si tu valentía a obras mayores no te llevara

²⁷⁰ al partido vendrías, Tritonia, de nuestro coro,

verdades dices y con mérito apruebas nuestras artes y lugar,

y una grata suerte, con que seguras sólo estemos, tenemos.

Pero —hasta tal punto vedado está al crimen nada— todo aterra

estas virgíneas mentes, y siniestro ante mi cara Piréneo

²⁷⁵ ronda y todavía en toda mi mente no me he recobrado.

La Dáulide y los campos foceos con su tracio soldado

había hecho cautivos ese feroz, y unos injustos reinos retenía.

A nuestros templos nos dirigíamos parnasios: nos vio cuando
marchábamos,

y nuestros númenes venerando con falaz rostro:

²⁸⁰ «Memnónides», pues nos había reconocido, «deteneos», dijo,

«y no dudéis, os suplico, bajo el techo mío esta grave estrella y esta
lluvia»

—lluvia había— «en evitar: entraron en menores cabañas

a menudo los altísimos.» Por sus palabras y por el tiempo movidas,

asentimos a aquel hombre y hasta lo primero entramos de su morada.

²⁸⁵ Habían cesado las lluvias, y vencido por los aquilones el austro,
las hoscas nubes huían del nuevamente purgado cielo.

Nuestra intención marchar fue: cerró sus techos Piréneo

y una fuerza prepara que nosotras rehuimos tomando nuestras alas.

Él, al perseguidor semejante, se apostó arduo en su fortaleza

²⁹⁰ y: «Por donde el camino es vuestro, será también el mío», dijo, «el
mismo»,

y se lanza fuera de sí desde el culmen de la más alta torre

y cae de rostro y estallados los huesos de su cara

bate una tierra, muriendo, de su maldita sangre teñida.»

Las Piérides (I)

La Musa decía: unas plumas sonaron por las auras

²⁹⁵ y la voz de los que saludan llegaba de las ramas altas.

Levanta la mirada y busca de dónde unas lenguas que tan claro
hablan suenan, y un humano cree la hija de Júpiter que ha hablado.

Un ave era, y en número de nueve, de sus hados quejándose,
se habían establecido sobre las ramas, imitándolo todo, unas picazas.

³⁰⁰ A la admirada diosa, así le comenzó la diosa: «Hace poco también
éstas

acrecieron de los voladores la multitud, vencidas en un certamen.

Píeros las engendró, rico en peleos campos,

y la peonia Evipe su madre fue: ella a la poderosa

Lucina nueve veces, nueve veces al ir a parir, invocó.

³⁰⁵ Hinchidas estaban de su número esta multitud de estúpidas
hermanas

y a través de tantas hemonias, a través de tantas acaidas ciudades,

aquí llegan, y con tal voz entablan los combates:

«Cesad al indocto pueblo con esa vana dulzura

de engañar. Con nosotras, si alguna es la confianza vuestra,

³¹⁰ Tespiades, contended, diosas. Ni en voz ni en arte

seremos vencidas, y otras tantas somos. O retiraos vencidas

del manantial de Medusa y de la hiantea Aganipe,

o nosotras de los ematios llanos hasta donde los peonios

nivosos nos retiraremos. Diriman las contiendas las ninfas.»

³¹⁵ Vergonzoso ciertamente contender era, pero ceder pareció

más vergonzoso. Las elegidas juran por sus corrientes, las ninfas,

y, hechos de viva roca, ocuparon sus asientos.

Metamorfosis de dioses

Entonces, sin sorteo, la que primera declaró que ellas competirían,
las guerras canta de los altísimos, y en un falso honor a los Gigantes

³²⁰ pone y atenúa los hechos de los grandes dioses;

que salido de la más honda sede de la tierra Tifeo

a los celestes causó miedo, y que todos dieron

la espalda para la huida, hasta que, cansados, la egipcia tierra

los acogió, y en siete puertos dividido el Nilo.

³²⁵ Que allí también el nacido de la Tierra, Tifeo, llegó, narra,

y que los altísimos se escondieron en mentidas figuras.

«Y conductor de rebaño», dijo, «se vuelve Júpiter, de donde con recurvos
cuernos ahora todavía se representa al libio Amón;

el Delio en un cuervo está, la prole de Sémele en un macho cabrío,

³³⁰ en una gata la hermana de Febo, la Saturnia en una nívea vaca,

en un pez se esconde Venus, el Cilenio de un ibis en las alas.»

El rapto de Prosérpina

Hasta aquí al son de la cítara había movido su habladora boca:

se nos demanda a las Aónides... Pero quizás ocios no tengas,

ni para prestar a nuestros cantos oídos estés desocupada.»

³³⁵ «No lo duda, y vuestra canción a mí refiere por su orden»,

Palas dice, y del bosque se sienta en la leve sombra.

La Musa relata: «Dimos la suma del certamen a una sola;

se levanta y, con hiedra recogidos sus sueltos cabellos,

Calíope antes temple, quejumbrosas, con el pulgar las cuerdas

³⁴⁰ y estas canciones somete a los percutidos nervios:

«La primera Ceres el terrón dividió con el corvo arado,
la primera dio granos y alimentos suaves a las tierras,
la primera dio sus leyes; de Ceres son todas las cosas regalo,
a ella de cantar yo he; ojalá tan sólo decir pudiera
345 canciones dignas de la diosa. Ciertamente la diosa de canción digna
es.

Vasta, sobre unos miembros de Gigantes echada fue una isla,
la Trinácride, y, sometido a sus grandes moles, empuja
a quien osó las etéreas sedes esperar, a Tifeo.

Se afana él ciertamente, y pugna por volver a levantarse muchas veces,
350 pero su diestra mano está sujeta al ausonio Peloro,
la izquierda, Paquino, a ti, y del Lilibeo sus piernas son presa,
su cabeza hunde el Etna, bajo el cual, de espaldas, arenas
escupe, y llama, feroz, vomita de su boca Tifeo.

Muchas veces por rechazar lucha los pesos de la tierra
355 y las ciudades y los grandes montes rodar de su cuerpo:
entonces tiembla la tierra y el rey teme mismo de los silentes
que se abra el suelo y que por una ancha hendidura se destape,
y que entrometido el día, a las temblorosas sombras aterre.

Este desastre temiendo, de su tenebrosa sede el tirano
360 había salido, y en su carro de negros caballos llevado
rodeaba cauto de la sícula tierra los cimientos.

Después que explorado bastante hubo que lugar ninguno vacilaba,
y dejado su miedo, lo ve a él la Ericina en su vagar,
en el monte suyo sentada, y a su nacido abrazando volador:

365 «Armas y manos mías, mi nacido, mi poder», dijo,
«ésos con los que superas a todos, coge tus dardos, Cupido,
y al pecho del dios rápidas tensa tus saetas
al que cedió la fortuna lo postrero del triple reino.
Tú a los altísimos y al mismo Júpiter domas, tú a los númenes del ponto,
370 por ti vencidos, y al mismo que rige los númenes del ponto.
¿Los Tártaros a qué esperan? ¿Por qué no el de tu madre y tu imperio
extiendes? Se trata de la parte tercera del mundo,
y, aun así, en el cielo —cuál ya el sufrimiento nuestro es—
se nos desprecia y conmigo las fuerzas se disminuyen del Amor.
375 ¿A Palas no ves y a la lanceadora Diana
apartarse de mí?^[18] De Ceres también la hija, virgen,
si lo toleramos, será, pues las esperanzas persigue mismas.
Mas tú, por nuestro socio reino, si alguna estima es ésta,
une a esa diosa con su tío^[19] », dijo Venus; él su aljaba
380 desata y según el arbitrio su madre de mil saetas
una separó, pero que la cual, ni más aguda ninguna,
ni menos fallida es, ni que más oiga al arco,
y oponiéndole la rodilla curvó el flexible cuerno
y hasta el corazón con su arponada caña atravesó a Dis.
385 «No lejos de las heneas murallas un lago hay, de alta
—por nombre Pergo— agua: no que él más numerosas el Caístro
las canciones de los cisnes en el deslizarse escucha de sus olas.
Una espesura corona sus aguas ciñéndole todo costado y con sus

frondas, como por un velo, de Febo rechaza las heridas;
390 fríos dan sus ramas, flores de Tiro su humus húmedo:
perpetua primavera es. En la cual floresta, mientras Prosérpina
juega y violas o cándidos lirios corta,
y mientras con afán de niña canastos y su seno
llena y a sus iguales lucha por superar recogiendo,
395 casi a la vez que vista fue, amada y raptada por Dis,
hasta tal punto fue presuroso el amor. La diosa, aterrada, con afligida
boca a su madre y a sus acompañantes, pero a su madre más veces,
clama, y como desde su superior orilla el vestido había desgarrado,
las colectadas flores de su túnica aflojada cayeron,
400 y —tanta simplicidad a sus pueriles años acompañaba—
esta pérdida también movió su virginal dolor.
Su raptor lleva los carros y por su nombre a cada uno llamando
exhorta a sus caballos, de los cuales, por su cuello y crines
sacude de oscura herrumbre teñidas las riendas,
405 y por los lagos altos, y por los pantanos que huelen a azufre
vase de los Palicos, hirvientes en la rota tierra,
y por donde los baquíadas, la raza nacida en Corinto, la de dos mares,
entre desiguales puertos pusieron sus murallas.^[20]
Hay, intermedio de Cíane y de Aretusa de Pisa,
410 que une entre sus estrechos cuernos el incluido en él, un mar:
aquí estuvo, de cuyo nombre también el pantano se denomina,
entre las sicélicas ninfas celebradísima, Cíane;

la cual, de su abismo en medio hasta la mitad se alzó del vientre,
y reconoció a la diosa^[21] , y: «No iréis más lejos», dice;
415 «no puedes de la involuntaria Ceres yerno ser: pedida,
no raptada debió ser, y si comparar con las grandes
las pequeñas cosas para mí lícito es, también a mí me eligió Anapis;
implorada, aun así, y no como ésta, aterrada, me puse yo el velo.»
Dijo, y hacia partes opuestas sus brazos tendiendo,
420 se les opone. No más allá contuvo el Saturnio su ira,
y a sus terribles caballos incitando en lo profundo del abismo,
blandido con su vigoroso brazo el cetro real
ocultó; la herida tierra camino hacia los Tártaros hizo
y los inclinados carros en mitad de la cratera recibió.
425 «Mas Cíane, por la raptada diosa y las despreciadas leyes
del manantial suyo afligida, una inconsolable herida
en su mente callada lleva y en lágrimas se consume toda
y de las que había sido su gran numen poco antes, en esas
aguas se extenúa: ablandarse sus miembros hubieras visto,
430 sus huesos poder doblarse, sus uñas deponer su rigidez;
y lo primero de ella toda, cuanto era tenue, se licuece:
sus azules cabellos y sus dedos y sus piernas y pies,
pues breve el tránsito es hacia las heladas ondas
de los reducidos miembros; después de esto los hombros y piel y costado
435 y los pechos se vuelven, desvanecidos, en tenues riachos;
finalmente en vez de viva sangre por sus viciadas venas

linfa pasa, y resta nada que aprehender puedas.

Mientras tanto asustada en vano su madre a su hija

por todas las tierras, todo busca el profundo:

⁴⁴⁰ a ella la Aurora al llegar, con sus húmedos cabellos,

descansando no la vio, no el Héspero; ella para sus dos

manos unos llameantes pinos ha encendido del Etna,

y por las escarchadas tinieblas los lleva incesante;

de nuevo, cuando el nutricio día había embotado las estrellas, a su
nacida

⁴⁴⁵ desde el ocaso del sol buscaba hasta sus nacimientos.

Agotada de su labor sed había concebido, y su boca ningunos

manantiales habían lavado, cuando cubierta de paja vio

por azar una cabaña y sus pequeñas puertas pulsó; mas entonces

sale una anciana y a la divina ve, y a quien linfa pedía,

⁴⁵⁰ algo dulce le dio que había cubierto antes con tostada polenta.

Mientras bebe ella lo dado, un chico de boca dura y atrevido

se detuvo ante la diosa y se rió y ávida la llamó.

Se ofendió ella, y con la todavía no bebida parte, al que hablaba,

con la polenta mezclada con su líquido regó la divina.

⁴⁵⁵ Absorbió su cara las manchas y los brazos que ahora poco llevara

los lleva de piernas, una cola se añadió a sus mutados miembros

y en una breve forma, para que no sea su capacidad grande de dañar,

se contrae, y que una pequeña lagartija menor su medida es.

De la asombrada y llorosa y a tocar aquellos prodigios dispuesta

460 anciana huye, y del escondite gusta, y adecuado a su color
el nombre tiene,^[22] constelado su cuerpo de variegadas gotas.
A través de qué tierras la diosa, y qué ondas errara,
de decir larga la demora es: en su búsqueda le faltó orbe.
A Sicania vuelve, y mientras todo lustra en su caminar
465 llegó también hasta Cíane. Ella, de no mutada haber sido,
todo se lo habría narrado, pero boca y lengua al querer
decir no ayudaban, ni con que hablara tenía.
Señales, aun así, manifiestas dio, y, conocido para su madre,
en ese lugar en que por azar se le había desprendido, en el abismo
sagrado,
470 de Perséfone el ceñidor encima mostró de las ondas.
El cual una vez reconoció, como si entonces al fin raptada
la hubiera sabido, sus no ornados cabellos se desgarró la divina,
y una y otra vez golpeó con sus palmas sus pechos.
No sabe todavía dónde está; a las tierras, aun así, increpa todas
475 e ingratas las llama y no del regalo de sus frutos dignas,
a Trinacria ante las otras, en la que las huellas de su pérdida
ha hallado. Así pues allí con salvaje mano los arados que vuelven
los terrones quebró, y a una semejante muerte, llena de ira,
a los colonos y a los agrícolas bueyes entregó, y a los campos ordenó
480 que defraudaran su depósito y fallidas las simientes hizo.
La fertilidad de esta tierra, divulgada por el ancho orbe,
falsa yace: mueren los sembrados en sus primeras hierbas

y ya el sol excesivo, excesiva ya la lluvia los arrebató,
y las estrellas y vientos las dañan y ávidas aves
485 las simientes arrasadas recogen; la cizaña y los trébulos fatigan
las cosechas de trigo, y la inexpugnable grama.
Entonces su cabeza la Alfeia sacó de las oleas ondas
y su rorante pelo de su frente apartó a sus orejas,
y dice: «Oh de la virgen buscada por todo el orbe
490 y de los granos genetriz, tus inmensos trabajos detén,
y no tengas ira, violenta, contra una tierra a ti fiel.
La tierra nada ha merecido y se abrió involuntaria a esa rapiña.
Y no soy por mi patria suplicante: aquí como huésped he venido.
Pisa mi patria es y de la Élide traemos los orígenes,
495 la Sicania como extranjera honro, pero más grata que cualquier
suelo esta para mí tierra es: estos penates ahora, Aretusa,
esta sede tengo; la cual tú, suavísima, salva.
Mudado de lugar por qué me he, y por las ondas de tanta superficie
sea transportada a Ortigia, llegará para esas narraciones mías
500 una hora tempestiva, cuando tú de tu inquietud aliviado te hayas
y semblante mejor tengas. A mí la transitable tierra
me ofrece camino, y por debajo de profundas cavernas arrastrada,
aquí la cabeza saco y unas desacostumbradas estrellas diviso.
Así es que, mientras por el estigio abismo bajo las tierras me deslizo,
505 vista fue con los ojos nuestros allí tu Prosérpina:
ella ciertamente triste, y no todavía sin terror su rostro,

pero reina, aun así, pero la más grande del opaco mundo,
pero aun así la poderosa matrona del tirano infernal.»

La madre a las oídas voces quedó suspendida y cual de piedra
510 y como atónita largo tiempo pareció, y, cuando por el dolor
grave su grave ausencia sacudida fue, con sus carros sale

hacia las auras etéreas. Allí, nublado todo su rostro,

ante Júpiter con los cabellos sueltos se detuvo enojada,

y: «Por mi sangre he venido suplicante a ti, Júpiter», dice,

515 «y por la tuya: si ninguna es la estima de una madre,

su nacida a un padre nueva, y no sea tu inquietud, suplicamos,

más vil por ella porque de nuestro parto fue dada a luz.

He aquí que buscada largo tiempo al fin yo a mi nacida he encontrado,

si encontrar llamas a perder más ciertamente, o si

520 a saber dónde está encontrar llamas. Que raptada fue, lo
llevaremos,

en tanto la devuelva a ella, puesto que no de un saqueador marido

la hija digna tuya es, si ya mi hija no es.»

Júpiter tomó la palabra: «Común es prenda y carga

esta hija para mí contigo; pero si sólo sus nombres verdaderos

525 a las cosas de dar gustamos, no este hecho una injuria,

pero es amor; y no será para nosotros el yerno ese una vergüenza,

si tú sólo, divina, quisieras. Aunque faltara lo demás, cuánto es

ser de Júpiter el hermano. Qué decir de que no lo demás falta

y no cede sino en su suerte a mí. Pero si tan grande tu deseo

530 de su separación es, volverá a subir Prosérpina al cielo,
con una ley, aun así, cierta: si ningunos alimentos ha tocado allí
con su boca, pues así de las Parcas en el pacto precavido se ha.»
Había dicho, mas para Ceres lo cierto es sacar a su nacida.
No así los hados lo permiten, porque de sus ayunos la virgen
535 se había liberado y mientras ingenua vaga entre los cultivados
huertos,
carmesí una fruta^[23] arrancó de un árbol curvado de ellos,
y cogiendo siete granos de su pálida corteza
los apretó en su boca; y solo de todos aquello
Ascálafo vio, a quien un día se dice que Orfne,
540 entre las Avernales ninfas no la más desconocida,
del Aqueronte suyo parió en sus espesuras negras;
lo vio y, con su delación, del regreso, cruel, la privó.
Gimió hondo la reina del Erebo, y al testigo una profana
ave hizo, y asperjada su cabeza con linfa del Flegetonte
545 en pico y plumas y grandes ojos la convirtió.
Él, de sí privado, de fulvas alas se viste
y en cabeza crece y se encorva a largas uñas,
y apenas mueve esas plumas nacidas por sus inertes brazos
y un feo pájaro se vuelve, nuncio del venidero luto,
550 el indolente búho, siniestro presagio para los mortales.
«Éste, aun así, por su delación un castigo, y por su lengua, parecer
que mereció puede: a vosotras, Aqueloides, ¿de dónde que

pluma y pies de aves, cuando de virgen cara lleváis?

¿Acaso porque cuando recogía Prosérpina primaverales flores,

⁵⁵⁵ de sus acompañantes en el número, doctas Sirenas, estabais?

A la cual, después que en vano la buscasteis en todo el orbe,

a continuación, para que sintieran las superficies vuestra inquietud,

poder sobre los oleajes con los remos de vuestras alas sentaros

deseasteis, y propicios dioses tuvisteis, y las extremidades

⁵⁶⁰ visteis vuestras dorarse con súbitas plumas.

Aun así, para que aquel cantar, para serenar oídos nacido,

y tan grande dote de vuestra boca no perdiera del todo su uso de la lengua,

los virgíneos rostros y la voz humana permaneció.

Mas, en medio del hermano suyo y de su afligida hermana,

⁵⁶⁵ Júpiter por igual divide el rodar del año:

ahora la diosa, numen común de los dos reinos,

con su madre está los mismos, los mismos meses con su esposo;

se torna al instante la faz, tanto de su mente como de su cara,

pues la que hace poco podía a un Dis incluso afligida parecer,

⁵⁷⁰ alegre de la diosa la frente es, como un sol que cubierto de acuosas

nubes antes estuvo, de esas vencidas nubes sale.

Aretusa

Demanda la nutricia Ceres, tranquila por su nacida recuperada,

cuál la causa de tu huida, por qué seas, Aretusa, un sagrado manantial.

Callaron las ondas, de cuyo alto manantial la diosa levantó

575 su cabeza y sus verdes cabellos con la mano secando
del caudal Eleo narró los viejos amores.

«Parte yo de las ninfas que hay en la Acaide», dijo,
«una fui: y no que yo con más celo otra los sotos
reparasaba ni ponía con más celo otra las mallas.

580 Pero aunque de mi hermosura nunca yo fama busqué,
aunque fuerte era, de hermosa nombre tenía,
y no mi faz a mí, demasiado alabada, me agradaba,
y de la que otras gozar suelen, yo, rústica, de la dote
de mi cuerpo me sonrojaba y un delito el gustar consideraba.

585 Cansada regresaba, recuerdo, de la estinfálide espesura.
Hacía calor y la fatiga duplicaba el gran calor.

Encuentro sin un remolino unas aguas, sin un murmullo pasando,
perspicuas hasta su suelo, a través de las que computable, a lo hondo,
cada guijarro era: cuales tú apenas que pasaban creerías.

590 Canos sauces daban, y nutrido el álamo por su onda,
espontáneamente nacidas sombras a sus riberas inclinadas.

Me acerqué y primero del pie las plantas mojé,
hasta la corva luego, y no con ello contenta, me descíño
y mis suaves vestiduras impongo a un sauce curvo

595 y desnuda me sumerjo en las aguas. Las cuales, mientras las hiero y
traigo,

de mil modos deslizándome y mis extendidos brazos lanzo,
no sé qué murmullo sentí en mitad del abismo

y aterrada me puse de pie en la más cercana margen del manantial.

«¿A dónde te apresuras, Aretusa?», el Alfeo desde sus ondas,

600 «¿A dónde te apresuras?», de nuevo con su ronca boca me había dicho.

Tal como estaba huyo sin mis vestidos: la otra ribera

los vestidos míos tenía. Tanto más me acosa y arde,

y porque desnuda estaba le parecí más dispuesta para él.

Así yo corría, así a mí el fiero aquel me apremiaba

605 como huir al azor, su pluma temblorosa, las palomas,

como suele el azor urgir a las trémulas palomas.

Hasta cerca de Orcómeno y de Psófide y del Cilene

y los menalios senos y el helado Erimanto y la Élide^[24]

correr aguanté, y no que yo más veloz él.

610 Pero tolerar más tiempo las carreras yo, en fuerzas desigual,

no podía; capaz de soportar era él un largo esfuerzo.

Aun así, también por llanos, por montes cubiertos de árbol,

por rocas incluso y peñas, y por donde camino alguno había, corrí.

El sol estaba a la espalda. Vi preceder, larga,

615 ante mis pies su sombra si no es que mi temor aquello veía,

pero con seguridad el sonido de sus pies me aterraba y el ingente

anhélito de su boca soplaba mis cintas del pelo.

Fatigada por el esfuerzo de la huida: «Ayúdame: préndese», digo,

«a la armera, Diana, tuya, a la que muchas veces diste

620 a llevar tus arcos y metidas en tu aljaba las flechas.»

Conmovida la diosa fue, y de entre las espesas nubes cogiendo una,
de mí encima la echó: lustra a la que por tal calina estaba cubierta
el caudal y en su ignorancia alrededor de la hueca nube busca,
dos veces el lugar en donde la diosa me había tapado sin él saberlo
rodea

⁶²⁵ y dos veces: «*Io Aretusa, io Aretusa.*», me llamó.

¿Cuánto ánimo entonces el mío, triste de mí, fue? ¿No el que una
cordera puede tener

que a los lobos oye alrededor de los establos altos bramando,
o el de la liebre que en la zarza escondida las hostiles bocas
divisa de los perros y no se atreve a dar a su cuerpo ningún
movimiento?

⁶³⁰ No, aun así, se marchó, y puesto que huellas no divisa
más lejos ningunas de pie, vigila la nube y su lugar.

Se apodera de los asediados miembros míos un sudor frío
y azules caen gotas de todo mi cuerpo,

y por donde quiera que el pie movía mana un lago, y de mis cabellos

⁶³⁵ rocío cae y más rápido que ahora los hechos a ti recuento

en licores me muto. Pero entonces reconoce sus amadas
aguas el caudal, y depuesto el rostro que había tomado de hombre
se torna en sus propias ondas para unirse a mí.

La Delia quebró la tierra, y en ciegas cavernas yo sumergida,

⁶⁴⁰ soy transportada a Ortigia, la cual a mí, por el cognomen de la
divina

mía grata, hacia las superiores auras la primera me sacó.»

Triptólemo

Hasta aquí Aretusa; dos gemelas sierpes la diosa fértil
a sus carros acercó y con los frenos sujetó sus bocas,
y por medio del cielo y de la tierra, por los aires se hizo llevar,
645 y su ligero carro hacia la ciudad tritónida^[25] envió
y a Triptólemo en parte a la ruda tierra unas semillas por ella dadas
le ordenó esparcir, en parte en la tierra tras tiempos largos de nuevo
cultivada.

Ya sobre Europa sublime el joven y de Asia

la tierra se había hecho llevar: a las escíticas costas regresa.

650 El rey allí Linco era; del rey alcanza él los penates.

De dónde venía y la causa de su camino y su nombre preguntado,

y su patria: «Patria es para mí la clara», dijo, «Atenas,

Triptólemo mi nombre; he venido, ni en una popa a través de las ondas,
ni a pie por las tierras: se abrió para mí, transitable, el éter.

655 Dones llevo de Ceres que esparcidos por los anchos campos
fructíferos sembrados y alimentos suaves devuelvan.»

El bárbaro se enojó, y para que el autor de tan gran regalo

él mismo pudiera ser, en hospitalidad lo recibió y del sueño presa

lo atacó a hierro: cuando intentaba atravesarle el pecho

660 un lince Ceres lo hizo, y de nuevo por los aires ordenó

al mopsopio joven que condujera su sagrada yunta.»

Las Piérides (II)

Había finalizado sus doctos cantos de nosotras la mayor;

mas las ninfas, que habían vencido las diosas que el Helicón honran

con concorde voz dijeron: como insultos las vencidas

665 lanzaran: «Puesto que», dijo, «por el certamen a vosotras
una humillación haber merecido poco es, y maldiciones a vuestra culpa
añadís, y no es la paciencia libre para nosotras,
pasaremos a los castigos y adonde la ira nos llama iremos.»
Ríen las Emátides y desprecian las amenazadoras palabras,
670 y al intentar a nuestros ojos con gran clamor tender
sus contumaces manos, plumas salir por las uñas
contemplaron suyas, cubrirse sus brazos de plumón,
y la una con un rígido pico endurecerse la cara
de la otra ve, y unos pájaros nuevos acceder a las espesuras,
675 y mientras quieren darse golpes de pecho, por sus movidos brazos
suspendidas
en el aire quedaron, de los bosques insultos, la picazas.
Ahora también en estos alados su locuacidad primitiva ha permanecido
y su ronca garrulidad y el afán desmedido de hablar.

Libro sexto

Aracne

Había prestado a relatos tales la Tritonia oídos,
y las canciones de las Aónides y su justa ira había aprobado.

Entonces, entre sí: «Alabar poco es: seamos alabadas también nos
misma

y los númenes nuestros que sean despreciados sin castigo no
permitamos.»

⁵ Y de la meonia Aracne a los hados su ánimo dirige,
la cual, que a ella no cedía en sus alabanzas en el arte de hacer la lana,
había oído. No ella por su lugar ni por el origen de su familia
ilustre, sino por su arte fue; el padre suyo, el colofonio Idmón,
con focaico múrice teñía las bebedoras lanas;

¹⁰ había muerto su madre, pero también ella de la plebe, a su marido
igual, había sido; aun así ella por las lidias ciudades
se había buscado con su ejercicio un nombre memorable, aunque
surgida de una casa pequeña, y en la pequeña habitaba Hipepa.

De ella la obra admirable para contemplar, a menudo

¹⁵ abandonaron las ninfas los viñedos de su Timolo,
abandonaron las ninfas Pactólides sus propias aguas.

Y no hechos sólo los vestidos contemplar agradaba;

entonces también, mientras se hacían: tanto decor acompañaba a su
arte,

bien si la ruda lana aglomeraba en los primeros círculos

²⁰ o ya si con los dedos hacía subir la obra y, buscados largo trecho,
unos vellones ablandaba que igualaban a las nubes,
o si con ligero pulgar giraba el pulido huso,
o si cosía a aguja; la sabrías por Palas instruida,
lo cual, aun así, ella niega, y de tan gran maestra ofendida:

²⁵ «Compita», dice, «conmigo: nada hay que yo vencida rehúse»

Palas una vieja simula, y falsas canas en las sienes

se añade y unos infirmes miembros con un bastón también sostiene.

Entonces así comenzó a hablar: «No todas las cosas la más avanzada
edad

que debemos huir tiene; viene la experiencia de los tardíos años.

³⁰ El consejo no desprecia mío. Tú la fama has de buscar

máxima de hacer entre los mortales lana;

cede ante la diosa y perdón por tus palabras, temeraria,

con suplicante voz ruega; su perdón dará ella a quien lo ruega.»

La contempla a ella, y con torvo semblante los emprendidos hilos deja

³⁵ y apenas su mano conteniendo y confesando en tal semblante su ira

con tales palabras replicó a la oscura Palas:

«De tu razón privada y por tu larga vejez vienes acabada,

y demasiado largo tiempo haber vivido te hace mal. Las oiga,

si tú una nuera tienes, si tienes tú una hija, esas palabras.

⁴⁰ Consejo bastante tengo en mí yo, y advirtiéndome

útil haberme sido no creas: la misma es la opinión nuestra.

¿Por qué no ella misma viene? ¿Por qué estos certámenes evita?»

Entonces la diosa: «Ha venido», dice, y de su figura se despojó de vieja
y a Palas exhibió. Reverencian sus númenes las ninfas

⁴⁵ y las migdónides nueras; sola quedó no aterrada esta virgen,
pero aun así se sonrojó y, súbito, su involuntaria cara
señaló un rubor, y de nuevo se desvaneció, como suele el aire
purpúreo hacerse en cuanto la Aurora se mueve,
y breve tiempo después encandecerse, del sol al nacimiento.

⁵⁰ Persiste en su empresa y de una estúpida palma por el deseo
a sus propios hados se lanza, pues tampoco de Júpiter la nacida rehúsa
ni le advierte más allá ni ya los certámenes difiere.

Sin demora se colocan en opuestas partes ambas
y con grácil urdimbre tensan parejas telas:

⁵⁵ la tela al yugo unido se ha, la caña divide la urdimbre,
se insertan en mitad de la trama los radios agudos,
la cual los dedos desenredan y, entre las urdimbres metida,
los entallados dientes la nivelan del peine al golpear.

Ambas se apresuran y, ceñidos al pecho sus vestidos,

⁶⁰ sus brazos doctos mueven mientras el cielo engaña a la fatiga.

Por allí, esa púrpura que sintió al caldero tirio

se teje, y también tenues sombras de pequeño matiz,

cual suele el Arco, los soles por la lluvia al ser atravesados,

manchar con su ingente curvatura el largo cielo,

⁶⁵ en el cual, diversos aunque brillen mil colores,

su tránsito mismo, aun así, a los ojos que lo contemplan engaña:

hasta tal punto los que se tocan lo mismo son, sin embargo los últimos distan.

Por allí también dúctil en los hilos se entremete el oro,
y un viejo argumento a las telas se lleva.

⁷⁰ Palas la peña de Marte en el cecropio recinto
pinta, y la antigua lid sobre el nombre de esa tierra.

Una docena de celestiales, con Júpiter en medio, en sus sedes altas
con augusta gravedad están sentados; su faz a cada uno
de los dioses lo inscribe: la de Júpiter es una regia imagen;

⁷⁵ apostado hace que el dios del piélago esté, y que con su largo
tridente hiera unas ásperas rocas y que de la mitad de la herida de la
roca

brote un estrecho, prenda con la que pueda reclamar la ciudad;
mas a sí misma se da el escudo, se da de aguda cúspide el astil,
se da la gálea para su cabeza, se defiende con la égida el pecho,

⁸⁰ y, golpeada de su cúspide, simula que la tierra
produce, con sus bayas, la cría de la caneciente oliva,

y que lo admiran los dioses; de su obra la Victoria es el fin.

Aun así, para que con ejemplos entienda la émula de su gloria
qué premio ha de esperar por una osadía tan de una furia,

⁸⁵ por sus cuatro partes certámenes cuatro añade,^[26]
claros por el color suyo, por sus breves figurillas distinguidas.

A la tracia Ródope contiene el ángulo uno, y a su Hemo,
ahora helados montes, mortales cuerpos un día,
que los nombres de los supremos dioses a sí mismos se atribuyeron.

90 La otra parte tiene el hado lamentable de la pigmea madre; a ella Juno, vencida en certamen, le mandó ser grulla y a los pueblos suyos declarar la guerra.

Pintó también a Antígona, la que osó contender un día con la consorte del gran Júpiter, a la cual la regia Juno

95 en ave convirtió, y no le fue de provecho Ilión a ella,

o Laomedonte su padre, para que, cándida con sus adoptadas alas, no a sí misma se aplauda ella, con su crepitante pico, la cigüeña.

El que queda único, a Cíniras tiene ese ángulo, huérfano,

y él, los peldaños del templo —de las nacidas suyas los miembros—

100 abrazando y en esta roca yacente, llorar parece.

Rodea las extremas orillas con olivos de la paz

—esta la medida justa es— y de la obra suya hace con su árbol^[27] el término.

La Meónide a la engañada representa por la imagen de un toro,

a Europa. Verdadero el toro, los estrechos verdaderos creerías.

105 Ella misma parecía las tierras abandonadas contemplar

y a sus acompañantes clamar y el contacto temer

del agua que hacia ella saltaba y sus temerosas plantas querer retornar.

Hizo también que Asterie por un águila luchadora fuera sostenida,

hizo que de un cisne Leda se acostara bajo las alas.

110 Añadió cómo de un sátiro escondido en la imagen, a la bella

Nicteide Júpiter llenara de un gemelo parto,

Anfitrión fuera cuando a ti, Tirintia, te cautivó,

cómo áureo a Dánae, a la Esópide engañara siendo fuego,
a Mnemósine pastor, a la Deoide variegada serpiente.

¹¹⁵ A ti también, mutado, Neptuno, en torvo novillo,
en la virgen eolia te puso; tú pareciendo Enipeo
engendras a los Aloidas, carnero a la Bisáltide^[28] engañas,
y la flava de cabellos, de los frutos la suavísima madre,
te sintió caballo, te sintió volador la de melena de culebras,
¹²⁰ madre del caballo volador, te sintió delfín Melanto.

A todos estos la faz suya y la faz de sus lugares
devolvió. Está allí, agreste en su imagen Febo,
y cómo ora de azor alas, ora lomos de león
llevara, cómo de pastor a la Macareide Ise burlara,
¹²⁵ cómo Líber a Erígone con falsa uva engañara,
cómo Saturno de caballo al geminado Quirón creó.

La última parte de la tela, circundada por un tenue limbo,
con néxiles hiedras contiene flores entretejidas.

No en ésta Palas, no en esta obra la Envidia
¹³⁰ podría cebarse: se dolió de su éxito la flava guerrera
y rompió las pintadas —celestiales delitos— vestes,
y tal como el radio del citoríaco monte sostenía,
tres, cuatro veces la frente golpeó de la Idmonia Aracne.

No lo soportó la infeliz y con un lazo, ardida, se ligó
¹³⁵ su garganta: a la que así colgaba, Palas compadecida la alivió
y así: «Vive pues, pero cuelga, aun así, malvada» dijo,

«y esta ley misma de tu castigo, para que no estés libre de inquietud en el futuro,

declarada para tu descendencia y tus tardíos nietos sea.»

Después de eso, cuando se marchaba, con jugos de la hierba de Hécate

¹⁴⁰ la asperjó: y al instante, por la triste droga tocados,

se derramaron sus pelos, con los cuales también su nariz y sus orejas,

y se hace su cabeza mínima; en todo su cuerpo también pequeña es,

en su costado sus descarnados dedos, en vez de piernas se adhieren,

el resto el vientre lo ocupa, del cual, aun así, ella remite

¹⁴⁵ una urdimbre y sus antiguas telas trabaja, la araña.

Níobe

La Lidia entera brama y de Frigia por las fortalezas la noticia

del hecho va, y el gran orbe con esos discursos ocupa.

Antes Níobe de sus tálamos la había conocido a ella,

por el tiempo en que, de virgen, Meonia y el Sípilo habitaba;

¹⁵⁰ y no, aun así, advertida quedó con el castigo de su paisana Aracne

de ceder ante los celestiales y de palabras menores usar.

Muchas cosas le daban arrestos; pero ni de su esposo las artes

ni la familia de ambos y de su gran reino el poderío

así la placían —aunque ello todo le pluguiera—

¹⁵⁵ como su progenie; y la más feliz de las madres

dicha hubiera sido Níobe, si no a sí misma se lo hubiera parecido.

Pues la simiente de Tiresias, del porvenir présaga, Manto,

por mitad de las calles, excitada por una divina fuerza,

había vaticinado: «Isménides, marchad incesantes

¹⁶⁰ y dad a Latona y a los dos hijos de Latona
con su plegaria inciensos píos, y con laurel enlazaos el pelo.
Por la boca mía Latona lo ordena.» Se obedece, y todas
las tebaides con las ordenadas frondas sus sienas ornan
e inciensos dan a los santos —y palabras suplicantes— fuegos.

¹⁶⁵ He aquí que viene rodeadísima Níobe de la multitud de sus
acompañantes,
por sus vestidos frigios de oro entretejido vistosa
y, cuanto su ira permite, hermosa; y, moviendo con su agraciada
cabeza sueltos por ambos hombros sus cabellos,
se detuvo, y cuando sus ojos soberbios alrededor hubo llevado, alta:

¹⁷⁰ «¿Qué furor, unos oídos dioses», dijo, «anteponer
a los vistos, o por qué se honra a Latona por las aras,
cuando el numen todavía mío sin incienso está? Tántalo el autor mío,
único al que fue permitido de los altísimos tocar las mesas;
de las Pléyades hermana es la genetriz mía; el máximo Atlas

¹⁷⁵ es mi abuelo, el que lleva sobre su cuello el etéreo eje;
Júpiter mi otro abuelo; como suegro también me glorío de él.
A mí los pueblos me temen de Frigia; debajo de mí, su dueña,
el real de Cadmo está, y reunidas por las liras de mi esposo,
estas murallas con sus pueblos por mí y mi marido son regidas.

¹⁸⁰ A cualquier parte de mi casa al volver mis ojos
inmensas riquezas vense; adviene a esto mismo,
digna de una diosa, mi faz; aquí mis nacidas pon, siete,

y otros tantos jóvenes, y pronto yernos y nueras.

Preguntad ahora qué causa tenga nuestra soberbia,

¹⁸⁵ a la simiente de no sé qué Ceo atreveos, a la Titánide

Latona, a preferir a mí, a la cual la máxima tierra un día

una exigua sede cuando iba a parir le negó.

Ni en el cielo ni en el suelo ni en las aguas la diosa vuestra recibida fue:

una desterrada era del cosmos hasta que compadecida de su vagar:

¹⁹⁰ «Huésped tú por las tierras vas errante: yo», dijo Delos,

«en las ondas» y un inestable lugar le dio. Ella de dos

se hizo madre: del útero nuestro la parte esta es la séptima.

Soy feliz —pues quién niegue esto— y feliz permaneceré

—esto también quién lo dude—: segura a mí mi abundancia me hizo.

¹⁹⁵ Mayor soy que a quien pueda la Fortuna dañar,

y mucho aunque me arrebatara, que mucho a mí más me quedará.

Han excedido al miedo ya mis bienes: fingid que quitarse

algo a este pueblo de los nacidos míos pudiera:

no, aun así, al número de dos me reduciría expoliada,

²⁰⁰ de Latona la multitud, la cual, cuánto dista de una huérfana.

Dejad † de prisa estos sacrificios † y el laurel de los cabellos

quitaos.» Se lo quitan y los sacrificios inconclusos abandonan,

y, lo que lícito es, con tácito murmullo veneran su numen.

Indignése la diosa y en el sumo vértice del Cinto

²⁰⁵ con tales palabras a su gemela prole habló:

«Heme yo, vuestra madre, de vosotros ardida, mis criaturas,

y que si no a Juno a ninguna cedería de las diosas,
si una diosa soy se duda y, a través de todos los siglos adoradas,
se me aparta, oh mis nacidos, si vosotros no me socorréis, de mis aras.

²¹⁰ Y no el dolor este solo: a su siniestra acción insultos
la Tantálide ha añadido y a vosotros posponer a los nacidos
suyos se ha atrevido y a mí —lo cual en ella recaiga— huérfana
me ha dicho y ha exhibido la lengua, maldita, paterna^[29] .»

Añadido súplicas habría la Latona a estos relatos:

²¹⁵ «Deja», Febo dice. «Del castigo dilación una larga queja es.»

Dijo lo mismo Febe, y en rápida caída por el aire
alcanzaron, cubiertos por unas nubes, de Cadmo el recinto.
Plana había, y a lo ancho abriéndose cerca de las murallas, una llanura,
por asiduos caballos batida, donde una multitud de ruedas

²²⁰ y dura pezuña había mullido los terrones a ellos sometidos.

Una parte allí de los siete engendrados de Anfión en fuertes
caballos montan y, rojecientes de tirio jugo,
sus lomos hunden y de oro pesadas moderan sus riendas.

De los cuales Ismeno, que para la madre suya el fardo un día

²²⁵ primero había sido, mientras dobla en un certero círculo

de su cuadrípede el curso y su espumante boca somete:

«¡Ay de mí!», clama, y en mitad del pecho clavadas
unas flechas lleva y los frenos su mano moribunda soltando,
hacia el costado poco a poco él se derrama desde el diestro ijar.

²³⁰ Próximo a él, tras oír un sonido de aljaba a través del vacío,

los frenos soltaba Sípilo, igual que cuando barruntando lluvias
al ver una nube huye, y dejándolas colgar por todas partes su
gobernador,

los linos arría para que ni una leve aura efluya:

los frenos, aun así, soltando, no evitable, una flecha

²³⁵ lo alcanza y en lo alto de su nuca temblorosa una saeta

se queda clavada y sobresalía desnudo de su garganta el hierro;

él, como estaba, inclinado hacia adelante, por la cruz liberada y crines

se rueda, y con su cálida sangre la tierra mancha.

Fédimo, el infeliz, y del nombre de su abuelo el heredero,

²⁴⁰ Tántalo, una vez que fin pusieron al acostumbrado trabajo,

habían pasado a la obra juvenil de la nítida palestra.

Y ya habían confrontado, luchando en estrecho nudo,

pecho con pecho, cuando disparada por el tenso nervio

como estaban, unidos, atravesó a uno y otro una saeta.

²⁴⁵ Gimieron a la vez, a la vez encorvados por el dolor

sus miembros en el suelo pusieron, a la vez sus supremas luces

giraron, yacentes, su aliento a la vez exhalaron.

Los contempla Alfénor y su desgarrado pecho golpeando

a ellos vuela para con sus abrazos aliviar sus helados miembros,

²⁵⁰ y en el piadoso servicio cae; pues el Delio^[30] a él

lo íntimo de su torso rompió con un mortífero hierro.

El cual, una vez que sacado fue, parte fue del pulmón en sus arpones

extraída y con su aliento su crúor se difundió a las auras.

Mas no al intonso Damasicton una simple herida

²⁵⁵ infligió: herido había sido por donde el muslo a serlo empieza, y por donde

su blanda articulación hace la nervosa corva,

y mientras con la mano intenta sacar la fúnebre flecha

otra saeta a través de la garganta hasta las plumas le entró.

Expulsó a ésta la sangre, que proyectándose a lo alto

²⁶⁰ ríela y, largamente por ella horadada el aura, saltando sube.

El último Ilioneo, rezando, unos brazos que no le habían

de aprovechar había elevado y: «Dioses oh, en común, todos»,

había dicho, sin él saber que no todos debían ser rogados,

«guardadme». Conmovido se había, cuando ya revocable la flecha

²⁶⁵ no era, el señor del arco; de una mínima herida aun así muere él,

no profundamente perforado su corazón por la saeta.

La noticia de ese mal y de su pueblo el dolor y las lágrimas

de los suyos a la madre de tan súbita ruina cercioraron,

admirada de que hubieran podido, y enconada de que se hubieran

²⁷⁰ a ello atrevido los altísimos, de que tan gran poder tuvieran;

pues el padre, Anfión, su hierro a través del pecho empujando

había puesto fin, muriendo, juntamente con la luz, a su dolor.

Ay, cuánto esta Níobe de la Níobe distaba aquella

que ahora poco a su pueblo había apartado de las Latoas aras

²⁷⁵ y por mitad de su ciudad había llevado sus pasos, alta la cabeza,

malquerida para los suyos, mas ahora digna de compasión incluso para su oponente.

Sobre sus cuerpos helados se postra y sin orden ninguno

besos dispensa, los supremos, por sus nacidos todos,
desde los cuales al cielo sus lívidos brazos levantando:

280 «Cébate, cruel, de nuestro dolor, Latona,

cébate», dice, «y sacia tu pecho de mi luto

y tu corazón fiero sacia», dijo. «Mediante funerales siete

a mí me llevan: exulta, y, vencedora enemiga, triunfa.

¿Pero por qué vencedora? A mí desgraciada más me quedan

285 que a ti feliz^[31] ; después de tantos funerales también venzo.»

Había dicho, y sonó desde su tensado arco un nervio,

el cual, excepto a Níobe sola, aterró a todos.

Ella en su mal es audaz. Apostadas estaban con sus ropas negras

ante los lechos de sus hermanos, suelto el pelo, sus hermanas,

290 de las cuales una, sacándose unas flechas clavadas en su vientre,

impuesto sobre su hermano, moribunda, el rostro, languidece;

la segunda, consolar a su desgraciada madre intentando

calló súbitamente y doblugada por una herida ciega quedó

[y su boca no cerró sino después que su espíritu se fuera].

295 Ésta en vano huyendo se desploma, aquélla sobre su hermana

muere; se esconde ésta, aquélla temblar habrías visto.

Y seis dadas ya a la muerte y diversas heridas padeciendo

la última restaba; a la cual con todo su cuerpo su madre,

con todo su vestido cubriendo: «Ésta sola y la más pequeña deja;

300 de muchas la más pequeña te pido», clamaba, «y ella sola»,

y mientras suplicaba la que rogaba muere. Huérfana se sentó,

entre sus exánimes nacidos y nacidas y marido,
y rigente quedó por sus males; cabellos mueve la brisa ningunos,
en su rostro el color es sin sangre, sus luces en sus afligidas
305 mejillas están inmóviles, nada hay en su imagen vivo.

Su propia lengua también interiormente con su duro paladar
unida se congela y las venas desisten de poder moverse;
ni doblarse su cuello, ni sus brazos hacer movimientos,
ni su pie andar puede; por dentro también de sus entrañas roca es.

310 Lloro aun así y circundada por un torbellino de vigoroso viento
hasta su patria^[32] es arrebatada; allí, fija a la cima de un monte
se licuece y lágrimas todavía ahora sus mármoles manan.

Los paisanos licios

Entonces verdaderamente todos la manifiesta ira de su numen,
mujer y hombre, temen, y con el culto más afanosamente todos

315 los grandes númenes veneran de la divina madre de los
gemelos^[33] ;

y, como se suele, según el hecho más reciente los anteriores se vuelven a
narrar.

De los cuales uno dice: «De la Licia fértil también por los campos
no impunemente a la diosa los viejos colonos despreciaron.

Cosa oscura ciertamente es por la falta de nobleza de sus hombres,

320 admirable, aun así. Vi en persona el pantano y su lugar,

por el prodigio conocido; pues ya mayor de edad

e incapaz de soportar el viaje, a mí mi genitor traer unos escogidos

bueyes me había encargado de allí, y del pueblo aquel al irme

él mismo un guía me había dado, con el cual, mientras esos pastos
lustro,

³²⁵ he aquí que del lago en medio, negro del rescoldo de sus sacrificios
un ara vieja se alzaba, de trémulas cañas rodeada.

Se detuvo y con pávido murmullo: «Propicio a mí seas», dijo
el guía mío, y con semejante murmullo: «Propicio a mí», yo dije.

Si de las Náyades o de Fauno fuera, aun así, el ara, le preguntaba,

³³⁰ o si de un indígena dios, cuando tal cosa me refirió mi huésped:

«No en este ara, oh joven, un montano numen hay;

aquélla suya la llama a quien un día la regia esposa

el orbe le vetó, a quien apenas la errática Delos,

suplicante, la acogió cuando, leve isla, nadaba;

³³⁵ allí recostándose, junto con el árbol de Palas, en una palmera,

dio a luz a sus gemelos —contra la voluntad de la madrastra— Latona.

De allí también que huyó de Juno la recién parida se refiere

y que en su seno llevó, dos númenes, a sus nacidos.

Y ya cuando un sol grave quemaba los campos en los confines

³⁴⁰ de Licia, la autora de la Quimera, la diosa, de su larga fatiga
cansada

y desecada del calor estelar, sed contrajo,

y sus pechos lactantes los habían agotado ávidos sus hijos.

Por azar en un lago de mediana agua reparó, en unos profundos
valles; unos paisanos allí leñosos mimbres

³⁴⁵ recogían, y con ellos juncos y, grata a los pantanos, ova.

Se acercó, y bajando la rodilla la Titania en la tierra

la apoyó para sacar helados licores que bebiera.

La rústica multitud lo impide; la diosa así se dirigió a los que la impedían:

«¿Por qué prohibís las aguas? Un uso compartido el de las aguas es
350 y ni el sol privado la naturaleza, ni el aire hizo,
ni las tenues ondas: a públicos beneficios he venido;
los cuales, aun así, que me deis, suplicante os pido. No yo nuestros
cuerpos a lavar aquí y cansados miembros me disponía,
sino a aliviar la sed. Carece la boca de quien os habla de humedad
355 y la garganta seca tengo y apenas hay camino de la voz en ellas.

Un sorbo de agua para mí néctar será y la vida confesaré
que he recibido a la vez: la vida me daríais en el agua.

Éstos también os conmuevan, los que en nuestro seno sus brazos
pequeños tienden», y por acaso tendían los brazos sus nacidos.

360 ¿A quién no las tiernas palabras de la diosa hubieran podido
conmover?

Ellos, aun así, a quien rogaba persisten en prohibirlas, y amenazas,
si no lejos se retira, e insultos encima añaden.

Y no bastante es; los propios incluso lagos con pies
y mano enturbiaron y desde el profundo abismo el blando
365 limo aquí y allá con saltos malignos removieron.

Difirió la ira la sed, y no, pues, ya, la hija de Ceo
suplica a unos indignos, ni decir sostiene por más tiempo
palabras menores la diosa, y levantando a las estrellas sus palmas:

«Eternamente en el pantano», dijo, «este viváis.»

370 Suceden los deseos de la diosa: gustan de estar bajo las ondas
y ora todo su cuerpo sumergir en la cóncava laguna,
ahora sacar la cabeza, ora por lo alto del abismo nadar,
a menudo sobre la ribera del pantano sentarse, a menudo
a los helados lagos volver a brincar; pero ahora también sus torpes
375 lenguas en disputas ejercitan y haciendo a un lado el pudor,
aunque estén bajo agua, bajo agua maldecir intentan.
Su voz también ya ronca es y sus inflados cuellos hinchan
y sus propios voceríos les dilatan las anchas comisuras.
Sus espaldas la cabeza tocan, los cuellos sustraídos parecen,
380 su espinazo verdea, su vientre, la parte más grande del cuerpo,
blanquea,
y en el limoso abismo saltan, nuevas, las ranas.»

Marsias

Así, cuando no sé quién hubo referido de los hombres
del pueblo licio la destrucción, del sátiro se acuerda el otro,
al cual el Lato, con su Tritoníaca caña venciéndole,
385 le deparó un castigo. «¿Por qué a mí de mí me arrancas?», dice;
«ay, me pesa, ay, no vale», clamaba, «la tibia tanto.»
Al que clamaba la piel le fue arrancada de lo sumo de sus miembros,
y nada sino herida él era; crúor de todas partes mana,
y destapados se ven sus nervios y trémulas sin ninguna
390 piel rielan sus venas; sus palpitantes vísceras podrías
enumerar, y diáfanos en su pecho las fibras.

A él los campestres faunos, de las espesuras númenes,
y sus sátiros hermanos, y su entonces también querido Olimpo,
y las ninfas le lloraron, y quien quiera que en los montes aquellos
395 lanados rebaños y ganados astados apacentaba.

Fértil se humedeció, y humedecida la tierra caducas
lágrimas concibió, y con sus venas más profundas las embebió;
las cuales, cuando las hizo agua, a las vacías auras las emitió.

Desde entonces el que busca rápido por sus riberas inclinadas la
superficie

400 por Marsias su nombre tiene, de Frigia el más límpido caudal.

Pélope

Con tales relatos al instante vuelve a lo presente

la gente y al extinguido Anfión, con su estirpe, hace duelo.

La madre en inquina cae: a ella entonces también se dice que una
persona

le lloró, Pélope, y en su hombro, después que las ropas

405 se quitó del pecho, el marfil mostró, en el siniestro.

De concorde color este hombro en el momento de su nacimiento que el
diestro,

y corpóreo, había sido; por las manos paternas luego cortados

sus miembros, cuentan que los unieron los dioses, y aunque los otros
encontraron,

el lugar que está intermedio entre la garganta y la parte superior del
brazo

410 faltaba: impuesto le fue en uso de la parte

que no comparecía ese marfil, y por el hecho ese Pélope quedó entero.

Tereo, Progne y Filomela

Los vecinos aristócratas se reúnen y las ciudades próximas
rogaron a sus reyes que fueran a los consuelos,

y Argos y Esparta y la Pelópide Micenas

⁴¹⁵ y todavía no para la torva Diana Calidón odiosa

y Orcómenos la feraz y noble por su bronce Corinto

y Mesene la feroz y Patras y la humilde Cleonas,

y la Nelea Pilos y todavía no piteia Trecén

y las ciudades otras que por el Istmo^[34] están encerradas, el de dos
mares,

⁴²⁰ y las que fuera situadas por el Istmo son contempladas, el de dos
mares.

Creerlo quién podría, sola tú no cumpliste, Atenas.

Se opuso a ese deber la guerra, y transportadas por el ponto
bárbaras columnas aterraban los mopsopios muros.

El tracio Tereo a ellas con sus auxiliares armas

⁴²⁵ las había dispersado y un claro nombre por vencer tenía;

al cual consigo Pandión, en riquezas y hombres poderoso,

y que su linaje traía desde acaso el gran Gradivo,

con la boda de su Progne, unió. No la prónuba Juno,

no Himeneo asiste, no la Gracia a aquel lecho.

⁴³⁰ Las Euménides sostuvieron esas antorchas, de un funeral robadas,

las Euménides tendieron el diván y sobre su techo se recostó,

profano, un búho, y del tálamo en el culmen se sentó.

Con esta ave uniéronse Progne y Tereo, padres

con esa ave hechos fueron; les agradeció, claro está, a ellos

435 la Tracia, y a los dioses mismos ellos las gracias dieron, y a ese día
en el que dada fue de Pandión la nacida al preclaro tirano,
y en el que había nacido Itis, festivo ordenaron que se dijera.

—hasta tal punto se oculta el provecho—. Ya los tiempos del repetido
año el Titán a través de cinco otoños había conducido,

440 cuando, enterneciendo a su marido Progne: «Si estima», dijo,
«alguna la mía es, o a mí a ver envíame a mi hermana
o que mi hermana aquí venga. Que ha de volver en tiempo pequeño
prometerás a tu suegro. De un gran regalo a mí, en la traza,
a mi germana el haber visto me darás.» Ordena él las quillas

445 a los estrechos bajar y a vela y remo en los puertos
cecropios entra y del Pireo los litorales toca.

En cuanto de su suegro estuvo en presencia, la derecha a la diestra
se une, y con ese fausto presagio se acomete la conversación.

Había empezado, de su llegada el motivo, los encargos a referir

450 de su esposa, y rápidos retornos de la enviada a prometer:

he aquí que llega, en gran aparato rica, Filomela,

más rica en hermosura, cuales oír solemos

que las náyades y las dríades por mitad avanzan de las espesuras

si sólo les des a ellas adornos y semejantes aparatos.^[35]

455 No de otro modo se abrasó, contemplada la virgen, Tereo,

que si uno bajo las canas espigas fuego ponga,

o si frondas, y puestas en los heniles, crema hierbas.

Digna ciertamente su hermosura, pero también a él su innata lujuria

lo estimula, e inclinada la raza de las regiones aquellas

⁴⁶⁰ a Venus es; flagra por el vicio de su raza y el suyo propio.

El impulso es de él el celo de su cortejo corromper

y de su nodriza la fidelidad, y no poco con ingentes a ella misma

dádivas inquietarla y todo su reino dilapidar,

o raptarla y con salvaje guerra raptada defenderla,

⁴⁶⁵ y nada hay que, cautivado por ese desenfrenado amor,

no osara, y no abarca las llamas su pecho en él encerradas.

Y ya las demoras mal lleva y con deseosa boca se vuelve

a los encargos de Progne y hace sus votos bajo ella.

Elocuente lo hacía el amor, y cuantas veces rogaba

⁴⁷⁰ más allá de lo justo, que Progne así lo quería decía.

Añadió también lágrimas, como si las hubiese encargado también a ellas.

Ay, altísimos, cuánto los mortales pechos de ciega

noche tienen. Por la propia instrucción de la maldad a Tereo

piadoso se le cree y gloria de su crimen obtiene.

⁴⁷⁵ Y qué decir de que lo mismo Filomela ansía, y que de su padre los hombros

con sus brazos, tierna, sosteniendo, que pueda ir a ver a su hermana,

y que por la suya, y contra su salud, pide ella.

La contempla a ella Tereo y de antemano la toca al mirarla

y su boca y su cuello y sus circundados brazos divisando,

⁴⁸⁰ todo por estímulos y antorchas y cebo de su furor

toma, y cuantas veces se abraza ella a su padre

ser su padre quisiera, pues no menos impío sería.

Vence al genitor la súplica de ambas: se goza y le da
ella al padre las gracias, y que ha salido bien para las dos

⁴⁸⁵ esto cree la infeliz, que será lúgubre para las dos.

Ya labor exigua a Febo restaba, y sus caballos
pulsaban con sus pies el espacio del declinante Olimpo.

Regios manjares en las mesas y Baco en oro
se pone; después al plácido sueño se dan sus cuerpos.

⁴⁹⁰ Mas el rey odrisio, aunque se retiró, en ella
arde, y recordando su faz y movimientos y manos
cuales las quiere imagina las cosas que todavía no ha visto y los fuegos
suyos él mismo nutre, mientras esa inquietud le aleja el sopor.

La luz llega, y de su yerno la diestra estrechando que marchaba,

⁴⁹⁵ Pandión a su compañera con lágrimas le encomienda brotadas:

«A ella yo, querido yerno, porque una piadosa causa me obliga
y lo quisieron ambas, lo quisiste tú también, Tereo,
te doy a ti, y por tu lealtad y tu pecho a mí emparentado suplicante,
y por los altísimos, te ruego que con amor de padre la guardes,

⁵⁰⁰ y que a mí, angustiado, este alivio dulce de mi vejez

cuanto antes —cualquiera será para mí una demora larga—, me
devuelvas.

Tú también cuanto antes —bastante es que lejos esté tu hermana—,
si piedad alguna tienes, a mí, Filomela, vuelve.»

Le encargaba, y al par daba besos a la nacida suya

505 y lágrimas suaves entre los encargos caían;

y de fe como prenda las diestras de cada uno demandó

y entre sí dadas las unió, y que a su nacida y nieto

ausentes por él con memorativa boca saluden, pide;

y el supremo adiós, llena de sollozos la boca,

510 apenas dijo, y temió los presagios de su mente.

Una vez que impuesta fue Filomela sobre la pintada quilla

y removido el estrecho a remos, y la tierra despedida fue:

«Hemos vencido», clama, «conmigo mis votos vienen»,

y exulta y apenas en su ánimo sus gozos difiere

515 el bárbaro, y a ningún lugar la vista separa de ella,

no de otro modo que cuando con sus pies corvos, predador,

depositó en su nido alto una liebre, de Júpiter el ave:

ninguna huida hay para el cautivo; contempla su premio el raptor.

Y ya el camino concluido, y ya a sus litorales de las fatigadas

520 popas habían salido, cuando el rey, de Pandión a la nacida

a unos establos altos arrastra, oscuros de sus espesuras vetustas,

y allí, palideciente y temblorosa y todo temiendo

y ya con lágrimas dónde esté su germana preguntando,

la encerró y confesando la abominación, y virgen ella y una sola,

525 por la fuerza la somete, en vano llamando unas veces a su padre,

otras a la hermana suya, a los grandes divinos sobre todas las cosas.

Ella tiembla, como una cordera asustada que, herida, de la boca

de un cano lobo se ha sacudido, y todavía a sí misma a salvo no se cree,

o como una paloma, humedecidas de su propia sangre sus plumas,

⁵³⁰ se horroriza todavía y tiene miedo de esas ávidas uñas con las que la cogieron.

Luego, cuando en sí volvió, desgarrando sus sueltos cabellos,

a la que una muerte plañe semejante, heridos a su golpe sus brazos,

tendiéndole las palmas: «Oh por tus siniestros hechos bárbaro,

oh cruel», dijo, «ni a ti los encargos de un padre

⁵³⁵ con sus lágrimas piadosas te han conmovido, ni tu cuidado de mi hermana,

ni mi virginidad, ni las matrimoniales leyes.

Todo lo has turbado: rival yo hecha he sido de mi hermana,

tú, doble esposo. Como enemigo yo hubiera debido tal castigo.

¿Por qué no el aliento este, para que ninguna fechoría a ti, perjuro, te reste,

⁵⁴⁰ me arrebatas? Y ojalá lo hubieras hecho antes de estos execrables

concúbitos. Vacías hubiese tenido de crimen yo mis sombras.

Si, aun así, esto los altísimos contemplan, si los númenes de los divinos

son algo, si no se perdieron todas las cosas conmigo,

alguna vez tus castigos me pagarás. Yo misma el pudor

⁵⁴⁵ rechazando tus hechos diré, si ocasión tengo

de llegar a gentes; si en estas espesuras encerrada me quedo

llenaré estas espesuras y a estas piedras, testigos, conmoveré.

Oirá esto el éter y si dios alguno en él hay.»

Con tales cosas después que la ira del fiero tirano conmovida,

⁵⁵⁰ y, no menor que ella, su miedo fue, por ambos motivos acuciado,

de la que estaba ceñido, de su vaina libera la espada,

y arrebatándola por el pelo y doblados tras su espalda los brazos,
a padecer cadenas la obligó; su garganta Filomela aprestaba,
y esperanza de su muerte al ver la espada había concebido.

⁵⁵⁵ Él, ésa que estaba indignada y por su nombre al padre sin cesar
llamaba

y luchaba por hablar, cogiéndosela con una tenazas, su lengua,
se la arrancó con su espada fiera. La raíz riela última de su lengua.

Ésta en sí, yace, y a la tierra negra, temblando, murmura,
y, como saltar suele la cola de una mutilada culebra,

⁵⁶⁰ palpita, y muriendo de su dueña las plantas busca.

Después también de esta fechoría —apenas me atrevería a creerlo— se
cuenta

que a menudo por su lujuria volvió a buscar el lacerado cuerpo.

Es capaz, después de tales hechos, de volver a Progne,

la cual al ver al esposo por su germana pregunta, mas él

⁵⁶⁵ da unos gemidos fingidos y unos inventados funerales narra

y sus lágrimas hicieron el crédito. Sus vestimentas Progne

destrozó desde sus hombros, de oro ancho fulgentes,

y se cubre de negros vestidos y un inane sepulcro

instruyó y a unos falsos manes expiaciones ofreció,

⁵⁷⁰ y plañe los hados de una hermana que no así de plañirse había.

Su doble senario de signos el dios había revistado, pasado un año.

¿Qué hacía Filomela? La huida una custodia le cierra,

construidos se erigen en sólida roca los muros de los establos,

su boca muda carece de delator del hecho. Grande es del dolor

575 el ingenio, y acude la astucia a las desgraciadas situaciones.

Una urdimbre suspende, experta, del bárbaro telar,
y unas purpúreas notas entretejió en los hilos blancos,
indicio de la abominación, y concluido se lo entregó a una,
y que lo lleve a su dueña con el gesto le ruega. Ella lo rogado

580 llevó hasta Progne: no sabe qué entregue en ello.

Desplegó las ropas la matrona del salvaje tirano
y de la fortuna suya la canción deplorable lee,
y, milagro que pudiera, calla. El dolor su boca reprimió,
y palabras bastante indignadas a la lengua que las buscaba

585 faltaron, y no a llorar tiempo entrega, sino que lo piadoso y lo impío
a fundir se lanza y del castigo en la imagen toda está.

El tiempo era en que los sacrificios trienales suelen de Baco
celebrar las sitonias nueras: la noche es cómplice de los sacrificios,
de noche suena el Ródope con los tintineos del bronce agudo,

590 de noche de su casa salió la reina y para los ritos
del dios se equipa y coge de furia unas armas.

Con vid la cabeza se cubre, de su costado siniestro vellones
de ciervo penden, en su hombro una leve asta descansa.

Precipitándose por las espesuras, de la multitud acompañada de las
suyas,

595 terrible Progne, y por las furias agitada del dolor,

Baco, las tuyas simula. Llega a los establos inaccesibles al fin

y aúlla y el *euhoé* ^[36] hace sonar, y las puertas destroza

y a su germana rapta, y a la raptada de las enseñas de Baco
invieste, y su rostro con frondas de hiedra le esconde,
600 y arrastrándola atónita hasta dentro de sus murallas la conduce.
Cuando sintió que había tocado la casa nefanda Filomela
se horrorizó la infeliz y en todo palideció el rostro.
Alcanzando un lugar Progne, de los sacrificios las prendas le quita
y la cara descubre avergonzada de su desgraciada hermana
605 y estrecharla intenta; pero no levantar en contra
soporta ella sus ojos, rival a sí misma viéndose de su hermana,
y bajado a tierra el rostro, al querer ella jurar
y por testigos poner a los dioses de que por la fuerza a ella la deshonra
aquella
inferida fue, por voz su mano estuvo. Arde y la ira suya
610 no abarca la propia Progne, y el llanto de su hermana
conteniendo: «No se ha con lágrimas esto», dice, «de tratar,
sino con hierro, sino si algo tienes que vencer al hierro
pueda. Para toda abominación yo, germana, me he preparado:
o yo, cuando con antorchas estos reales techos creme
615 a su artífice echaré, a Tereo, en medio de las llamas,
o su lengua o sus ojos y los miembros que a ti el pudor
te arrebataron a hierro le arrancaré, o por heridas mil
su culpable aliento le expulsaré. Para cualquier cosa grande me he
preparado;
qué sea, todavía dudo.» Mientras concluye tales cosas Progne
620 a su madre venía Itis. De qué era capaz por él

advertida fue, y con ojos mirándolo inclementes: «Ah, cuán
eres parecido a tu padre», dijo y no más hablando
la triste fechoría prepara y se consume en callada ira.
Cuando aun así se le acercó su nacido y a su madre su saludo
625 ofreció y con sus pequeños brazos se acercó a su cuello,
y mezclados con ternuras de niño su boca le unió,
conmovida ciertamente fue su genetriz, y quebrantada se detuvo su ira,
y sus involuntarios ojos se humedecieron de lágrimas obligadas.
Pero una vez que por su excesiva piedad su mente vacilar
630 sintió, desde él otra vez al rostro se tornó de su hermana,
y por turno mirando a ambos: «¿Por qué me hace llegar», dice,
«el uno sus ternuras y calla la otra, arrancada su lengua?
A la que llama él madre ¿por qué no llama aquélla hermana?
Con qué marido te hayas casado, vélo, de Pandión la nacida.
635 Le desmereces: la abominación es piedad en tu esposo Tereo.»
No hay demora, coge a Itis, igual que del Ganges una tigresa
la cría lactante de una cierva por las espesuras opacas,
y cuando de la casa alta una parte alcanzaron remota
a él, tendiéndole sus manos y ya sus hados viendo
640 y «madre, madre» clamando y su cuello buscando,
a espada hiere Progne, por donde al costado el pecho se une,
y no el rostro torna; bastante a él para sus hados incluso una
herida era: la garganta a hierro Filomela le tajó,
y vivos aún y de aliento algo reteniendo sus miembros

645 le despedazan. Una parte de ahí bulle en los cavos calderos,
parte en asadores chirrían. Manan los penetrales de sueros.
Con estas mesas acoge la esposa al ignorante Tereo,
y un sacrificio al uso de su patria mintiendo, al que solo
lícito sea asistir al marido, a cortesanos y sirvientes retira.
650 Él mismo, sentado en su solio ancestral Tereo alto,
se ceba y en su vientre sus entrañas acumula y
—tanta la noche de su ánimo es—: «A Itis aquí traedme», dijo.
Disimular no puede sus crueles goces Progne,
y ya deseosa de erigirse en mensajera de su propia calamidad:
655 «Dentro tienes a quien reclamas», dice. Alrededor mira él
y dónde esté pregunta: mientras lo busca y de nuevo lo llama,
como ella estaba, asperjados de su sangría de furia sus cabellos
se abalanzó y de Itis la cabeza cruenta Filomela
le lanzó a la cara de su padre y en ningún momento más quiso
660 poder hablar y con las merecidas palabras testimoniar sus gozos.
El tracio con un ingente alarido las mesas repelió
y a las vipéreas hermanas mueve del estigio valle,
y ora, si pudiera, por sacar abriéndose el pecho los siniestros
manjares de allí, y sus engullidas entrañas, arde,
665 ya llora, y a sí mismo se llama pira desgraciada de su nacido,
ahora persigue con el desnudo hierro a las engendradas de Pandión.
Los cuerpos de las Cecrópides con alas volar pensarías:
volaban con alas, de las cuales acude la una a las espesuras,

la otra en los techos se mete, y no todavía de su pecho se han desprendido

⁶⁷⁰ las marcas de la matanza, y sellada con sangre su pluma está.

Él por el dolor suyo y de castigo por el ansia veloz,

se torna en pájaro, al que se alzan en su coronilla crestas.

Le sobresale, in módico, en vez de su larga cúspide un pico.

Su nombre abubilla de ave, su porte armado parece.

Bóreas y Oritía

⁶⁷⁵ Este dolor antes de su día y de los extremos tiempos de una larga vejez a las tartáreas sombras a Pandión envió.

Los cetros del lugar, y del estado el gobierno toma Erecteo,

si por su justicia en duda, o más poderoso por sus vigorosas armas.

Cuatro muchachos él, ciertamente, y otras tantas había creado

⁶⁸⁰ de suerte femenina, pero era par la belleza de dos de ellas.

De las cuales el Eólida Céfalo contigo como esposa, feliz,

Procris, fue; a Bóreas Tereo y sus tracios daño hacían,

y de su elegida mucho tiempo careció el dios, de Oritía,

mientras le ruega, y de plegarias prefiere que de las fuerzas servirse.

⁶⁸⁵ Mas cuando con ternuras no se hace nada, hórrido de ira,

cual la acostumbrada es en él y demasiado familiar en ese viento:

«Y con razón», dijo, «pues ¿por qué mis armas he abandonado,

la fiereza y las fuerzas e ira y arrestos amenazantes,

y he empleado súplicas, de las cuales a mí me desmerece el uso?

⁶⁹⁰ Apta a mí la fuerza es: por la fuerza las tristes nubes expulso,

por la fuerza los estrechos sacudo y nudosos robles vuelco
y endurezco las nieves y las tierras con granizo bato.

El mismo, yo, cuando a mis hermanos en el cielo abierto encuentro
—pues mi llanura él es— con tanto ahínco lucho

⁶⁹⁵ que en medio de nuestros ataques resuene el éter
y salten despedidos de las cóncavas nubes fuegos.

El mismo, yo, cuando entro a las convexas perforaciones de la tierra
y he puesto, feroz, mi espalda bajo las profundas cavernas
angustio a los manes, y con mis temblores a todo el orbe.

⁷⁰⁰ Con esta ayuda debiera mis tálamos haber buscado, y suegro
no he debido rogar que él fuera mío, sino hacerlo, a Erecteo.»

Estas cosas Bóreas, o que éstas no inferiores diciendo,
sacudió sus alas, con cuyas sacudidas toda
aventada fue la tierra, y el ancho mar estremeció,

⁷⁰⁵ y su polvorienta capa llevando por las altas cimas
barre la tierra y, pávida de miedo, por una calina cubierto,
a Oritía amando, en sus fulvas alas la estrecha.

Mientras vuela ardieron agitados más fuertemente sus fuegos,
y no antes las riendas reprimió de su aérea carrera

⁷¹⁰ que de los Cícones alcanzó los pueblos y sus murallas el raptor.

Allí del helado tirano esposa la Actea,
y también genetriz hecha fue, y partos gemelos dio a luz,
que el resto de la madre, las alas del genitor tuvieran.

No, aun así, éstas al par, recuerdan, con el cuerpo nacidas fueron,

715 y mientras barba faltaba bajo sus rútilos cabellos
implumes Calais el niño y Zetes fueron.

Luego, al par las alas empezaron, al modo de las aves,
a ceñirles ambos costados, al par a dorarse sus mejillas.

Así pues, cuando cedió el tiempo infantil a su juventud,
720 los vellones con los minias, de nítido vello radiantes,
por un mar no conocido con la primera quilla buscaron.

Libro séptimo

Medea y Jasón

Y ya el estrecho los Minias con la Pagasea popa cortaban
y bajo una perpetua noche llevando su desvalida vejez
a Fineo visto habían, y los jóvenes de Aquilón creados
las virginales aves de la boca del desgraciado viejo habían ahuyentado,
⁵ y tras muchas peripecias bajo el claro Jasón finalmente
habían alcanzado, robadoras, del limoso Fasis las ondas.

Y mientras acuden al rey y de Frixo los vellones le demandan
† y la condición es dada a su números, † horrenda, de grandes trabajos,
concibe entre tanto la Eetíade unos vigorosos fuegos,
¹⁰ y tras combatirlos mucho tiempo, después que con la razón su furor
vencer no pudo: «En vano, Medea, resistes.

No sé qué dios se opone», dice, «y milagro si no esto es,
o algo ciertamente semejante a esto, a lo que amar se llama.

Pues, ¿por qué las órdenes de mi padre demasiado a mí duras me
parecen?

¹⁵ Son también duras demasiado. ¿Por qué a quien ahora poco recién he
visto

de que muera tengo miedo? ¿Cuál la causa de tan gran temor?

Sacude de tu virgíneo pecho las concebidas llamas,
si puedes, infeliz. Si pudiera más sana estaría.

Pero me arrastra, involuntaria, una nueva fuerza, y una cosa deseo,

²⁰ la mente de otra me persuade. Veo lo mejor y lo apruebo,

lo peor sigo. ¿Por qué en un huésped, regia virgen,
te abrasas y tálamos de un extraño mundo concibes?
Esta tierra también puede lo que ames darte. Viva o él
muera, en los dioses está. Viva, aun así, y esto suplicarse
²⁵ incluso sin amor lícito es, pues ¿qué ha cometido Jasón?
¿A quién sino a un cruel no conmueva de Jasón la edad
y su estirpe y su virtud? ¿A quién no, aunque lo demás falte,
su rostro conmover puede? Ciertamente mi pecho ha conmovido.
Mas si ayuda no le presto la boca de los toros a él le soplará,
³⁰ y correrá contra su propio sembrado —los enemigos por la tierra
creados—, o al ávido dragón será entregado como fiera presa.
Esto yo, si lo tolero, entonces yo de una tigresa nacida,
entonces que hierro y peñas llevo en el corazón confesaré.
¿Por qué no también lo miro morir y mis ojos al verlo
³⁵ contamina? ¿Por qué no los toros instigo contra él,
y a los hijos de la tierra fieros, y al insomne dragón?
Los dioses mejor lo quieran. Aunque no esto he de rogar,
sino de hacer yo. ¿Y traicionaré yo los reinos de mi padre
y por la ayuda nuestra no sé qué recién llegado se salvará,
⁴⁰ para que, por mí salvado, sin mí dé sus lienzos a los vientos
y el marido sea de otra, para el castigo Medea quede?
Si hacer esto, o a otra puede anteponernos a nos,
muera el ingrato. Pero no tal el rostro en él,
no tal la nobleza de su ánimo es, tal la gracia de su hermosura,

45 que tema su engaño, y del mérito nuestro los olvidos.

Y dará antes su fe y obligaré a que en esos pactos testigos

sean los dioses ¿Qué segura temes? Cíñete y toda

demora desecha: a ti él siempre se deberá, Jasón,

a ti con antorcha solemne se unirá y por las pelasgas

50 ciudades como su salvadora te celebrará la multitud de las madres.

¿Así pues yo a mi germana y hermano, y padre y dioses

y mi natal suelo, por los vientos llevada, he de dejar?

Naturalmente mi padre cruel, naturalmente es la mía una bárbara tierra,

mi hermano todavía un bebé. Están conmigo los votos de mi hermana,

55 el más grande dios dentro de mí está. No grandes cosas atrás dejaré,

grandes cosas seguiré: el título de haber salvado la juventud aquea

y el conocimiento de un lugar mejor y fortalezas cuya fama

aquí incluso florece, y el cultivo y artes de esos lugares,

y aquél que yo con las cosas que todo posee el orbe,

60 el Esónida, mutar querría, con el cual, como esposo, feliz

y querida a los dioses se me diga y con mi cabeza las estrellas toque.

¿Y qué decir de no sé qué montes que se dice que en medio

de las ondas atacan, y, de las naves enemiga, Caribdis,

que ahora sorbe el estrecho, ahora lo devuelve, y, ceñida de salvajes

65 perros, de una Escila rapaz, que en el profundo siciliano ladra?

Naturalmente reteniendo lo que amo y a su regazo en Jasón sujeta

por estrechos largos iré. Nada a él abrazada temeré

o si de algo tengo miedo, tendré miedo de mi esposo solo.

¿Acaso matrimonio lo crees y unos especiosos nombres a la culpa,

⁷⁰ Medea, tuya, impones? Es más, mira a qué gran

impiedad avanzas, y mientras lícito es, huye del crimen.»

Dijo y ante sus ojos lo recto y la piedad y pudor

se erigían, y con la vencida daba ya la espalda Cupido.

Marchaba junto a unas antiguas aras, de Hécate la Perseide,

⁷⁵ las cuales un bosque sombrío y una secreta espesura cubría,

y ya fuerte era, y rechazado se resedaba su ardor,

cuando ve al Esónida, y la extinguida llama reluce.

Enrojecieron sus mejillas y en todo se recandeció su rostro

y como suele con los vientos alimentos cobrar y, la que

⁸⁰ pequeña bajo el acumulado rescoldo se escondía, la brasa,

crecer, y hasta sus viejas fuerzas, agitada, resurgir,

así ya lene su amor, ya cual languidecer creerías,

cuando vio al joven, con la hermosura de él presente, se enardeció

y, por acaso, de lo acostumbrado más hermoso de Esón el nacido

⁸⁵ en aquella luz estaba: podrías perdonar a la enamorada.

Lo mira, y en su rostro, como entonces al fin visto,

sus luces fijas mantiene, y no que ella un mortal

rostro ve, demente, cree, ni se desvía de él.

Cuando empero empezó a hablar y la diestra le prende

⁹⁰ el huésped y auxilio con sumisa voz le rogó

y le prometió su lecho, con lágrimas dice ella desbordadas:

«Qué haré, veo, y no a mí la ignorancia de la verdad
me engañará, sino el amor. Salvado serás por regalo de nos:
salvado lo prometido me darás.» Por los misterios de la triforme
⁹⁵ diosa, él, y el numen que estuviera en aquella floresta,
y por el padre de su suegro futuro, que divisa todas las cosas,
y los eventos suyos y tan grandes peligros jura.

Creído recibe en seguida unas encantadas hierbas
y aprende su uso y alegre a sus techos se retiró.

¹⁰⁰ La posterior Aurora había despedido a las estrellas rielantes.

Se reúnen los pueblos en el sagrado campo de Marte
y se instalan en sus cimas. En medio el rey mismo se aposenta
del grupo, en púrpura, y por su cetro marfileño insigne.

He aquí que por sus aceradas narinas vulcano soplan

¹⁰⁵ los toros de pies de bronce, y tocadas por sus vapores las hierbas
arden, y como suelen llenas resonar las chimeneas,

o cuando en un horno de tierra los sílices sueltos
conciben fuego con la aspersion en ellos de límpidas aguas,
sus pechos así, por dentro revolviendo las encerradas llamas,

¹¹⁰ y su garganta quemada, suenan. Aun así, de ellos, el nacido de Esón
al encuentro va. Volvieron bravíos a la cara del que llegaba
sus terribles rostros y sus cuernos, prefijados con hierro,
y el polvoriento suelo con su pie bipartido pulsaron
y de humeantes mugidos el lugar llenaron.

¹¹⁵ Rígidamente de miedo quedaron los Minias; se acerca él y no lo que ellos

exhalan siente —tanto las drogas pueden—,
y sus colgantes papadas acaricia con audaz diestra,
y abajo puestos del yugo el peso grave les obliga del arado
a llevar, y el desacostumbrado campo a hierro hender.

¹²⁰ Se admiran los colcos, los Minias con sus clamores le acrecen
y suman arrestos. De su gálea de bronce entonces toma
los vipéreos dientes y en los arados campos los esparce.

Esas semillas ablanda la tierra, de un vigoroso veneno antes teñida,
y crecen y se hacen los sembrados dientes nuevos cuerpos

¹²⁵ y como su aspecto humano toma en el materno vientre
y en sus proporciones dentro se compone el bebé,
y no, sino maduro, sale a las comunes auras,

así, cuando en las entrañas de la grávida tierra su imagen
completada fue de hombre, en ese campo preñado surge,

¹³⁰ y lo que más milagroso es, al par dadas a la luz, sacude sus armas.

A los cuales cuando vieron, para blandir preparados sus astas
de puntiaguda cúspide contra la cabeza del hemonio joven,
bajaron de miedo su rostro y su ánimo los pelasgos.

Ella también se aterró, la que seguro lo había hecho a él,

¹³⁵ y cuando que acudían vio al joven tantos enemigos, uno él,
palideció y súbitamente sin sangre, fría, sentada estaba,

y para que no poco puedan las gramas por ella dadas, una canción
auxiliar canta y sus secretas artes invoca.

Él, un pesado sílice lanzando en medio de los enemigos

140 un Marte de sí despedido vuelve contra ellos.

Los hijos de la tierra perecen por mutuas heridas, los hermanos,
y en civil columna caen. Le felicitan los aqueos
y al vencedor sostienen y en ávidos abrazos lo estrechan.
Tú también al vencedor abrazar, bárbara, quisieras.

145 Pero a ti, para que no lo hicieras, te contuvo el temor de tu fama:
se opuso a tu intento el pudor; mas abrazado lo hubieras.

Lo que se puede, con afecto tácito te alegras y das
a tus canciones las gracias y a los dioses autores de ellos.

Al siempre vigilante dragón queda con hierbas dormir,

150 el que con su cresta y lenguas tres insigne, y con sus corvos
dientes horrendo, el guardián era del árbol áureo.

A él, después que lo asperjó con grama de leteo jugo
y las palabras tres veces dijo hacedoras de los plácidos sueños,
las que el mar turbado, las que los lanzados ríos asientan:

155 cuando el sueño a unos desconocidos ojos llegó, y del oro
el héroe Esonio se apodera, y del despojo, orgulloso,
a la autora del regalo consigo —despojos segundos— portando,
vencedor tocó con su esposa de Iolco los puertos.

Medea y Esón

Las hemonias madres por sus hijos recobrados, dones,

160 y los padres de avanzada edad, ofrecen, y amontonados en la llama
inciensos licuecen, y cubiertos sus cuernos de oro
una víctima los votos hace, pero falta entre los agradecidos Esón

ya más cercano a la muerte y cansado en sus seniles años,
cuando así el Esónida: «Oh a quien deber mi salvación
165 confieso, esposa, aunque a mí todas las cosas me has dado
y ha excedido a lo creíble la suma de los méritos tuyos,
si, aun así, esto pueden —pues qué no tus canciones pueden—,
quítame de mis años, y los quitados añade a mi padre»,
y no contuvo las lágrimas: conmovióse ella de la piedad del que rogaba
170 y a su desemejante ánimo acudió el Eetes que ella abandonó.
Y no, aun así, afectos tales confesando: «¿Qué abominación»,
dice, «ha salido de la boca tuya, esposo? ¿Así, que yo puedo
a alguien, crees, transcribir un espacio de tu vida?
Ni permita esto Hécate ni tú pides algo justo, pero que esto
175 que pides mayor, probaré a darte un regalo, Jasón.
Con el arte mía la larga edad de mi suegro intentaremos,
no con los años tuyos, renovar, sólo con que la divina triforme
me ayude y presente consienta estos ingentes atrevimientos.
Tres noches faltaban para que sus cuernos todos se unieran
180 y efectuaran su círculo: después de que llenísima fulgió
y con su sólida imagen las tierras miró la luna,
sale de los techos, de ropas desceñidas vestida,
desnuda de pie, desnudos sus cabellos por los hombros derramados,
y lleva errantes por los mudos silencios de la media noche
185 no acompañada sus pasos. A hombres y pájaros y fieras
había relajado una alta quietud. Sin ningún murmullo serpea ella:

a la que está dormida semejante, sin ningún murmullo, la serpiente.
Inmóviles callan las frondas, calla el húmedo aire.
Las estrellas solas rielan, a las cuales sus brazos tendiendo
tres veces se torna, tres veces con aguas cogidas de la corriente
¹⁹⁰ el pelo se roró y en ternas de aullidos su boca
libera, y en la dura tierra puesta de hinojos:
«Noche», dice, «a los arcanos fidelísima, y los que áureos
sucedéis, con la luna, a los diurnos, astros,
y tú tricéfala Hécate, que cómplice de nuestras empresas
¹⁹⁵ y fautora vienes, y cantos y artes de los magos,
y la que a los magos, Tierra, de potentes hierbas equipas,
y auras y vientos y montes y caudales y lagos
y dioses todos de los bosques, y dioses todos de la noche, asistid,
con cuya ayuda cuando lo quise ante sus asombradas riberas los
caudales
²⁰⁰ a los manantiales retornaron suyos; y agitados calmo,
y quietos agito con mi canto los estrechos; las nubes expulso
y las nubes congrego, los vientos ahuyento y llamo,
vipéreas fauces rompo con mis palabras y canción,
y vivas rocas y convulsos robles de su tierra,
²⁰⁵ y espesuras nuevo y mando temblar los montes
y mugir el suelo y a los manes salir de sus sepulcros.
A ti también, Luna, te arrastro, aunque de Témesa los bronces
las fatigas tuyas minoren, el carro también con la canción nuestra
palidece de mi abuelo, palidece la Aurora con nuestros venenos.

210 Vosotros para mí de los toros las llamas embotasteis, y con el corvo
arado su cuello ignorante de carga hundisteis,
vosotros a los nacidos de serpiente contra sí fieras guerras disteis,
y al centinela rudo de sueño dormisteis, y el oro,
a su defensor engañando, mandasteis a las griegas ciudades.

215 Ahora menester es de jugos, por los cuales renovada la senectud,
a la flor vuelva y sus primeros años recolecte,
y los daréis, pues ni rielaron las estrellas en vano
ni en vano por el cuello de voladores dragones tirado
mi carro aquí está.» Estaba allí, descendido del éter, su carro.

220 Al cual una vez hubo ascendido y los enfrenados cuellos de los
dragones

acarició y con sus manos sacudió las leves riendas,
sublime es arrebatada y sometido el tesalio Tempe
abajo mira y a arcillosas regiones acopla sus sierpes:
y las que el Osa ofrece, las hierbas que el alto Pelión,

225 y el Otris y el Pindo, y que el Pindo mayor el Olimpo,
observa, y las que complacen, parte de raíz saca,
parte abate con la curvatura de su hoz de bronce.

Muchas también le pluguieron, gramas de las riberas del Apídano,
muchas también del Anfriso, y no eras tú inmune, Enipeo,

230 y no dejó el Peneo, no dejaron del Esperquíio las ondas
de contribuir algo, y los juncosos litorales del Bebe.

Cogió también de la eubea Antédona vivaz grama,

todavía no vulgar por el cuerpo mutado de Glauco.

Y ya el noveno día con su carro y alas de dragones,

²³⁵ y la novena noche todos los campos lustrar la habían visto,

cuando regresó, y no habían sido tocados sino del olor los dragones,

y aun así de su añosa vejez la piel dejaron.

Se detuvo al llegar más acá del umbral y las puertas,

y sólo del cielo se cubre, y rehúye los masculinos

²⁴⁰ contactos, e instituye unas aras de césped, en número de dos,

la más diestra de Hécate, mas por la izquierda parte de Juventa.

Éstas cuando de verbenas y de espesura agreste hubo ceñido,

no lejos sacando tierra de dos hoyos,

sus sacrificios hace, y cuchillos a unas gargantas de vellón negro

²⁴⁵ lanza, y las anchurosas fosas inunda de sangre.

Entonces, encima vertiendo unas vasijas de transparente vino,

y otras vasijas vertiendo de tibia leche,

palabras a la vez derrama y los terrenos númenes aplaca

y de las sombras ruega, con su raptada esposa, al rey,

²⁵⁰ que no se apresuren esos miembros a defraudar de su aliento senil.

A los cuales, cuando los hubo aplacado con sus plegarias y un murmullo largo,

que el cuerpo agotado de Esón fuera sacado a las auras

ordenó, y a él, relajado por su canción en plenos sueños,

a un muerto semejante, lo extendió en un lecho de hierbas.

²⁵⁵ De allí lejos al Esónida, lejos de allí ordena marchar a los sirvientes,

y les advierte que de los arcanos quiten sus ojos profanos.

Se dispersan, así ordenados. Suelos Medea sus cabellos,

de las bacantes al rito, las flagrantes aras circunda

y antorchas de múltiples hendiduras en la fosa de sangre negra

²⁶⁰ tiñe, y manchadas las enciende en las gemelas aras,

y tres veces al anciano con llama, tres veces con agua, tres veces con
azufre lustra.

Mientras tanto una vigorosa droga en un dispuesto caldero

hierve, y bulle, y de espumas henchidas blanquea.

Allí las raíces en el valle hemonio cortadas

²⁶⁵ y las semillas y flores y jugos negros cuece.

Añade piedras en el extremo Oriente buscadas,

y, que el mar refluyente del Océano lavó, arenas.

Añade también, recogidas en una trasnochadora luna, escarchas,

y de un búho infame, junto a sus mismas carnes, las alas,

²⁷⁰ y del que solía en hombre mutar sus rostros ferinos,

de un ambiguo lobo, las entrañas; y no faltó a esas cosas

la escamosa membrana de una cinifia, tenue, fétida hidra,

y de un vivaz ciervo el hígado, a los cuales encima añade

la boca y cabeza de una corneja que nueve generaciones había pasado.

²⁷⁵ Después que con éstas y mil otras cosas sin nombre

un propósito instruyó la bárbara más grande que lo mortal,

con una rama, árida desde hacía mucho tiempo, de clemente olivo

todo lo confundió y con lo de más arriba mezcló lo más profundo.

He aquí que el viejo palo que daba vueltas en el caliente caldero

280 se hace verde a lo primero, y en no largo tiempo de frondas
se viste, y súbitamente de grávidas olivas se carga;
mas por donde quiera que del cavo caldero espumas lanzó
el fuego y a la tierra gotas cayeron calientes,
retoña la tierra y flores y mullidas pajas surgen.

285 Lo cual una vez que vio, empuñando Medea la espada
abre la garganta del anciano, y el viejo crúor dejando
salir, rellena con sus jugos; los cuales, después que los embebió Esón
o por la boca acogidos o por la herida, la barba y los cabellos,
la canicie depuesta, un negro color arrebataron,

290 expulsada huye la delgadez, se van la palidez y la decrepitud
y con añadido cuerpo se suplen las cavas arrugas
y sus miembros exuberan: Esón se asombra y en otro tiempo,
antes cuatro decenas de años, que tal era él, recuerda.

Había visto desde lo alto las maravillas de tan gran portento

295 Líber y advertido de que sus jóvenes años a las nodrizas suyas
podían devolverse, toma este regalo de la Cólquide.

Medea y Pelias

Y para que no sus engaños cesen, un odio contra su esposo falso
la Fasíade simula, y de Pelias a los umbrales suplicante
huye, y a ella, puesto que abrumado él por la vejez está,

300 la reciben sus nacidas; a las cuales la astuta cólquide, en un tiempo
pequeño, de una amistad mendaz con la imagen, atrapa,
y mientras relata entre los máximos de sus méritos haber quitado

a Esón la decrepitud y en esta parte se demora,
la esperanza ha introducido entre las vírgenes de Pelias creadas
305 de que por arte pareja rejuvenecer podría el padre suyo,
y esto buscan, y un precio le ordenan que sin límite pacte.
Ella por breve espacio calla y dudar parece
y suspende los ánimos, fingiendo gravedad, de las que le rogaban.
Luego, cuando su propuesta hace: «Para que sea la fe más grande
310 del regalo este», dice, «el que mayor en edad es,
el jefe de la grey entre las ovejas vuestras, cordero con mi droga se
hará.»
En seguida, agotado por sus incontables años un lanado
traen, curvado su cuerno alrededor de sus cavas sienes;
del cual, cuando con su cuchillo hemonio su marchita garganta
315 perforó y de su exigua sangre manchó el hierro,
los miembros a la vez de la res y unos vigorosos jugos la envenenadora
sumerge en un caldero cavo: disminuye esto las articulaciones de su
cuerpo,
sus cuernos se esfuman y no menos, con sus cuernos, sus años,
y tierno se oye un balido en medio del caldero,
320 y sin demora, a las que del balido se asombran, les salta un cordero
y retoza en su huida y unas ubres lecheras quiere.
Pasmáronse las engendradas de Pelias, y después que las promesas
exhibían su fe, entonces en verdad más encarecidamente la instan.
Tres veces los yugos Febo a sus caballos, en la ibérica corriente
sumergidos,
325 había quitado, y en la cuarta noche radiantes rielaban

las estrellas, cuando a un arrebatador fuego la falaz Eetíade
impone puro líquido y sin fuerzas unas hierbas.

Y ya a la muerte parecido el sueño, relajado su cuerpo,
del rey, y con el rey suyo de sus centinelas, se había apoderado,
³³⁰ al cual los habían entregado sus cantos y la potencia de su mágica
lengua;

habían entrado al serles ordenado, junto con la cólquide, en los
umbrales sus nacidas

y rodeaban el lecho: «¿Por qué ahora dudáis, inertes?

Empuñad», dice, «las espadas y el viejo crúor sacadle,
que yo rellene las vacías venas con juvenil sangre.

³³⁵ En las manos vuestras la vida está y la edad de vuestro padre.

Si piedad alguna hay y no unas esperanzas tenéis vanas,
servicio prestad a vuestro padre y con las armas la vejez
sacadle y su pus extraedle aunando vuestro hierro.»

Con tales apremios, según cada una de piadosa es, la impía primera es,

³⁴⁰ y para no ser abominable, hace una abominación. Aun así, los
golpes

suyos ninguna contemplar puede y sus ojos vuelven

y ciegas heridas dan, vueltas de espalda, con sus salvajes diestras.

Él, crúor manando, sobre su codo, aun así, levanta el cuerpo,

y semidesgarrado del lecho intenta levantarse, y en medio

³⁴⁵ de tantas espadas sus palidecientes brazos tendiendo:

«¿Qué hacéis, mis nacidas? ¿Quién para los hados de un padre
os arma?», dice. Cayeron en ellas arrestos y manos.

Al que más iba a decir, junto con sus palabras la garganta la cólquide

le cortó, y despedazado lo sumergió en las calientes aguas,
350 que si con sus aladas serpientes no se hubiese ido a las auras,
no exenta hubiera quedado de castigo:

Huida de Medea

huye alta sobre el Pelión

sombrío, del Filireo los techos, y sobre el Otris,

y por el suceso del viejo Cerambo esos lugares conocidos:

él, con ayuda de las ninfas sostenido en el aire con alas,

355 cuando la pesada tierra fuera enterrada por el ponto que la
inundaba,

huyó, él no enterrado, de las ondas de Deucalión.

La eolia Pítane por la parte izquierda deja,

y hechos de piedra los simulacros de un largo dragón,

y del Ida el bosque, en el que los hurtos de su nacido, un novillo,

360 ocultó Líber bajo la imagen de un falso ciervo,

y en donde el padre de Córito enterrado en un poco de arena fue,

y los campos que Mera con su nuevo ladrido aterrorizó,

y de Eurípilo la ciudad, en donde las madres de Cos cuernos

llevaron, entonces, cuando se alejaba de Hércules la tropa,

365 y la Rodas de Febo, y de Iáliso los Telquines,

cuyos ojos, que con su misma visión arruinaban todas las cosas,

Júpiter lleno de odio a las ondas de su hermano^[37] sometió.

Atravesó también las murallas cartegas de la antigua Cea,

en donde su padre Alcidamante se habría de asombrar de que pudiera

³⁷⁰ nacer plácida, del cuerpo de su hija, un paloma.

Desde ahí el lago de Hirie la ve, y de Cigno el Tempe,

que un súbito cisne frecuentó: pues Filio allí,

por mandato del muchacho, unas aves y un fiero león

había entregado domados; a un toro también vencer siéndole ordenado

³⁷⁵ lo había vencido, y enconado por su amor tantas veces despreciado,

al que esos premios supremos demandaba del toro, le negaba.

Él indignado: «Desearás dármele», dijo y de su alta

roca saltó. Todos que había caído muerto creían:

hecho cisne con unas níveas alas se suspendía en el aire.

³⁸⁰ Mas su genetriz Hirie, de su salvación ignorante, llorando

se delicueció y un pantano de su nombre se hizo.

Junta yace a ello Pleurón, en la cual con trepidantes alas

la Ofíade huyó, Combe, de las heridas de sus nacidos.

De ahí de Calaurea los campos la Letoide contempla,

³⁸⁵ de ese rey, vuelto ave junto con su esposa, cómplices.

Diestra Cilene está, en la cual con su madre Menefron

de acostarse había, al modo de las salvajes fieras.

Al Cefiso lejos de aquí, que lloraba los hados de su nieto,

vuelve su mirada, en una henchida foca por Apolo convertido,

³⁹⁰ y de Eumelo a la casa, haciendo duelo en el aire de su nacido.

Finalmente con sus vipéreas plumas la Éfira Pirénide,

alcanza: aquí los antiguos divulgaron que en la edad primera

mortales cuerpos de unos pluviales hongos habían nacido.

Medea y Teseo

Pero después que con los colcos venenos ardió la recién casada
395 y flagrante la casa del rey vieron los mares ambos,
con la sangre de sus nacidos se inunda su impía espada
y vengándose a sí misma mal la madre, de las armas de Jasón huyó.
De aquí, por los dragones arrebatada del Titán, entra
en los recintos de Palas, los que a ti, justísima Fene,
400 y a ti, anciano Périfas, al par os vieron volando,
y apoyada en unas nuevas alas a la nieta de Polipemon.
La acoge a ella Egeo, sólo por este hecho condenable,
y no bastante la hospitalidad es, del tálamo también con la alianza a él
la une.

Y ya estaba allí Teseo, prole ignorada para su padre,
405 y, por la virtud suya, el de dos mares había pacificado, el Istmo.

De él para la perdición mezcla Medea el que un día
había traído consigo de las escíticas orillas, ese acónito.
Aquél recuerdan que de los dientes de la equidnea perra
surgido fue: una gruta hay, por su tenebrosa abertura ciega,
410 hay un camino declinante, por el cual el tirintio héroe
al que se resistía y contra el día y sus rayos rielantes
sesgaba sus ojos, con cadenas unidas a acero,
a Cérbero, arrastró, el cual, su rabiosa ira concitada,
llenó al par con sus ternas de ladridos las auras
415 y asperjó los verdes campos de sus espumas blanqueantes.

Que éstas se solidificaron creen, y que obteniendo alimentos de su feraz
y fecundo suelo, las fuerzas cobraron de hacer daño;

a los cuales, puesto que nacen vivaces en los duros escollos,

los rústicos acónitos los llaman; éstos por astucia de su esposa

⁴²⁰ su propio padre, Egeo, a su nacido extendió como a enemigo.

Había cogido con ignorante diestra Teseo las dadas copas,

cuando su padre en el puño de marfil de su espada conoció

las señales de su familia y la fechoría sacudió de su boca.

Escapó ella de la muerte con unas nubes mediante sus canciones
movidas.

⁴²⁵ Mas su genitor, aunque se alegra de su salvo nacido,

atónito aun así está de que una ingente abominación, por tan poca

distancia, cometerse pudo: templa con fuegos las aras

y de presentes a los dioses colma y hieren las segures

los cuellos torosos de bovinos, atados sus cuernos con cintas.

⁴³⁰ Ninguno entre los Erectidas se dice que más celebrado que aquel

día lució; preparan convites los padres

y el medio pueblo, y canciones —el vino su ingenio

haciendo— no dejan de cantar: «De ti, máximo Teseo,

se ha admirado Maratón por la sangre del creteo toro,

⁴³⁵ y que, a salvo del cerdo, ara su Cromión el colono,

regalo y obra tuya es; la tierra epidauria por ti

vio, portadora de la maza, sucumbir de Vulcano a la prole,

vio también al inclemente Procrustes la cefisiáde orilla;

de Cerción la muerte vio la Cereal Eleusis.

440 Cayó aquel Sinis, que de sus grandes fuerzas mal se sirvió,
el que podía curvar los troncos, y bajaba desde lo alto
a la tierra los que a lo ancho habían de esparcir cuerpos: unos pinos.
Segura hasta Alcátoe, lelegeias murallas, una senda,
una vez terminó con Escirón, se abre, y dispersos la tierra
445 les niega una sede, una sede le niega a sus huesos de ladrón la onda,
los cuales, agitados mucho tiempo, se dice que los endureció su vejez
en escollos; de escollos el nombre de Escirón está prendido.
Si tus glorias y los años tuyos contar quisiéramos,
tus hechos someterían a tus años. Por ti, valerosísimo, estos votos
450 públicos asumimos, de Baco por ti tomamos estos sorbos.»

Resuena, del asentimiento del pueblo y las súplicas de los fautores,
el real, y lugar triste alguno en toda la ciudad no hay.

Minos y Céfalo (I)

Aun así —hasta tal punto ningún placer es limpio
e inquietud alguna en las alegrías interviene—, Egeo
455 unos goces no percibió íntegros por su nacido recobrado:
guerras prepara Minos, el cual, aunque en soldado, aunque
por su armada es fuerte, aun así por su paterna ira es firmísimo
y del asesinato de Androgeo se venga con justas armas.

Antes, con todo, para la guerra busca fuerzas amigas

460 y con la que poderoso es considerado, con su voladora armada, los
estrechos recorre.

Por aquí a Anafe se adhiere y los reinos de Astipalea

—con promesas a Anafe, los reinos de Astipalea con la guerra—,
por aquí la humilde Míconos, y los arcillosos campos de Cimolos,
y floreciente de tomillo a Citnos, y la plana Serifos,

⁴⁶⁵ y la marmórea Paros, y a la que impía traicionó Arne,

† Siton † : recibido el oro, que avara había demandado,

mutada fue en un ave que ahora también ama el oro,

negra de pies, de negras plumas velada, la corneja.

Mas no Olíaros y Dídime y Tenos y Andros

⁴⁷⁰ y Gíaros y de su nítida oliva feraz Peparetos

a las naves ayudaron de Gnosos. De allí por su costado siniestro

a Enopia Minos acude, de los Eácidas los reinos:

Enopia los antiguos la llamaron, pero el propio

Éaco Egina, de su genetriz con el nombre, le llamó.

⁴⁷⁵ La multitud se lanza y de tanta fama a un hombre conocer

ansía; al encuentro corren de él Telamón y menor

que Telamón Peleo y, la prole tercera, Foco;

el mismo también sale, tardo por la pesadez senil,

Éaco, y cuál sea de su venida la causa pregunta.

⁴⁸⁰ Al serle recordado de su padre el luto suspira y a él

palabras le refiere tales el regidor de los cien pueblos:

«Que estas armas favorezcas te pido, por mi nacido tomadas, y de esta
piadosa

milicia parte seas: para su túmulo consuelos demando.»

A él el Asopíada: «Pides cosa inútil», dijo, «y que la ciudad

485 no ha de hacer mía; pues no más unida ninguna
tierra a los cecrópides que ésta está: tales las alianzas nuestras.»
Triste se va y: «Se mantendrán para ti tus pactos a alto precio»,
dijo, y más útil una guerra amenazar piensa que es,
que hacerla, y sus fuerzas allí previamente consumir.

490 La armada lictia desde los enopios muros todavía
contemplarse podía, cuando a plena vela lanzada
una ática popa llega y en esos puertos amigos entra,
la cual a Céfalo, y de la patria a la vez unos encargos, llevaba.
Los Eácidas jóvenes, después de largo tiempo visto,

495 reconocieron, aun así, a Céfalo y sus diestras le dieron
y de su padre a la casa lo condujeron. Digno de ver el héroe,
y de su vieja hermosura reteniendo todavía ahora las prendas
avanza, y una rama sosteniendo de su paisana oliva
a su diestra y su siniestra a dos de edad menor,

500 él el mayor, tiene, a Clito y Butes, por Palante creados.
Después que sus encuentros primeros sus palabras propias llevaron,
del Cecrópida los encargos Céfalo cumple y le ruega
auxilio y el pacto le recuerda y las leyes de sus padres
y que el dominio se pretende de toda la Acaya añade.

505 Así, cuando la encargada causa su elocuencia hubo alentado,
Éaco, en el puño de su cetro su mano siniestra apoyando:
«Auxilio no pedid, sino tomadlo», dijo, «oh Atenas,
y sin dudar las fuerzas que esta isla tiene, vuestras

decidlas, y todo lo que de las cosas mías el estado es.

⁵¹⁰ Reciedumbre no falta: me sobra a mí soldado y hueste.

Gracias a los dioses, feliz e inexcusable tiempo este.»

«Mejor que así sea», Céfalo: «Que crezca tu urbe en ciudadanos
te deseo», dice. «Llegando yo, ciertamente, ahora poco, gozos sentí
cuando una tan bella, tan semejante en edad, esta juventud

⁵¹⁵ a mi encuentro avanzaba; muchos, aun así, entre ellos echo de
menos,

a los que un día vi en vuestra ciudad anteriormente al ser recibido.»

La peste de Egina

Éaco gimió hondo y con triste voz así hablando:

«A un luctuoso principio una mejor fortuna ha seguido.

Ésta ojalá pudiera a vosotros recordaros sin aquél.

⁵²⁰ Por su orden ahora lo recordaré y para no con un largo rodeo
deteneros:

huesos y cenizas yacen los que con memorativa mente echas de menos,
y cuánta parte, ellos, del estado mío, perecieron.

Una siniestra peste por la ira injusta de Juno sobre estos pueblos
cayó, al odiar ella, dichas por su rival, estas tierras.

⁵²⁵ Mientras pareció mortal la desgracia y de tan gran calamidad
se escondía la causa dañina, combatióse con el arte médica;

la perdición superaba al remedio, que vencido yacía.

Al principio el cielo una espesa bruma sobre las tierras
puso y unos perezosos ardores encerró entre esas nubes,

⁵³⁰ y mientras cuatro veces juntando sus cuernos completó su círculo

la Luna, cuatro veces su pleno círculo, atenuándose, destejó,
con mortíferos ardores soplaron los calientes austros.

Consta que también hasta los manantiales el daño llegó, y los lagos,
y muchos miles de serpientes por los incultivados campos

⁵³⁵ vagaron y con sus venenos los ríos profanaron.

En el estrago de los perros primero, y de las aves y ovejas y bueyes
y entre las fieras, de la súbita enfermedad se captó la potencia.

De que caigan el infeliz labrador se maravilla, vigorosos,
entre la labor, los toros, y en mitad se tumben del surco.

⁵⁴⁰ De las lanadas greyes, balidos dando dolientes,
por sí mismas las lanas caen y sus cuerpos se consumen.

El acre caballo un día y de gran fama en el polvo,
desmerece de sus palmas, y de sus viejos honores olvidado
junto al pesebre gime a punto de morir de enfermedad inerte;

⁵⁴⁵ no el jabalí de su ira se acuerda, no de confiar en su carrera
la cierva, ni contra los fuertes ganados de correr los osos.

Todo el languor lo posee y en las espesuras y campos y caminos
cuerpos feos yacen y vician con sus olores las auras.

Maravillas diré: no los perros y las ávidas aves,

⁵⁵⁰ no los canos lobos a ellos los tocaron; caídos se licuecen

y con su aflato dañan y llevan sus contagios a lo ancho.

«Llega a los pobres colonos con daño más grave

la peste y en las murallas señorea de la gran ciudad.

Las vísceras se queman a lo primero, y de la llama escondida

555 indicio el rubor es y el producido anhélito.

Áspera la lengua se hincha, y por esos tibios vientos árida
la boca se abre, y auras graves se reciben por la comisura.

No la cama, no ropas soportarse algunas pueden,
sino en la dura tierra ponen sus torsos, y no se vuelve

560 el cuerpo de la tierra helado, sino la tierra de ese cuerpo hierve,
y moderador no hay, y entre los mismos que la medican salvaje
irrumpe la calamidad, y en contra están de sus autores sus artes.

Cuanto más cercano alguien está y sirve más fielmente a un enfermo,
al partido de la muerte más pronto llega, y cuando de salvación

565 la esperanza se ha ido y el fin ven en el funeral de la enfermedad,
ceden a sus ánimos y ninguna por qué sea útil su preocupación es,
pues útil nada es. Por todos lados, dejado el pudor,
a los manantiales y ríos y pozos espaciosos se aferran
y no la sed es extinguida antes que su vida al beber;

570 de ahí, pesados, muchos no pueden levantarse y dentro de las
mismas

aguas mueren; alguno aun así toma también de ellas.

Y, tan grande es para los desgraciados el hastío del odiado lecho,
de él saltan, o si les prohíben sostenerse sus fuerzas,
sus cuerpos ruedan a tierra y huye de los penates

575 cada uno suyos, y a cada uno su casa funesta le parece,
y puesto que la causa está oculta, su lugar pequeño está bajo acusación.

Medio muertos errar por las calles, mientras estar de pie podían,

los vieras, llorando a otros y en tierra yacentes
y sus agotadas luces volviendo en su supremo movimiento,
580 y sus miembros a las estrellas tienden del suspendido cielo,
por aquí y allá, donde la muerte los sorprendiera, expirando.
Cuánto yo entonces ánimo tuve, o cuánto debí de tener,
que la vida odiara y deseara parte ser de los míos.
Adonde quiera que la mirada de mis ojos se volvía, por allí
585 gente había tendida, como cuando las pútridas frutas
caen al moverse sus ramas y al agitarse su encina las bellotas.
Unos templos ves enfrente, sublimes con sus peldaños largos
—Júpiter los tiene—: ¿quién no a los altares esos
defraudados inciensos dio? ¿Cuántas veces por un cónyuge su cónyuge,
590 por su nacido el genitor, mientras palabras suplicantes dice,
en esas no exorables aras su vida terminó,
y en su mano del incienso parte, no consumida, encontrada fue?
¿Llevados cuántas veces a los templos, mientras los votos el sacerdote
concibe y derrama puro entre sus cuernos vino,
595 de una no esperada herida cayeron los toros?
Yo mismo, sus sacrificios a Júpiter por mí, mi patria y mis tres
nacidos cuando hacía, mugidos siniestros la víctima
dejó escapar, y, súbitamente derrumbándose sin golpes algunos,
de su exigua sangre tiñó, puestos bajo ella, los cuchillos.
600 Sus entrañas también enfermas las señas de la verdad y las
advertencias de los dioses

habían perdido: tristes penetran hasta las vísceras las enfermedades.
Delante de los sagrados postes vi arrojados cadáveres,
delante de las mismas —para que la muerte trajera más inquina— aras.

Parte su aliento con el lazo cierran y de la muerte el temor

⁶⁰⁵ con la muerte ahuyentan y voluntariamente llaman a unos hados
que se acercan.

Los cuerpos enviados a la muerte en ningún funeral, como de
costumbre,

se llevan, pues tampoco abarcaban los funerales las puertas;
o no sepultados pesan sobre las tierras o son dados a las altas
piras, no dotados. Y ya reverencia ninguna hay

⁶¹⁰ y acerca de las piras pelean y en ajenos fuegos arden.

Quienes les lloren no hay, y no lloradas vagan
de los nacidos y hombres las ánimas, y de jóvenes y viejos,
y ni lugar para los túmulos, ni bastante árbol hay para los fuegos.

Atónito por tan gran torbellino de desgraciadas cosas:

⁶¹⁵ «Júpiter, oh», dije, «si que tú, relatos no falsos
cuentan, a los abrazos de Egina, la Esópide, fuiste,
ni tú, gran padre, nuestro padre te avergüenzas de ser,
o a mí devuelve a los míos, o a mí también guárdame en el sepulcro.»

Él una señal con el relámpago dio, y el trueno siguiente.

⁶²⁰ «Los acojo y sean éstos, te ruego, felices signos
de la mente tuya», dije; «el presagio que me das tomo por prenda.»

Por acaso había allí junto, de anchurosas ramas ralísima,
consagrada a Júpiter, una encina de simiente de Dodona.

Aquí nos unas recolectoras observamos, en fila larga,
625 una gran carga en su exigua boca, unas hormigas, llevando,
que por la rugosa corteza preservaban su calle.

Mientras su número admiro: «Otros tantos, padre óptimo», dije,
«tú a mí dame, y estas vacías murallas suple.»

Se estremeció y, sus ramas moviéndose sin brisa, un sonido

630 la alta encina dio: de pavoroso temor el cuerpo mío
se estremeció y erizado tenía el pelo; aun así, besos a la tierra
y a los robles di, y que yo tenía esperanzas no confesaba;
tenía esperanzas, aun así, y con mi ánimo mis votos alentaba.

La noche llega y, hostigados por las inquietudes, de los cuerpos el sueño

635 se apodera: ante mis ojos la misma encina a mí que estaba,
y que prometía lo mismo, y los mismos animales en las ramas
suyas llevaba, me pareció, y que parejamente temblaba con aquel
movimiento,

y que la recolectora fila esparcía en sus subyacentes campos;
que crece de súbito, y mayor y mayor parece,

640 y se levanta en la tierra y en un recto tronco se asienta
y su delgadez y su número de pies y negro color
depone y que la humana forma a su miembros introduce.

El sueño se va. Condeno despierto mis propias visiones y me lamento
de que en los altísimos de ayuda no haya nada; mas en las estancias un
ingente

645 murmullo había y voces de hombres oír me parecía,
ya para mí desacostumbradas. Mientras sospecho que ellas también del
sueño

son, viene Telamón presto y, abriéndose las puertas:

«Que la esperanza y la fe, padre», dijo, «cosas mayores verás.

Sal.» Salgo y, cuales en la imagen del sueño

⁶⁵⁰ me pareció haber visto unos hombres, por su orden tales
los contemplo y reconozco: se acercan y a su rey saludan.

Mis votos a Júpiter cumplo y a estos pueblos recientes la ciudad
reparto y, vacíos de sus primitivos cultivadores, los campos,
y mirmidones los llamo, y de su origen sus nombres no privo.

⁶⁵⁵ Sus cuerpos has visto; sus costumbres, las que antes tenían,
ahora también tienen: parca su raza es y sufridora de fatigas
y de su ganancia tenaz y que lo ganado conserve.

Éstos a ti a tus guerras, parejos en años y ánimos, te seguirán,
tan pronto como el que a ti felizmente te ha traído, el euro»

⁶⁶⁰ —pues el euro le había traído— «háyase mutado en austros.»

Céfalo (II)

Con tales y otros discursos ellos llenaron

el largo día: de la luz la parte última a la mesa,

fue dada, la noche a los sueños. Su resplandor el áureo Sol había
levantado;

soplaba todavía el euro y unas velas que habían de regresar retenía.

⁶⁶⁵ A Céfalo los engendrados de Palante, cuya edad mayor era,
al rey, Céfalo junto a los creados de Palante,
acuden, pero todavía al rey un sopor alto retenía.

Los recibe un Eácida a ellos en la entrada, Foco,

pues Telamón y su hermano los hombres para la guerra elegían.

670 Foco a un más interior espacio y a unos bellos recesos
a los Cecrópidas conduce, con los que a la vez él se sienta.
Observa que el Eólida, de un desconocido árbol hecha,
lleva en la mano una jabalina, de la cual fuera áurea la cúspide.
Pocas cosas antes en las intermedias conversaciones habiendo dicho:

675 «Soy a los bosques aficionado», dice, «y a la matanza de fieras.

De qué espesura, aun así, tengas ese astil cortado
hace tiempo que dudo. Ciertamente si de fresno fuera
de bermejo color sería; si cornejo, nudo en medio tendría.

De dónde sea lo ignoro, pero no más hermosa que ella

680 han visto los ojos nuestros un arma arrojadiza.»

Toma la palabra de los acteos hermanos el otro, y: «Un uso
mayor que su hermosura admirarás», dijo, «en él.

Alcanza cuanto busca y la fortuna, cuando es lanzado,
a él no le rige, y vuelve volando, sin que nadie lo traiga, cruento.»

685 Entonces verdaderamente el joven Nereio todo pregunta,
por qué le fue y de dónde dado, quien de tan gran regalo el autor.

Céfalo (III) y Procris

Lo que pide él relata, pero lo que narrar pudor le da,
por qué merced lo obtuvo, guarda silencio, y tocado del dolor
de su esposa perdida, así, con lágrimas brotadas, habla:

690 «Ésta, nacido de una diosa —¿quién podría creerlo?—

esta arma llorar me hace y lo hará por mucho tiempo, si vivir a nos
los hados por mucho tiempo dieran: ella a mí, con mi esposa querida,

me perdió: de éste regalo ojalá hubiera carecido siempre.

Procris era, si acaso más ha arribado a los oídos tuyos

⁶⁹⁵ Oritía, hermana de la raptada Oritía.

Si la hermosura y el carácter quisieras comparar de las dos,
más digna ella de ser raptada. Su padre a ella a mí la unió, Erecteo,
a ella a mí la unió el amor: feliz se me decía y era.

No así a los dioses les pareció, o ahora también quizás yo lo sería.

⁷⁰⁰ El segundo mes pasaba, después de los sacrificios conyugales,
cuando a mí, que a los cornados ciervos tendía redes,

desde el vértice supremo del siempre floreciente Himeto,

ocre por la mañana, me ve la Aurora, ahuyentadas las tinieblas,

y contra mi voluntad me rapta. Lícito me sea la verdad referir,

⁷⁰⁵ con la venia de la diosa: aunque sea por su cara de rosa digna de
admirar,

aunque tenga los de la luz, tenga los confines de la noche,

aunque de nectáreas aguas se alimente, yo a Procris amaba.

En mi pecho Procris estaba, Procris siempre en mi boca.

De los sacramentos del diván y de las uniones nuevas y tálamos
recientes

⁷¹⁰ y primeros pactos le contaba de mi abandonado lecho.

Conmovióse la diosa y: «Detén, ingrato, tus lamentos.

A Procris ten», dijo, «que si la mía providente mente es,

no haberla tenido querrás.» Y a mí a ella, llena de ira, me remitió.

Mientras vuelvo y conmigo las advertencias de la diosa repaso,

⁷¹⁵ a existir el miedo empezó de que las leyes conyugales mi esposa

no bien hubiera guardado. Su hermosura y su edad me ordenaban
creer en su adulterio. Me prohibían creerlo sus costumbres.

Pero aun así yo había estado ausente, pero también ésta era, de donde
volvía,

de ese crimen ejemplo, pero todo tememos los enamorados.

⁷²⁰ Indagar por lo que me duela decido, y con regalos su púdica

fidelidad inquietar. Alienta este temor la Aurora

y transmuta —me parece haberlo sentido— mi figura.

A la Paladia Atenas llego no reconocible

y entro en mi casa: de culpa la casa misma carecía

⁷²⁵ y castas señales daba y por su dueño raptado estaba angustiada:

apenas acceso, por mil engaños, a la Eréctide fue logrado.

Cuando la vi me quedé suspendido y casi abandoné las premeditadas

tentaciones a su fidelidad. Mal, para no confesarle la verdad,

me contuve, mal para —como oportuno era— besos no ofrecerle.

⁷³⁰ Triste estaba, pero ninguna aun así más hermosa que ella

triste haber puede, y por la nostalgia se dolía

de su esposo arrebatado. Tú colige cuál en ella,

Foco, la gracia sería, a quien así el dolor mismo la agraciaba.

Para qué referir cuántas veces las tentaciones nuestras su púdico

⁷³⁵ carácter rechazara, cuántas veces: «Yo», había dicho, «para uno
solo

me reservo. Donde quiera que esté, para uno solo mis goces reservo.»

¿Para quién en su sano juicio bastante esta comprobación de su
fidelidad

grande no sería? No me quedé contento y contra mis propias heridas

pugno, mientras diciéndole que fortunas le daría yo por una noche,

⁷⁴⁰ y los regalos aumentando, al fin a dudar la obligué.

Grito yo, en mala hora farsante: «Delante tienes en mala hora fingido a un adúltero:

tu verdadero esposo era yo: conmigo, perjura, como testigo has sido cogida»;

ella nada; en su callado pudor únicamente vencida,

de esos insidiosos umbrales, y con ellos de su esposo en mala hora, huye,

⁷⁴⁵ y ofendida del mío, por todo el género llena de odio de los hombres,

por los montes erraba a los afanes dedicada de Diana.

Entonces a mí, abandonado, más violento un fuego hasta los huesos

me llega. Rogaba su perdón y haber pecado confesaba

y que hubiera podido, dados esos regalos, sucumbir a semejante

⁷⁵⁰ culpa yo también, si regalos tan grandes se me dieran.

A mí, que tales cosas confesaba, su herido pudor antes vengando,

regresa ella, y dulces en concordia pasó los años.

Me da a mí además, como si consigo pequeños dones

me hubiese dado, un perro de regalo, el cual, cuando se lo entregara a ella

⁷⁵⁵ su Cintia: «Corriendo superará», había dicho, «a todos.»

Me da a la vez también la jabalina que nos, como ves, tenemos.

El perro de caza y la fiera

¿De este regalo otro cuál sea la fortuna, quieres saber?

Escucha cosa admirable. Por la novedad te conmoverás del hecho.

Canciones el Láida^[38] no comprendidas por los talentos

⁷⁶⁰ de sus predecesores había resuelto, y despeñada yacía,
olvidada de los ambages suyos, la vate oscura.

[Claro es que la nutricia Temis no tales cosas deja sin venganza.]

En seguida a la aonia Tebas se envía una segunda
peste, y por la destrucción de sus ganados muchos payeses,
⁷⁶⁵ y la suya propia, tuvieron miedo de la fiera. La juventud vecina
acudimos, y los anchos campos en ojeo ceñimos.

Ella, por su ligero salto veloz, superaba las redes
y lo alto de los linos traspasaba de las puestas redes.

Su cópula se quita a los perros, de los que ella, que la perseguían,
⁷⁷⁰ huye, y su contacto no más lenta que un ave burla.

Se me demanda a mí por consenso grande a mi Lelaps:
de mi regalo, éste el nombre; ya hace tiempo que de sus ataduras lucha
por despojarse él mismo, y con el cuello, al ellas retenerlo, las tensa.

No bien soltado fue, y ya no podíamos dónde estaba

⁷⁷⁵ saber. De sus pies las huellas el polvo caliente tenía,
él de nuestros ojos se había arrancado: no más rápida que él
una asta, ni sacudidas de la arremolinada honda las balas,
ni el cálamo leve sale de un arco de Gortina.

De mitad de una colina el pico emerge sobre los campos a ella
sometidos.

⁷⁸⁰ Me alzo a él y percibo el espectáculo de una novedosa carrera
en la que ora ser cogida, ora sustraerse de la misma
herida la fiera parece, y no por una senda recta, astuta,

y a un espacio huye, sino que burla la boca de su perseguidor
y vuelve en redondo, para que no mantenga su ímpetu su enemigo.

⁷⁸⁵ La acosa éste, y la sigue pareja y, semejante al que la tuviera,
no la tiene y vanos repite en el aire sus mordiscos.

A la ayuda me volvía yo de mi jabalina, la cual, mientras la derecha mía
la balancea, mientras los dedos en sus correas aplicar intento,
mis luces giré, y, revocadas de nuevo, al mismo sitio

⁷⁹⁰ las había devuelto: en medio —asombroso— del llano dos mármoles
contemplo. Huir éste, aquél ladrar creerías.

Claro es que invictos ambos en la disputa de esa carrera
que quedaran un dios quiso, si algún dios les asistió a ellos.»

Muerte de Procris

Hasta aquí, y calló: «¿Y en la jabalina propia, qué crimen hay?»,

⁷⁹⁵ Foco dice. Y de la jabalina así los crímenes recontó él:

«Nuestros goces el principio son, Foco, de nuestro dolor:
ellos antes te contaré. Agrada, oh, acordarse de ese feliz
tiempo, Eácida, en el que durante los primeros años, como es rito,
con mi cónyuge era feliz, feliz era ella con su marido.

⁸⁰⁰ Una mutua inquietud a los dos y un amor común nos tenía,
y ni de Júpiter ella a mi amor los tálamos preferiría,
ni a mí que me atrapara, no si Venus misma viniera,
alguna había. Iguales abrasaban llamas nuestros pechos.

Con el sol apenas con sus radios primeros hiriendo las cumbres

⁸⁰⁵ de caza a las espesuras juvenilmente ir yo solía,

ni conmigo sirvientes ni caballos ni de narinas acres

ir perros, ni los linos nudosos seguirme solían:

seguro estaba con la jabalina. Pero cuando saciado de matanza
de fieras mi derecha se había, regresaba yo al frío y las sombras,
810 y, la que de los helados valles salía, aura.

Esa aura buscaba lene en medio yo del calor,

esa aura ansiaba, descanso era ella para la fatiga.

«Aura», pues, recuerdo, «vengas tú», cantar solía,

«y a mí me confortes y entres en los senos, gratísima, nuestros

815 y, como haces, volver a aliviar quieras, con los que ardemos, estos
calores.»

Quizás añadiera —así a mí mis hados me arrastraban—

ternuras más, y: «Tú para mí gran placer»,

decir habría solido, «tú me repones y alientas,

tú haces que las espesuras, que ame estos lugares solos:

820 el aliento este tuyo siempre sea buscado por mi boca.»

A estas voces ambiguas engañado oído prestó

no sé quién, y el nombre del aura, tan a menudo invocado,

ser cree de una ninfa, a una ninfa cree que yo amo.

Al instante, de ese crimen fingido temerario delator,

825 a Procris acude y con su lengua refiere los oídos susurros.

Crédula cosa el amor es. Por el súbito dolor desvanecida,

según a mí se narra, cayó, y tras largo tiempo

reponiéndose, desgraciada ella, ella de un hado inicuo se dijo

y de mi fidelidad se lamentó, y por un crimen incitada vano,

830 de lo que nada es tuvo miedo, tuvo miedo sin cuerpo de un nombre,
y se duele la infeliz como de una rival verdadera.

Muchas veces aun así duda y espera, desgraciadísima, engañarse
y de la delación la veracidad niega y, si no los viera ella misma,
de condenar no ha los delitos de su marido.

835 Las siguientes luces habían ahuyentado de la Aurora a la noche.

Salgo y a las espesuras acudo, y vencedor por las hierbas:

«Aura, ven», dije, «y nuestra fatiga remedia»,

y súbitamente unos gemidos entre mis palabras me pareció,

no sé cuáles, haber oído: «Ven», aun así, «la mejor», mientras yo decía,

840 una fronda caduca un leve crujido de nuevo al hacer,

consideré que era una fiera y mi dardo volátil le lancé.

Procris era, y en medio sosteniendo de su pecho su herida:

«¡Ay de mí!», clama. La voz cuando fue conocida de mi fiel

cónyuge a su voz en picado y amente corrí.

845 Medio muerta y sus asperjadas ropas ensuciando la sangre,

y sus regalos, triste de mí, de la herida sacando

la encuentro, y su cuerpo, que el mío para mí más querido, con codos

blandos levanto y desgarrándome desde el pecho la ropa

sus heridas salvajes ligo e intento inhibir el crúor,

850 y que no a mí, por la muerte suya abominable, me abandone, le imploro.

De fuerzas ella carente y ya moribunda se obligó

a estas pocas palabras decir: «Por los pactos de nuestro lecho

y por los dioses suplicante te imploro, por los altísimos y los míos,
por lo que quiera que he merecido de ti bien y por el que permanece
855 ahora también, cuando muero, causa para mí de muerte, mi amor,
en los tálamos nuestros que Aura entre no tolere como esposa»,
dijo, y el error entonces por fin que había de un nombre
sentí y le mostré. ¿Pero qué mostrarlo ayudaba?
Se resbala y sus pocas fuerzas huyen con su sangre,
860 y mientras algo mirar puede, a mí me mira y en mí
su infeliz aliento, y en mi boca, exhala.
Pero, por su semblante mejor, morir tranquila parece.»

Céfalo (IV)

A quienes lloraban estas cosas, llorando el héroe, recordaba, y he
aquí
que Éaco entra con su doble prole y el nuevo
865 ejército; el cual recibe Céfalo, junto con sus fuertes armas.

Libro octavo

Céfalo (V)

Ya el nítido día cuando hubo descubierto el Lucero, y ahuyentado de la noche los tiempos, cae el Euro y las húmedas nubes se levantan: dan curso, plácidos, a los que regresan los Austros, a los Eácidas y a Céfalo, por los cuales, felizmente llevados, ⁵ antes de lo esperado los puertos buscados tuvieron.

Escila y Minos

Entre tanto Minos los lelegeos litorales devasta y pone a prueba las fuerzas de su mavorte en la ciudad de Alcátoo, que Niso tiene, el cual, entre sus honoradas canas, en medio de su cabeza, un solo cabello, esplendente de púrpura, ¹⁰ tenía prendido: garante de su gran reino.

Los sextos cuernos resurgían de la naciente luna y en suspenso estaba aún la fortuna de la guerra y largo tiempo entre uno y otro vuela con dudosas alas la Victoria.

Una regia torre había adosada a sus vocales murallas,

¹⁵ en las cuales su áurea lira se dice que la prole de Leto depuso: a su roca el sonido de ella quedó prendido.

Muchas veces allí solió ascender la hija de Niso, y alcanzar con una exigua piedrecita esas resonantes rocas, entonces, cuando paz hubiera; en la guerra también muchas veces solía ²⁰ contemplar desde ella las disputas del riguroso Marte;

y ya por la demora de la guerra de los próceres también los nombres
conocía

y sus armas y caballos y hábitos y sus cidóneas aljabas.

Conocía antes que los otros la faz del jefe hijo de Europa,

más aún de lo que conocer bastante es. Con ella de juez, Minos,

²⁵ si su cabeza había escondido en su crestado yelmo de plumas,

en gálea hermoso era, o si había cogido, por su bronce

fulgente, su escudo, su escudo haber cogido le agraciaba.

Había blandido tensando los brazos sus astiles flexibles,

alababa la virgen, unida con sus fuerzas, su arte.

³⁰ Imponiéndoles un cálamo había curvado los abiertos arcos:

que así Febo, juraba, se apostaba cuando cogía sus saetas.

Pero cuando su faz desnudaba quitándose el bronce,

y purpúreo montaba las espaldas de su blanco caballo, insignes

por sus pintas gualdrapas, y sus espumantes bocas regía,

³⁵ apenas suya, apenas dueña de su sana mente la virgen

Niseide era: feliz la jabalina que tocara él,

y los que con su mano estrechara felices a esos frenos llamaba.

El impulso es de ella, lícito sea sólo, llevar por la fila

enemiga sus virgíneos pasos, es el impulso de ella

⁴⁰ de las torres desde lo más alto hacia los gnosis cuarteles lanzar

su cuerpo, o las bronceas puertas al enemigo abrir

o cualquier otra cosa que Minos quiera. Y cuando estaba sentada

las blancas tiendas contemplando del dicteo rey:

«Si me alegre», dice, «o me duela de que se haga esta lacrimosa guerra

⁴⁵ en duda está. Me duele porque Minos enemigo de quien le ama es.

Pero si estas guerras no fueran, nunca yo conocido le habría.

De ser yo, aun así, aceptada como rehén, podría él deponer

la guerra: a mí de compañera, a mí de prenda de paz me tendría.

Si la que a ti te parió tal fue, el más bello

⁵⁰ de los reyes, cual eres tú, con motivo el dios ardió en ella.

Oh, yo, tres veces feliz si con alas bajando por las auras

pudiera en los cuarteles detenerme del gnosíaco rey

y confesándome ser yo, y las llamas mías, con qué dote, le preguntara,

querría que fuera comprada, sólo con que los patrios recintos no me demandara,

⁵⁵ pues perezcan mejor mis esperados lechos, a que sea

por la traición poderosa. Aunque muchas veces la clemencia

de su vencedor plácido útil hizo el ser vencidos para muchos.

Justas hace ciertamente por su nacido extinguido estas guerras

y por su causa prevalece, y por las armas que su causa sostienen,

⁶⁰ y, creo, seremos vencidos. ¿Qué salida, pues, queda a la ciudad?

¿Por qué su mavorte estas murallas mías a él le ha de abrir,

y no nuestro amor? Mejor sin matanza y demora,

y sin el coste podría vencer de su crúor.

No temeré realmente que alguien tu pecho, Minos,

⁶⁵ hiera, en su imprudencia, ¿pues quién tan duro que a ti

a dirigir se atreva, si no es sin saberlo, una despiadada asta?

Estas empresas placen y consta mi decisión de entregar conmigo

como dote a la patria y un fin imponer a la guerra.

Empero querer poco es. Los accesos una custodia los guarda

⁷⁰ y los cerrojos de las puertas mi genitor los tiene: a él yo, solo,

infeliz de mí, temo, solo él mis deseos demora.

Los dioses hicieran que sin padre yo fuera. Para sí mismo cada uno en efecto

es el dios: las perezosas súplicas la Fortuna rechaza.

Otra ya hace tiempo, inflamada por un deseo tan grande,

⁷⁵ en destruir se gozaría cuanto se opusiera a su amor.

¿Y por qué alguna sería que yo más valiente? A ir por entre fuegos

y espadas me atrevería, y no en esto, aun así, de fuegos algunos

o de espadas menester es: menester es para mí del cabello paterno.

Él para mí es que el oro más precioso, esa púrpura

⁸⁰ dichosa a mí me ha de hacer, y de mi deseo dueña.»

A la que tal decía, máxima nodriza de las ansias,

la noche, le sobrevino, y con las tinieblas su audacia creció.

El primer descanso había llegado, en el cual, de sus ansias diurnas cansados,

los pechos el sueño tiene: en los tálamos paternos taciturna

⁸⁵ entra y —ay, mala acción—, su nacida al padre suyo

del cabello de sus hados despoja, y de esa presa nefanda apoderada,

lleva consigo el despojo de su abominación y saliendo de su puerta,

por mitad de los enemigos —en su mérito confianza tan grande tiene—

llega hasta el rey, al que así se dirigió, asustado:

⁹⁰ «Me persuadió el amor de la acción: prole yo, regia, de Niso,

Escila, a ti te entrego los de mi patria y mis penates.

Premios ningunos pido salvo a ti. Coge, prenda de mi amor,
el purpúreo cabello, y no que yo ahora te entrego un cabello,

sino de mi padre la cabeza a ti, cree», y su criminal diestra

⁹⁵ los regalos extendió. Minos lo extendido rehúye,

y turbado por la imagen de este nuevo hecho responde:

«Que los dioses te sustraigan, oh infamia de nuestro siglo,

del orbe suyo, y la tierra a ti y el ponto se nieguen.

De seguro yo no sufriré que a Creta, de Júpiter la cuna,

¹⁰⁰ que mi mundo es, tan gran monstruo le toque.»

Dijo y, cuando sus leyes a los cautivos enemigos, justísimo

autor de ellas, hubo impuesto, que las amarras de su armada soltadas
fueran

ordenó, y las broncíneas popas empujadas a remo.

Escila, después que al estrecho bajadas nadar las quillas,

¹⁰⁵ y que no le aprestaba ese general los premios a ella de su crimen,
vio,

consumidas las súplicas, a una violenta ira pasó

y tendiendo sus manos, furibunda, esparcidos sus cabellos:

«¿A dónde huyes», exclama, «a la autora de estos méritos
abandonando,

oh, antepuesto a la patria mía, antepuesto a mi padre?

¹¹⁰ ¿A dónde huyes, despiadado, cuya victoria nuestro

crimen y también mérito es? ¿Ni a ti los dados regalos ni a ti

nuestro amor te ha conmovido, ni que mi esperanza toda en solo

tú reunida está? ¿Pues a dónde, abandonada, me volvería?

¿A la patria? Vencida yace. Pero supón que me quedo:

¹¹⁵ por la traición mía cerrado se me ha a mí. ¿De mi padre a la cara,
el cual a ti te doné? Los ciudadanos odian a quien lo merece,
los vecinos del ejemplo tienen miedo: expósita soy, huérfana
de tierras, de modo que a nos Creta sola se abriera.

En ella también, si nos prohíbes, y a nos, ingrato, abandonas,

¹²⁰ no la genetriz Europa tuya es, sino la inhóspita Sirte
y de Armenia una tigresa y por el austro agitada Caribdis,
ni de Júpiter tú nacido, ni tu madre por la imagen de un toro
arrastrada fue: de tu generación falsa es esa fábula; verdadero
y fiero, y no cautivado por el amor de novilla alguna,

¹²⁵ el que te engendró un toro fue. ¡Exige los castigos,
Niso padre!, ¡gozaos de los males, recién traicionadas murallas,
nuestros! Pues lo confieso, lo he merecido y soy digna de morir.

Pero que aun así alguno de éstos a los que impía herí
me extinga. ¿Por qué, quien venciste por el crimen nuestro,

¹³⁰ persigues ese crimen? Abominación éste para mi patria y mi padre,
servicio para ti sea. De ti en verdad como esposo digna es
la que adúltera en el leño engañó al torvo toro

y ese discorde feto en el útero llevó. ¿Es que a los oídos
tuyos no llegan mis palabras? ¿Acaso inanes palabras

¹³⁵ los vientos llevan, y los mismos, ingrato, tus quillas?

Ya, ya no es admirable que Pasífae un toro
haya antepuesto a ti: tú más fiereza tenías.

Pobre de mí, apresurarse ordena y convulsa por los remos
la onda suena; y conmigo a la vez, ah, mi tierra se le aleja.

140 Nada haces, oh, en vano olvidado de los méritos nuestros:

te seguiré, involuntario, y a tu popa abrazada recurva

por los estrechos largos me haré llevar.» Apenas lo dijera, adentro saltó
de las ondas

y alcanza las naves, haciéndole el deseo las fuerzas,

y de la gnosíaca quilla prendida queda, compañera odiosa.

145 A la cual su padre cuando la vio, pues ya estaba suspendido en el
aura

y recién convertido se había, de fulvas alas, en el águila marina,

a ella iba para, prendida, con su pico lacerarla corvo.

Ella de miedo la popa soltó, y el aura leve al ella caer,

que la sostuvo —para que no tocara los mares— parecía.

150 Su pluma fue: por esas plumas en ave mutada se la llama

ciris y de su tonsurado cabello ha este nombre tomado.

Sus votos a Júpiter Minos —los cuerpos de toros cien—

cumplió cuando, saliendo de sus naves, la curétide tierra

tocó, y con los despojos a ella fijados decorado fue su real.

El laberinto, el Minotauro y Ariadna

155 Había crecido el oprobio de su generación, y vergonzoso se
manifestaba

de esa madre el adulterio por la novedad del monstruo biforme.

Decide Minos este pudor de su tálamo suprimir

y en una múltiple casa y ciegos techos encerrarle.

Dédalo, por su talento del fabril arte celebradísimo,

¹⁶⁰ pone la obra, y conturba las señales y a las luces con el torcido
rodeo de sus variadas vías conduce a error.

No de otro modo que el frigio Meandro en las límpidas ondas
juega y con su ambiguo caer refluye y fluye
y corriendo a su encuentro mira las ondas que han de venir

¹⁶⁵ y ahora hacia sus manantiales, ahora hacia el mar abierto vuelto,
sus inciertas aguas fatiga: así Dédalo llena,
innumerables de error, sus vías, y apenas él regresar
al umbral pudo: tanta es la falacia de ese techo.

En el cual, después que la geminada figura de toro y joven

¹⁷⁰ encerró y al monstruo, con actea sangre dos veces pastado,
el tercer sorteo lo dominó, repetido a los novenos años,
y cuando con ayuda virgínea fue encontrada, no reiterada
por ninguno de los anteriores, esa puerta difícil con el hilo recogido,
al punto el Egida, raptada la Minoide, a Día

¹⁷⁵ velas dio, y a la acompañante suya, cruel, en aquel
litoral abandonó. A ella, abandonada y de muchas cosas lamentándose,
sus abrazos y su ayuda Líber le ofreció, y para que por una perenne
estrella clara fuera, cogida de su frente su corona,
la envió al cielo. Vuela ella por las tenues auras

¹⁸⁰ y mientras vuela sus gemas se tornan en nítidos fuegos
y se detienen en un lugar —el aspecto permaneciendo de corona—,
que medio del que se apoya en su rodilla está, y del que la sierpe tiene.

Dédalo e Ícaro

Dédalo entre tanto, por Creta y su largo exilio
lleno de odio, y tocado por el amor de su lugar natal,
185 encerrado estaba en el piélagos. «Aunque tierras», dice, «y ondas
me opongan, mas el cielo ciertamente se abre; iremos por allá.
Todo que posea, no posee el aire Minos.»
Dijo y su ánimo remite a unas ignotas artes
y la naturaleza innova. Pues pone en orden unas plumas,
190 por la menor empezadas, a una larga una más breve siguiendo,
de modo que en pendiente que habían crecido pienses: así la rústica
fístula
un día paulatinamente surge, con sus dispares avenas.
Luego con lino las de en medio, con ceras aliga las de más abajo,
y así, compuestas en una pequeña curvatura, las dobla
195 para que a verdaderas aves imite. El niño Ícaro a una
estaba, e ignorando que trataban sus propios peligros,
ora con cara brillante, las que la vagarosa aura había movido,
intentaba apoderarse de esas plumas, ora la flava cera con el pulgar
mullía, y con el juego suyo la admirable obra
200 de su padre impedía. Después que la mano última a su empresa
impuesto se hubo, su artesano balanceó en sus gemelas alas
su propio cuerpo, y en el aura por él movida quedó suspendido.
Instruye también a su nacido y: «Por la mitad de la senda que corras,
Ícaro», dice, «te advierto, para que no, si más abatido irás,
205 la onda grave tus plumas, si más elevado, el fuego las abraza.

Entre lo uno y lo otro vuela, y que no mires el Boyero
o la Ursa te mando, y la empuñada de Orión espada.

Conmigo de guía coge el camino.» Al par los preceptos del volar
le entrega y desconocidas para sus hombros le acomoda las alas.

²¹⁰ Entre esta obra y los consejos, su mejillas se mojaron de anciano,
y sus manos paternas le temblaron. Dio unos besos al nacido suyo
que de nuevo no había de repetir, y con sus alas elevado

delante vuela y por su acompañante teme, como la pájara que desde el
alto,

a su tierna prole ha empujado a los aires, del nido,

²¹⁵ y les exhorta a seguirla e instruye en las dañinas artes.

También mueve él las suyas, y las alas de su nacido se vuelve para
mirar.

A ellos alguno, mientras intenta capturar con su trémula caña unos
peces,

o un pastor con su cayado, o en su esteva apoyado un arador,

los vio y quedó suspendido, y los que el éter coger podían

²²⁰ creyó que eran dioses. Y ya la junonia Samos

por la izquierda parte —habían sido Delos y Paros abandonadas—,

diestra Lebinto estaba, y fecunda en miel Calimna,

cuando el niño empezó a gozar de una audaz voladura

y abandonó a su guía y por el deseo de cielo arrastrado

²²⁵ más alto hizo su camino: del robador sol la vecindad

mulló -de las plumas sujeción— las perfumadas ceras.

Se habían deshecho esas ceras. Desnudos agita el los brazos,

y de remeros carente, no percibe auras algunas

y su boca, el paterno nombre gritando, azul

²³⁰ la recoge un agua que el nombre saca de él.

Mas el padre infeliz, y no ya padre: «¡Ícaro!», dijo,

«¡Ícaro!», dijo, «¿Dónde estás? ¿Por qué región a ti he de buscarte?

¡Ícaro!», decía. Las plumas divisó en las ondas,

y maldijo sus propias artes, y su cuerpo en un sepulcro

²³⁵ encerró, también tierra por el nombre dicha del sepultado.

Perdiz

A él, mientras en el túmulo ponía el cuerpo de su pobre nacido,

gárrula desde una limosa encina lo contempló una perdiz

y aplaudió con sus alas y atestiguados su gozos por su canto fueron,

única entonces esa ave y no vista en los anteriores años,

²⁴⁰ y, recién convertida en ave, largo crimen para ti, Dédalo, fue.

Pues a éste le había entregado —de sus hados ella ignorante—, para que él le enseñara,

al engendrado suyo su germana: sus cumpleaños pasados

una docena de veces un chico, de ánimo para los preceptos capaz.

Él incluso, las espinas que en medio de un pez se señalan,

²⁴⁵ las sacó para ejemplo y en un hierro agudo talló

unos perpetuos dientes y de la sierra encontró el uso.

El primero él también dos brazos de hierro con un solo nudo

vinculó para que, por un igual espacio distantes ellos,

una parte quedara parada, la parte otra trazara un círculo.

²⁵⁰ Dédalo lo envidió, y del sagrado recinto de Minerva

de cabeza lo envió, resbalado mintiéndole; mas a él,
la que alienta los ingenios, lo acogió Palas y ave
lo devolvió, y por mitad lo veló del aire de plumas,
pero el vigor de su ingenio, un día veloz, a sus alas
²⁵⁵ y a sus pies se marchó. El nombre, el que también antes,
permaneció.

No, aun así, esta ave alto su cuerpo levanta
ni hace en las ramas y la alta copa sus nidos.

Cerca de la tierra revolotea y pone en los setos sus huevos,
y, memoriosa de su antigua caída, tiene miedo a las alturas.

Meleagro y el jabalí de Calidón

²⁶⁰ Y ya fatigado la tierra del Etna había recibido
a Dédalo, y, al coger las armas a favor de un suplicante, Cócalo
por compasivo era tenido; ya Atenas de pagar
había cesado, por la gloria de Teseo, su lamentable tributo:

los templos se coronan, a la guerreadora Minerva

²⁶⁵ con Júpiter invocan, y los dioses otros, a los que con la sangre
prometida

y sus presentes dándoles y sus acervos de incienso, honoran.

Había esparcido la errante fama por las argólicas ciudades el nombre

de Teseo, y los pueblos que la rica Acaya cogía,

de él la ayuda habían implorado en sus grandes peligros,

²⁷⁰ de él la ayuda Calidón —aunque a Meleagro tuviera—

con angustiado ruego, suplicante, había pedido. La causa de la petición

un cerdo era, sirviente y defensor de la hostil Diana.

Pues cuentan que Eneo, de un año de prosperidad pleno,
las primicias de los frutos a Ceres, sus vinos a Lieo,
²⁷⁵ los Paladios licores a la flava Minerva había ofrendado.
Empezando por los campestres, a todos los altísimos arribó
su ambicionado honor. Solas sin incienso dejadas,
preteridas, que cesaron cuentan de la Latoide las aras.
Toca también la ira a los dioses: «Mas no impunemente lo llevaremos,
²⁸⁰ y, la que no honorada, no también se nos dirá no vengada»,
dice, y, despreciada, por los campos Olenios mandó
un vengador jabalí, cuanto mayores toros la herbosa
Epiros no tiene, pero los tienen los sículos campos menores.
De sangre y fuego rielan sus ojos, rígida está su erizada cerviz,
²⁸⁵ también sus cerdas semejantes a rígidos astiles se erizan,
[y se yerguen como una empalizada, como altos astiles, sus cerdas].
Hirviente, junto con su bronco rugido, por sus anchas espaldillas
la espuma le fluye, sus dientes se igualan a los dientes indos,
un rayo de su boca viene, las frondas con sus aflatos arden.
²⁹⁰ Él, ora los crecientes sembrados pisotea, aún en hierba,
ahora los maduros votos siega de un colono que habrá de llorarlos,
y a Ceres en espigas la intercepta, la era en vano,
y en vano aguardan los hórreos las prometidas mieses.
Postradas yacen grávidas junto con su largo sarmiento las crías
²⁹⁵ y la baya con las ramas de la siempre frondosa oliva.
Se encarniza también en los rebaños: no a ellas el pastor o el perro,

no a las vacadas, bravos, las pueden defender los toros.

Se dispersan los pueblos y no sino en las murallas de la ciudad

estar creen a salvo, hasta que Meleagro y un solo

³⁰⁰ selecto puñado de jóvenes se unieron en su deseo de alabanza:

los Tindárides gemelos, digno de ver en las cestas el uno,

el otro a caballo, y de la primera nave el constructor, Jasón,

y con Pirítoo —feliz concordia— Teseo,

y los dos Testíadas y, prole de Alfareo, Linceo,

³⁰⁵ y el veloz Idas y ya no mujer Ceneo

y Leucipo el feroz y por su jabalina insigne Acasto

e Hipótoo y Dríade y, descendido de Amíntor, Fénix

y los Actóridas parejos, y enviado desde la Élide Fileo.

Tampoco Telamón faltaba y el creador del magno Aquiles

³¹⁰ y con el Feretíada y el hianteo Iolao

el diligente Euritión y en la carrera invicto Equión

y el naricio Lélex y Panopeo e Hileo y el feroz

Hípaso y en sus primeros años todavía Néstor

y a los que Hipocoonte mandó desde la antigua Amiclas

³¹⁵ y de Penélope el suegro con el parrasio Anceo

y Ampícida el sagaz y todavía de su esposa a salvo

el Eclida, y, gracia del bosque liceo, la Tegeea.

Un bruñido alfiler a ella le mordía lo alto del vestido,

su pelo iba sencillo, recogido en un nudo solo;

³²⁰ de su hombro colgando izquierdo resonaba la marfileña

guardesa de sus flechas, el arco también su izquierda lo tenía.

Tal era por su arreglo su belleza, que decirla verdaderamente virgínea en un jovencito, juvenil en una virgen, pudieras.

A ella al par que la vio, al par el calidonio héroe

³²⁵ la eligió, renuente el dios, y unas llamas escondidas

apuró y: «Oh feliz él si a alguno dignara», dice,

«esta mujer por esposo», y no más permite el tiempo y el pudor

decir: la mayor obra del gran certamen urge.

Un bosque concurrido de troncos, que ninguna edad había tumbado,

³³⁰ empieza desde un plano e inclinados contempla unos campos;

al cual después que llegaron esos varones, parte las redes tienden,

sus ligaduras parte quitan a los perros, parte impresas siguen

las señales de los pies y desean hallar su propio peligro.

Un cóncavo valle había, en el que dejarse caer unos arroyos

³³⁵ solían, de pluvial agua. Posee lo hondo de la laguna

el flexible sauce y ovas livianas y juncos palustres

y mimbres y bajo la larga enea pequeñas cañas.

De aquí el jabalí lanzándose violento en mitad de sus enemigos

sale, como de las sacudidas nubes expelidos los fuegos.

³⁴⁰ Se postra por su carrera el bosque y un estruendo propulsada

la espesura hace: gritan los jóvenes y preparadas en su fuerte

diestra tienen las armas vibrantes con su ancho hierro.

Él se lanza y esparce los perros según cada uno a él, enloquecido,

se le opone, y con su oblicuo golpe, ladrando, los disipa.

345 La cúspide blandida en primer lugar por el brazo de Equión
vana fue y en un tronco hizo una leve herida de arce.

La próxima, si de las demasiadas fuerzas de su lanzador uso
no hubiera ella hecho, en la espalda buscada pareció que iba a clavarse.
Más lejos va. El autor del arma el pagáseo Jasón.

350 «Febo», dice el Ampícida, «si a ti te honré y te honró
dame, el que es buscado, con certera arma alcanzar.»

En lo que pudo a estas súplicas el dios asintió; golpeado por él fue,
pero sin herida, el jabalí. Su hierro Diana de la jabalina
en vuelo había arrebatado. Leño sin punta llegó.

355 La ira del fiero se excitó y no que el rayo más lene ardió.

Riela de sus ojos, espira también por su pecho llama
y como vuela la mole disparada por el tensado nervio
cuando busca o las murallas o llenas de soldado las torres,
contra los jóvenes con su certera así embestida el hiriente cerdo

360 váse y a Hipalmo y Pelagón que los diestros flancos
guardaban postra: sus compañeros arrebataron a los caídos.

Mas no de sus mortíferos golpes escapó Enésimo,
de Hipocoonte simiente. Temblando y sus espaldas aprestando
a volver, segada su corva, le abandonaron sus nervios.

365 Quizás también el Pilio anteriormente a los troyanos tiempos
hubiera desaparecido, pero tomando impulso de su lanza puesta en el
suelo

saltó, de un árbol que se erguía próximo, a sus ramas,

y abajo miró, seguro en ese lugar, del que había huido, al enemigo.

Con sus dientes aquel feroz, en un tronco de encina estregados,

³⁷⁰ se cierne para la destrucción y confiando en sus recientes armas
del Euritida magno el muslo apuró con su pico corvo.

Mas los gemelos hermanos, todavía no celestes estrellas,
ambos conspicuos, en caballos que la nieve más cándidos
ambos eran portados, ambos, blandiéndolas por las auras
³⁷⁵ de sus astas batían las guijas con trémulo movimiento.

Heridas hubieran hecho, de no ser porque el cerdoso animal entre unas
opacas

espesas se hubiese ido, ni para las jabalinas ni para el caballo lugares
transitables.

Lo persigue Telamón e incauto en su afán por ir,
de bruces por una raíz de un árbol cayó retenido.

³⁸⁰ Mientras lo levanta a éste Peleo una rápida saeta la Tegeea
impuso a su nervio y la expelió de su curvado arco.

Fijada bajo la oreja del fiero desgarró la caña lo alto
de su cuerpo y de sangre enrojeció exigua sus cerdas,
y no, aun así, ella más contenta del éxito de su golpe

³⁸⁵ que Meleagro estaba: el primero se cree que lo vio,
y el primero que a sus compañeros visto mostró el crúor
y que: «Merecido», dijo, «llevarás de tu virtud el honor.»

Enrojecieron los varones y a sí mismos se exhortan y añaden
con clamor ánimos y lanzan sin orden sus armas:

³⁹⁰ su multitud perjudica a los lanzamientos y los impactos que busca
impide.

He aquí que enfurecido, contra sus hados el Arcadio, el de hacha bifronte:

«Aprended, frente a las femeninas, cuánto las armas viriles aventajan, oh jóvenes, y a la obra mía ceded», dijo.

«Aunque la propia Latonia a él con sus armas lo proteja,

³⁹⁵ contra la voluntad, aun así, de Diana lo destruirá mi diestra.»

Tales cosas con grandilocuente boca, henchido, había recordado y su bicéfala segur levantando con ambas manos

se había erguido en sus dedos, suspendido sobre el principio de sus articulaciones:

se apodera del que tal osaba y por donde es la ruta vecina a la muerte,

⁴⁰⁰ a lo alto de las ingles el fiero le enderezó sus gemelos dientes.

Cae Anceo y hacinadas con mucha sangre

sus vísceras resbalándose fluyen. Humedecida la tierra de crúor queda.

Iba contra el adverso enemigo la prole de Ixión,

Pirítoo, con su vigorosa diestra batiendo unos venablos;

⁴⁰⁵ al cual: «Lejos», el Egida, «oh que yo para mí más querido», dice,

«parte del alma mía, detente. Pueden fuera de alcance estar

los fuertes. A Anceo le dañó su temeraria virtud»,

dijo, y de broncínea cúspide blandió un pesado cornejo;

el cual, bien balanceado y que de su voto apoderado se habría,

⁴¹⁰ se lo impidió, de su árbol de encina frondosa, una rama.

Envió también el Esónida una jabalina que el acaso, desde él,

volvió hacia el hado de un perro ladrador que lo desmerecía, y a través

de sus ijares disparada, en la tierra, a través de los ijares, clavada quedó.

Mas la mano del Enida varía y enviándole dos,

⁴¹⁵ el asta primera en la tierra, en mitad de la espalda se irguió la otra,
y sin demora, mientras se encarniza, mientras su cuerpo hace girar en
círculo

y rugiente espuma con nueva sangre derrama,

de la herida el autor acude y a su enemigo irrita a la ira

y unos espléndidos venablos esconde en sus adversas espaldillas.

⁴²⁰ Sus gozos atestiguan los socios con el clamor favorable

y la vencedora diestra buscan a su diestra juntar,

y el inabarcable fiero, en mucha tierra tendido,

admirados contemplan y todavía tocarlo seguro

no creen que sea, pero las armas tuyas aun así cada cual ensangrienta.

⁴²⁵ Él, con su pie impuesto, la cabeza mortífera pisa

y así: «Toma el botín, Nonacria, de mi jurisdicción»,

dijo, «y que en parte vaya mi gloria contigo.»

En seguida los despojos, las erizadas espaldas de rigurosas

cerdas, le da e insigne por sus grandes dientes su rostro.

⁴³⁰ Para ella alegría es, con el regalo, del regalo su autor.

Lo envidiaron los otros y en todo el grupo había un murmullo.

De los cuales, tendiendo sus brazos con su ingente voz:

«Déjalo, va, y no interceptes, mujer, los títulos nuestros»,

los Testiadas claman, «y no a ti la confianza de tu hermosura

⁴³⁵ te engañe, no esté lejos de ti, cautivado de amor,

su autor», y a ella arrebatan el regalo, la jurisdicción del regalo a él.

No lo soportó, y rechinando de henchida ira el Mavortio:

«Aprended, robadores del ajeno honor», dijo,

los hechos de las amenazas cuanto distan», y apuró con nefando

⁴⁴⁰ hierro el pecho de Plexipo, que nada tal temía.

A Tóxeo, sobre qué hacer en duda, y al par queriendo

vengar a su hermano y los fraternos hados temiendo,

no sufre que dude mucho tiempo, y cálido del anterior

asesinato recalienta de consorte sangre su arma.

Altea y Meleagro

⁴⁴⁵ Sus dones al dios en los templos por su hijo vencedor llevaba,

cuando ve Altea que extinguidos sus hermanos de vuelta traen.

La cual, golpe de duelo dándose, de afligidos gritos la ciudad

llena y con las vestiduras de oro mutó unas negras.

Mas una vez que hubo el autor de la muerte a la luz salido, desaparece
todo

⁴⁵⁰ el luto, y de las lágrimas éste se vuelve al amor del castigo.

Un tronco había, el cual, cuando —su parto ya dado a luz— estaba
acostada

la Testiade, en llamas pusieron las triples hermanas,

y sus hebras fatales, apretándolas con el pulgar, hilando:

«Los tiempos», dijeron, «mismos al leño y a ti,

⁴⁵⁵ oh, ora nacido, damos.» La cual canción dicha después que

se retiraron las diosas, la flagrante rama la madre

del fuego retiró y la asperjó con fluidas aguas.

Ella largo tiempo había estado en los penetrales escondida más
profundos

y, preservada, joven, había preservado tus años.

⁴⁶⁰ La sacó a ella la genetriz, y teas y virutas que se dispongan
impera, y dispuestas enemigos fuegos les acerca.

Entonces, intentando cuatro veces a las llamas imponer la rama,
su empresa cuatro veces contuvo. Lucha la madre y la hermana,
y diversos tiran dos nombres de un solo pecho.

⁴⁶⁵ Muchas veces del miedo de su crimen futuro palidecía su rostro,
muchas veces, hirviente, a sus ojos daba la ira su propio rubor,
y ora semejante al que amenaza no sé qué cosa cruel
su rostro era, ora al que compadecerse creer podrías;
y cuando las lágrimas de su ánimo había secado su fiero ardor,

⁴⁷⁰ se encontraban lágrimas aun así, y como la quilla,
a la que el viento y, al viento contrario, arrastra el bullir del mar,
una fuerza gemela siente y obedece sin tino a las dos cosas,
la Testíade no de otra forma por dudosos afectos va errante
y por turnos depone y depuesta resucita su ira.

⁴⁷⁵ Empieza a ser aun así mejor germana que madre
y como sus consanguíneas sombras con sangre aplaque,
por su impiedad pía es; pues después que el calamitoso fuego
convaleció: «La pira esta creme mis entrañas», dijo,
y como en su mano ominosa el leño fatal tenía,

⁴⁸⁰ ante esas sepulcrales aras infeliz se apostó
y: «Diosas triples de los castigos», dice, «a estos sacrificios
de furia, Euménides, los rostros volved vuestros.

Tomo venganza y hago una abominación. La muerte con la muerte de
expiar se ha,

a un crimen de añadirse un crimen ha, a los funerales un funeral.

⁴⁸⁵ Coacervados, perezca esta casa impía mediante lutos.

¿Acaso feliz Eneo de su nacido vencedor disfrutará,

y Testio huérfano estará? Mejor plañiréis ambos.

Vosotros ora, fraternos manes y ánimas recientes,

el servicio sentid mío y a lo grande preparados,

⁴⁹⁰ aceptad estos sacrificios de ultratumba, las malas prendas del útero
nuestro.

¡Ay de mí! ¿A dónde me arrebató? Hermanos, perdonad a una madre.

Desertan de la empresa mis manos. Que ha merecido él, confesamos,

por qué muera. De su muerte a mí no place la autora.

¿Así que impunemente lo llevará y vivo y vencedor y por su mismo

⁴⁹⁵ éxito henchido el reino de Calidón tendrá,

vosotros, ceniza exigua y heladas sombras yaceréis?

No yo ciertamente lo sufriré. Perezca el criminal y él

la esperanza de un padre y el reino arrastre y de la patria la ruina.

¿La mente dónde materna está? ¿Dónde están las pías leyes de los
padres

⁵⁰⁰ y los que sostuve una decena de meses, afanes?

Oh, ojalá en los primeros fuegos hubieras ardidido aún bebé

y tal yo sufrido hubiera. Viviste por regalo nuestro,

ahora por el mérito morirás tuyo. Coge los premios de lo hecho,

y dos veces dado, primero por el parto y luego por el tronco arrebatado,

⁵⁰⁵ devuelve tu aliento, o a mí me añade a los fraternos sepulcros.

Y lo deseo y no puedo. ¿Qué haga yo? Ora las heridas de mis hermanos
ante los ojos tengo y de tan gran sangría la imagen,
ahora mi ánimo la piedad y los maternos nombres quiebran.

Pobre de mí. Mal venceréis, pero venced, hermanos,

⁵¹⁰ en tanto que, la que os los habré de dar, a esos consuelos y a
vosotros

yo misma siga.» Dijo y con una diestra, vuelta ella de espaldas,
temblorosa,

el fúnebre tizón arrojó en medio de los fuegos.

O dio o pareció que un gemido aquel tronco

había dado, y arrebatado por esos involuntarios fuegos ardió.

⁵¹⁵ Inconsciente y ausente, Meleagro por la llama aquella

se quema y por ciegos fuegos tostarse sus entrañas

siente y grandes dolores supera por su virtud.

Aun así, que por una cobarde muerte él caiga y sin sangre

le aflige, y las de Anceo felices heridas dice

⁵²⁰ y a su padre de edad avanzada y hermanos y pías hermanas

con un gemido, y a la compañera de su lecho llama con boca postrera;

quizás también a su madre. Crecen el fuego y el dolor,

y languidecen otra vez. Al mismo tiempo se extinguió uno y otro

y hacia las leves auras marchó poco a poco su espíritu,

⁵²⁵ poco a poco la brasa cubriendo, cana, la ceniza.

Las hermanas de Meleagro

La alta Calidón yace. Plañen jóvenes y viejos,

y el vulgo y los nobles gimen, y rasgándose los cabellos

golpes de duelo se dan las madres Calídonides Eveninas.

De polvo su canicie el genitor y su rostro senil

⁵³⁰ mancha, por el suelo derramado, y su espaciosa edad increpa,

pues, en cuanto a la madre, la mano para ella cómplice del siniestro
hecho

le exigió los castigos, pasando por sus entrañas el hierro.

No a mí si cien bocas un dios, sonando con sus lenguas,

y un ingenio capaz y todo el Helicón me hubiera dado,

⁵³⁵ los tristes votos conseguiría de sus pobres hermanas.

Olvidadas de su decor sus lívidos pechos tunden,

y mientras le queda cuerpo, su cuerpo reaniman y animan,

besos le dan a él, dispuesto dan besos al lecho.

Después de ceniza, sus cenizas apuradas a su pecho aprietan

⁵⁴⁰ y derramadas yacen junto al túmulo, y a sus nombres

inscritos en la roca abrazadas, lágrimas sobre sus nombres derraman.

A las cuales finalmente la Latonia, del desastre de la Pataonia

casa saciada, excepto a Gorge y a la nuera

de la noble Alcmena, nacidas en su cuerpo plumas,

⁵⁴⁵ las aligera, y largas por sus brazos les extiende unas alas

y córneas sus bocas hace y tornadas por el aire las manda.

Teseo y Aqueloo (I)

Entre tanto Teseo, su parte de la obra común

tras cumplir, a los erecteos recintos iba de la Tritónide.

Le cerró el camino y le causó demoras el Aqueloo al marchar,

550 de lluvia henchido: «Acércate a los techos», le dice, «míos, ilustre
Cecrópida, y no te encomiendes a las robadoras ondas.

Llevar troncos sólidos y oblicuas rocas hacer rodar
con su gran murmullo suelen. He visto, lindando a su ribera,
con sus greyes establos altos ser arrastrados, y ni fuertes allí

555 les sirvió ser a las vacadas ni a los caballos veloces.

Muchos también este torrente, las nieves desde el monte liberadas,
muchos cuerpos juveniles en su arremolinado abismo sumergió.

Más seguro es el descanso, mientras sus caudales corran por su
acostumbrada

linde, mientras tenues acoja su seno las ondas.

560 Asintió el Egida y: «Haré uso, Aqueloo, de la casa
y del consejo tuyo», respondió; y uso de ambos hizo.

De pómez multicava y no lisas tobas a unos atrios
construidos entra: la tierra estaba húmeda de blando musgo,
las alturas artesonaban, con alterno múrice, conchas.

565 Y ya dos partes de la luz Hiperión habiendo medido,
se recostaron en unos divanes Teseo y sus compañeros de fatigas,
por ésta el Ixiónida, por aquella parte el héroe
treceno, Lélex, de raras canas ya asperjadas sus sienes,
y a los otros que con parejo honor había dignado

570 el caudal de los acarnanes, contentísimo de huésped tanto.

En seguida unas ninfas desnudas de plantas instruyeron
con manjares acercadas las mesas, y el festín retirado,

en gema pusieron vino puro.

Las Equínades; Perimele

Entonces el más grande héroe

las superficies mirando a sus ojos sometidas: «Qué lugar», dijo,

⁵⁷⁵ «aquél», y con el dedo lo muestra, «y la isla nombre cuál

lleva aquella, enséñanos; aunque no una parece.»

El caudal a esto: «No es», dice, «lo que divisáis una cosa:

cinco tierras yacen. El espacio las distancias burla.

Y por que menos el hecho te admire, despreciada, de Diana,

⁵⁸⁰ unas náyades ellas habían sido, las cuales, una decena de novillos

habiendo sacrificado y del campo a los dioses a los sacrificios habiendo invitado,

olvidadas de nos, sus festivos coros hicieron.

Me entumecí de ira y cuan grande fluyo cuando máximo alguna vez,

tan grande era, y al par por mis ánimos y ondas inabarcable,

⁵⁸⁵ de las espesuras, espesuras, y de los campos, campos arrancaba,

y con su lugar a las ninfas, acordadas entonces al fin de nos,

a los mares arramblé. El flujo nuestro y del mar

esa tierra distrajo continua, y sus partes desligó

en otras tantas cuantas Equínades divisas en medio de las ondas.

⁵⁹⁰ Como aun así tú mismo ves, lejos, ay, lejos una isla

se apartó, grata a mí. Perimele el navegante la llama.

A ella yo su virgíneo nombre, mi elegida, le quité,

lo cual su padre Hipodamante amargamente sufrió y al profundo

arrojó desde una peña el cuerpo de su hija, que iba a morir.

595 La recogí, y mientras nadaba sosteniéndola: «Oh, agraciado con los reinos

próximos del cosmos, los de la vagabunda onda», dije, «portador del tridente,

[en quien acabamos, al que sagrados corremos los caudales, ven aquí y oye plácido, Neptuno, a quien te suplica.

A ésta yo, a la que porto, he hecho daño. Si tierno y justo,

600 si padre Hipodamante, o si menos impío fuera,

600a debió de ella compadecerse, perdonarnos a nos:

600b a quien un día la tierra se cerró por la fiereza paterna]

préstale ayuda, y a ella, ahogada, te lo ruego, por la fiereza paterna,

dale, Neptuno, un lugar; o que sea el lugar ella, lícito será:

[así también la estrecharé.» Movi6 la cabeza el marino rey

y sacudi6 con sus asentimientos todas las ondas.

605 Sintió temor la ninfa: nadaba aun así; yo mismo el pecho

de ella, que nadaba, rozaba, latiendo en tembloroso movimiento.

Y mientras lo toco, todo endurecerse sentí

su cuerpo, y que en las tierras que lo cubrían se escondía su torso.

Mientras hablo rode6 sus miembros una nueva tierra, nadando ellos,

610 y, pesada, dentro creci6 una isla de su mutado cuerpo.»

Filemon y Baucis

El caudal tras esto call6; el hecho admirable a todos

había conmovido: se burla de los que lo creen, y cual de los dioses

despreciador era y de mente feroz, de Ixión el nacido:

«Mentiras cuentas y demasiado crees, Aqueloo, poderosos,

615 que son los dioses», dijo, «si dan y quitan las figuras.»

Quedaron suspendidos todos y tales dichos no aprobaron,

y antes que todos Lélex, de ánimo maduro y de edad,

así dice: «Inmenso es, y límite el poderío del cielo

no tiene, y cuanto los altísimos quisieron realizado fue.

620 Y para que menos lo dudes, a un tilo contigua una encina

en las colinas frigias hay, circundada por un intermedio muro.

Yo mismo el lugar vi, pues a mí a los pelopeos campos

Piteo me envió, un día reinados por su padre.

No lejos de aquí un pantano hay, tierra habitable en otro tiempo,

625 ahora, concurridas de mergos y fochas palustres, ondas.

Júpiter acá, en aspecto mortal, y con su padre

vino el Atlantiada, el portador del caduceo, dejadas sus alas.

A mil casas acudieron, lugar y descanso pidiendo,

mil casas cerraron sus trancas; aun así una los recibió,

630 pequeña, ciertamente, de varas y caña palustre cubierta,

pero la piadosa anciana Baucis y de pareja edad Filemon

en ella se unieron en sus años juveniles, en aquella

cabaña envejecieron y su pobreza confesando

la hicieron leve, y no con inicua mente llevándola.

635 No hace al caso que señores allí o fámulos busques:

toda la casa dos son, los mismos obedecen y mandan.

Así pues, cuando los celestiales esos pequeños penates tocaron

y bajando la cabeza entraron en esos humildes postes,

sus cuerpos el anciano, poniéndoles un asiento, les mandó aliviar,
640 al cual sobrepuso un tejido rudo, diligente, Baucis
y en el fogón la tibia ceniza retiró y los fuegos
suscita de la víspera y con hojas y corteza seca
lo nutre y las llamas con su aliento senil alarga
y muy astilladas antorchas y ramajos áridos del techo
645 bajó y los desmenuzó y acercó a un pequeño caldero
y, la que su esposo había recogido del bien regado huerto,
troncha a esa hortaliza sus hojas; con una horquilla iza ella, de dos
cuernos,
unas sucias espaldas de cerdo que colgaban de una negra viga,
y reservado largo tiempo saja de su cuero una parte
650 exigua, y sajada la doma en las hirvientes ondas.
Mientras tanto las intermedias horas burlan con sus conversaciones
y que sea sentida la demora prohíben. Había un seno allí
de haya, por un clavo suspendido de su dura asa.
Él de tibias aguas se llena y unos miembros que entibiar
655 acoge. En el medio un diván de mullidas ovas
ha sido impuesto, en un lecho de armazón y pies de sauce.
655a Y sacuden ese diván de muelles ovas de río,
656a sobre el impuesto lecho de armazón y pies de sauce;
con unas ropas lo velan que no, sino en tiempos de fiesta,
a tender acostumbraban, pero también ella vil y vieja
ropa era, que a un lecho de sauce no ofendería:

660 se recostaron los dioses. La mesa, remangada y temblorosa
la anciana, la pone, pero de la mesa era el pie tercero dispar:
una teja par lo hizo; la cual, después que a él sometida su inclinación
sostuvo, igualada, unas mentas verdeantes la limpiaron.
Se pone aquí, bicolor, la baya de la pura Minerva
665 y, guardados en el líquido poso, unos cornejos de otoño,
y endibia y rábano y masa de leche cuajada
y huevos levemente revueltos en no acre rescoldo,
todo en lozas; después de esto, cincelada en la misma plata,
se coloca una cratera, y, fabricadas de haya,
670 unas copas, por donde cóncavas son, de flavas ceras untadas.
Pequeña la demora es, y las viandas los fogones remitieron calientes,
y, no de larga vejez, de vuelta se llevan los vinos
y dan lugar, poco tiempo retirados, a las mesas segundas.
Aquí nuez, aquí mezclados cabrahígos con rugosos dátiles
675 y ciruelas y fragantes manzanas en anchos canastos
y de purpúreas vides recolectadas uvas,
cándido, en el medio un panal hay: sobre todas las cosas unos rostros
acudieron buenos y una no inerte y pobre voluntad.
Entre tanto, tantas veces apurada, la cratera rellenarse
680 por voluntad propia, y por sí mismos ven recrecerse los vinos:
atónitos por la novedad se asustan y con las manos hacia arriba
conciben Baucis plegarias y, temeroso, Filemon,
y venia por los festines y los ningunos aderezos ruegan.

Un único ganso había, custodia de la mínima villa,

⁶⁸⁵ el cual, para los dioses sus huéspedes los dueños a sacrificar se
aprestaban.

Él, rápido de ala, a ellos, lentos por su edad, fatiga,

y los elude largo tiempo y finalmente pareció que en los propios

dioses se había refugiado: los altísimos vetaron que se le matara

y: «Dioses somos, y sus merecidos castigos pagaré esta vecindad

⁶⁹⁰ impía», dijeron. «A vosotros inmunes de este

mal ser se os dará. Sólo vuestros techos abandonad

y nuestros pasos acompañad, y a lo arduo del monte

marchad a la vez.» Obedecen ambos, y con sus bastones aliviados

se afanan por sus plantas poner en la larga cuesta.

⁶⁹⁵ Tanto distaban de lo alto cuanto de una vez marchar una saeta

enviada puede: volvieron sus ojos y sumergido en una laguna

todo lo demás contemplan, que sólo sus techos quedan;

y mientras de ello se admiran, mientras lloran los hados de los suyos,

aquella vieja, para sus dueños dos incluso cabaña pequeña,

⁷⁰⁰ se convierte en un templo: las horquillas las sustituyeron columnas,

las pajas se doran, y cubierta de mármol la tierra

y cinceladas las puertas, y de oro cubiertos los techos parecen.

Tales cosas entonces de su plácida boca el Saturnio dejó salir:

«Decid, justo anciano y mujer de su esposo justo

⁷⁰⁵ digna, qué deseáis.» Con Baucis tras unas pocas cosas hablar,

su juicio común a los altísimos abre Filemon:

«Ser sus sacerdotes, y los santuarios vuestros guardar
solicitamos, y puesto que concordés hemos pasado los años,
nos lleve una hora a los dos misma, y no de la esposa mía
710 alguna vez las hogueras yo vea, ni haya de ser sepultado yo por
ella.»

A sus deseos la confirmación sigue: del templo tutela fueron
mientras vida dada les fue; de sus años y edad cansados,
ante los peldaños sagrados cuando estaban un día y del lugar
narraban los casos, retoñar a Filemon vio Baucis,

715 a Baucis contempló, más viejo, retoñar Filemon.

Y ya sobre sus gemelos rostros creciendo una copa,
mutuas palabras mientras pudieron se devolvían y: «Adiós,
mi cónyuge», dijeron a la vez, a la vez, escondidas, cubrió
sus bocas arbusto: muestra todavía el tineio, de allí

720 paisano, de un gemelo cuerpo unos vecinos troncos.

Esto a mí, no vanos —y no había por qué burlarme quisieran—
me narraron unos ancianos; yo ciertamente colgando vi
unas guirnalda sobre sus ramas, y poniendo unas recientes dije:
«El cuidado de los dioses, dioses sean, y los que adoraron, se adoren.»

Erisicton y su hija

725 Había acabado y a todos la cosa había conmovido, y su autor,
a Teseo principalmente; al cual, pues los hechos oír quería
milagrosos de los dioses, apoyado sobre su codo el calidonio caudal,
con tales cosas se dirige: «Los hay, oh valerosísimo,
cuya forma una vez movido se ha, y en esta renovación ha permanecido;

⁷³⁰ los hay que a más figuras el derecho tienen de pasar,
como tú, del mar que abraza a la tierra paisano, Proteo.
Pues ora a ti como un joven, ora te vieron un león,
ahora violento jabalí, ahora, a la que tocar temieran,
una serpiente eras, ora te hacían unos cuernos toro.

⁷³⁵ Muchas veces piedra podías, árbol también a menudo, parecer;
a veces, la faz imitando de las líquidas aguas,
una corriente eras, a veces, a las ondas contrario, fuego.
Y no menos, de Autólico la esposa, de Erisicton la nacida,
potestad tiene. Padre de ella era quien los númenes de los divinos

⁷⁴⁰ despreciara y ningunos olores a las aras sahumara.

Él, incluso, un bosque de Ceres, que violó a segur
se dice, y que sus florestas a hierro ultrajó, vetustas.

Se apostaba en ellas, ingente de su añosa robustez, una encina,
sola un bosque; bandas en su mitad y memorativas tabillas

⁷⁴⁵ y guirnaldas la ceñían, argumentos de un voto poderoso.

A menudo bajo ella las dríades sus festivos coros condujeron,
a menudo incluso, sus manos enlazadas por orden, del tronco
habían rodeado la medida, y la dimensión de su robustez una quincena
de codos completaba; y no menos, también, la restante espesura,

⁷⁵⁰ en tanto más baja toda que ella estaba, cuanto la hierba debajo de
este todo.

No, aun así, por esto su hierro el Triopeio de ella
abstuvo, y a sus sirvientes ordena talar su sagrada

robustez y, como a los así ordenados que dudaban vio, de uno arrebatada su segur, emitió, criminal, estas palabras:

⁷⁵⁵ «No dilecta de la diosa solamente, sino incluso si ella pudiera ser la diosa, ya tocará con su frondosa copa la tierra.»

Dijo y, en oblicuos golpes mientras el arma balancea,

toda tembló, y un gemido dio la Deoia encina,

y al par sus frondas, al par a palidecer sus bellotas

⁷⁶⁰ comenzaron, y sus largas ramas esa palidez a tomar.

En cuyo tronco, cuando hizo su mano impía una herida,

no de otro modo fluyó al ser astillada su corteza la sangre,

que suele ante las aras, cuando un ingente toro como víctima

cae, de su truncada cerviz crúor derramarse.

⁷⁶⁵ Quedaron atónitos todos, y alguno de todos ellos osa disuadirle de la impiedad e inhibirle su salvaje hacha bifronte.

Le miró y: «De tu mente bondadosa coge los premios», dijo

el tésalo, y contra el hombre volvió del árbol el hierro

y destronca su cabeza, y, volviendo a buscar la robustez, la hiere,

⁷⁷⁰ y emitido de en medio de su robustez un sonido fue tal:

«Una ninfa bajo este leño yo soy, gratísima a Ceres,

quien a ti, que los castigos de estos hechos tuyos te acechan,

vaticino al morir, solaces de nuestra muerte.»

Prosigue la atrocidad él suya, y oscilando finalmente

⁷⁷⁵ a golpes innúmeros, y reducido con cuerdas el árbol,

sucumbe y postró con su peso mucha espesura.

«Atónitas la dríades por el daño de los bosques y el suyo,
todas las germanas ante Ceres, con vestiduras negras,
afligidas acuden y un castigo para Erisicton oran.

⁷⁸⁰ Asiente a ellas y de la cabeza suya, bellísima, con un movimiento,
sacudió, cargados de grávidas mieses, los campos
y le depara un género de castigo digno de compasión, de no ser
porque él era para nadie digno de compasión por sus actos:
lacerarlo con la calamitosa Hambre. A la cual, en tanto que ella misma,
⁷⁸⁵ la diosa, no ha de acceder —pues no a Ceres y Hambre
los hados reunirse permiten—, de las de numen montano a una,
con tales palabras, a una agreste oréade, apela:
«Hay un lugar en las extremas orillas de la Escitia glacial,
triste suelo, estéril —sin fruto, sin árbol— tierra.

⁷⁹⁰ El frío inerte allí habitan y la Palidez y el Temblor,
y la ayuna Hambre: que ella a sí misma en las entrañas se esconda,
criminales, del sacrílego, ordénale, y que la abundancia de las cosas
no la venza a ella, y supere en certamen a mis fuerzas;
y para que del camino el espacio no te aterre, coge mis carros,
⁷⁹⁵ coge, a quienes con sus frenos en lo alto gobiernes, mis dragones.»

Y los dio. Ella, con el dado carro sostenida por el aire,
deviene a Escitia, y de un rígido monte en la cima
—Cáucaso lo llaman— de las serpientes los cuellos alivió,
y a la buscada Hambre vio en un pedregoso campo:

⁸⁰⁰ con sus uñas, y arrancando con los dientes unas escasas hierbas,

basto era su pelo, hundidos sus ojos, palor en la cara,
labios canos de saburra, ásperas de asiento sus fauces,
dura la piel, a través de la que contemplarse sus vísceras podían,
sus huesos emergían áridos bajo sus encorvados lomos.

⁸⁰⁵ Del vientre tenía, en vez del vientre, el lugar; pender creerías
su pecho y que únicamente por el armazón del espinazo se tenía.

Había aumentado sus articulaciones la escualidez y de las rodillas
henchíase

el círculo y en desmedida protuberancia sobresalían los tobillos.

A ella de lejos cuando la vio —pues no a acercársele junto

⁸¹⁰ se atrevió— le refiere los mandados de la diosa, y poco tiempo
demorada,

aunque distaba largamente, aunque ora había llegado allí,
parecióle aun así haber sentido hambre, y para atrás sus dragones
llevó a la Hemonia, tornando, sublime, las riendas.

Las palabras el Hambre de Ceres —aunque contraria siempre

⁸¹⁵ de ella es a la obra— cumplió, y por el aire con el viento

a la casa ordenada descendió y en seguida entra

del sacrílego en los tálamos y a él, en un alto sopor relajado

—pues de la noche era el tiempo—, con sus gemelos codos lo estrecha,

y a sí misma en el hombre se inspira, y sus fauces y pecho y cara

⁸²⁰ sopla y en sus vacías venas esparce ayunos.

Y, cumplido el encargo, desierto deja, fecundo, ese orbe

y a sus casas indigentes, sus acostumbradas cuevas, regresa.

Lene todavía el Sueño con sus plácidas alas a Erisicton

acariciaba. Busca él festines bajo la imagen de un sueño

⁸²⁵ y su boca vana mueve y diente en el diente fatiga,

y cansa, por una comida inane engañada, su garganta,

y en vez de banquetes, tenues, para nada, devora auras.

Pero cuando expulsado fue el descanso, se enfurece su ardor por comer

y por sus ávidas fauces y sus incendiadas entrañas reina.

⁸³⁰ No hay demora, lo que el ponto, lo que la tierra, lo que produce el
aire

demanda y se queja de sus ayunos con las mesas puestas,

y entre los banquetes pide y lo que para ciudades,

y lo que bastante podría ser para un pueblo, no es suficiente a uno solo,

y más desea cuanto más al vientre abaja suyo,

⁸³⁵ y como el mar recibe de toda la tierra las corrientes

y no se sacia de aguas y peregrinos caudales bebe,

y como robador el fuego ninguna vez alimentos rehúsa

e innumerables troncos crema, y cuanto provisión mayor

le es dada, más quiere y por su multitud misma más voraz es:

⁸⁴⁰ así los banquetes todos de Erisicton la boca, el profano,

acoge, y demanda al mismo tiempo: alimento todo en él

causa de alimento es, y el lugar queda inane, comiendo.

Y ya de hambre y por la vorágine de su alto vientre

había atenuado sus riquezas patrias, pero inatenuada permanecía

⁸⁴⁵ entonces también su siniestra hambre y de su inaplacada gola

seguía vigente la llama; al fin, tras abajarse a las entrañas su hacienda,

una hija le quedaba, no de ese padre digna.

A ella también la vende indigente: un dueño, noble ella, rehúsa,
y, vecinas, tendiendo sobre las superficies sus palmas:

⁸⁵⁰ «Arrebátame a mí de un dueño, el que los premios tienes de la
virginidad

a nos arrebatada», dice; esto Neptuno tenía,
el cual, su súplica no despreciada, aunque recién vista fuera
por su amo que la seguía, su forma le renueva y un semblante viril
le inviste y de atuendos para los que el pez capturan aptos.

⁸⁵⁵ A ella su dueño contemplándola: «Oh quien los suspendidos bronces
con un pequeño cebo escondes, moderador de la caña», dice,

«así el mar compuesto, así te sea el pez en la onda
crédulo y ningunos, sino clavado, sienta los anzuelos:
una que ora con pobre vestido, turbados los cabellos,

⁸⁶⁰ en el litoral este se apostaba, pues apostada en el litoral la he visto,
dime dónde esté, pues no sus huellas más lejos emergen.»

Ella, que del dios el regalo bien paraba, sintió, y de que por sí misma
a sí le inquirieran gozándose, con esto replicó al que le preguntaba:

«Quien quiera que eres, disculpa: a ninguna parte mis ojos

⁸⁶⁵ desde el abismo este he girado, y con ardor operando, en él estaba
prendido.

Y por que menos lo dudes, así estas artes el dios de la superficie
ayude, que ninguno ya hace tiempo en el litoral este,
yo exceptuado, ni mujer se ha apostado alguna.»

Lo creyó, y vuelto su dueño el pie, con él hundió la arena,

870 y burlado partió: a ella su forma devuelta le fue.

Mas cuando sintió que la suya poseía unos transformables cuerpos,
muchas veces su padre a dueños a la Triopeide la entregó, mas ella,
ahora yegua, ahora pájaro, ora vaca, ora ciervo partía,
y le aprestaba, ávido, no justos alimentos a su padre.

875 La fuerza aquella, aun así, de su mal, después que hubo consumido
toda

su materia, y había dado nuevos pastos a su grave enfermedad,
él mismo, su organismo, con lacerante mordisco a desgarrar
empezó, e, infeliz, minorándolo, su cuerpo alimentaba.

«¿A qué demorarme en extraños? También para mí, la de muchas veces
renovar

880 mi cuerpo, oh joven, fue en número limitada, mi potestad:

pues ora el que ahora soy parezco, ora me giro en sierpe,
de la manada ora el dirigente, mis fuerzas en los cuernos asumo...

Cuernos mientras pude. Ahora esta parte otra carece del arma

de la frente, como tú mismo ves.» Gemidos siguieron a esas palabras

Libro noveno

Teseo y Aqueloo (II): Aqueloo y Hércules

Cuál de su gemido, al dios el Neptunio héroe pregunta,
y de su trunca frente la causa, cuando así el calidonio caudal
comenzó, coronado de arundo en sus no ornados cabellos:

«Triste ofrenda pides, pues quién sus batallas, vencido,

⁵ conmemorar quiere. Lo referiré aun así por su orden, pues no tan
indecente fue el ser vencido cual haber contendido decoroso es,
y grandes consuelos da a nos un tan grande vencedor.

Por el nombre suyo, si una tal finalmente ha arribado a los oídos
tuyos, Deyanira, un día la más bella virgen,

¹⁰ y de muchos pretendientes fue la esperanza envidiosa;

con los cuales, cuando del suegro pretendido en la casa entramos:

«Recíbeme a mí de yerno», dije, «de Partaón el nacido».

Lo dijo también el Alcida. Los otros cedieron a los dos.

Él, que a Júpiter por suegro daba él, y la fama de sus labores,

¹⁵ y superadas contaba las órdenes de su madrastra.

Por contra yo: «Indecente que un dios a un mortal ceda», dije

—todavía no era él dios—: «el dueño a mí me ves de las aguas
que con sus cursos oblicuos por entre tus dominios fluyo;

y no un yerno huésped, a ti mandado desde extrañas orillas,

²⁰ sino paisano seré y del estado tuyo parte una.

Tan sólo no sea para mi mal que a mí la regia Juno

no me odia y todo castigo me falta de las ordenadas labores.

Pues del que te jactas, de Alcmena el hijo, engendrado,

Júpiter, o falso padre es, o por delito el verdadero.

²⁵ De una madre por el adulterio un padre pretendes: elige si fingido que sea Júpiter prefieres, o que tú por desdoro hayas nacido.»

A mí que tal decía ya hacía tiempo que con luz torva

él me contempla y, encendida, no es fuerte de imperar sobre su ira y palabras tantas devuelve: «Mejor en mí la diestra que la lengua.

³⁰ En tanto que luchando gane, tú vence hablando»,

y ataca feroz. Me dio vergüenza, recién esas grandes cosas dichas, de ceder: rechacé de mi cuerpo su verde vestidura

y mis brazos le opuse y sostuve desde mi pecho zambas

en posta las manos y para la lucha mis miembros preparé.

³⁵ Él, con sus huecas palmas recogido, me asperja de polvo,

y a su vez al contacto de la fulva arena amarillece él,

y ya el cuello, ya las piernas centelleantes intenta apresarme,

o que lo intentaba dirías, y por todos lados me acosa.

A mí mi pesadez me defendía y en vano se me buscaba,

⁴⁰ no de otro modo que una mole a la que con gran murmullo los oleajes combaten: resiste ella y por su peso está segura.

Nos distanciamos un poco y de nuevo nos juntamos a las guerras,

y en un paso estábamos apostados, seguros de no ceder, y estaba

con el pie el pie junto, y yo, inclinado sobre todo mi pecho,

⁴⁵ los dedos con los dedos y la frente con la frente le apretaba.

No de otro modo he visto, fuertes, correr en contra a los toros
cuando, botín de su lucha, de todo el soto la más espléndida
ansía de esposa; lo contempla la manada, y tienen miedo
sin ella saber a quién quedará la victoria de tan gran reino.

⁵⁰ Tres veces sin provecho quiso en contra
desprender de sí, esplendente, mi pecho, a la cuarta
se sacude de mi abrazo y a él juntados desata mis brazos
y golpeándome con la mano —pues he decidido confesar la verdad—
en seguida me da la vuelta y a mi espalda pesadamente se prende.

⁵⁵ Si crédito hay, pues la gloria con fingida voz
no busco, hundido por un monte a mí impuesto me creía.
Apenas pude insertar, aun así, chorreando mucho sudor,
los brazos, apenas desatar de mi cuerpo sus duras cadenas.
Me oprime asfixiándome y me impide retomar mis fuerzas

⁶⁰ y de mi cerviz se apodera. Entonces por fin hunde
la tierra la rodilla nuestra y las arenas con la boca mordí.
Inferior en virtud me refugio en mis artes
y me escurro de este hombre figurado en una larga serpiente.

El cual, después que curvé mi cuerpo en retorcidos círculos

⁶⁵ y cuando moví con fiera estridencia mi lengua bifurcada,
se rió, y burlándose el tirintio de mis artes:

«De mis cunas es tarea el superar serpientes»,

dijo, «y aunque venzas, Aqueloo, a otros dragones,

¿parte cuánta de la de Lerna hidra serás, una sola serpiente?

⁷⁰ De sus propias heridas era ella fecunda y ni una cabeza,
de cien en número, fue cortada impunemente
sin que con un gemelo heredero su cerviz más fuerte se hiciera.
A ella yo, ramosa de las culebras nacidas de la matanza
y que crecía con su desgracia, la domé y domada la recluí.

⁷⁵ ¿Qué confías que ha de ser de ti, que convertido en una serpiente
falsa, armas ajenas mueves, a quien una forma precaria esconde?»

Había dicho, y a lo alto de mi cuello arroja las cadenas
de sus dedos: me asfixiaba, como apretada mi garganta por unas
tenazas,
y de sus pulgares pugnaba por arrancar mis fauces.

⁸⁰ Así también, vencido, me quedaba la tercera,
la forma de toro asesino: en toro mutado mis miembros rebelo.
Reviste él con sus toros por la izquierda parte mis brazos
y tirando de mí, a la carrera, me sigue y bajándome los cuernos
los clava en la dura tierra y a mí me tumba en la alta arena.

⁸⁵ Y no bastante había sido esto: con su fiera diestra, mientras sostiene
rígido mi cuerno, lo quiebra y de mi trunca frente lo arranca.

Las náyades, de frutos y olorosa flor relleno,
lo consagraron; y rica es la Buena Abundancia por mi cuerno.»

Partida de Teseo

Había dicho, y una ninfa, remangada al rito de Diana,

⁹⁰ una de sus ministras, derramados a ambas partes sus cabellos,
entró y trajo en ese muy rico cuerno todo

un otoño, y las mesas —frutos felices— segundas.

La luz llega y con el primer sol hiriendo las cimas

se marchan los jóvenes; y no esperan, pues, mientras paz

⁹⁵ y plácido discurrir tengan, y todas vuelvan

a asentarse las aguas. Su rostro el Aqueloo agreste

y su cabeza lacerada de un cuerno esconde en medio de las aguas.

Hércules, Neso y Deyanira

Sin embargo, a éste que domó la pérdida de su arrebatada gracia,

el resto salvo lo tiene. De su cabeza el daño, además, con fronda

¹⁰⁰ de sauce o sobrepuesta caña lo esconde.

Mas a ti, Neso fiero, tu ardor por esa misma doncella

te había perdido, atravesado en tu espalda por una voladora saeta.

Pues regresando con su nueva esposa a los muros patrios

había llegado, rápidas del Eveno, el hijo de Júpiter a sus ondas.

¹⁰⁵ Más abundante de lo acostumbrado, por las borrascas invernales
acrecido,

concurrido estaba de torbellinos e intransitable ese caudal.

A él, no temeroso por sí mismo, pero preocupado por su esposa,

Neso se acerca y, fuerte de cuerpo y conocedor de sus vados:

«Por servicio mío será ella depositada en aquella

¹¹⁰ orilla,» dice, «Alcida. Tú usa tus fuerzas nadando.»

Y a ella, palideciente de miedo y al propio río temiendo,

se la entregó el Aonio, a la asustada Calidonia, a Neso.

En seguida, como estaba y cargado con la aljaba y el despojo del león

—pues la clava y los curvos arcos a la otra orilla había lanzado—:

115 «Puesto que lo he empezado, venzamos a las corrientes», dijo,
y no duda, ni por dónde es más clemente su caudal
busca y desprecia ser llevado a complacencia de las aguas.
Y ya teniendo la orilla, cuando levantaba los arcos por él lanzados,
de su esposa conoció la voz, y a Neso, que se disponía
120 a defraudar su depósito: «¿A dónde te arrastra», le clama,
«tu confianza vana, violento, en tus pies? A ti, Neso biforme,
te decimos. Escucha bien y no las cosas interceptes nuestras.
Si no te mueve temor ninguno de mí, mas las ruedas
de tu padre podrían disuadirte de esos concúbitos prohibidos.
125 No escaparás, aun así, aunque confíes en tu recurso de caballo;
a herida, no a pie te daré alcance.» Sus últimas palabras
con los hechos prueba y lanzando a sus fugitivas espaldas una saeta
los traspasa: sobresalía corvo de su pecho el hierro.
El cual, no bien fue arrancado, sangre por uno y otro orificio
130 rielaba, mezclada con la sanguaza del veneno de Lerna.
La recoge Neso; «Mas no moriremos sin vengarnos»,
dice entre sí y unos velos teñidos de su sangre caliente
da de regalo a su secuestrada como si fuera un excitante de amor.
Muerte y apoteosis de Hércules
Larga fue la demora del tiempo intermedio, y los hechos del gran
135 Hércules habían colmado las tierras y el odio de su madrastra.
Vencedor, desde Ecalia, preparaba unos sacrificios votados
a Júpiter Ceneo, cuando la Fama locuaz se anticipó hasta los oídos,

Deyanira, tuyos, la que a la verdad se goza de añadir
mentiras y desde lo más pequeño crece merced a sus mentiras,
140 de que el Anfitriónida era presa del fuego de Iole.

Lo cree su enamorada, y aterrada por la fama de esa nueva Venus
condescendió, a lo primero, a las lágrimas, y llorando dispuso,
digna de compasión, el dolor suyo. Justo después: «¿Por qué empero
lloramos?», dice. «Mi rival se alegrará de estas lágrimas.

145 La cual, puesto que va a llegar, algo habré de apresurar e inventar,
mientras se puede, y en tanto aún no tiene otra mis tálamos.

¿Me quejaré o callaré? ¿Volveré a Calidón o me demoraré?

¿Saldré de estos techos o, si otra cosa no, me opondré a ellos?

¿Qué si acordada, Meleagro, de que soy tu hermana

150 acaso preparo un crimen y cuánto la injuria pueda,
y mi femíneo dolor, degollando a mi rival atesto?»

En cursos varios marcha su ánimo. A todos ellos
prefirió, embebida de la sangre de Neso, una veste

enviarle que las fuerzas le devuelva de su repudiado amor,

155 y a Licas, que lo ignora, sin ella saber qué entrega, sus lutos
propios ella entrega, y que con tiernas palabras, la muy desgraciada,
dé los regalos esos a su esposo, le encarga. Los coge el héroe, sin él
saber,

y se inviste por los hombros el jugo de la hidra de Lerna.

Inciensos daba y palabras suplicantes a las primeras llamas,

160 y vinos de una pátera vertía en las marmóreas aras.

Se calentó la fuerza aquella del mal y, desatada por las llamas,
marcha ampliamente difundida de Hércules por los miembros.
Mientras pudo con su acostumbrada virtud su gemido reprimió.
Después que vencido por los males fue su sufrimiento, empujó las aras
¹⁶⁵ y llenó de sus voces el nemoroso Eta.

Y no hay demora, intenta rasgar su mortífera vestidura:
por donde tira, tira ella de la piel, y horrible de contar,
o se prende a su cuerpo en vano intentándose la arrancar,
o lacerados miembros y grandes descubre huesos.

¹⁷⁰ El propio crúor, igual que un día la lámina candente
mojada en la helada cuba, rechina y se cuece del ardiente veneno,
y medida no hay, sorben ávidas sus entrañas la llamas
y azul mana de todo su cuerpo un sudor
y quemados resuenan sus nervios y, derretidas las médulas

¹⁷⁵ de esa ciega sanguaza, levantando a las estrellas sus palmas:
«De las calamidades», grita, «Saturnia, cébate nuestras,
cébate y esta plaga contempla, cruel, desde el alto,
y tu corazón fiero sacia. O si digno yo de compasión hasta para un
enemigo,

esto es, si para ti lo soy, de siniestros tormentos mi enfermo

¹⁸⁰ y odiado aliento y nacido para las penalidades, llévate.

La muerte me será un regalo. Decoroso es estos dones dar a una
madrastra.

¿Así que yo al que manchaba sus templos con crúor extranjero,
a Busiris he sometido, y al salvaje Anteo arrebaté

el alimento de su madre, y ni a mí del pastor ibero
185 su forma triple, ni la forma triple tuya, Cérbero, me movió,
y ¿acaso vosotras, manos, no agarrasteis los cuernos del fuerte toro?
¿Vuestra obra Elis tiene, vuestra las estinfálides ondas
y el partenio bosque? ¿Por vuestra virtud devuelto,
en oro del Termodonte labrado, el tahalí,
190 y las frutas concustodiadas por el insomne dragón,
y no a mí los Centauros me pudieron resistir, ni a mí
el devastador jabalí de la Arcadia, ni le sirvió a la hidra
el crecer merced a su merma y retomar geminadas fuerzas?
¿Y qué de cuando los caballos del tracio vi, cebados de sangre humana,
195 y llenos de cuerpos truncos sus pesebres vi
y vistos los derribé y a su dueño y ellos di muerte?
Por estos brazos golpeada yace la mole de Nemea,
197a [por éstos Caco. Horrendo monstruo del litoral tiberino],
en este cuello llevé el cielo. De dar órdenes se agotó
la salvaje esposa de Júpiter: yo no me he agotado al realizarlas.
200 Pero esta nueva plaga llega, a la cual ni con virtud
ni con armas y armaduras resistírsele puede. Por los pulmones
profundos
vaga un fuego voraz y se ceba por todos los miembros.
Mas vivo está Euristeo, ¿y hay quienes creer puedan
que hay dioses?», dijo, y por el alto Eta herido
205 no de otro modo camina que si venablos un toro

en su cuerpo clavado lleva y al autor del acto rehuyera.

Lo vieras a él muchas veces dejando escapar gemidos, muchas veces
bramando, muchas veces reintentando quebrantar esas vestiduras
todas, y tumbando troncos, y enconándose

²¹⁰ en los montes, o tendiendo los brazos al cielo de su padre.

He aquí que a Licas, escondido tembloroso en una peña ahuecada,
divisa, y como el dolor había reunido toda su rabia:

«¿No has sido tú, Licas», dijo, «el que estos funerarios dones me has
dado?

¿No has de ser tú el autor de mi muerte?» Tiembla él y se estremece,

²¹⁵ pálido, y tímidamente palabras exculpatorias dice.

En diciéndolas, y mientras se disponía a llevar las manos a las rodillas
de él,

lo agarra el Alcida y rotándolo tres y cuatro veces

lo lanza más fuerte que en el tormento de la catapulta hacia las ondas
eubeas.

Él, suspendido por las aéreas auras se puso rígido,

²²⁰ y como dicen que las lluvias se endurecen con los helados vientos,

de donde se hacen las nieves, y también, blando, de las nieves al rotar,

se atriñe y se aglomera su cuerpo en denso granizo,

que así él, lanzado a través del vacío por esos vigorosos brazos

y exangüe de miedo y sin tener líquido alguno,

²²⁵ en rígidas piedras fue él convertido, cuenta la anterior edad.

Ahora también en el profundo euboico, en el abismo, una peña breve

emerge, y de su humana forma conserva las huellas,

al cual, como si lo fuera a sentir, los navegantes hollar temen,

y le llaman Licas. Mas tú, célebre hijo de Júpiter,
230 cortados los árboles que llevara el arduo Eta
e instruidos en una pira, que tu arco y tu aljaba capaz,
y las que habrían de ver de nuevo los reinos troyanos, esas saetas,
ordenas que las lleve al hijo de Peante, por servicio del cual fue aplicada
la llama, y mientras de ávidos fuegos se prende toda esa empalizada
235 en lo alto del montón de bosque tiendes tu vellón
de Nemea e imponiendo tu cuello en la clava te recuestas,
no con otro rostro que si cual comensal yacieras
entre copas llenas de vino puro, coronado de guirnaldas.
Y ya vigorosa y derramándose por todos lados sonaba,
240 y sus tranquilos miembros y a su despreciador buscaba
la llama: temieron los dioses por su defensor en la tierra.
A los cuales así —pues lo notó— con alegre boca se dirige
el Saturnio Júpiter: «Para nuestro agrado es el temor este,
oh altísimos, y pláceme en todo mi pecho y agradezco
245 que de un pueblo atento se me dice soberano y padre,
y también mi descendencia por vuestro favor está a salvo.
Pues aunque ello se concede a los ingentes hechos de él mismo,
obligado estoy yo también. Pero no se atemoricen, pues, vuestros fieles
pechos por un miedo vano: despreciad las eteas llamas.
250 El que todo lo ha vencido vencerá, los que veis, a esos fuegos,
y no, sino en su parte materna, sentirá al poderoso
Vulcano: eterno es lo que sacó de mí y ajeno

e inmune a la muerte y no domable por ninguna llama,
y ello yo, cuando él haya acabado en la tierra, en las celestes orillas
255 lo recibiré, y en que a todos los dioses placentero será
mi acto confío; si alguno, aun así, de Hércules, si alguno
acaso se habrá de doler de él como dios, no querrá que estos premios se
le hayan dado,
pero sabrá que ha merecido que se le den y contra su voluntad lo
aprobará.»

Asintieron los dioses; la esposa regia también pareció
260 que lo demás con no duro semblante, con duro las últimas
palabras, había admitido, y que se dolía hondo de que se la señalara.
Mientras tanto, cuanto fue devastable a la llama, Múlciber se lo llevó,
y no reconocible quedó la efigie de Hércules y nada sacado de la imagen
265 de su madre posee y sólo las huellas de Júpiter conserva;
y como una serpiente nueva cuando, depuesta su piel vieja,
exuberar suele y resplandecer con su escama reciente,
así, cuando el tirintio se despoja de sus miembros mortales
la parte mejor de sí cobra vigor y empieza él a parecer
270 más grande y a volverse por su augusta gravedad temible.

Al cual su padre el todopoderoso, arrebatándolo entre las cóncavas
nubes

con su cuadriyugo carro lo indujo entre los radiantes astros.

Galántide

Sintió Atlas el peso, y todavía el Esteneleio no había desatado
sus iras, Euristeo, y atroz ejercía en su descendiente el odio

275 de su padre; mas, angustiada por sus largas inquietudes,

la argólide Alcmena, donde poner sus lamentos de vieja,
a quien contar las penalidades de su hijo, atestiguados en el mundo,
o a quien sus propios casos, a Iole tiene; a ella por los mandatos
de Hércules en su tálamo y en su ánimo había acogido Hilo,
²⁸⁰ y le había llenado el vientre de su noble simiente, cuando así
empieza Alcmena: «Favorézcante a ti las divinidades al menos,
y abrevien las demoras cuando madura invoques
a quien preside a las temerosas parturientas, a Ilitía,
esa a la que a mí me hizo contraria la influencia de Juno.

²⁸⁵ Pues del sufridor de las penalidades, de Hércules, cuando ya era
el tiempo de su nacimiento y por la décima constelación pasaba la
estrella,

me extendía su peso el vientre y lo que llevaba
tan grande era que bien podrías decir que el autor del encerrado
peso, era Júpiter, y ya tolerar esas fatigas

²⁹⁰ más allá yo no podía: como que ahora también mis miembros,
mientras

hablo, ocupa un frío horror, y una parte es recordarlo de ese dolor.

Atormentada durante siete noches y otros tantos días,
agotada por mis males y tendiendo al cielo los brazos, llamaba
yo a grandes gritos a Lucina y a los parejos Nixos.

²⁹⁵ Ella ciertamente vino, pero previamente corrompida,
y queriendo regalarle mi cabeza a la inicua Juno.

Y cuando oyó mis gemidos se sentó en aquella
ara de delante de las puertas y apretándose con la corva derecha

la rodilla izquierda y con los dedos entre sí juntados en peine
300 contenía mis partos; con tácita voz también dijo
unos encantos y retuvieron esos encantos los emprendidos partos.
Pujo y digo al ingrato Júpiter, fuera de mí, insultos
vanos, y deseo morirme y en palabras que habrían de mover
a las duras piedras me lamento; las madres Cadmeides me asisten
305 y mis votos sostienen y animan a la doliente.

Una de mis sirvientas, de la media plebe, Galántide,
flava de pelo, allí asistía, diligente en hacer mis mandatos,
querida por sus propios servicios. Ella sintió que alguna cosa
pasaba por causa de la inicua Juno, y mientras sale y entra
310 sin cesar por las puertas, a la divina allí sentada vio en el ara,
y los brazos en las rodillas, y sus dedos enlazados manteniendo,
y: «Quien quiera que eres», dice, «felicita a la señora. Aliviado se ha
la argólide Alcmena y es dueña, recién parida, de su voto.»

Se sobresaltó y aflojó sus manos juntas, llena de temor,
315 la divina señora del vientre, de mis cadenas me alivio yo al aflojarse
ellas.

Engañada su divinidad, fama es que se rió Galántide;
riendo y cogida por su propio pelo la diosa salvaje
la arrastró y, queriendo ella de la tierra levantar el cuerpo,
se lo impidió y sus brazos mutó en patas delanteras.

320 Su diligencia antigua permanece, ni sus espaldas su color
perdieron: su hermosura, a la anterior, es ahora opuesta.

La cual, puesto que con mentirosa boca ayudó a una parturienta,
por la boca pare y nuestras casas, como también antes, frecuente.»

Dríope

Dijo, y conmovida por el recuerdo de su vieja sirvienta

³²⁵ gimió hondo. A la cual en su dolor así se dirigió su nuera:

«A ti con todo, oh madre, la belleza arrebatada de una persona
ajena a nuestra sangre te conmueve. ¿Qué si a ti los hados portentosos
de mi propia hermana te refiriera? Aunque las lágrimas y el dolor
me impiden y me prohíben hablar. Fue única para su madre

³³⁰ —a mí mi padre me engendró de otra—, la más notable por su
hermosura

de entre las Ecálides, Dríope. A la cual, careciendo de su virginidad
y habiendo sufrido violencia del dios que Delfos y Delos tiene,
la acoge Andremon y se le tiene por feliz de esa esposa.

Hay un lago que cuesta arriba hace, por su declinante margen,

³³⁵ la forma de un litoral; su altura mirtales la coronan.

Había venido aquí Dríope, ignorante de sus hados, y para que
te indignes más, para llevarle a las ninfas unas coronas;
y en el seno su niño, que aún no había cumplido un año,
llevaba de dulce carga, y por medio de tibia leche lo alimentaba.

³⁴⁰ No lejos de ese pantano, remedando los tirios colores,
en esperanza de bayas florecía un acuático loto.

Había cogido de ahí Dríope, que de entretenimiento a su hijo
extendiera, unas flores, y lo mismo me parecía que iba a hacer yo
—pues presente yo estaba—: vi unas gotas caer de la flor,

345 cruentas, y las ramas moverse en tembloroso horror.

Claro era, como cuentan ahora por fin, tarde, los agrestes lugareños,
que Lótide, la ninfa, huyendo de las obscenidades de Priapo,
a ella había conferido, salvando su nombre, su transformado aspecto.

No sabía mi hermana esto; la cual, cuando aterrada quiso

350 irse hacia atrás, y retirarse ya adoradas de las ninfas,

prendidos quedaron de una raíz sus pies; por arrancarlos pugna

y no otra cosa sino su parte más alta mueve. Le crece desde abajo

y poco a poco le aprieta todas las ingles una flexible corteza.

Cuando lo vio, intentando con la mano mesarse los cabellos,

355 de fronda su mano llenó: frondas su cabeza toda ocupaban.

Mas el niño Anfiso —pues tal nombre su abuelo Éurito a él

le había añadido— siente que se endurecen los pechos

de su madre y no obedece al que lo saca el lácteo humor.

Espectadora asistía yo de ese hado cruel, y ayuda

360 no podía a ti ofrecerte, hermana, y cuanto podían mis fuerzas,

creciente el tronco y sus ramas, los detenía estrechándolos y,

lo confieso, bajo la misma corteza quise esconderme.

He aquí que su marido Andremon y su padre desgraciadísimo llegan

y buscan a Dríope: a Dríope, a los que la buscaban,

365 se la mostré de loto. A su tibio leño dan besos

y derramándose por las raíces de su querido árbol a él quedan
prendidos.

Nada sino ya su rostro, que no fuera árbol, tenía

mi querida hermana: sus lágrimas entre las hojas formadas de su
desgraciado

cuerpo roran, y mientras puede y su boca ofrece

³⁷⁰ de voz un camino, tales derrama al aire sus lamentos:

«Si alguna fe se da a los desgraciados, por las divinidades juro
que yo no he merecido esta impiedad; sufro sin culpa un castigo.

Vivimos inocente; si miento, que árida pierda

las frondas que tengo y cortada a segures se me queme.

³⁷⁵ Mas quitad a este niño de las maternas ramas

y dadlo a una nodriza, y bajo mi árbol muchas veces

su leche haced que beba, y que bajo nuestro árbol juegue,

y cuando pueda hablar, a su madre haced que salude

y triste diga: 'Se oculta en este tronco mi madre'.

³⁸⁰ Pero que los estanques tema y no coja del árbol sus flores,

de los retoños todos piense que el cuerpo son de dioses.

Querido esposo, adiós, y tú, germana, y padre:

si es que tenéis piedad, de la herida de la aguda hoz,

del mordisco del rebaño defended mis frondas,

³⁸⁵ y puesto que a mí lícito inclinarme a vosotros no me es,

erigid aquí los brazos y a mis besos venid,

mientras ser tocados pueden, y levantad a mi pequeño nacido.

Más cosas decir no puedo. Pues ya por mi blanco cuello una blanda
corteza serpea y en lo alto de una copa me escondo.

³⁹⁰ Quitad de mis ojos las manos. Sin la ofrenda vuestra

tape la corteza que los va cubriendo mis moribundos ojos.»

Dejó a la vez su boca de hablar, a la vez de existir, y mucho tiempo en su cuerpo mutado sus ramas recientes se mantuvieron tibias.»

Iolao y los hijos de Calírroe; rejuvenecimientos

Y mientras cuenta Iole ese hecho portentoso, y mientras

³⁹⁵ las lágrimas de la Eurítide allegándole su pulgar le seca

Alcmena —llora también ella— contuvo toda

tristeza una cosa nueva. Pues en el alto umbral se detuvo,

casi un niño, cubriéndose de un dudoso bozo sus mejillas,

devuelto su rostro a sus primeros años, Iolao.

⁴⁰⁰ Eso le había dado a él de regalo la Junonia Hebe,

vencida por las súplicas de su marido; la cual, cuando a jurar se disponía

que dones tales no habría de atribuir ella, después de éste, a nadie,

no lo permitió Temis: «Pues ya mueve Tebas

las desavenidas guerras», dijo, «y Capaneo, sino por Júpiter, no podría

⁴⁰⁵ ser vencido, y resultarán parejos en heridas los hermanos

y, sustraída la tierra, sus propios manes verá

—vivo todavía— el profeta, y habrá de vengar a su padre con su padre

su hijo, piadoso y criminal por el mismo hecho,

y, atónito por sus desgracias, desterrado de su mente y de su casa,

⁴¹⁰ por los rostros de las Euménides y de su madre las sombras será acosado

hasta que a él su esposa le demande el oro fatal,

y su costado beba —su pariente— la espada de Fegeo.

Sólo entonces pretenderá del gran Júpiter la Aqueloide
suplicante, Calírroe, estos años para sus hijos pequeños;
415 para no dejar que la muerte del vencedor quede largo tiempo sin
vengar,
Júpiter, por ello conmovido, proveerá estos dones a su hijastra
y a su nuera y los hará hombres en sus impúberes años.»
Cuando esto con su fatícana boca, pronosticadora del avenir,
hubo dicho Temis, con diversa opinión rumoreaban los altísimos,
420 y por qué no a otros estaba permitido conceder los mismos dones
su murmullo era: se lamenta la Palantíade de que viejos los años
de su esposo sean, se lamenta de que encanezca su Iasión
la tierna Ceres, una repetida edad demanda
Múlciber para Erictonio, a Venus también le alcanza el cuidado
425 del futuro, y los años de Anquises estipula que se renueven.
Por quién afanarse dios todo tiene; y crece con el favor
la túrbida sedición, hasta que su boca Júpiter
libera y: «Oh, de nos si tenéis algún temor», dijo,
«¿a dónde os lanzáis? ¿Acaso tanto se cree alguno que puede
430 que incluso a los hados supere? Por los hados ha vuelto
Iolao a los años que pasó, por los hados rejuvenecer deben
de Calírroe los engendrados, no por ambición ni armas.
A vosotros también, y para que lo admitáis con un ánimo mejor,
incluso a mí los hados me rigen, los cuales, si para mudarlos tuviera
fuerza,
435 no encorvarían a mi querido Éaco sus tardíos años,

y perpetua la flor de su edad, con el Minos mío, Radamanto
tendría, al cual, a causa de los amargos pesos
de la vejez, se le desprecia y no en el orden que antes reina.»
Las palabras de Júpiter conmovieron a los dioses y ninguno puede,
⁴⁴⁰ al ver agotados a Radamantis y a Éaco de sus años,
y a Minos, quejarse; el cual, mientras estuvo intacto de su edad,
había aterrado a grandiosos pueblos incluso con su solo nombre;
entonces hallábase inválido, y del Diónida, en el vigor
de su juventud, de Mileto, soberbio de su padre Febo,
⁴⁴⁵ tenía miedo, y creyendo que se alzaba contra sus reinos
no, aun así, alejarle de sus penates patrios osó.
Por tu voluntad, Mileto, propia huyes, y en una rápida quilla
mides las aguas egeas, y en la tierra asiática
constituyes unas murallas que tienen el nombre de su ponedor.

Biblis

⁴⁵⁰ Aquí tú, mientras sigue ella las curvaturas de su ribera paterna,
la hija de Menandro, el que tantas veces regresa a sí mismo,
cuando la conociste, a Ciánea, de prestante hermosura su cuerpo,
a Biblis junto con Cauno parió ella, prole gemela.

Biblis de ejemplo está para que amen lo concedido las niñas:

⁴⁵⁵ Biblis, arrebatada por el deseo de su hermano, el descendiente de
Apolo:

no como una hermana a su hermano, ni por donde debía, le amaba.

Ella realmente al principio no los entendió fuegos ningunos,

ni pecar considera el que tantas veces sus labios le una,

el que de su hermano circunden sus brazos el cuello,
460 y mucho tiempo se engaña de la piedad con la mendaz sombra.

Poco a poco declina el amor, y a ver a su hermano
arreglada viene y demasiado desea hermosa parecer,
y si alguna hay allí más hermosa, se enoja de ella.

Pero todavía no se es manifiesta a sí misma y bajo aquel fuego
465 no hace ningún voto, empero bulle por dentro.

Ya dueño le llama, ya los nombres de la sangre odia,
Biblis ya prefiere, a que la llame él hermana.

Pero esperanzas obscenas a su corazón no se atreve
a condescender despierta; relajada en el descanso plácido,
470 a menudo ve lo que ama: le pareció incluso que unía a su hermano
su cuerpo y enrojeció aunque dormida yacía.

El sueño marcha. Calla ella largo tiempo y recuerda del descanso
ella suyo la imagen y con dubitativo corazón así habla:

«Desgraciada de mí, ¿qué pretende esta imagen de la callada noche,
475 cual no quisiera yo que ratificado fuera? ¿Por qué he visto esos
sueños?

Él realmente es hermoso a los ojos, aun los inicuos,
y gusta, y podría yo, si no fuera mi hermano, amarle,
y de mí digno era; pero para mi mal soy su hermana.

En tanto que nada tal despierta acometer intente,
480 puede muchas veces volver bajo semejante imagen el sueño.

Testigo no tiene el sueño y no poco tiene de imitado placer.

Por Venus y con su tierna madre el volador Cupido,
goces cuán grandes sentí, cuán manifiesto deleite
me ha alcanzado, cuán relajada hasta en las médulas he quedado,
485 cómo acordarse agrada. Aunque breve ese placer,
y la noche fue precipitada, y envidiosa de lo emprendido en mí.

«Oh yo, si lícito sea, mutado el nombre, unirnos,
qué bien, Cauno, podría la nuera ser de tu padre,
qué bien, Cauno, podrías el yerno ser de mi padre.

490 Todo —los dioses lo hicieran— sería común para nosotros,
excepto los abuelos: tú, que yo, quisiera que más noble fueras.

No sé a quién harás pues, bellísimo, madre,
mas para mí, la que mal he sido agraciada con los padres que tú,
nada sino hermano serás. Que lo impide, esto tendremos solo.

495 ¿Qué me indican entonces mis visiones? Aunque qué peso
tienen los sueños. ¿O es que tienen también los sueños peso?

Los dioses mejor lo quieran... Los dioses, por cierto, tuyas hicieron a
sus hermanas.

Así Saturno a Ops, unida a él por sangre, la tomó,
Océano a Tetís, a Juno el regidor del Olimpo.

500 Tienen los altísimos sus propias leyes. ¿Por qué los ritos humanos
hacia los celestiales y opuestos pactos intento pasar?

O, prohibido, de mi corazón se ha de ahuyentar este ardor,
o si esto no puedo, perezca yo, suplico, antes, y que en el lecho
muerta se componga y depositada me dé de su boca besos mi hermano.

505 Y aun así del arbitrio de dos requiere un tal asunto.

Supón que me place a mí: crimen le parecerá que es a él.

Mas no temieron los Eólidas los tálamos de sus hermanas.

¿Pero de dónde conozco a éstos? ¿Por qué he preparado estos ejemplos?

¿A dónde me llevo? Obscenas llamas, marchad lejos de aquí,

510 y no, sino por donde es lícito a una hermana, mi hermano sea amado.

Pero, si él mismo de mi amor el primero hubiera sido cautivado,

quizás al de él podría yo condescender, a su loco amor.

¿Así pues yo, lo que no habría de rechazar a su pretendiente,

debería yo misma pretender? ¿Podrás hablar? ¿Podrás confesar?

515 Obligaré el amor, podré. O, si el pudor mi boca tiene,

una carta arcana confesara mis fuegos escondidos.»

Esto decide, esta decisión venció su dubitativo corazón;

hacia un lado se yergue y apoyada en su codo izquierdo:

«Él verá», dice. «Malsanos, confesemos estos amores.

520 Ay de mí, ¿en qué estoy cayendo? ¿Cuál el fuego que ha concebido mi mente?»

Y las meditadas palabras compone con mano temblorosa.

Su diestra sostiene un hierro, la cera vacía sostiene la otra.

Empieza y duda, escribe y condena las tablillas,

y anota y borra, cambia e inculpa y aprueba

525 y en turnos cogidas las deja y dejadas las retoma.

Qué cosa quiere, no sabe. Cuanto le parece que va a hacer,

le desplace. En su rostro está la audacia mezclada con el pudor.

Escrita «Tu hermana» estaba: le pareció borrar a la hermana,
y palabras grabar en las corregidas ceras tales:

530 «La que si tú no le dieras no ha de tener ella, salud
te manda tu enamorada. Le avergüenza, ay, le avergüenza revelar su
nombre
y si qué deseo quieres saber, sin mi nombre quisiera
que pudiera llevarse mi causa, y que no conocida antes
Biblis fuera, de que la esperanza de mis votos certera hubiese sido.

535 De mi herido pecho, realmente, serte podía el delator
mi color, mi delgadez y mi rostro, y húmedos tantas veces
mis ojos, y mis suspiros movidos por causa no patente,
y los continuos abrazos, y los besos —si acaso notaste—
que sentirse podían que no eran los de una hermana.

540 Yo misma, aun así, aunque en mi ánimo una grave herida tenía,
aunque en mi interior había un furor de fuego, todo lo hice
—me son los dioses testigos— para que por fin más sana estuviera,
y pugué mucho tiempo por ahuyentar, violentas, las armas
de Cupido, infeliz, y más de lo que creerías que puede soportar

545 una muchacha, dura, yo lo he soportado. A confesarme vencida
obligada me veo, y la ayuda tuya a implorar con temerosos votos:
tú puedes salvar, tú perder el único a tu amante.

Elige qué de ambas cosas harás. No una enemiga tal te suplica,
sino la que, aunque a ti esté unidísima, más unida estar

550 ansía y con un lazo contigo más cercano atarse.

Las leyes conozcan los viejos y, qué sea lícito y sacrílego
y piadoso sea, ellos inquieran, y de las leyes los fieles observen.
Conveniente Venus es la temeraria a los años nuestros.
Qué sea lícito ignoramos aún, y todo lícito
555 creemos y seguimos de los grandes dioses el ejemplo.
Y no un duro padre o el temor de la fama
o el miedo se nos opondrá; aunque haya motivo de temor:
dulce, bajo el nombre fraterno, nuestros hurtos esconderemos.
Tengo la libertad de hablar contigo en secreto,
560 y nos damos abrazos y unimos los labios en público.
¿Cuánto es lo que falta? Compadécete de quien confiesa su amor
y no lo habría de confesar si no la obligara el último ardor,
y no merezcas ser suscrito como causa en mi sepulcro.»
La cera abandonó, llena, a su mano que en ella surcaba en vano
565 tales cosas, y en el margen quedó prendido el supremo verso.
En seguida firma sus delitos imprimiéndoles su gema,
la cual tiñó de sus lágrimas —a su lengua había abandonado su humor—,
y de sus criados a uno, pudorosa, llamó
y —asustado de ello— lisonjeándolo: «Llévalas, el más fiel, a nuestro...»
570 dijo, y añadió tras largo tiempo, «hermano.»
Al dárseles, escurriéndosele de las manos cayeron las tablillas;
por el presagio quedó turbada, las mandó aun así. El sirviente, cuando
halló
unos tiempos aptos, se acerca y le entrega las ocultas palabras.

Atónito, con súbita ira el joven Meandrio

575 tiró las tablillas recibidas, leída una parte,

y apenas conteniendo su mano de la cara del tembloroso sirviente:

«Mientras puedes, oh criminal autor de este vedado placer,

huye», dice, «que si tus hados no se llevaran

consigo mi pudor, tus castigos me habrías pagado con tu muerte.»

580 Él huye espantado y a su dueña las feroces palabras

de Cauno refiere. Palideces, Biblis, al oír su repulsa,

y se espanta asediado por un glacial frío tu cuerpo.

Pero cuando en sí volvió su mente al par volvieron sus furores

y su lengua apenas dio al aire, por ellas herido, palabras tales:

585 «Y con razón, pues ¿por qué, temeraria, de la herida esta

he hecho delación? ¿Por qué, las que esconder se hubieron,

tan rápido encomendé a unas apresuradas tablillas, mis palabras?

Antes con ambiguas frases debí sondear el designio

de su corazón. Para que no dejara de seguirme en mi camino,

590 en parte alguna de la vela hubiera debido notar cuál sería la brisa,

y por un mar seguro correr quien ahora

por no explorados vientos he llenado mis lienzos.

Me veo arrastrada a los escollos pues, y volcada me cubre

el océano todo, y no tienen mis velas retornos.

595 Y qué de que con presagios ciertos se me prohibía

condescender al amor mío, ya entonces, cuando al ordenar llevarla

se me cayó e hizo la cera caducas nuestras esperanzas.

¿Acaso no debió ser o aquel día o toda mi voluntad
—pero mejor el día— cambiado? Un dios mismo me amonestaba
600 y señales ciertas me daba: de no haber estado mal sana.

Aun así yo misma hablar, y no encomendarme a la cera,
había debido, y presente descubrir mis locos amores.

Hubiese visto él mis lágrimas, mi rostro hubiese visto de amante,
más cosas decir podía que las que las tablillas cogieron.

605 Contra su voluntad pude circundar mis brazos a su cuello
y si fuera rechazada pudo vérseme casi morir,
y abrazarme a sus pies, y allí derramada demandarle la vida.

Todo lo hubiese hecho, de entre lo cual, si cada cosa su dura
mente doblegar no pudiera, lo hubiese podido todo junto.

610 Quizás incluso sea también alguna la culpa del sirviente que envié:
no se acercó apropiadamente, ni eligió, creo, idóneos
los tiempos, ni buscó la hora y el ánimo desocupado.

Esto es lo que me hizo mal; pues de una tigresa no ha nacido,
ni rigurosas piedras o sólido en su pecho el hierro

615 o acero lleva, ni la leche bebió él de una leona.

Será vencido. Habrá de buscársele nuevamente, ni cansancio alguno
admitiré de lo emprendido mientras el aliento este permanezca.

Pues lo primero era, si lo que he hecho se pudiera revocar,
no haber empezado: lo empezado expugnar es lo segundo.

620 Es lo cierto que él no puede, aunque ya abandonara mis votos,
no acordarse para siempre, con todo, de mi osadía.

Y, porque he desistido, más livianamente pareceré

que lo he querido, o incluso que a él lo he tentado, o que con insidias lo he buscado:

o incluso realmente que no por éste que omnipresente empuja y quema

⁶²⁵ el pecho nuestro, por este dios, sino por el mero deseo me creará vencida.

Finalmente, ya no puedo nada haber cometido nefando;

le he escrito y lo he pretendido: mancillada está mi voluntad;

aunque nada añada no puedo no culpable ser llamada.

Lo que resta mucho es para mis votos, para mis delitos poco.»

⁶³⁰ Dijo y —tanta es la discordia de su incierta mente—

aunque le pesa el haberlo intentado, gusta de intentarlo, y de la medida

se excede e infeliz acomete muchas veces el que se la rechace.

Luego, cuando ya no tiene un final, de su patria huye él y de la abominación,

y en una tierra extraña pone unas nuevas murallas.

⁶³⁵ Entonces verdaderamente dicen que la afligida Milétide de toda

su mente se apartó, entonces verdaderamente de su pecho se rasgó

el vestido, y se golpeó en duelo furibunda sus propios brazos,

y ya abiertamente está fuera de sí misma, y de la no concedida Venus

confiesa su esperanza, sin la cual, su patria y sus odiados penates

⁶⁴⁰ abandona y sigue las huellas de su prófugo hermano,

e igual que movidas por tu tirso, vástago de Sémele,

las ismarias bacantes celebran tus reiterados trienios,

a Biblis no de otro modo aullar por los anchos campos

vieron las nueras de Búbaso; las cuales dejadas,

645 anda errante ella por toda la Caria y los acorazados Léleges, y Licia.

Ya el Crago y Límira había dejado atrás, y del Janto las ondas, y la cima en que la Quimera por sus partes de en medio, fuego, pecho y rostro de leona, cola de serpiente poseía:

te abandonan los bosques cuando tú, agotada de la persecución,

650 caes al suelo, y puestos en la dura tierra tus cabellos,

Biblis, quedas tendida, y sobre las frondas tu cara pones, caducas.

Muchas veces a ella las ninfas con sus tiernos brazos, las Lelérides, levantarla intentaron, muchas veces de que remedie su amor

la aperciben y allegan consuelos a su sorda mente.

655 Muda yace, y verdes hierbas retiene en sus uñas

Biblis y humedece las gramas con el río de sus lágrimas.

Las Naides a ellas una vena que nunca secarse pudiera

dicen que debajo le pusieron. Pues ¿qué más grande que darle habían?

En seguida, como de la cortada corteza de una píceas las gotas,

660 o como tenaz de la grávida tierra mana el betún,

y como al adviento del favonio, que sopla lene,

con el sol se ablanda de nuevo la onda que el frío detuvo,

así de sus lágrimas consumida la Febeia Biblis

se torna en manantial, el cual ahora todavía en los valles aquellos

665 el nombre tiene de su dueña, y bajo una negra encina mana.

Ifis

La fama de ese nuevo portento las cien ciudades quizás

de Creta hubiese llenado, si los prodigios poco antes
de Ifis mutada, más cercanos, no hubiese sufrido Creta.
Próxima al reino gnosíaco, en efecto, en otro tiempo, la tierra
670 de Festo engendró, de nombre desconocido, a Ligdo,
hombre de la plebe libre, y no su hacienda en él
mayor era que su nobleza, pero su vida —y su crédito—
inculpada fue. El cual, a los oídos de su grávida esposa,
con las palabras estas le advertía cuando ya cerca se hallaba el parto:
675 «Lo que yo encomendaría dos cosas son: que con el mínimo dolor te
alivies,
y que un varón paras. Más onerosa la otra suerte es
y fuerzas la fortuna le niega. Cosa que abomino, así pues,
si ha de salir acaso una hembra de tu parto,
—contra mi voluntad te lo encargo: piedad, perdónamelo— se la
matará.»
680 Había dicho, y de lágrimas profusas su rostro bañaron
tanto el que lo encargaba como a la que los encargos eran dados.
Pero aun así incluso, Teletusa a su marido con las vanas
súplicas inquieta de que no le ponga a ella su esperanza en esa
angostura;
cierta la decisión suya es, de Ligdo. Y ya de llevar
685 apenas capaz era ella su vientre grave de su maduro peso,
cuando en medio del espacio de la noche, bajo la imagen de un sueño
la Ináquida ante su lecho, cortejada de la pompa de sus sacramentos,
o estaba o lo parecía: puestos en su frente estaban sus cuernos
lunares, con espigas rutilantes de nítido oro,

⁶⁹⁰ y con su regio ornato; con ella el ladrador Anubis
y la santa Bubastis, variegado de colores Apisa,
y el que reprime la voz y con el dedo a los silencios persuade;
y los sistros estaban, y nunca bastante buscado Osiris,
y plena la serpiente extranjera de somníferos venenos.

⁶⁹⁵ entonces, como a una que se hubiera sacudido el sueño y viera lo
manifiesto,

así se le dirigió la diosa: «Parte, oh Teletusa, de mis seguidoras,

deja tus graves pesares y a los mandados de tu marido falta;

y no duda, cuando de tu parto Lucina te aligere,

en recoger lo que ello sea. Soy la diosa del auxilio, y ayuda

⁷⁰⁰ cuando se me implora llevo, y no te lamentarás de haber adorado

a un numen ingrato.» Le aconsejó, y se retiró de su tálamo.

Contenta se levanta del lecho y levantando sus puras manos

suplicante la cretense a las estrellas, que sus visiones sean confirmadas
suplica.

Cuando el dolor creció y a sí mismo se expulsó su propio peso

⁷⁰⁵ a las auras, y nació una hembra, sin saberlo el padre,

ordenó que se le alimentara su madre mintiéndola niño; crédito

la cosa tuvo y no era del fingimiento cómplice sino la nodriza.

Sus votos el padre cumple y el nombre le impone de su abuelo:

Ifis el abuelo había sido. Se alegró del nombre la madre

⁷¹⁰ porque común era y a nadie se engañaría con él.

Desde ahí emprendidas las mentiras, en ese piadoso fraude quedaron
ocultas:

su tocado era el de un niño, su cara la que si a una niña,

o si la dieras a un niño, fuera hermoso uno y la otra.

El tercer año mientras tanto al décimo había sucedido,

⁷¹⁵ cuando tu padre, Ifis, te promete a la rubia Iante,

entre las Festíadas, la que más alabada por la dote

de su hermosura fue, la virgen, nacida del dicteo Telestes.

Pareja la edad, pareja su hermosura era, y las primeras artes

recibieron de unos maestros —los rudimentos de su edad— comunes;

⁷²⁰ de aquí que el amor de ambas alcanzara su inexperto pecho, y una
igual

herida a las dos hizo, pero era su confianza dispar:

el matrimonio y los tiempos de la pactada antorcha ansía,

y la que hombre piensa que es, que su hombre será cree Iante;

Ifis ama a una de quien poder gozar no espera, y aumenta

⁷²⁵ por ello mismo sus llamas y arde por la virgen una virgen,

y apenas conteniendo las lágrimas: «¿Qué salida me espera», dice,

«de quien conocida por nadie, de quien el prodigioso pesar de una
desconocida

Venus se ha adueñado? Si los dioses me querían salvar,

salvar me habían debido, si no, y perderme querían,

⁷³⁰ un mal natural al menos y de costumbre me hubiesen dado.

Y a la vaca no el de la vaca, y a las yeguas el amor de las yeguas no
abrasa;

abrasa a las ovejas el carnero, sigue su hembra al ciervo;

así también se unen las aves, y, entre los seres vivos todos,

hembra arrebatada por el deseo de una hembra ninguna hay.

⁷³⁵ Quisiera que ninguna yo fuera. Para que no dejara Creta, aun así,

de criar todos los portentos, a un toro amó la hija del Sol,
hembra desde luego a un macho: es más furioso que aquel,
si la verdad profeso, el amor mío; aun así, ella seguía
una esperanza de esa Venus; aun así ella, con engaños y la imagen de
una vaca,

⁷⁴⁰ sintió al toro, y había, al que se engañara, un adúltero.

Aquí, aunque de todo el orbe la destreza confluyera,
aunque el mismo Dédalo revolara con sus enceradas alas,
¿qué había de hacer? ¿Acaso a mí muchacho, de doncella, con sus
doctas

artes me volviera? ¿Acaso a ti te mutaría, lante?

⁷⁴⁵ Por qué no afirmas tu ánimo y tú misma te recompones, Ifis,
y carentes de consejo y estúpidos rechazas unos fuegos.

Qué hayas nacido, ve, si no es que a ti misma también te engañas,
y busca lo que lícito es y ama lo que mujer debes.

La esperanza es quien lo capta, la esperanza es quien alimenta al amor:

⁷⁵⁰ de ella a ti la realidad te priva: no te aparta una custodia del
querido

abrazo, ni de un cauto marido el cuidado,
no de un padre la aspereza, no al tú rogarla ella misma a sí se niega,
y no, aun así, has de poseerla tú, y no, aunque todo ocurriera,
puedes ser feliz, aunque dioses y hombres se afanen.

⁷⁵⁵ Ahora incluso, de mis votos, ninguna parte hay vana
y los dioses a mí propicios cuanto pudieron me han dado.

Lo que yo quiere mi padre, quiere ella misma, y mi suegro futuro;
mas no quiere la naturaleza, más potente que todo esto,

la que sola a mí me hace mal. He aquí que llega un deseable tiempo

⁷⁶⁰ y la luz conyugal se acerca, y ya mía se hará lante...

Y no me alcanzará: tendremos sed en medio de las ondas.

¿Por qué, Prónuba Juno, por qué, Himeneo, venís

a estos sacrificios, en los que quien nos lleve falta, donde somos novias
ambas?»

Calló tras esto su voz. Y no más lene la otra virgen

⁷⁶⁵ se abrasa, y que rápido llegues, Himeneo, suplica.

Lo que pide, a ello temiendo Teletusa, ya difiere los tiempos,

ahora con fingida postración la demora alarga, augurios muchas veces

y visiones pretexta; pero ya había consumido toda

materia de mentira y, dilatados, los tiempos de la antorcha

⁷⁷⁰ apremiaban, y un solo día restaba: mas ella

la venda del pelo a su hija y a sí misma de la cabeza

detrae y sueltos, al ara abrazada, los cabellos:

«Isis, el paretonio y los mareóticos campos y Faros,

tú, que honras, y distribuidos en siete cuernos el Nilo,

⁷⁷⁵ presta, te suplico», dice, «tu ayuda y remedia nuestro temor.

A ti, diosa, a ti misma hace tiempo, y tuyas estas enseñas, vi,

y todo lo he reconocido, el sonido y el séquito de bronce...

De los sistros y en mi memorativo corazón tus mandatos inscribí.

El que ella vea esta luz, el que yo no sufra castigo, he aquí

⁷⁸⁰ que consejo y regalo tuyo es. Compadécete de las dos,

y con tu auxilio nos ayuda.» Lágrimas siguieron a esas palabras.

Pareció la diosa que movió —y había movido— sus aras,
y del templo temblaron las puertas, y que remedan a la luna,
fulgieron sus cuernos, y crepitó el sonable sistro.

⁷⁸⁵ No tranquila, ciertamente, pero del fausto augurio contenta,
la madre sale del templo; la sigue su acompañante, Ifis, al ella marchar,
de lo acostumbrado con paso más grande, y no su albor en su rostro
permanece, y sus fuerzas se acrecen, y más acre su mismo
rostro es, y más breve la medida de sus no acicalados cabellos,

⁷⁹⁰ y más vigor le asiste que tuvo de mujer. Pues la que
mujer poco antes eras, un muchacho eres. Dad ofrendas a los templos,
y no con tímida confianza alegraos. Dan ofrendas a los templos,
añaden también un título; el título una breve canción tenía:

«ESTOS · DONES · DE · MUCHACHO · CUMPLIÓ · QUE · DE · MUJER ·
VOTÓ · IFIS»

⁷⁹⁵ La posterior luz con sus rayos había revelado el ancho orbe,
cuando Venus y Juno e Himeneo a los sociales fuegos
concurren, y posee, de muchacho, Ifis a su lante.

Libro décimo

Orfeo y Eurídice

De ahí por el inmenso éter, velado de su atuendo
de azafrán, se aleja, y a las orillas de los cícones Himeneo
tiende, y no en vano por la voz de Orfeo es invocado.

Asistió él, ciertamente, pero ni solemnes palabras,

⁵ ni alegre rostro, ni feliz aportó su augurio;

la antorcha también, que sostenía, hasta ella era estridente de lacrimoso
humo,

y no halló en sus movimientos fuegos ningunos.

El resultado, más grave que su auspicio. Pues por las hierbas, mientras
la nueva novia, cortejada por la multitud de las náyades, deambula,

¹⁰ muere al recibir en el tobillo el diente de una serpiente.

A la cual, a las altísimas auras después que el rodepeio bastante hubo
llorado,

el vate, para no dejar de intentar también las sombras,

a la Estige osó descender por la puerta del Ténaro,

y a través de los leves pueblos y de los espectros que cumplieran con el
sepulcro,

¹⁵ a Perséfone acude y al que los inamenos reinos posee,

de las sombras el señor, y pulsados al son de sus cantos los nervios,

así dice: «Oh divinidades del mundo puesto bajo el cosmos,

al que volvemos a caer cuanto mortal somos creados,

si me es lícito, y, dejando los rodeos de una falsa boca,

²⁰ la verdad decir dejáis, no aquí para ver los opacos
Tártaros he descendido, ni para encadenar las triples
gargantas, vellosas de culebras, del monstruo de Medusa.
Causa de mi camino es mi esposa, en la cual, pisada,
su veneno derramó una víbora y le arrebató sus crecientes años.

²⁵ Poder soportarlo quise y no negaré que lo he intentado:
me venció Amor. En la altísima orilla el dios este bien conocido es.
Si lo es también aquí lo dudo, pero también aquí, aun así, auguro que lo
es

y si no es mentida la fama de tu antiguo rapto,
a vosotros también os unió Amor. Por estos lugares yo, llenos de temor,

³⁰ por el Caos este ingente y los silencios del vasto reino,
os imploro, de Eurídice detened sus apresurados hados.

Todas las cosas os somos debidas, y un poco de tiempo demorados,
más tarde o más pronto a la sede nos apresuramos única.

Aquí nos encaminamos todos, esta es la casa última y vosotros

³⁵ los más largos reinados poseéis del género humano.

Ella también, cuando sus justos años, madura, haya pasado,
de la potestad vuestra será: por regalo os demando su disfrute.

Y si los hados niegan la venia por mi esposa, decidido he
que no querré volver tampoco yo. De la muerte de los dos gozaos.»

⁴⁰ Al que tal decía y sus nervios al son de sus palabras movía,
exangües le lloraban las ánimas; y Tántalo no siguió buscando
la onda rehuida, y atónita quedó la rueda de Ixión,

ni desgarraron el hígado las aves, y de sus arcas libraron
las Bélides, y en tu roca, Sísifo, tú te sentaste.

⁴⁵ Entonces por primera vez con sus lágrimas, vencidas por esa
canción, fama es

que se humedecieron las mejillas de las Euménides, y tampoco la regia
esposa

puede sostener, ni el que gobierna las profundidades, decir que no a
esos ruegos,

y a Eurídice llaman: de las sombras recientes estaba ella
en medio, y avanzó con un paso de la herida tardo.

⁵⁰ A ella, junto con la condición, la recibe el rodopeio héroe,
de que no gire atrás sus ojos hasta que los valles haya dejado
del Averno, o defraudados sus dones han de ser.

Se coge cuesta arriba por los mudos silencios un sendero,
arduo, oscuro, de bruma opaca denso,

⁵⁵ y no mucho distaban de la margen de la suprema tierra.

Aquí, que no abandonara ella temiendo y ávido de verla,
giró el amante sus ojos, y en seguida ella se volvió a bajar de nuevo,
y ella, sus brazos tendiendo y por ser sostenida y sostenerse
contendiendo,

nada, sino las que cedían, la infeliz agarró auras.

⁶⁰ Y ya por segunda vez muriendo no hubo, de su esposo,
de qué quejarse, pues de qué se quejara, sino de haber sido amada,
y su supremo adiós, cual ya apenas con sus oídos él
alcanzara, le dijo, y se rodó de nuevo adonde mismo.

No de otro modo quedó suspendido por la geminada muerte de su
esposa Orfeo

⁶⁵ que el que temeroso de ellos, el de en medio portando las cadenas,
los tres cuellos vio del perro, al cual no antes le abandonó su espanto
que su naturaleza anterior, al brotarle roca a través de su cuerpo;
y el que hacia sí atrajo el crimen y quiso parecer,
Óleno, que era culpable; y tú, oh confiada en tu figura,

⁷⁰ infeliz Letea, las tuyas, corazones unidísimos
en otro tiempo, ahora piedras a las que húmedo sostiene el Ida.
Implorante, y en vano otra vez atravesar queriendo,
el barquero le vetó: siete días, aun así él,
sucio en esa ribera, de Ceres sin la ofrenda estuvo sentado.

⁷⁵ El pesar y el dolor del ánimo y lágrimas sus alimentos fueron.
De que eran los dioses del Érebo crueles habiéndose lamentado, hacia el
alto

Ródope se recogió y, golpeado de los aquilones, al Hemo.

Al año, concluido por los marinos Peces, el tercer

Titán le había dado fin, y rehuía Orfeo de toda

⁸⁰ Venus femenina, ya sea porque mal le había parado a él,
o fuera porque su palabra había dado; de muchas, aun así, el ardor
se había apoderado de unirse al vate: muchas se dolían de su rechazo.

Él también, para los pueblos de los tracios, fue el autor de transferir
el amor hacia los tiernos varones, y más acá de la juventud

⁸⁵ de su edad, la breve primavera cortar y sus primeras flores.

Catálogo de árboles; Cipariso

Una colina había, y sobre la colina, llanísima, una era

de campo, a la que verde hacían de grama sus hierbas.

De sombra el lugar carecía; parte en la cual, después que se sentara,
el vate nacido de los dioses, y de que sus hilos sonantes puso en
movimiento,

⁹⁰ sombra al lugar llegó: no faltó de Caón el árbol,
no bosque de las Helíades, no de frondas altas la encina,
ni tilos mullidos, ni haya e innúbil láurea,
y avellanos frágiles y fresno útil para las astas,
y sin nudo el abeto, y curvada de bellotas la encina

⁹⁵ y el plátano natalicio, y el arce de colores desigual,
y, los que honráis las corrientes, juntos los sauces y el acuático loto,
y perpetuamente vigoroso el boj y los tenues tamariscos,
y bicolor el mirto, y de sus bayas azul la higuera.

Vosotras también, de flexible pie las hiedras, vinisteis y, a una,

¹⁰⁰ las pampíneas vides, y vestidos de esa vid los olmos,
y los fresnos y las píceas, y de su fruto rojeciente cargado
el madroño, y dúctiles, del vencedor los premios, las palmas,
y recogido su pelo y de erizada coronilla el pino,
grato de los dioses a la madre, si realmente el Cibeleo Atis

¹⁰⁵ se despojó en ella de su ser humano y de endurecerse hubo en aquel
tronco.

Asistió a esta multitud, a las metas imitando, el ciprés,
ahora árbol, muchacho antes, del dios aquel amado
que la cítara a los nervios, a los nervios temple el arco.

Pues sagrado para las ninfas que poseen de la Cartea los campos,

110 un ingente ciervo había, y con sus cuernos, ampliamente
manifiestos,

él a su propia cabeza altas se ofrecía sus sombras;

sus cuernos fulgían de oro, y bajando a sus espaldillas,

colgaban enjorjados collares en su torneado cuello;

una borla sobre su frente, argentina, con pequeñas cinchas

115 atada se le movía, y de pareja edad, brillaban

desde sus gemelas orejas alrededor de sus cóncavas sienes, unas perlas.

Y él, de miedo libre y depuesto su natural

temor, frecuentar las casas y ofrecer para acariciar su cuello,

a cualesquiera desconocidas manos, acostumbraba.

120 Pero, aun así, antes que a otros, oh el más bello de las gentes de
Ceos,

grato te era, Cipariso, a ti. Tú hasta los pastos nuevos

a ese ciervo, tú lo llevabas del líquido manantial hasta su onda,

tú ora le tejías variegadas por sus cuernos unas flores,

ahora, cual su jinete, en su espalda sentado para acá y para allá
contento

125 blanda moderabas su boca con purpurinos cabestros.

El calor era, y mediado el día, y del vapor del sol,

cóncavos hervían los brazos del ribereño Cáncer.

Fatigado, en la herbosa tierra depositó su cuerpo

el ciervo, y de la arboleada sombra se llevaba el frío.

130 A él el muchacho, imprudente, Cipariso, le clavó una jabalina

aguda, y cuando lo vio a él muriendo de la salvaje herida

decidió que él quería morir. Qué consuelos no le dijo Febo

y cuánto le advirtió que ligeramente y con relación a su motivo
se doliera. Gime él, aun así, y de presente supremo
135 esto pide de los altísimos, que luto él sintiera en todo tiempo.

Y ya agotada su sangre por los inmensos llantos
hacia un verde color empezaron a tornarse sus miembros
y los que ahora poco de su nivea frente colgaban, sus cabellos,
a volverse una erizada melena y, asumida una rigidez,
140 a contemplar, estrellado, con su grácil copa el cielo.

Gimió hondo y triste el dios: «Luto serás para nos,
y luto serán para ti otros, y asistirás a los dolientes», dice.

Tal bosque el poeta se había atraído y en el concilio
de las fieras, central él de su multitud y de los pájaros, estaba sentado;
145 cuando bastante hubo templado pulsadas con su pulgar las cuerdas
y sintió que variados, aunque diversos sonaran,
concordaban sus ritmos, con esta canción acompasó su voz:

Canción de Orfeo: proemio

«Desde Júpiter, oh Musa madre —ceden todas las cosas al gobierno de
Júpiter—,

entona los cantos nuestros. De Júpiter muchas veces su poderío

150 he dicho antes: canté con plectro más grave a los Gigantes
y esparcidos por los campos de Flegra sus vencedores rayos.

Ahora menester es de una más liviana lira, a los muchachos cantemos
amados de los altísimos, y a las niñas que atónitas
por no concedidos fuegos, merecieron por su deseo un castigo.

Ganimedes

¹⁵⁵ El rey de los altísimos, un día, del frigio Ganimedes en el amor
ardió, y hallado fue algo que Júpiter ser prefiriera,
antes que lo que él era. En ninguna ave, aun así, convertirse
se digna, sino la que pudiera soportar sus rayos.

Y no hay demora, batido con sus mendaces alas el aire,

¹⁶⁰ robó al Ilíada, el cual ahora también copas le mezcla,
y, de Juno a pesar, a Júpiter el néctar administra.

Jacinto

«A ti también, Amiclida, te hubiese puesto en el éter Febo,
triste, si espacio para ponerte tus hados te hubiesen dado;

lo que se puede, eterno aun así eres, y cuantas veces rechaza

¹⁶⁵ la primavera el invierno, y al Pez acuoso el Carnero sucede,
tú tantas veces naces, y verdes en el césped las flores.

A ti el genitor mío ante todos te amó y, del mundo

en su centro, abandonada careció de su soberano Delfos,

mientras tal dios el Eurotas y no fortificada frecuente

¹⁷⁰ a Esparta. Y ni las cítaras, ni están en su honor las saetas:

olvidado él aun de sí mismo, no las redes llevar rehúsa,

no haber sujetado a los perros, no por las crestas del monte inicuo

ir de comitiva y, con tal larga costumbre, alimenta él sus llamas.

Y ya casi central el Titán, de la sucesiva y de la pasada

¹⁷⁵ noche, estaba, y en espacio parejo distaba de ambos puntos.

Sus cuerpos de ropa aligeran y con el jugo del pingüe olivo

resplandecen y del ancho disco inician las competiciones,

el cual, primero balanceado, Febo lo envía a las aéreas auras
y desgarró con su peso, a él opuestas, las nubes.

180 Recayó sólida tras largo tiempo en la tierra
su peso, y había exhibido él su arte, unido con sus fuerzas.
En seguida, imprudente, y movido por la pasión del juego,
a coger el Tenárida su círculo se apresuraba, mas a él,
dura, devuelto el golpe de su herida, lo lanzó la tierra

185 contra el rostro, Jacinto, tuyo. Palideció, e igualmente
que el muchacho el mismo dios, y colapsados recogió tus miembros,
y ya te reanima, ya tristes tus heridas seca,
ahora tu aliento, que huye, sostiene aplicándole sus hierbas.
Nada aprovechan su artes; era inmedicable herida.

190 Como si alguien sus violas o la rígida adormidera en un huerto
y los lirios quebrara, de sus rubias lenguas erizados,
que marchitas bajaran súbitamente su cabeza ajada ellas,
y no se sostuvieran y miraran con su cúspide la tierra;
así su rostro muriendo yace y traicionando su vigor
195 su mismo cuello para él un peso es, y sobre su hombro se recuesta.

«Te derrumbas, Ebálida, en tu primera juventud defraudado»,
Febo dice, «y veo yo —mis culpas— la herida tuya.»

Tú eres mi dolor y el crimen mío; mi diestra en tu muerte
ha de ser inscrita. Yo soy de tu funeral el autor.

200 Cuál mi culpa, aun así, salvo si al haber jugado llamársele
culpa puede, salvo si culpa puede, también a haberte amado, llamarse.

Y ojalá contigo morir y por ti mi vida rendir posible
fuera. De lo cual, puesto que por una fatal condición se nos retiene,
siempre estarás conmigo y, memorativa, prendido estarás en mi boca.

²⁰⁵ Tú de mi lira, tocada por mi mano, tú de las canciones nuestras
serás el sonido

y, flor nueva, en tu escrito imitarás los gemidos nuestros.

Y el tiempo aquél llegará en que a sí mismo un valerosísimo héroe
se añade a esta flor, y en su misma hoja se lea.»

Tales cosas, mientras las menciona la verdadera boca de Apolo,

²¹⁰ he aquí que el crúor que derramada por el suelo había señalado las
hierbas,

deja de ser crúor, y más nítida que de Tiro la ostra,

una flor surge y la forma toma de los lirios, si no

purpurino el color suyo, mas argentino, en ellos.

No bastante es tal para Febo —pues él había sido el autor de tal honor
—:

²¹⁵ él mismo sus gemidos en las hojas inscribe y «*ai ai*»

la flor tiene inscrito, y esa funesta letra trazada fue.

Y no de haberle engendrado se avergüenza Esparta, a Jacinto, y su
honor

perdura hasta esta generación, y, para celebrarse al uso de los antiguos,

anuales vuelven las Jacintias, con su antepuesta procesión.

Las Propétides y los Cerastas

²²⁰ «Mas si acaso preguntaras, fecunda en metales, a Amatunta,

si haber engendrado quisiera a las Propétides, con un gesto lo negará,

igualmente que a aquellos cuya frente áspera en otro tiempo por su
geminado

cuerno era, de donde además su nombre tomaron, los Cerastas.

Ante las puertas de éstos estaba el altar de Júpiter Huésped.

²²⁵ †De un no luctuoso crimen† el cual altar, si algún recién llegado teñido

hubiese visto de sangre, inmolados creería haberse allí

a unos terneros lechales, y de Amatunte sus ovejas bidentes.

Un huésped había sido asesinado. Ofendida por esos sacrificios nefandos,

sus propias ciudades y de Ofiusa los campos se disponía

²³⁰ a dejar desiertos la nutricia Venus. «Pero ¿qué estos lugares a mí gratos,

qué han pecado las ciudades mías? ¿Qué delito», dijo, «en ellas?

Con el exilio su condena mejor su gente impía pague

o con la muerte o si algo medio hay entre la muerte y la huida.

Y ello ¿qué puede ser, sino el castigo de su tornada figura?»

²³⁵ Mientras duda en qué mutarlos a sus cuernos giró

su rostro y acordada fue de que tales se les podían a ellos dejar,

y, grandes sus miembros, los transforma en torvos novillos.

«Atrevido se habían, aun así, las obscenas Propétides a negar

que Venus fuera diosa; merced a lo cual, por la ira de su divinidad,

²⁴⁰ sus cuerpos, junto con su hermosura, cuentan que ellas las primeras fueron en hacer públicos,

y cuando su pudor cedió y la sangre de su rostro se endureció,

en rígida piedra, con poca distinción, se las convirtió.

Pigmalión

«A las cuales, porque Pigmalión las había visto pasando su vida a través

de esa culpa, ofendido por los vicios que numerosos a la mente

²⁴⁵ femínea la naturaleza dio, célibe de esposa

vivía y de una consorte de su lecho por largo tiempo carecía.

Entre tanto, níveo, con arte felizmente milagroso,

esculpió un marfil, y una forma le dio con la que ninguna mujer

nacer puede, y de su obra concibió él amor.

²⁵⁰ De una virgen verdadera es su faz, a la que vivir creerías,

y si no lo impidiera el respeto, que quería moverse:

el arte hasta tal punto escondido queda en el arte suyo. Admira y apura

en su pecho Pigmalión del simulado cuerpo unos fuegos.

Muchas veces las manos a su obra allega, tanteando ellas si sea

²⁵⁵ cuerpo o aquello marfil, y todavía que marfil es no confiesa.

Los labios le besa, y que se le devuelve cree y le habla y la sostiene

y está persuadido de que sus dedos se asientan en esos miembros por ellos tocados,

y tiene miedo de que, oprimidos, no le venga lividez a sus miembros,

y ora ternuras le dedica, ora, gratos a las niñas,

²⁶⁰ presentes le lleva a ella de conchas y torneadas piedrecillas

y pequeñas aves y flores mil de colores,

y lirios y pintadas pelotas y, de su árbol caídas,

lágrimas de las Helíades; orna también con vestidos su cuerpo:

da a sus dedos gemas, da largos colgantes a su cuello;

²⁶⁵ en su oreja ligeras perlas, cordoncillos de su pecho cuelgan:

todo decoroso es; ni desnuda menos hermosa parece.

La coloca a ella en unas sábanas de concha de Sidón teñidas,
y la llama compañera de su lecho, y su cuello,
reclinado, en plumas mullidas, como si de sentir las hubiera, recuesta.

²⁷⁰ «El festivo día de Venus, de toda Chipre el más celebrado,
había llegado, y recubiertos sus curvos cuernos de oro,
habían caído golpeadas en su nivea cerviz las novillas
y los inciensos humaban, cuando, tras cumplir él su ofrenda, ante las
aras

se detuvo y tímidamente: «Si, dioses, dar todo podéis,

²⁷⁵ que sea la esposa mía, deseo» —sin atreverse a «la virgen
de marfil» decir— Pigmalión, «semejante», dijo, «a la de marfil.»

Sintió, como que ella misma asistía, Venus áurea, a sus fiestas,
los votos aquellos qué querían, y, en augurio de su amiga divinidad,
la llama tres veces se acreció y su punta por los aires crujió.

²⁸⁰ Cuando volvió, los remedos busca él de su niña

y echándose en su diván le besó los labios: que estaba templada le
pareció;

le allega la boca de nuevo, con sus manos también los pechos le toca.

Tocado se ablanda el marfil y depuesto su rigor

en él se asientan sus dedos y cede, como la del Himeto al sol,

²⁸⁵ se reblandece la cera y manejada con el pulgar se torna

en muchas figuras y por su propio uso se hace usable.

Mientras está suspendido y en duda se alegra y engañarse teme,

de nuevo su amante y de nuevo con la mano, sus votos vuelve a tocar;

un cuerpo era: laten tentadas con el pulgar las venas.

290 Entonces en verdad el Pafio, plenísimas, concibió el héroe
palabras con las que a Venus diera las gracias, y sobre esa boca
finalmente no falsa su boca puso y, por él dados, esos besos la virgen
sintió y enrojeció y su tímida luz hacia las luces
levantando, a la vez, con el cielo, vio a su amante.

295 A la boda, que ella había hecho, asiste la diosa, y ya cerrados
los cuernos lunares en su pleno círculo nueve veces,
ella a Pafos dio a luz, de la cual tiene la isla el nombre.

Mirra

«Nacido de ella aquel fue, quien, si sin descendencia hubiese sido,
entre los felices Cíniras se podría haber contado.

300 Siniestras cosas he de cantar: lejos de aquí, hijas, lejos estad,
padres,

o si mis canciones las mentes vuestras han de seducir,
fálteme en esta parte vuestra fe y no deis crédito al hecho,
o si lo creéis, del tal hecho también creed el castigo.

Si, aun así, admisible permite esto la naturaleza que parezca,

305 a los pueblos ismarios y a nuestro mundo felicito,
felicito a esta tierra porque dista de las regiones esas
que tan gran abominación han engendrado: sea rica en amomo
y cinamomo, y el costo suyo, y sudados de su leño
inciensos críe y flores otras la tierra de Panquea,

310 mientras que críe también la mirra: de tal precio no era digno el
nuevo árbol.

El mismo Cupido niega que te hayan dañado a ti sus armas,

Mirra, y las antorchas tuyas del delito ese defiende:
con el tronco estigio a ti, y con sus hinchidas víboras, hacia ti sopló
de las tres una hermana. Crimen es odiar a un padre;
315 este amor es, que el odio, mayor crimen. De todas partes
selectos te desean los aristócratas y desde todo el Oriente la juventud
de tu tálamo a la contienda asiste. De entre todos un hombre
elige, Mirra, solo, mientras no esté entre todos este uno.
Ella ciertamente lo siente, y lucha contra su repugnante amor
320 y para sí: «¿A dónde en mi mente me lanzo? ¿Qué preparo?», dice.
«Dioses, yo os suplico, y Piedad, y sagradas leyes de los padres,
esta abominación prohibid y oponed al crimen nuestro,
si aun así esto crimen es. Pero es que a condenar esta Venus
la piedad se niega, y se unen los animales otros
325 sin ningún delito, ni se tiene por indecente para la novilla
el llevar a su padre en su espalda; se hace la hija del caballo su esposa,
y en las que engendró entra, en esos ganados, el cabrío, y por la
simiente
que concebida fue, de la misma concibe, la pájara.
Felices a los que tal lícito es. El humano cuidado
330 ha dado unas malignas leyes, y lo que la naturaleza permite,
envidiosas, sus leyes lo niegan. Pueblos, aun así, que hay se cuenta
en los cuales al nacido la madre, como la nacida al padre,
se une y la piedad con ese geminado amor se acrece.
Desgraciada de mí que nacer no me alcanzó allí

335 y por la fortuna del lugar herida quedo. ¿Por qué a esto regreso?

Esperanzas prohibidas, ¡apartaos! Digno de ser amado

él, pero como padre, es. Así pues, si hija del gran

Cíniras no fuese, con Cíniras yacer podría;

ahora, porque ya mío es, no es mío, y para mi daño es

340 mi proximidad; ajena más poderosa sería.

Irme quiero lejos de aquí, y de la patria abandonar las fronteras,

mientras del crimen así huya. Retiene este mal ardor a la enamorada,

para que presente contemple a Cíniras, y a él le toque y hable,

y mis labios le acerque si nada se concede más allá.

345 ¿Pero más allá esperar algo puedes, impía virgen?

¿Es que cuántas leyes y nombres confundirías acaso sientes?

¿No serás de tu madre la rival y la adúltera de tu padre?

¿Tú no la hermana de tu nacido y la madre te llamarás de tu hermano?

¿Y no temerás, crinadas de negra serpiente, a las hermanas,

350 a las que con antorchas salvajes, sus ojos y sus rostros buscando,

los dañosos corazones ven? Mas tú, mientras en tu cuerpo no has

sufrido esa abominación, en tu ánimo no la concibe, o, con un concúbito

vedado, de la poderosa naturaleza no mancilles la ley.

Que él quiere supón: la realidad misma lo veta. Piadoso él y consciente es

355 de las normas... y oh, quisiera que similar delirio hubiera en él.»

«Había dicho, mas Cíniras, al que la digna abundancia de pretendientes

qué debe hacer hace dudar, interroga a ella misma,

dichos sus nombres, de cuál marido quiere ser.

Ella guarda silencio al principio, y de su padre en el rostro prendida

³⁶⁰ arde, y de un tibio rocío inunda sus luces.

El de una doncella Cíniras creyendo que tal era el temor,

llorar le veta, y le seca las mejillas, y besos de su boca le une.

Mirra de ellos dados demasiado se goza y consultada cuál

desea tener, por marido: «Semejante a ti», dijo, mas él

³⁶⁵ esas palabras no entendidas alaba y: «Sé

tan piadosa siempre», dice. De la piedad el nombre dicho

bajó ella el rostro, de su crimen para sí misma cómplice la doncella.

«De la noche era la mitad, y las angustias y cuerpos el sueño

había liberado; mas a la doncella Cinireide, insomne, ese fuego

³⁷⁰ la desgarró, indómito, y sus delirantes votos retoma,

y ora desespera, ora quiere probarlo, y se avergüenza

y lo desea, y qué hacer no halla, y como de una segur

herido un tronco ingente, cuando el golpe supremo resta

con el que caiga, en duda está y por parte toda se teme,

³⁷⁵ así su ánimo por esa varia herida debilitado titubea,

aquí y allá, liviano, e impulso toma hacia ambos lados,

y no mesura y descanso, sino la muerte, encuentra de ese amor:

la muerte place. Se levanta, y con un lazo anudar su garganta

determina, y su cinturón, de lo más elevado de una jamba atando:

³⁸⁰ «Querido Cíniras, adiós, y el motivo de mi muerte entiende»,

dijo, y estaba ajustando a su palideciente cuello las ligaduras.

«Los murmullos de esas palabras de la nodriza a los fieles oídos
que llegaron cuentan, que el umbral guardaba de su ahijada.
Se levanta la anciana y desatranca las puertas, y de la muerte dispuesta
385 los instrumentos viendo, en un mismo espacio grita,
y a sí se hiere, y se desgarran los senos, y arrancadas de su cuello
sus ligaduras destroza. Entonces finalmente de llorar tuvo ocasión,
de darle abrazos, y del lazo inquirir la causa.
Muda guarda silencio la doncella y la tierra inmóvil mira
390 y, sorprendidos sus intentos, se duele de su demorada muerte.
La apremia la anciana y las canas suyas desnudando y sus vacíos
pechos, por sus cunas y alimentos primeros le suplica
que a ella le confíe de cuanto se duele: ella, dando la espalda
a quien tal preguntaba, gime; decidida está a averiguarlo la nodriza
395 y no compromete su sola palabra. «Dime», le dice, «y ayuda
déjame que te preste; no es perezosa la vejez mía:
o si delirio es, tengo lo que con un encantamiento te sanará y con
hierbas;
o si alguno te ha hecho daño, se te purificará con un mágico rito;
ira de los dioses si ello es, con sacrificios aplacable es esa ira.
400 ¿Qué calcule más allá? Ciertamente tu fortuna y tu casa
a salvo y en su curso está: viven tu madre y tu padre.»
Mirra, su padre al oír, suspiros sacó de lo hondo
de su pecho, y la nodriza, como todavía no concibe en su mente
ninguna abominación, sí presente, aun así, algún amor,

⁴⁰⁵ y en su propósito tenaz, cualquier cosa que ello sea le ruega que a ella

revele y en su regazo de anciana, llorando ella, la levanta

y así rodeando con sus débiles brazos su cuerpo:

«Lo sentimos», dice: «estás enamorada. También en esto, deja tu temor, mi diligencia te será útil y no notará nunca

⁴¹⁰ tal tu padre.» Saltó de su regazo furibunda y hundió

en su cama el rostro; al apremiarla: «Retírate o cesa», dijo,

«de preguntarme de qué sufro: un crimen es lo que por saber te afanas.»

Se horroriza la anciana y sus temblorosas manos, de los años y del miedo,

⁴¹⁵ le tiende y ante los pies suplicante se postra, de su ahijada,

y ya la enternece, ya, si no la hace cómplice,

la aterra y con la delación de su lazo y de la emprendida muerte

la amenaza, y su servicio le promete para ese amor, siéndole a ella confiado.

Saca ella su cabeza y de sus lágrimas llenó, brotadas,

⁴²⁰ el pecho de la nodriza, e intentando muchas veces confesar,

muchas veces contiene su voz, y su pudoroso rostro con sus vestidos

tapó y: Oh», dijo, «madre, feliz de tu esposo.»

Hasta aquí, y sollozaba. Helado, en los miembros de la nodriza

y en sus huesos, pues lo sintió, penetra un temblor y blanca en toda

⁴²⁵ su cabeza su canicie se irguió, rígidos sus cabellos

y muchas cosas para que expulsara sus siniestros —si pudiera— amores añadió. Mas la doncella sabe que no falsas cosas le aconseja:

decidida a morir aun así está si no posee su amor.

«Vive», le dice ella, «poseerás a tu» y no osando decir

⁴³⁰ padre calló, y sus promesas con una divinidad confirma.

«Las fiestas de la piadosa Ceres, anuales, celebraban las madres,

aquéllas, en que con nívea veste velando sus cuerpos,

las primicias dan de sus cosechas, de espiga en guirnaldas,

y por nueve noches la Venus y los contactos masculinos

⁴³⁵ entre las cosas vedadas se numeran. En la multitud esa Cencreide,

del rey la esposa, se halla y los arcanos sacrificios frecuenta.

Así pues, de su legítima esposa mientras vacío está su lecho,

al encontrarse ella muy cargado de vino a Cíniras, mal diligente la nodriza,

con un nombre mentido, verdaderos le expone unos amores

⁴⁴⁰ y su faz alaba; al preguntársele de la doncella los años:

«Pareja», dice, «es a Mirra.» A la cual, después que conducirla a su presencia

se le ordenó y cuando volvió al palacio: «Alégrate», dijo, «mi ahijada:

hemos vencido.» Infeliz, no en todo su pecho siente

alegría la doncella, y su présago pecho está afligido,

⁴⁴⁵ pero aun así también se alegra: tan grande es la discordia de su mente.

«El tiempo era en el que todas las cosas callan, y entre los Triones

había girado, oblicuo el timón, su carro el Boyero.

Hacia la fechoría suya llega ella. Huye áurea del cielo

la luna, cubren negras a unas guarecidas estrellas las nubes.

⁴⁵⁰ La noche carece de su fuego propio. Primero cubres tú, Ícaro, tu rostro,

y Erígone, por tu piadoso amor de tu padre consagrada.

Tres veces por la señal de su pie tropezado fue disuadida, tres veces su omen

un fúnebre búho con su letal canto hizo.

Va ella, aun así, y las tinieblas minoran y la noche negra su pudor,

⁴⁵⁵ y de la nodriza la mano con la suya izquierda tiene, la otra con su movimiento

el ciego camino explora. Del tálamo ya los umbrales toca,

y ya las puertas abre, ya se mete dentro, mas a ella,

al doblar las rodillas le temblaban las corvas y huyen

color y sangre y su ánimo la abandona al ella marchar.

⁴⁶⁰ Y cuanto más cerca de su propio crimen está, más se horroriza y de su osadía

le pesa y quisiera, no conocida, poder retornar.

A ella que dudaba, la de la larga edad de la mano la hace bajar y acercada

al alto lecho, cuando la entregaba: «Recíbela», dijo,

ésta tuya es, Cíniras» y unió su malditos cuerpos.

⁴⁶⁵ «Recibe en el obsceno lecho su padre a sus entrañas

y de doncella sus miedos alivia y la anima en su temor.

Quizás, el de su edad, también con el nombre de hija la llamó,

lo llamó también ella padre, para que al crimen sus nombres no faltaran.

Llena de su padre de sus tálamos se retira e impías en su siniestro

⁴⁷⁰ vientre lleva sus semillas y sus concebidas culpas porta.

La posterior noche la fechoría duplica y un fin en ella no hay,
cuando finalmente Cíniras, ávido de conocer a su amante
después de tantos concúbitos, acercándole una luz vio
su crimen y a su nacida, y retenidas por el dolor las palabras
475 de su vaina suspendida arranca su nítida espada.

Mirra huye, y con las tinieblas y por regalo de la ciega noche
robada le fue a la muerte y, tras vagar por los anchos campos,
los palmíferos árabes y de Panquea los sembrados atrás deja
y durante nueve cuernos anduvo errante de la reiterada luna,
480 cuando finalmente descansó agotada en la tierra Saba,
y apenas de su útero portaba la carga. Entonces, ignorante ella de su
voto

y de la muerte entre los miedos y los hastíos de su vida,
entrelazó tales plegarias: «Oh divinidades si algunas
os ofrecéis a los confesos, he merecido y triste no rehúso
485 mi suplicio, pero para que yo no ofenda sobreviviente a los vivos
y a los extinguidos muerta, de ambos reinos expulsadme
y a mí, mutada, la vida y la muerte negadme.»

Divinidad para los confesos alguna se ofrece: sus últimos votos,
ciertamente, sus dioses tuvieron, pues sobre las piernas de la que
hablaba

490 tierra sobrevino y oblicua a través de sus uñas por ella rotas
se extiende una raíz, de su largo tronco los firmamentos,
y sus huesos robustez toman, y en medio quedando la médula,
la sangre se vuelve en jugos, en grandes ramas los brazos,

en pequeñas los dedos, se endurece en corteza la piel.

⁴⁹⁵ Y ya su grávido útero en creciendo le había constreñido el árbol,
y su pecho había enterrado, y su cuello a cubrirle se disponía:

no soportó ella esa demora y yendo contraria al leño
bajo él se asentó y sumergió en su corteza su rostro.

La cual, aunque perdió con su cuerpo sus viejos sentidos,

⁵⁰⁰ llora aun así, y tibias manan del árbol gotas.

Tienen su honor también las lágrimas y destilada de su corteza la mirra
el nombre de su dueña mantiene y en ninguna edad de ella se callará.

Venus y Adonis (I)

«Mas, mal concebido, bajo su robustez había crecido ese bebé
y buscaba la vía por la que, a su madre abandonando,

⁵⁰⁵ pudiera salir él. En la mitad del árbol grávido se hincha su vientre.

Tensa su carga a la madre, y no tienen sus palabras esos dolores,
ni a Lucina puede de la parturienta la voz invocar.

A una que pujara, aun así, se asemeja y curvado incesantes
da gemidos el árbol y de lágrimas que le van cayendo mojado está.

⁵¹⁰ Se detiene junto a sus ramas, dolientes, la compasiva Lucina
y le acercó sus manos y las palabras puérperas le dijo:

el árbol hace unas grietas y, hendida su corteza, viva

restituye su carga y sus vagidos da el niño. Al cual, sobre las mullidas
hierbas

las náyades imponiéndolo, con lágrimas lo ungieron de su madre.

⁵¹⁵ Podría alabar su belleza la Envidia incluso, pues cuales

los cuerpos de los desnudos Amores en un cuadro se pintan,
tal era, pero, para que no haga distinción su aderezo,
o a éste añádelas, leves, o a aquéllos quita las aljabas.

«Discurre ocultamente y engaña la volátil edad,

⁵²⁰ y nada hay que los años más veloz. Él, de su hermana nacido
y del abuelo suyo, que, escondido en un árbol ahora poco,
ahora poco había nacido, ora hermosísimo bebé,
ya joven, ya hombre, ya que sí más hermoso mismo es,
ya complace incluso a Venus, y de su madre venga los fuegos.

⁵²⁵ Pues, vestido de aljaba, mientras besa el niño la boca a su madre,
sin darse cuenta con una sobresaliente caña rasgó su pecho.

Herida, con la mano a su nacido la diosa rechaza: más profundamente
llegado

la herida había que su aspecto, y al principio a ella misma había
engañado.

Cautivada de tal hombre por la hermosura, ya no cura de las playas

⁵³⁰ de Citera, no, de su profundo mar ceñida, vuelve a Pafos,
y a la rica en peces Gnido, o a Amatunta, grávida de metales.

Se abstiene también del cielo: al cielo antepone a Adonis.

A él retiene, de él séquito es, y acostumbrando siempre en la sombra
a permitirse estar y su belleza a aumentar cultivándola,

⁵³⁵ por las cimas, por los bosques y espinosas rocas deambula,
con el vestido al límite de la rodilla, remangada al rito de Diana,
y anima a los perros, y animales de segura presa persigue:

o las liebres abalanzadas, o elevado hacia sus cuernos el ciervo,

o los gamos. De los valientes jabalíes se abstiene

⁵⁴⁰ y a los lobos robadores, y armados de uña a los osos
evita y saturados de su matanza de la manada a los leones.

A ti también que de ellos temas, si de algo servirte aconsejando
pueda, Adonis, te aconseja y: «Valiente con los que huyen sé»,
dice, «contra los audaces no es la audacia segura.

⁵⁴⁵ Cesa de ser, oh joven, temerario para el peligro mío,
y a las fieras a las que armas dio la naturaleza no hieras,
no me resulte a mí cara tu gloria. No conmueve la edad,
ni la hermosura, ni lo que a Venus ha movido, a los leones,
y a los cerdosos jabalíes y a los ojos y ánimos de las fieras.

⁵⁵⁰ Un rayo tienen en sus corvos dientes esos agrios cerdos,
su ímpetu tienen, rubios, y su vasta ira los leones

y odiosa me es esa raza.» Cuál el motivo, a quien lo preguntaba:

«Te lo diré», dice, «y de la monstruosidad te maravillarás de una
antigua culpa.

Pero este esfuerzo desacostumbrado ya me ha cansado, y he aquí que

⁵⁵⁵ con su sombra nos seduce oportuno este álamo

y nos presta un lecho el césped: me apetece en ella descansar contigo

—y descansa— en este suelo» y se echa en el césped, y en él

y en el seno del joven dejado su cuello, reclinado él,

así dice, y en medio intercala besos de sus palabras:

Hipómenes y Atalanta

⁵⁶⁰ «Quizás hayas oído de una mujer que en el certamen de la carrera

superó a los veloces hombres. No una habladuría el rumor
aquel fue, pues los superaba, y decir no podrías

si por la gloria de sus pies, o de su hermosura por el bien, más
destacada fuera.

Al interrogarle ella sobre su esposo, el dios: «De esposo», dijo,

⁵⁶⁵ «no has menester, Atalanta, tú. Huye del uso de un esposo.

Y aun así no le huirás y de ti misma, viva tú, carecerás.»

Aterrada por la ventura del dios, por los opacos bosques innúbil

vive y a la acuciante turba de sus pretendientes, violenta,

con una condición ahuyenta y: «Poseída no he de ser, salvo», dice,

⁵⁷⁰ «vencida primero en la carrera. Con los pies contended conmigo.

De premios al veloz esposa y tálamos se le darán;

la muerte el precio para los tardos. Tal la ley del certamen sea.»

Ella ciertamente dura, pero —tan grande el poder de la hermosura es—
acude a tal ley, temeraria, una multitud de pretendientes.

⁵⁷⁵ Se había sentado Hipómenes de la carrera inicua como espectador,

y: «¿Puede alguien buscar por medio de tantos peligros esposa?»,

había dicho, y excesivos había condenado de esos jóvenes sus amores,

cuando su faz, y dejado su velo, su cuerpo vio,

cual el mío, o cual el tuyo, si mujer te hicieras:

⁵⁸⁰ quedó suspendido y levantando las manos: «Perdonadme»,

dijo, «los que ora he recriminado. Todavía los premios conocidos,

que buscabais, no me eran.» En elogiándola concibe fuegos,

y que ninguno de los jóvenes corra más veloz desea

y con envidia teme: «¿Pero por qué del certamen este

585 no tentada la fortuna he de dejar?», dice.

«A los osados un dios mismo ayuda.» Mientras tal consigo mismo trata Hipómenes, con paso vuela alado la doncella.

La cual, aunque avanzar no menos que una saeta escita pareció al joven aonio, aun así él de su gracia

590 se admira más: incluso la carrera misma la agraciaba.

El aura echa atrás, arrebatados por sus rápidas plantas, sus talaes, y por sus espaldas de marfil se agita su pelo, y las rodilleras que sus corvas llevaban con su pintada orla

y en su candor de jovencita su cuerpo había producido

595 un rubor, no de otro modo que cuando sobre los atrios cándidos un velo de púrpura simuladas tiñe las sombras.

Mientras nota tal el huésped recorrida la última meta fue y es cubierta, vencedora Atalanta, de una festiva corona.

Un gemido dan los vencidos y pagan, según el pacto, sus condenas.

600 «No, aun así, por el destino de ellos aterrado, el joven se apostó en medio y su rostro en la doncella fijo:

«¿Por qué un fácil título buscas venciendo a unos inertes.

Conmigo compárate», dice, «o, si a mí la fortuna poderoso me ha de hacer, por alguien tan grande no serás indigna de ser vencida.

605 Pues el padre mío, Megáreo de Onquesto; de él es Neptuno el abuelo, bisnieto yo del rey de las aguas, ni mi virtud por detrás de mi linaje está. O si vencido soy, obtendrás, Hipómenes vencido, un grande y memorable nombre.»

Al que tal decía con tierno rostro la Esqueneide

⁶¹⁰ lo contempla y duda si ser superada o vencer prefiera,
y así: «¿Qué dios a éste, para los hermosos —dice— injusto,
perder quiere y con el riesgo le ordena de su amada vida
este matrimonio perseguir? No merezco, a juicio mío, tanto.

Y no su hermosura me conmueve —podía aun así de ella también
conmoverme—,

⁶¹⁵ sino el que todavía un niño es. No me conmueve de él sino su edad.

Qué el que tiene virtud y una mente impertérrita de la muerte.

Qué el que de su marino origen se compute el cuarto.

Qué el que está enamorado y en tanto estima la boda nuestra
que moriría si a mí la fortuna, a él dura, le negara.

⁶²⁰ Mientras puedes, huésped, vete y estos tálamos deja atrás cruentos.

Matrimonio cruel el mío es, contigo casarse ninguna no querrá
y ser deseado puedes por una inteligente niña.

Por qué, aun así, siento pesar por ti, cuando tantos ya antes han muerto.

Él verá. Que perezca puesto que con tanta muerte de pretendientes

⁶²⁵ advertido no fue y se deja llevar a los hastíos de la vida.

¿Caerá él, así pues, porque quiso vivir conmigo,

y el de una indigna muerte por precio sufrirá de su amor?

Inquina no nos ha de traer la victoria nuestra.

Pero culpa mía no es. Ojalá desistir quisieras,

⁶³⁰ o puesto que en tu juicio no estás, ojalá más veloz fueses.

Mas cuán virginal en su cara de niño su rostro es.

Ay, triste Hipómenes, no quisiera por ti vista haber sido.

De vivir digno eras, que si más feliz yo fuera

y a mí el matrimonio mis hados importunos no me negaran,

⁶³⁵ el único eras con quien asociar mi lecho querría.»

Había dicho y, como inexperta y por su primer deseo tocada,

de que lo está ignorante, está enamorada, y no lo siente amor.

«Ya las acostumbradas carreras demandan pueblo y padre,

cuando a mí, con angustiada voz, el descendiente de Neptuno

⁶⁴⁰ me invoca, Hipómenes, y: «Citerea, suplico, a las osadías asista
nuestras»,

dice, «y los que ella dio, ayude a esos fuegos.»

Bajó una brisa no envidiosa hasta mí esas súplicas tiernas.

Conmovida quedé, lo confieso, y una demora larga para el socorro no se
me daba.

Hay un campo, los nativos tamaseno por nombre le dan,

⁶⁴⁵ de la tierra chipriota la parte mejor, el cual a mí los ancianos

de antaño me consagraron y que a mis templos se sumara

dote tal ordenaron. En la mitad brilla un árbol de ese campo,

rubio de cabello, de rubio oro sus ramas crepitantes.

De allí volviendo yo al acaso, llevaba, en número de tres, arrancadas

⁶⁵⁰ de mi mano, unas frutas de oro, y sin que nadie ver me pudiera,
salvo él mismo,

a Hipómenes me acerqué y le instruí de qué su uso en ellas.

Sus señales las tubas habían dado, cuando de la barrera abalanzado
uno y otro

centellea y la suprema arena con rápido pie pizca:

poder los creerías a ellos, con seco paso, rasar el mar,
655 y de una mies cana, ella en pie, recorrer las aristas.
Le añaden ánimos al joven el clamor y el favor y las
palabras de quienes decían: Ahora, ahora de aligerar es el tiempo,
Hipómene, apresura, ahora de tus fuerzas usa todas.
Rechaza la demora: vencerás.» En duda si el héroe de Megareo
660 se alegre o la doncella más, la Esqueneia, de estas palabras.
Oh cuántas veces, cuando ya podía pasarlo, demoróse,
y contemplado mucho tiempo su rostro a su pesar lo dejó atrás.
Árido, de su fatigada boca le llegaba su anhélito,
y la meta estaba lejos. Entonces al fin de los tres uno,
665 de los retoños del árbol, envió el descendiente de Neptuno.
Quedó suspendida la doncella, y del nítido fruto por el deseo
declina su carrera y el oro voluble recoge.
La deja atrás Hipómenes: resuenan las gradas del aplauso.
Ella su demora con rápida carrera, y los cesados tiempos,
670 corrige, y de nuevo al joven tras sus espaldas deja.
Y de nuevo, con el lanzamiento de un fruto demorada, del segundo,
es alcanzada, y pasa ella al varón. La parte última de la carrera
restaba. «Ahora», dice, «acude, diosa, autora de este regalo.»
Y a un costado del campo, para que más tarde ella volviera,
675 lanza oblicuamente, nítido, juvenilmente, el oro.
Si lo buscaría la doncella pareció dudar, la obligué
a recogerla y añadí, por ella levantada, pesos a la manzana

y la impedí a la par por el peso de su carga y la demora,
y para que mi discurso que la propia carrera no sea más lento,
680 atrás dejada fue la doncella: se llevó sus premios el vencedor.
«¿Digna de que las gracias me diera, de que del incienso el honor
me llevara, Adonis, no fui? Ni las gracias, olvidado, me dio
ni inciensos a mí me puso. A una súbita ira me torno
y, dolida por el desprecio, de no ser despreciada por los venideros,
685 con un ejemplo me cuido y a mí misma yo me incito contra ambos.

Por unos templos que a la madre de los dioses en otro tiempo el claro
Equión

había hecho por exvoto, merced a unos nemorosos bosques escondidos,
atravesaban ellos, y el camino largo a descansar les persuadió.

Allí, el intempestivo deseo de yacer con ella

690 se apodera de Hipómenes, excitado por la divinidad nuestra.

De luz exigua había cerca de esos templos un receso,
a una caverna semejante, de nativa pómez cubierto,
por una religión primitiva sagrado, adonde su sacerdote,
de leño, había llevado muchas representaciones de viejos dioses.

695 Aquí entra y con ese vedado oprobio ultraja los sagrarios.

Los sagrados objetos volvieron sus ojos, y coronada de torres la Madre
en la estigia onda a los pecadores duda si sumergir.

Condena leve le pareció. Así pues, unas rubias crines velan,
poco antes tersos, sus cuellos, sus dedos se curvan en uñas,

700 de sus hombros unas espaldillas se hacen, hacia su pecho todo

su peso se va, las supremas arenas barridas son de su cola.

Ira su rostro tiene, en vez de palabras murmullos hacen,
en vez de sus tálamos frecuentan los bosques y, para otros de temer,
con su diente domado aprietan de Cíbeles los frenos, los leones.

⁷⁰⁵ De ellos tú, querido mío, y con ellos del género todo de las fieras,
el que no sus espaldas a la huida, sino a la lucha su pecho ofrece,
rehúye, no sea la virtud tuya dañosa para nosotros dos.»

Venus y Adonis (II): muerte de Adonis

«Ella ciertamente tal le aconsejó y, juntos por los aires sus cisnes,
emprende el camino. Pero se alza a los consejos contraria la virtud.

⁷¹⁰ Un cerdo fuera de sus guaridas, sus huellas ciertas siguiendo,
dieron en sacar los perros, y de las espesuras a salir cuando se dispone,
le atravesó el joven Cinireio con un oblicuo golpe.

En seguida sacudió con su curvo hocico los venablos,
de sangre teñidos, y a él, tembloroso y la seguridad buscando,

⁷¹⁵ el sangriento jabalí le sigue y enteros bajo la ingle los dientes
le hunde y en la rubia arena, moribundo, lo dejó tendido.

Llevada en su leve carro por mitad de las auras Citerea,
a Chipre con las cígneas alas todavía no había llegado.

Reconoció de lejos el gemido de aquel que moría y blancas

⁷²⁰ allí giró sus aves, y cuando desde el éter alto lo vio,

exánime, y en su propia sangre agitando su cuerpo,

saltó abajo y al par su seno y al par su cabellos

quebró y golpeó, indignas, su pecho con sus palmas,

y lamentándose con los hados: «Mas no, aun así, todas las cosas de vuestra

⁷²⁵jurisdicción han de ser», dijo. «De este luto los recuerdos permanecerán

siempre, Adonis, del luto mío y la imagen repetida de tu muerte anuales remedos hará de los golpes del duelo nuestro.

Mas tu crúor en flor se mutará, ¿o es que a ti en otro tiempo un femíneo cuerpo convertir en olientes mentas,

⁷³⁰Perséfone, te fue concedido, y mal se verá que por mí

sea mutado el héroe Cinireio?» Así diciendo su crúor

con néctar perfumado asperjó, la cual, teñido de él,

se hinchó así como en el rubio cieno totalmente traslúcida

levantarse una burbuja suele, y no más larga que una hora plena

⁷³⁵resultó la demora, cuando una flor, de la sangre concolor, surgió,

cual los que esconden bajo su tersa corteza su grano, los bermellones

granados llevar suelen. Breve es aun así su uso en él,

pues mal prendido y por su excesiva levedad caduco,

lo sacuden los mismos que le prestan sus nombres, los vientos.»

Libro undécimo

Muerte de Orfeo

Mientras con un canto tal los bosques y los ánimos de las fieras,
de Tracia el vate, y las rocas siguiéndole, lleva,
he aquí que las nueras de los cícones, cubiertas en su vesanos
pechos de vellones ferinos, desde la cima de un promontorio divisan
⁵ a Orfeo, a los percutidos nervios acompasando sus canciones.

De las cuales una, agitando su pelo por las auras leves:

«Ay», dice, «ay, éste es el despreciador nuestro», y su lanza
envió del vate hijo de Apolo contra la boca,
la cual, de hojas cosida, una señal sin herida hizo.

¹⁰ El segundo disparo una piedra es, la cual enviada, en el mismo
aire por el concento vencida de su voz y su lira fue,
y como suplicante por unas osadías tan furiosas,
ante sus pies quedó tendida. Pero temerarias crecen
esas guerras y la medida falta e insana reina la Erinis,

¹⁵ y todos los disparos hubieran sido por el canto enternecidos, pero el
ingente

clamor, y de quebrado cuerno la berecintia flauta,
y los tímpanos, y los aplausos, y los báquicos aullidos
ahogaron la cítara con su sonar: entonces finalmente las piedras
enrojecieron del no oído vate con su sangre

²⁰ y primero, atónitos todavía por la voz del cantor,

a los innumerables pájaros y serpientes y el tropel de fieras,
las Ménades a título del triunfo de Orfeo destrozaron.

Después ensangrentadas vuelven contra Orfeo sus diestras
y allí se unen como las aves, cuando acaso durante la luz vagando,
²⁵ al ave de la noche divisan, y, edificado para ambas cosas ese teatro,
como el ciervo que en la arena matutina ha de morir
presa de los perros, y al vate buscan, y verdes de fronda
le tiran sus tirsos, no para este cumplido hechos.

Éstas terrones, aquéllas sus ramas de un árbol desgajadas,
³⁰ parte blanden pedernales; y para que no falten armas a su delirio
era el caso que unos bueyes con su reja hundida levantaban la tierra,
y no lejos de ahí, con su mucho sudor deparando el fruto,
sus duros campos, musculosos, perforaban los paisanos,
los cuales, al ver ese tropel huyen y de su labor abandonan
³⁵ las armas, y por los campos vacíos yacen dispersos
los escardillos, los rastros pesados y los largos azadones.

Los cuales, después que los arrebataron aquellas fieras y amenazadores
con su cuerno

despedazaron a los bueyes, del vate a los hados de nuevo corren,
y tendiéndoles él sus manos y en ese momento por primera vez

⁴⁰ vanas cosas diciéndoles y para nada con su voz conmoviéndolas,
esas sacrílegas le dan muerte, y a través de la boca —por Júpiter—
aquella,

oída por las rocas, entendida por los sentidos

de las fieras, a los vientos exhalada, su ánima se aleja.

A ti las afligidas aves, Orfeo, a ti la multitud de las fieras,

⁴⁵ a ti los rígidos pedernales, que tus canciones muchas veces habían seguido,

a ti te lloraron los bosques. Depuestas por ti sus frondas el árbol,

tonsurado de cabellos, luto lució. De lágrimas también los caudales tuyas

dicen que crecieron, y forzados sus tules al negro

las naides y las dríades, y sueltos sus cabellos tuvieron.

⁵⁰ Sus miembros yacen distantes de lugar. Su cabeza, Hebro, y su lira

tú acoges y, milagro, mientras baja por mitad de tu corriente

un algo lúgubre lamenta su lira, lúgubre su lengua

murmura exánime, responden lúgubre un algo las riberas.

Y ya ellas al mar llevadas su caudal paisano dejan,

⁵⁵ y de la metimnea Lesbos alcanzan el litoral.

Aquí una fiera serpiente ese busto expuesto en las peregrinas

arenas ataca y, asperjados de goteante rocío, sus cabellos.

Finalmente Febo le asiste y, cuando sus mordiscos a inferirle se disponía,

la contiene y en piedra las comisuras abiertas de la sierpe

⁶⁰ congela y anchurosa, cual estaba, endurece su comisura.

Su sombra alcanza las tierras, y esos lugares que había visto antes,

todos reconoce, y buscando por los sembrados de los piadosos

encuentra a Eurídice y entre sus deseosos brazos la estrecha.

Aquí ya pasean, conjuntados sus pasos, ambos,

⁶⁵ ora a la que le precede él sigue, ora va delante anticipado,

y a la Eurídide suya, ya en seguro, se vuelve para mirarla Orfeo.

No impunemente, aun así, el crimen este deja que quede Lieo,
y por el perdido vate de sus sacrificios doliéndose,
al punto en los bosques a las madres Edónides todas,

⁷⁰ las que vieron esa abominación, con una retorcida raíz las ató.

Así que de los pies a los dedos su camino —el que entonces había cada
una seguido—

alarga y en la sólida tierra sus puntas precipita,
e igual que cuando con los lazos, los que astuto escondió el pajarero,
su pata ha enredado el pájaro y la siente retenida,

⁷⁵ golpes de duelo se da y agitándose se aprieta las ataduras con su
movimiento,

así, cuando cada una de ellas al suelo fijada queda prendida,

consternada, la fuga en vano intenta, mas a ella

dúctil la retiene una raíz y su exaltación doblega,

y mientras dónde estén sus dedos, mientras su pie dónde se pregunta y
uñas,

⁸⁰ contempla que por sus tersas pantorrillas un leño le sube

e intentando su muslo golpear en duelo con su afligida diestra,

su madera golpeó, de su pecho también madera se hace,

madera son sus hombros, y nudosos sus brazos verdaderas

ramas creerías que eran, y no te engañarías creyéndolo.

Midas (I)

⁸⁵ Y no bastante esto para Baco es. Esos mismos campos también
abandona

y con un coro mejor los viñedos de su Timolo

y el Pactolo busca, aunque no de oro en aquel

tiempo, ni por sus caras arenas envidiado era.

A él su acostumbrada cohorte, sátiros y bacantes le frecuentan,

⁹⁰ mas Sileno falta. Tambaleante de años y de vino

unos aldeanos lo cautivaron, frigios, y atado con guirnaldas

al rey lo condujeron, Midas, a quien el tracio Orfeo

en sus orgías había iniciado, junto con el cecropio Eumolpo.

El cual, cuanto hubo reconocido a su aliado y camarada de sacrificios,

⁹⁵ de tal huésped por la llegada una fiesta generosamente dio

durante una decena de días, y a ellos unidas por su orden sus noches.

Y ya de las estrellas el sublime tropel careaba

el Lucero undécimo, cuando a los lidios campos alegre

el rey llega, y su joven ahijado le devuelve a Sileno.

¹⁰⁰ A éste el dios le dio el grato pero inútil arbitrio

de pedir un presente, contento de haber recuperado a su ayo.

Él, que mal había de usar de estos dones: «Haz que cuanto

con mi cuerpo toque se convierta en bermejo oro.»

Asiente a sus deseos y de esos presentes, que para daño de él serían, se libera

¹⁰⁵ Líber, y hondo se dolió de que no hubiera pretendido mejores cosas.

Contento se marcha y se goza de su mal de Berecinto el héroe,

y de lo prometido la fe, tocando cada cosa, prueba,

y apenas a sí mismo creyendo, no con alta fronda ella verdeante,

de una encina arrancó una vara: vara de oro se hizo.

¹¹⁰ Recoge del suelo una roca: la roca también palideció de oro.

Toca también un terrón: con su contacto poderoso el terrón
masa se torna. De Ceres desgaja unas áridas aristas:
áurea la mies era. Arrancado sostiene de un árbol su fruto:
las Hespérides haberlo donado creyeras. Si a los batientes altos
115 acercó los dedos, los batientes irradiar parecen.
Él, además, cuando sus palmas había lavado en las líquidas ondas,
la onda fluente en sus palmas a Dánae burlar podría.
Apenas las esperanzas suyas él en su ánimo abarca, de oro al fingirlo
todo. Al que de tal se gozaba las mesas le pusieron sus sirvientes
120 guarnecidas de festines y no de tostado grano faltas.
Entonces en verdad, ya si él con la diestra las ofrendas
de Ceres había tocado, de Ceres los dones rígidos quedaban,
ya si los festines con ávido diente a desgarrar se aprestaba,
una lámina rubia a esos festines, acercádoles el diente, ceñía.
125 Había mezclado con puras ondas al autor de ese obsequio:
fúsil por sus comisuras el oro fluir vieras.
Atónito por la novedad de ese mal, y rico y mísero,
escapar desea de esas riquezas, y lo que ahora poco había pedido, odia.
Abundancia ninguna su hambre alivia. De sed árida su garganta
130 arde y como ha merecido le tortura el oro malquerido,
y al cielo sus manos y sus espléndidos brazos levantando:
«Dame tu venia, padre Leneo: hemos pecado», dice,
«pero conmisérate, te lo suplico, y arrebatame este especioso daño.
Tierno el numen de los dioses. Baco al que haber pecado confesaba

135 restituyó y libera a los obsequios por él dados del cumplimiento de lo pactado,

y: «Para que no permanezcas embadurnado de tu mal deseado oro, ve», dice, «al vecino caudal de la gran Sardes,

y por su cima subiendo, contrario al bajar de sus olas, coge el camino, hasta que llegues del río a sus nacimientos

140 y en su espumador manantial, por donde más abundante sale, hunde tu cabeza, y tu cuerpo a la vez, a la vez tu culpa lava.»

El rey sube al agua ordenada: su fuerza áurea tiñó la corriente y de su humano cuerpo pasó al caudal.

Ahora también, ya percibida la simiente de su vieja vena,

145 sus campos rigurosos son de tal oro, de él palidecientes sus húmedos terrones.

Midas (II): Febo y Pan

Él, aborreciendo las riquezas, los bosques y los campos honraba,

y a Pan, que habita siempre en las cuevas montanas,

pero zafio permaneció su ingenio, y de dañarle como antes

de nuevo habían a su dueño los interiores de su estúpida mente.

150 Pues los mares oteando ampliamente se yergue, arduo en su alto ascenso, el Tmolo, y por sus pendientes ambas extendiéndose, en Sardes por aquí, por allí en la pequeña Hipepa termina.

Pan allí, mientras tiernas a las ninfas lanza sus silbos

y leve modula, en su encerada caña, su canción,

155 osando despreciar ante sí de Apolo sus cantos,

bajo el Tmolo, éste de juez, a un certamen acude disparejo.

En su propio monte el anciano juez se sentó, y sus oídos
libera de árboles: de encina su melena azul sólo
ciñe, y penden, alrededor de sus cóncavas sienes, bellotas.

¹⁶⁰ Y éste, al dios del ganado contemplando: «En el juez»,
dijo, «ninguna demora hay.» Por dentro sus cálamos agrestes hace
sonar él
y con su bárbara canción a Midas —pues era el caso que acompañaba él
al cantor— cautiva. Después de él sagrado el Tmolos volvió su rostro
hacia el rostro de Febo: a su semblante siguió su bosque.

¹⁶⁵ Él, en su cabeza flava de laurel del Parnaso ceñido,
barre la tierra con su capa saturada de tirio múrice y,
guarnecida su lira de gemas y diente indios,
la sostiene por la izquierda, sujeta la mano segunda el plectro.
De un artista su porte mismo era. Entonces los hilos con docto

¹⁷⁰ pulgar inquieta, por cuya dulzura cautivado,
a Pan ordena el Tmolos a esa cítara someter sus cañas.

El juicio y la sentencia del santo monte place
a todos; se la rebate aun así e injusta se la llama
en el discurso de Midas solo. Y el Delio sus oídos

¹⁷⁵ sandios no soporta que retengan su figura humana,
sino que las alarga en su espacio y de vellos blanquecients las colma,
y no estables por debajo las hace y les otorga el poder moverse:
lo restante es de humano. En una parte se le condena
y se viste las orejas del que lento avanza, el burrito.

¹⁸⁰ Él ciertamente esconderlo desea, y con vergonzoso pudor
sus sienes con purpurinas tiaras intenta consolar.

Pero, el que solía sus largos cabellos cortar a hierro
había visto esto, su sirviente, el cual, como tampoco a traicionar
el desdoro visto se atreviera, deseando sacarlo a las auras,
¹⁸⁵ y tampoco pudiera callarlo aun así, se aleja y la tierra
perfora y de su dueños cuáles haya contemplado las orejas
con voz refiere baja y a la tierra dentro lo murmura, vaciada,
y la delación de su voz con tierra restituida
sepulta y de esos hoyos tapados tácito se aparta.

¹⁹⁰ Espeso de cañas trémulas allí a levantarse un bosque
comenzó y, tan pronto maduró al año pleno,
traicionó a su agricultor, pues movido por el austro lene
las sepultadas palabras refiere y del señor arguye las orejas.

Fundación y destrucción de Troya; Laomedonte

Vengado se marcha del Tmolo y a través del fluido aire portado

¹⁹⁵ antes del angosto mar de la Nefeleide Heles
el Latoio se detiene, de Laomedonte en los sembrados.

A derecha del Sigeo, del Reteo profundo a izquierda,
una ara vieja hay consagrada al Panonfeo Tonante.

Desde allí por primera vez construir sus murallas de la nueva Troya

²⁰⁰ a Laomedonte ve, y que crecían sus grandes empresas
con difícil esfuerzo, y que no riquezas pequeñas demandaba,
y junto con el portador del tridente, del henchido profundo el padre,

se viste de mortal figura y para el tirano de Frigia
edifica los muros, postulando por tales murallas su oro.

²⁰⁵ En pie estaba la obra: su precio el rey deniega y añade,
de su perfidia el cúmulo, el perjurio a sus falsas palabras.

«No impunemente lo harás», el soberano del mar dice, y todas
inclinó sus aguas a los litorales de la avara Troya,
y en forma de mar sus tierras colmó y sus riquezas

²¹⁰ arrebató a los campesinos y con sus oleajes sepultó los campos.

Y ni la condena esa es suficiente. Del rey también la hija para un
monstruo

ecuóreo es demandada, a la cual, a las duras rocas atada,
reclama el Alcida y los prometidos obsequios demanda,
los de los caballos acordados, y de tan gran labor la merced negada,

²¹⁵ dos veces perjuras somete las murallas, vencida, de Troya.

Y, parte de su ejército, Telamón, no sin honor se retiró,
y a Hesíone, a él dada, posee. Pues por su esposa divina Peleo
brillante era, y no más él soberbio del nombre

de su abuelo que de su suegro, puesto que de Júpiter ser nieto

²²⁰ tocó no a uno solo, de esposa una diosa tocó solo a éste.

Peleo, Tetis y Aquiles

Pues el viejo Proteo a Tetis: «Diosa», había dicho, «de la onda:
concibe. Madre serás de un joven que en sus fuertes años
los hechos de su padre vencerá y mayor se le llamará que él.»

Así pues, para que nada el cosmos que Júpiter mayor tuviera,

225 aunque no tibios en su pecho había sentido unos fuegos,
Júpiter de los matrimonios de la marina Tetis huye
y en sus votos al Eácida, su nieto, que le sustituya
ordena, y a los abrazos ir de la virgen del mar.

Hay una ensenada en Hemonia, en curvados arcos falcada;

230 sus brazos adelante corren, donde, si fuera más alta la onda,
un puerto era. En lo alto de la arena metido se ha el mar;
una playa tiene sólida, que ni las huellas conserva
ni retarda el camino ni cubierto esté de alga.

De mirto un bosque tiene, sembrado de bicolores bayas.

235 Hay una gruta en su mitad, por la naturaleza hecha, o si por el arte,
ambiguo; más por el arte, aun así, adonde muchas veces venir,
en un enfrenado delfín sentada, Tetis, desnuda, solías.

Allí a ti Peleo, cuando del sueño vencida yacías,
te asalta, y puesto que con súplicas tentada lo rechazas,

240 a la fuerza se apresta, enlazando con ambos brazos tu cuello,
que si no hubieras acudido —variadas muchas veces tus figuras—
a tus acostumbradas artes, de lo que osó se hubiera apoderado.

Pero ora tú pájaro —de pájaro aun así él te sujetaba—,
ahora un grave árbol eras: prendido en el árbol Peleo estaba.

245 Tercera forma fue la de una maculada tigresa: de ella
aterrado, el Eácida de tu cuerpo sus brazos soltó.

Después a los dioses del piélagos, derramando vino sobre las superficies,
y de un ganado con las entrañas, y con humo de incienso, adora,

hasta que el carpacio vate, desde la mitad del abismo:

²⁵⁰ «Eácida», le dijo, «de los tálamos pretendidos te apoderarás.

Tú, sólo, cuando dormida descansa en la rigurosa cueva,

ignorante, con cuerdas y cadena tenaz átala.

Y no te engañe ella mintiendo cien figuras,

sino apriétala, cualquier cosa que ella sea, hasta que en lo que fue antes se restituya.»

²⁵⁵ Había dicho esto Proteo, y escondió en la superficie su rostro

y admitió, sobre sus palabras últimas, sus oleajes.

Bajando estaba el Titán e inclinado su timón

ocupaba el vespertino mar, cuando la bella, abandonado

el ponto, la Nereida, entra en sus acostumbrados lechos.

²⁶⁰ No bien Peleo había invadido sus virginales miembros,

ella renueva sus figuras hasta que su cuerpo sintió que era retenido

y que hacia partes opuestas sus brazos se tendían.

Entonces finalmente gimió hondo y: «No», dice, «sin una divinidad vences»,

y exhibida quedó Tetis: a la rendida se abraza el héroe

²⁶⁵ y se apodera de sus deseos y la llena, ingente, de Aquiles.

Dedalión y Quíone

Feliz de su hijo, feliz también de su esposa Peleo,

y a quien, si quitas las incriminaciones del degollado Foco,

todo había alcanzado. A él, de la sangre de su hermano culpable

y expulsado de la casa paterna, de Traquis la tierra

²⁷⁰ lo acogió. Aquí su gobierno sin fuerza, sin muerte ejercía

Ceix, del Lucero, su padre, engendrado, y llevando el paterno
brillo en su cara, el cual en aquel tiempo afligido
y desemejante de sí mismo, a su hermano arrebatado lloraba.
Adonde, después que el Eácida fatigado por la angustia y el camino
²⁷⁵ llegó, y entró con poco cortejo en la ciudad,
y que los que llevaba, sus rebaños de ganado, los que consigo de reses
no lejos de sus murallas bajo un opaco valle hubo dejado,
cuando la ocasión se le ofreció primera de acercarse al tirano,
ramos tendiéndole con mano suplicante, sobre quién sea él
²⁸⁰ y de quién hijo le apercibe, sólo sus culpas esconde
y miente de la huida la causa. Pide que con ciudad o campo
le ayude. A él por el contrario el traquinio de su plácida boca
con tales cosas le responde: «Para la media plebe incluso nuestra
benevolencia es manifiesta, Peleo, y no inhospitalarios gobiernos
tenemos.
²⁸⁵ Añades a tal ánimo razones poderosas: tu brillante
nombre y de abuelo a Júpiter. Tus tiempos no malogra suplicando.
Lo que pides todo lo tendrás y tuyo esto llama como parte suya,
cuanto ves. Ojalá mejores cosas vieras»,
y lloraba. Que moviera a tan grandes dolores qué causa
²⁹⁰ Peleo y sus acompañantes preguntan, a los cuales él revela:
«Quizás que ese pájaro que del robo vive y a todas
las aves aterra siempre alas ha tenido creáis:
un hombre fue y —tanta es del ánimo la constancia— ya entonces
agrio era y en la guerra feroz y a la fuerza presto,

295 por nombre Dedalión, de ese padre engendrado

que llama a la Aurora y del cielo el más reciente sale.

Honrada por mí la paz ha sido, el de mantener esa paz —y el de mi matrimonio—

mi cuidado ha sido. A mi hermano las fieras guerras complacían:

la virtud suya a reyes y a pueblos sometió,

300 la cual ahora, mutada, hostiga de Tisbe a las palomas.

Nacida le fue a él Quíone, quien dotadísima de hermosura,

mil pretendientes hubo, núbil a sus catorce años.

Por acaso, al regresar Febo y el hijo de Maia,

aquél de su Delfos, éste de la cima de Cilene,

305 la vieron a ella a la par, a la par contrajeron por ella un ardor.

La esperanza de su Venus difiere a los tiempos de la noche Apolo.

No soporta aquél las demoras y con su vara, que mueve al sopor,

de la doncella el rostro toca: a su tacto cae ella poderoso,

y la fuerza del dios padece. La noche había asperjado el cielo de astros.

310 Febo a una anciana simula y, previamente a él robados, sus gozos toma.

Cuando maduro completó sus tiempos su vientre,

de la estirpe del dios de los alados pies un astuto vástago

nace, Autólico, ingenioso para hurto todo:

blanco de lo negro, y de lo blanco negro

315 quien a hacer acostumbrara, no desmerecedor de su paterno arte.

Nace de Febo —pues dio a luz gemelos—

por su canción vocal y por su cítara brillante Filamon.

¿De qué haber parido a dos, y dioses haber complacido a dos,
y de un fuerte padre y del Tonante por antepasado

³²⁰ haber sido engendrada sirve? ¿Acaso no perjudica incluso su gloria
a muchos?

Le perjudicó a ella ciertamente, la cual de anteponerse a Diana
tuvo el valor y la belleza de la diosa incriminó, mas en ella
una ira movida fue y: «Con nuestros hechos», dice, «le agradaremos»,
y sin demora curvó el cuerno y desde le nervio una saeta

³²⁵ impulsó y, de ello merecedora, le atravesó con su caña la lengua.
Su lengua calla, y ni su voz ni las pretendidas palabras le obedecen,
y al intentar hablar con su sangre su vida la abandona.

A la cual, desgraciado, abrazándola yo, entonces de un padre el dolor
en mi corazón sufrí, y a mi hermano piadoso consuelos dije.

³³⁰ Los cuales ese padre no de otra forma que los arrecifes los
murmillos del ponto

recibe, y a su hija lamenta sin cesar, arrebatada.

Pero cuando arder la vio, cuatro veces el impulso de él
fue ir a la mitad de esos fuegos, cuatro veces de ahí rechazado
su excitado cuerpo a la huida encomienda y, semejante al novillo

³³⁵ que unos agujones de abeja en su oprimida cerviz lleva,
por donde camino ninguno hay se lanza. Ya entonces a mí correr me
pareció

más que un hombre, y que alas sus pies habían tomado creerías.

Escapó, así pues, de todos y veloz por su deseo de muerte
de la cima del Parnaso se apodera. Conmiserado Apolo,

³⁴⁰ como Dedalión a sí mismo se hubiera lanzado desde esa alta roca,

lo hizo ave y súbitas con unas alas al que caía sostiene,
y una boca corva le dio, curvados le dio por uñas unos ganchos,
su virtud la antigua, mayores que su cuerpo sus fuerzas,
y ahora, el azor, para nadie lo bastante bueno, contra todas
³⁴⁵ las aves se ensaña y por dolerse de otros se hace él causa de dolor.»

El ganado de Peleo

Mientras el hijo del Lucero narra esos milagros acerca
de su consorte hermano, apresurado en una carrera asfixiada
volando llega de la manada el guardián, el foceo Anétor,
y: «¡Peleo! ¡Peleo! Mensajero a ti llego de una gran
³⁵⁰ calamidad», dice. Lo que quiera que traiga le ordena revelar Peleo,
aturdido también él por el miedo de su temblorosa boca el traquinio.

Él refiere: «A los fatigados novillos hacia los litorales curvados
había arreado, cuando el Sol, altísimo en la mitad del cielo,
tanto hacia atrás mirara como restarle viera,

³⁵⁵ y una parte de las reses en las arenas rubias había inclinado sus
rodillas,

y de las anchas aguas, tumbada, las llanuras contemplaba;

parte con pasos tardos por aquí deambulaba y por allá;

nadan otros y con su excelso cuello emergen sobre las superficies.

Unos templos de ese mar cerca están, ni de mármol brillante ni de oro,

³⁶⁰ sino de vigas densas sombreados y de bosque vetusto.

Las Nereides y Nereo lo poseen: ellos un marinero del ponto

me reveló que eran sus dioses, mientras sus redes en el litoral seca.

Junta una laguna a él hay, de densos sauces sitiada,

a la que laguna hizo la ola del remansado mar.

³⁶⁵ Desde allí, estrepitoso con su fragor grave, los lugares próximos
aterra

una bestia inmensa: un lobo de los juncos laguneros sale,
embadurnado de espumas y asperjado de sangre en sus comisuras
fulmínea, inyectados sus ojos de una roja llama.

El cual, aunque se ensaña a la par por su rabia y su hambre,

³⁷⁰ más acre es por su rabia, y así pues, no a sus ayunos cuida de poner
fin con la matanza de unos bueyes, y a su siniestra hambre, sino toda
la manada hiere y la tumba hostilmente entera.

Parte también de nosotros, de su funesto mordisco herida,
mientras nos defendemos, a la muerte es entregada. De sangre el litoral

³⁷⁵ y la ola primera rojece, y las mugidas lagunas.

Pero la demora dañosa es y el caso dudar no permite.

«Mientras resta alguna cosa, todos unámonos, y nuestras armaduras,
nuestras armaduras empuñemos, y conjuntas nuestras armas llevemos»,

había dicho un lugareño agreste: y no conmovían a Peleo sus daños,

³⁸⁰ sino que consciente de su pecado colige que la Nereida, de su hijo
huérfana,

esos daños suyos como ofrendas fúnebres a su extinguido Foco enviaba.

Vestir sus armaduras a sus hombres y tomar sus violentas armas

el rey del Eta ordena, con las cuales al mismo tiempo él se disponía
a marchar, pero Alcíone, su esposa, despierta por el tumulto

³⁸⁵ a él se arroja y todavía no acicalada de todo su cabello

los divide a esos hombres y en el cuello derramándose de su marido,

que mande el auxilio sin él mismo, con palabras le suplica
y lágrimas, y dos vidas que salve en una sola.

El Eácida a ella: «Tus bellos, reina, y piadosos

³⁹⁰ miedos deja. Plena es la gracia de tu propuesta.

No me place a mí las armas contra esos nuevos prodigios mover.

Una divinidad del piélagos ha de ser implorada.» Había, ardua, una torre.

En lo supremo de la fortaleza una hoguera, señal grata para las fatigadas quillas.

Ascienden allí, y a los toros en el litoral tumbados

³⁹⁵ con gemidos contemplan, y devastados, ensangrentada

su boca a ese fiera, inficionados de sangre sus largos vellos.

Desde ahí, sus manos tendiendo a los litorales del abierto ponto

Peleo a la azul Psámate que ponga fin a su ira

ruega, y preste su ayuda. Y no a las palabras ella, del que rogaba,

⁴⁰⁰ del Eácida, se doblega. Tetis, por su esposo suplicante,

recibe esa venia. Pero, aun revocado de su acre

matanza, el lobo persevera, por la dulzura de la sangre áspero,

hasta que prendido de una lacerada novilla en la cerviz,

en mármol lo mutó. El cuerpo y, salvo su color,

⁴⁰⁵ todo lo conservó; de la piedra el color delata que aquél

ya no es lobo, que ya no debe temerse.

Y aun así en esa tierra al prófugo Peleo establecerse

los hados no consienten. A los magnesianos llega, vagabundo exiliado, y allí

toma del hemonio Acasto las purificaciones de sus asesinato.

Ceix y Alcíone

410 Mientras tanto, por los prodigios de su hermano
y los que siguieron a su hermano turbado en su pecho Ceix,
para consultar unas sagradas —de los hombres deleite— venturas,
al dios de Claros se dispone a ir. Pues sus templos délficos
el sacrílego Forbas, con los flegios, inaccesibles hacía.

415 De su proyecto aun así antes, fidelísima, a ti
te cerciora, Alcíone. De la cual, al instante, sus íntimos huesos
un frío acogieron, y, al boj muy semejante, a su cara
una palidez acudió, y de lágrimas sus mejillas se humedecieron
profusas.

Tres veces al intentar hablar, tres veces de llanto su cara regó

420 y entrecortando su sollozo sus piadosos lamentos:

«¿Qué culpa mía», dijo, «amadísimo, tu mente
ha mutado? ¿Dónde está tu cuidado por mí cual antes ser solía?
¿Ya puedes tranquilo ausentarte Alcíone dejada atrás?
¿Ya un camino largo te place? ¿Ya te soy más querida ausente?

425 Mas, pienso yo, por las tierras tu ruta es y solamente me doleré de
ello,

no tendré miedo además, y mis cuidados de temor carecerán.

Los mares me aterran y del ponto la triste imagen,
y laceradas hace poco unas tablas en el litoral he visto
y muchas veces en los sepulcros sin su cuerpo leí unos nombres,

430 y para que a tu ánimo una falaz confianza no mueva
porque suegro tuyo el Hipótada es, quien en su cárcel contiene

a los fuertes vientos y cuando quiere las superficies aplaca,
cuando una vez soltados se apoderan de las superficies los vientos,
nada a ellos vedado les es, y desamparada la tierra
435 toda y todo el estrecho es, del cielo también a las nubes hostigan
y su sacudida arranca con sus fieras colisiones rutilantes fuegos.

Mientras más los conozco —pues los conozco y muchas veces en mi
paterna

casa de pequeña los vi—, más por ello creo son de temer.

Por lo que si la decisión tuya doblegarse con súplicas ningunas,
440 querido esposo, puede, y demasiado cierto estás de marchar,
a mí también llévame a la vez. Ciertamente se nos sacudirá a una,
y no, sino de lo que padezco, tendré miedo y a la par sufriremos
cuanto haya de ser, a la par sobre la superficie seremos llevados.»

Con tales razones de la Eólida y con sus lágrimas

445 se conmueve su sideral esposo: pues no menor fuego en él mismo
hay.

Pero ni de los proyectados recorridos del piélago desistir,
ni quiere a Alcíone recibir al partido del peligro,
y muchas cosas responde en consolación de su temeroso pecho.

No, aun así, por tal razón su causa hace buena. Añade a ellas

450 este paliativo también, con el que solo doblegó a su amante:
«Larga ciertamente es para nosotros toda demora, pero te juro
por los fuegos de mi padre, si sólo los hados a mí me devuelvan,
que antes he de retornar de que la luna dos veces colme su orbe.»

Cuando con estas promesas la esperanza se le acercó de su regreso,

⁴⁵⁵ en seguida, sacado de sus astilleros el pino, que de mar
se tiñera y que se le acoplaran, ordena, sus armamentos.
Visto el cual, de nuevo, como presagiadora del futuro
se estremeció Alcíone y lágrimas vertió brotadas,
y en sus brazos le estrechó y con triste, desgraciadísima, boca
⁴⁶⁰ finalmente: «Adiós», dijo y se colapsó todo su cuerpo.
Mas los jóvenes, mientras buscaba demoras Ceix, retornan,
en filas gemelas, hacia sus fuertes pechos los remos
y con igual golpeo hienden los estrechos. Sostuvo ella
húmedos sus ojos y apostado en la popa recurva
⁴⁶⁵ y agitando su mano para hacerle a ella las primeras señales
a su marido ve, y le devuelve esas señas. Cuando la tierra se aleja
más y sus ojos no pueden reconocer su rostro,
mientras puede persigue huyendo al pino con la mirada.
Él también, cuando no podía por la distancia separado ser visto,
⁴⁷⁰ sus velas aun así contempla, en lo alto ondeantes del mástil.
Cuando ni las velas ve, vacío busca, ansiosa, su lecho,
y en la cama se deja caer. Renueva el lecho y la cama
de Alcíone las lágrimas y le recuerda qué parte está ausente.
De los puertos habían salido, y había movido el aura las maromas.
⁴⁷⁵ Vuelve contra el costado los suspendidos remos el marinero,
y las perchas en lo alto de la arboladura coloca y todos del mástil
los linos cuelga y las auras en viniendo recoge.
O menos o ciertamente no más allá de en su mitad la superficie

por esa popa iba siendo cortada, y lejos estaba una y la otra tierra,
480 cuando el mar, a la noche, de henchidos oleajes a blanquecer
comenzó y vertiginoso a soplar más vigorosamente el euro.

«Arriad en seguida las arduas perchas», el capitán grita,
«y a las antenas toda la vela arremangad.» Él ordena.

Estorban las contrarias ventiscas sus órdenes

485 y no consiente que se oiga voz alguna el fragor del mar.

Por sí mismos, aun así, se apresuran unos a izar los remos,
parte a reforzar el costado, parte a negar a los vientos las velas.

Saca éste los oleajes y el mar revierte al mar,

este arrebatata las antenas. Lo cual, mientras sin ley se hace,

490 áspero crece el temporal y de todas partes, feroces,

sus guerras hacen los vientos y los estrechos indignados mezclan.

Él mismo está espantado, y cuál sea su estado que ni él mismo
sabe confiesa el capitán del barco, ni qué ordene o qué prohíba,
tan grande la mole de ese mal y tanto más poderosa que su arte es,

495 como que resuenan con sus gritos los hombres, con su chirrido las
maromas,

con la colisión de las olas, pesada, la ola, con los truenos el éter.

Con sus oleadas se yergue y el cielo igualar parece

el ponto, y, reunidas por su aspersion, tocar las nubes.

Y ora, cuando desde lo profundo revuelve rubias arenas,

500 de igual color es a ellas; que la estigia onda ora más negro,

se postra algunas veces y de sus espumas resonantes blanquece.

La propia también popa de Traquis se mueve con estas tornas
y ahora sublime, como desde la cima de un monte,
contemplar abajo los valles y profundo el Aqueronte parece:

505 ahora, cuando abajada el recurvo mar la cerca,
contemplar arriba desde el infernal abismo el supremo cielo.

Muchas veces hace, por el oleaje en su costado golpeada, un ingente
fragor,

y no más leve golpeada resuena que cuando férreo en otro tiempo
el ariete o la balista embiste las laceradas ciudadelas,

510 y como suelen tomando para el ataque fuerzas marchar
a pecho contra las armaduras y las enhestadas armas fieros los leones,
así, cuando se lanzaba la ola al concurrir los vientos,

iba contra los armamentos de la nave y en mucho era más alta que
ellos.

Y ya resbalan las cuñas, y despojada de su revestimiento de cera

515 una hendidura aparece y presta camino a las letales olas.

He aquí que caen largas —liberadas las nubes— lluvias,

y contra el mar creerías que todo desciende el cielo,

y contra los golpes del cielo que hinchado asciende el ponto.

Las velas se mojan de las borrascas y con las celestes olas

520 las ecuóreas aguas se mezclan. Carece de sus fuegos el éter

y una ciega noche ceñida se ve por las tinieblas del temporal y las suyas.

Las hienden aun así a ellas y les ofrecen rielantes su luz

los rayos. Con esos fuegos de rayo arden las olas.

Hace también ya asalto dentro de las huecas texturas de la quilla

525 el oleaje, y como el soldado más destacado que el número restante,
cuando muchas veces intentó asaltar las murallas de una ciudad que le
rechaza,

de su esperanza se apodera al fin y, enardecido por el amor de la
alabanza,

entre mil hombres de ese muro aun así se apodera él solo,

así, cuando hubieron batido nueve veces sus arduos costados los
oleajes,

530 más vastamente surgiendo se precipita de la décima ola la
embestida,

y no antes se abstiene de asaltar a la agotada quilla

de que descienda como contra los baluartes de una cautivada nave.

Una parte, así pues, intentaba todavía invadir el pino;

parte del mar dentro estaba. Tiemblan no menos todos

535 de lo que suele una ciudad temblar cuando unos su muro

horadan por fuera, y cuando otros la ocupan por dentro.

Cesa el arte, los ánimos caen, y tantas les parece,

cuantas oleadas vienen, que se precipitan e irrumpen las muertes.

No sostiene éste las lágrimas, suspendido está éste, llama aquél felices

540 a los que funerales aguardan, éste con sus votos a una divinidad
implora,

y sus brazos defraudados elevando a un cielo que no ve

pide ayuda. Le vienen a aquél su hermano y su padre,

a éste junto con sus prendas su casa y cuanto dejado atrás ha.

Alcióna a Ceix conmueve, de Ceix en la boca

545 ninguna salvo Alcióna está, y aunque la extrañe a ella sola,

se alegra de que ausente esté, aun así. De la patria también quisiera a las orillas

volver la mirada y a su casa volver sus supremos rostros,

pero dónde esté, ignora, de tan gran vorágine el ponto

hierve, y producida una sombra desde esas nubes como la pez,

⁵⁵⁰ todo se oculta el cielo y duplicada se hubo de la noche la imagen.

Se rompe por la embestida de un tempestuoso torbellino el árbol,

se rompe también el gobernalle, y de sus expolios ardida la sobreviviente

ola, como vencedora, y enseñada, desdeña a las olas,

y no más levemente que si alguien al Atos y al Pindo arrancados

⁵⁵⁵ de su sede enteros los arrojara al abierto mar,

precipitándose cae, y a la par con su peso y con su golpe

hunde en lo hondo el barco. Con la cual una parte grande de sus hombres

de ese pesado abismo presa y al aire no devuelta, su hado

cumplió; otros partes y miembros de la quilla

⁵⁶⁰ truncados sostienen. Sostiene él mismo con la mano con la que sus cetros solía

trozos del navío Ceix y a sus suegro y padre invoca,

ay, en vano. Pero incesante en la boca del que nada:

Alción, su esposa. A ella recuerda y nombra,

de ella ante los ojos que lleven su cuerpo los oleajes

⁵⁶⁵ pide y exánime sea sepultado por esas manos amigas.

Mientras nada, a la ausente, cuantas veces le permite abrir la boca el oleaje,

nombra a Alción y por dentro de las mismas olas lo murmura.

He aquí que por encima de los plenos oleajes un negro arco de aguas
rompe y rota la ola sepulta, sumergida, su cabeza.

⁵⁷⁰ El Lucero oscuro y a quien conocer no podrías
esa luz estuvo y puesto que retirarse del cielo
dado no le era, de densas nubes cubrió su rostro.

La Eólida mientras, de tan grandes desgracias ignorante,
recuenta las noches y ya, las que vestirá él,

⁵⁷⁵ apresura las ropas, ya las que, cuando haya venido él,
ella misma llevará, y unos retornos se promete inanes.

A todos ella, ciertamente, a todos los altísimos, piadosos inciensos
llevaba;

antes, aun así, que a esos todos, de Juno los templos honraba,
y por su marido, que ninguno era, venía a sus aras

⁵⁸⁰ y que estuviera a salvo el esposo suyo y que retornara
pedía, y que ninguna a ella antepusiera. Mas a él
éste, de tantos votos, podía alcanzarle, solo.

Mas la diosa no más allá sostiene el ser rogada a favor de quien con la
muerte

ha cumplido, y para apartar esas manos funestas de sus aras:

⁵⁸⁵ «Iris», dijo, «de mi voz fidelísima mensajera,
visita del Sueño velozmente su soporífera corte,
y del extinguido Ceix ordénale envíe con su imagen
unos sueños a Alcíone, que narren sus verdaderos casos.»

Había dicho. Se viste sus velos de mil colores

⁵⁹⁰ Iris y con una arqueada curvatura signando el cielo,

a las moradas tiende del ordenado —bajo las nubes escondidas— rey.

Hay cerca de los cimerios, en un largo receso, una caverna,
un monte cavo, la casa y los penetrales del indolente Sueño,
en donde nunca con sus rayos, o surgiendo, o medio, o cayendo,

⁵⁹⁵ Febo acercarse puede. Nieblas con bruma mezcladas
exhala la tierra, y crepúsculos de dudosa luz.

No la vigilante ave allí, con los cantos de su encrestado busto,
evoca a la Aurora, ni con su voz los silencios rompen
solícitos los perros, o que los perros más sagaz el ganso.

⁶⁰⁰ No las fieras, no los ganados, no movidas por un soplo las ramas
o su sonido devuelve la barahúnda de la lengua humana.

La muda quietud lo habita. De una roca, aun así, honda,
sale el arroyo del agua del Olvido, merced al cual, con su murmullo
resbalando,

invita a los sueños su onda con sus crepitantes guijarros.

⁶⁰⁵ Ante las puertas de la cueva fecundas adormideras florecen
e innumerables hierbas de cuya leche el sopor
la Noche cosecha y lo esparce húmeda por las opacas tierras.

Puerta, para que chirridos al volverse su gozne no haga,
ninguna en la casa toda hay, guardián en el umbral ninguno.

⁶¹⁰ En medio un diván hay, del antro, de ébano, sublime él,
plúmeo, negricolor, de endrino cobertor tendido,
en donde reposa el propio dios, sus miembros por la languidez
relajados.

De él alrededor, por todas partes, variadas formas imitando,

los sueños vanos yacen, tantos cuantos una cosecha de aristas,

⁶¹⁵ un bosque lleva de frondas, de escupidas arenas una playa.

Adonde una vez que penetró y con sus manos, a ella opuestos, la doncella

apartó los Sueños, con el fulgor del su vestido relució

la sagrada casa, y el dios, yacentes ellos de su tarda pesadez,

apenas sus ojos levantando, y una vez y otra desplomándose,

⁶²⁰ y lo alto del pecho golpeándose con su bamboleante mentón,

se sacudió finalmente a sí mismo, y a sí mismo sobre su codo apoyándose,

a qué venía —pues la reconoció— inquiera. Mas ella:

«Sueño, descanso de las cosas, el más plácido, Sueño, de los dioses,

paz del ánimo, de quien el cuidado huye, quien los cuerpos, de sus duros

⁶²⁵ menesteres cansados, confortas y reparas para la labor:

a unos Sueños, que las verdaderas figuras igualen en su imitación,

ordena que en la hercúlea Traquis, bajo la imagen de su rey,

a Alcíone acudan y unos simulacros de su naufragio remeden.

Impera eso Juno.» Después que sus encargos llevó a cabo,

⁶³⁰ Iris parte —ya que no más allá tolerar del sopor

la fuerza podía— y deslizarse el sueño sintió a sus miembros,

huye y retorna, por los que ahora poco había venido, sus arcos.

Mas el padre, del pueblo de sus mil hijos,

despierta al artífice y simulador de figuras,

⁶³⁵ a Morfeo: no que él ninguno otro más diestramente

reproduce el caminar y el porte y el sonido del hablar.

Añade además los vestidos y las más usuales palabras
de cada cual. Pero él solos a hombres imita. Mas otro
se hace fiera, se hace pájaro, se hace, de largo cuerpo, serpiente:
640 a él Ícelo los altísimos, el mortal vulgo Fobétor
le nombra. Hay también de diversa arte un tercero,
Fántaso. Él a la tierra, a una roca, a una ola, a un madero
y a cuanto vacío está todo de ánima, falazmente se pasa.
A los reyes él y a los generales su rostro mostrar
645 de noche suele, otros los pueblos y la plebe recorren.
Prescinde de ellos su señor y de todos los hermanos solo
a Morfeo, quien lleve a cabo de la Taumántide lo revelado, el Sueño
elige, y de nuevo en una blanda languidez relajado
depuso la cabeza y en el cobertor profundo la resguarda.
650 Él vuela con unas alas que ningunos estrépitos hacen
a través de las tinieblas y en un breve tiempo de demora a esa ciudad
arriba de Hemonia, y depuestas de su cuerpo las alas,
a la faz de Ceix se convierte y tomada su figura,
lívido, a un exánime semejante, sin ropas ningunas,
655 de su esposa ante el lecho, la desgraciada, se apostó. Mojada parece
la barba del marido, y de sus húmedos cabellos fluir pesada ola.
Entonces, en el lecho inclinándose, con llanto sobre su rostro profuso,
tal dice: «¿Reconoces a Ceix, mi muy desgraciada esposa,
o acaso mudado se ha mi faz por la muerte? Mírame: me conocerás
660 y hallarás, por el esposo tuyo, de tu esposo la sombra.

Ninguna ayuda, Alcíone, tus votos nos prestaron.
Hemos muerto. En falso prometerme a ti no quieras.
Nuboso, del Egeo en el mar, sorprendió a la nave
el Austro, y sacudiéndola con su ingente soplo la deshizo,
665 y la boca nuestra, que tu nombre en vano gritaba,
llenaron los oleajes. No esto a ti te anuncia un autor
ambiguo, no esto de vagos rumores oyes:
yo mismo los hados míos a ti, náufrago presente, te revelo.
Levántate, vamos, dame tus lágrimas y de luto vístete, y no a mí,
670 no llorado, a los inanes Tártaros me envía.»
Añade a esto una voz Morfeo, que de su esposo ella
creyera ser, llantos también derramar verdaderos
parecido había, y el gesto de Ceix su mano tenía.
Gime hondo Alcíone, llorando, y mueve los brazos
675 durante el sueño y su cuerpo buscando abraza las auras
y grita: «Espera, ¿a dónde te me arrebatas? Iremos a la vez.»
Por su propia voz y la apariencia de su marido turbada, el sueño
se sacude y al principio mira alrededor por si está allí
quien hace poco parecido lo había, pues, movidos por su voz sus
sirvientes,
680 entraron una luz. Después que no lo encuentra en parte alguna,
se golpea el rostro con la mano y rasga de su pecho los vestidos
y sus pechos mismos hiere y sus cabellos de mesar no cura,
los desgarrá, y a la nodriza, que cuál de su luto la causa preguntaba:
«Ninguna Alcíone es, ninguna es», dice, «murió a la vez

685 con el Ceix suyo. Las palabras de consuelo llevaos.

Náufrago ha perecido, lo vi y reconocí y mis manos a él
al retirarse, ansiando retenerle, le tendí.

Una sombra era, pero también una sombra, aun así, manifiesta
y de mi marido verdadera. No él ciertamente, si saber lo quieres, tenía

690 su acostumbrado semblante ni, con el que antes, con tal rostro
brillaba.

Palideciente y desnudo y todavía mojado su cabello,
infeliz de mí le vi. Apostado el desgraciado aquí, en este
mismo lugar», y busca sus huellas, si alguna resta.

«Tal cosa era, tal, lo que con mi ánimo adivinador temía,

695 y que de mí huyendo los vientos no siguieras te pedía.

Mas ciertamente quisiera, puesto que a morir marchabas,
que a mí también me hubieses llevado. Mucho más provechoso contigo
a mí me fuera el marchar, pues de mi vida ningún tiempo
sin ti hubiera pasado, ni nuestra muerte separada hubiese sido.

700 Ahora ausente he perecido, y me sacuden también las olas ausente
y, sin mí él, el ponto me tiene. Más cruel que el mismo
piélago sea mi corazón si mi vida por llevar más lejos pugno,
y lucho por sobrevivir a tan gran dolor.

Pero ni lucharé ni a ti, triste, te abandonaré,

705 y tuya ahora al menos llegaré de acompañante, y el sepulcro,

si no la urna, con todo nos uniré a nosotros la letra:

si no tus huesos con los huesos míos, mas tu nombre con mi nombre he
de tocar.»

Más cosas el dolor prohíbe y en cada palabra un golpe de duelo interviene,

y desde su atónito corazón gemidos salen.

⁷¹⁰ De mañana era. Sale de su morada a la playa,

y aquel lugar afligida busca desde el cual contemplara al que marchaba,

y mientras se detiene allí, y mientras: «Aquí las amarras desató,

en esta playa al separarse de mí besó mis labios», dice,

y mientras anotados en sus lugares rememora los sucesos, y hacia el mar

⁷¹⁵ mira, en un trecho distante, divisa algo así

como un cuerpo, líquida, en el agua, y al principio qué ello

fuese era dudoso. Después que un poco lo empujó la ola,

y aunque lejos estaba, un cuerpo, aun así, que era, manifiesto estaba.

De quién fuera ignorante ella, porque náufrago, del presagio conmovida quedó,

⁷²⁰ y como a un desconocido que su lágrima ofreciera: «Ay, desgraciado», dice,

«quien quiera que eres, y si alguna mujer tienes.» Por el oleaje llevado

se hace más cercano el cuerpo. El cual, mientras más ella lo escruta,

por ello menos cada vez de su mente es dueña, y ya a la vecina

tierra allegado, ya cual conocerlo pudiera,

⁷²⁵ lo distingue: era su esposo. «Él es», grita, y a una,

cara, pelo y vestido lacera, y tendiendo temblorosas

a Ceix sus manos: «¿Así, oh queridísimo esposo,

así a mí, triste, regresas?», dice. Adyacente hay a las olas,

hecha a mano, una mole que del mar las primeras iras

⁷³⁰ rompe, junto a las embestidas que ella previamente fatiga de las aguas.

Salta allí, y prodigioso fue que pudiera: volaba,
y golpeando con sus recién nacidas alas el aire leve,
rozaba lo alto, pájaro triste, de las olas,
y mientras vuela, un sonido a la aflicción semejante y lleno
⁷³⁵ de queja dio su boca, crepitante de su tenue pico.

Pero cuando tocó, mudo y sin sangre, ese cuerpo,
a sus amados miembros abrazada con sus recientes alas,
fríos besos inútilmente puso en sus labios con su duro pico.

Si sintió tal cosa Ceix, o si su rostro con los movimientos de la ola

⁷⁴⁰ levantar pareció, aquella gente lo dudaba, más él

lo había sentido, y finalmente, al conmiserarse los altísimos, ambos
en ave son mutados. A los hados mismos sometido

entonces también permaneció su amor, y de su matrimonio el pacto
deshecho

no quedó, en ellos de aves. Se aparean y se hacen padres,

⁷⁴⁵ y durante unos días plácidos del invernal tiempo, siete,

se recuesta Alcíone, suspendidos en la superficie, en sus nidos.

Entonces es segura la ola del mar: los vientos custodia y retiene

Éolo de su salida y brinda a sus nietos mar lisa.

Ésaco

A ellos algún señor mayor, conjuntamente volando los mares anchos,

⁷⁵⁰ los contempla, y hasta el fin conservados alaba sus amores:

uno a su lado, o él mismo si la suerte lo quiso: «Éste también», dijo,

«que el mar rozando y con sus patas recogidas
contemplas —mostrándole alargado hacia su garganta a un somorgujo
—
regia descendencia es, y si descender hasta él
755 en orden perpetuo intentas, son el origen suyo
Ilo y Asáraco y, raptado por Júpiter, Ganimedes,
o Laomedonte el anciano, y Príamo, a quien los postreros tiempos
de Troya tocaron. Hermano fue de Héctor éste,
el cual, si no hubiera sentido en su juventud estos nuevos hados,
760 quizás inferior a Héctor un nombre no tuviera,
aunque lo hubo a él dado a luz la hija de Dimas;
a Ésaco, en el sombreado Ida, furtivamente, que lo parió
se dice Alexírroe, nacida de Granico el bicorne.
Odiaba él las ciudades, y apartado de la brillante corte,
765 secretos montes e inambiciosos campos
cultivaba, y no de Ilión a las juntas, salvo raramente, acudía.
No agreste, aun así, ni inexpugnable al amor
pecho tenía, y perseguida muchas veces por los bosques todos,
contempla a Hesperie, de su padre en la orilla, a la Cebrenida,
770 echados a los hombros, secándolos al sol sus cabellos.
Al ser vista huye la ninfa, como aterrada del rubio
lobo una cierva, y, a lo lejos sorprendida al haber dejado el lago,
del azor el fluvial ánade. A ella de Troya el héroe
persigue, y a la rápida de miedo, el rápido acucia de amor.

775 He aquí que, escondida en la hierba una culebra, de la que huía
con su corvo diente el pie rozó, y su humor dejó en su cuerpo.

Con su vida acabada fue la huida. Se abraza él fuera de sí

a la exánime y clama: «Me arrepiento, me arrepiento de haberla
seguido,

pero no esto temí, ni vencer me era de tanto.

780 A ti te hemos dado muerte, desgraciada, dos: la herida, por la
serpiente;

por mí el motivo dado fue. Yo soy más criminal que ella,

quien a ti con la muerte mía de tu muerte consuelos no te envió.»

Dijo y de una peña, a la que ronca por su base recomía una ola,

se entregó al ponto. Tetis, compadecida del que caía,

785 blandamente lo recibe y, nadando él por las superficies, de alas
lo cubrió y de su deseada muerte no le fue dada la posibilidad.

Se indigna el amante de que contra su voluntad a vivir se le fuerce

y se le cierre el paso a su ánima, que de su desgraciada sede quería
salir, y cuando, nuevas para sus hombros, había tomado esas alas

790 remonta y de nuevo su cuerpo sobre las superficies lanza.

La pluma alivia sus caídas: se enfurece Ésaco, y contra el profundo
abalanzado parte, y de la muerte el camino al fin reintenta.

Causó el amor su delgadez: largas las articulaciones de sus piernas,

larga permanece su cerviz, la cabeza está del cuerpo lejos.

795 Las superficies ama y su nombre tiene porque se sumerge en ella.»

Libro duodécimo

La expedición contra Troya

Sin saber Príamo, el padre de Ésaco, que con sus asumidas alas
él vivía, le lloraba. A un túmulo también, que su nombre tenía,

Héctor y sus hermanos unas ofrendas fúnebres le habían ofrecido
inanes.

Faltó a ese servicio triste la presencia de Paris,

⁵ el que poco después, junto con su raptada esposa, una larga guerra
atrajo a su patria, y aliadas le persiguen
mil embarcaciones, y con ellos el común de la gente pelasga.

Y dilatada no hubiera sido la venganza, de no ser porque los mares
hicieron intransitables los salvajes vientos, y si la tierra beocia

¹⁰ en Áulide, la rica en peces, no hubiera retenido sus popas que iban a
marchar.

Aquí, según la costumbre patria, al preparar a Júpiter sus sacrificios,
cuando la vieja ara se encandeció con los encendidos fuegos,

serpear azulado los dánaos vieron un reptil,

hacia un plátano que se erguía próximo a los emprendidos sacrificios.

¹⁵ Un nido había, de pájaros dos veces cuatro, en lo supremo del árbol:
a los cuales y a la madre, que alrededor de sus pérdidas volaba,
una vez que arrebató la serpiente y en su ávida boca los sepultó,
quedaron suspendidos todos, mas de la verdad vidente el augur

Testórida: «Venceremos», dice, «gozaos de ello, Pelasgos.

²⁰ Troya caerá, pero será una demora larga la de nuestra gesta»,

y los nueve pájaros en los años de la guerra distribuye.

Ella, cual estaba abrazada verdes a sus ramas en el árbol,
se vuelve piedra y signa con la imagen de una serpiente tal roca.

Permanece el Bóreas violento de Aonia en las ondas

²⁵ y las guerras no traslada, y hay quienes que salva a Troya

Neptuno creen, porque las murallas había hecho de esa ciudad.

Mas no el Testórida. Pues no ignora o calla

que con una sangre virgínea aplacada de la virgen la ira

ha de ser. Después que a la piedad la causa pública,

³⁰ y el rey al padre, hubo vencido, y la que iba a dar su casta sangre

ante el ara apostada estaba, Ifigenia, llorándola sus oficiantes,

vencida la diosa fue y una nube a los ojos opuso y en medio

del servicio y el gentío del sacrificio y las voces de los suplicantes,

sustituida por una cierva, se dice que mutó a la Micénide.

³⁵ Así pues, cuando con la matanza que debió mitigada fue Diana,

a la vez de Febe, a la vez del mar la ira se aleja.

Reciben los vientos de espalda las mil quillas

y tras mucho padecimiento se apoderan de la frigia arena.

La Fama

Del orbe un lugar hay en el medio, entre las tierras y el mar

⁴⁰ y las celestes extensiones, los confines de ese triple mundo,

desde donde lo que hay en dondequiera, aunque largos trechos diste,

se divisa, y penetra toda voz hasta sus huecos oídos.

La Fama lo posee, y su morada se eligió en su suprema ciudadela,

e innumerables entradas y mil agujeros a sus aposentos

⁴⁵ añadió y con ningunas puertas encerró sus umbrales.

De noche y de día está abierta: toda es de bronce resonante,
toda susurra y las voces repite e itera lo que oye.

Ninguna quietud dentro y silencios por ninguna parte;

y ni aun así hay gritos, sino de poca voz murmullos

⁵⁰ cuales los de las olas, si alguien de lejos las oye, del piélagos

ser suelen, o cual el sonido que, cuando Júpiter

increpa a las negras nubes, los extremos truenos devuelven.

Sus atrios un gentío los posee. Vienen, leve vulgo, y van,

y mezclados con los verdaderos los inventados deambulan,

⁵⁵ miles de tales rumores, y confusas palabras revuelan.

De los cuales, éstos llenan de relatos los vacíos oídos,

éstos lo narrado llevan a otro, y la medida de lo inventado

crece y a lo oído algo añade su nuevo autor.

Allí la Credulidad, allí el temerario Error

⁶⁰ y la vana alegría está, y los consternados Temores,

y la Sedición repentina, y de dudoso autor los Susurros.

Ella misma qué cosas en el cielo y en el mar se pasen

y en la tierra ve e inquiere a todo el orbe.

Aquiles y Cigno

Había hecho ella conocido que con soldado fuerte

⁶⁵ se allegaban desde Grecia unas embarcaciones y no inesperado

llega el enemigo en armas. Prohíben el acercamiento y su litoral vigilan

los troyanos, y de Héctor por la lanza el primero, fatalmente,
Protesilao, caes, y los emprendidos combates mucho
cuestan a los dánaos, y fuerte por su muerte de almas se conoce a
Héctor.

⁷⁰ Tampoco los frigios con exigua sangre sintieron de qué
la diestra aquea era capaz, y ya rojecían del Sigeo
los litorales, ya a la muerte el descendiente de Neptuno, Cigno,
a mil hombres había entregado, ya en su carro acosaba Aquiles
y enteras, con el golpe de su cúspide del Pelio, tendía

⁷⁵ tropas y por las filas o a Cigno o a Héctor buscando
aborda a Cigno —para el décimo año diferido

Héctor estaba—: entonces, sus cuellos resplandecientes hundidos por el
yugo,

exhortando a sus caballos, su carro dirigió contra el enemigo,
y agitando con sus brazos las vibrantes armas:

⁸⁰ «Quien quiera que eres, oh joven», dijo, «por consuelo ten
de tu muerte que del hemonio Aquiles has sido degollado.»

Hasta aquí el Eácida, a su voz la grave asta siguió,
pero aunque ningún yerro hubo en la certera asta,
de nada, aun así, sirvió la punta del lanzado hierro,

⁸⁵ y cuando el pecho únicamente golpeó con su embotado golpe:

«Nacido de diosa, pues a ti gracias a la fama desde antes te conocía»,
dice

él: «¿por qué te asombras de que en nos herida no haya?»,

pues asombrado estaba. «No este casco que ves, rubio de crines
equinas, ni la carga, la cóncava rodela, de mi izquierda,

⁹⁰ de auxilio me son: ornato se ha buscado de ellos.

Marte también, por mor de él, empuñar tales defensas suele. Príveseme de todo

servicio de esta cobertura, aun así, intacto saldré.

Algo es el no haber sido engendrado de una Nereida, sino quien a Nereo y a sus hijas y todo modera el mar.»

⁹⁵ Dijo y el que habría de clavarse del escudo en la curvatura un dardo lanzó al Eácida, el cual, sí el bronce y las siguientes rompió

pieles novenas de bueyes: en el décimo orbe, aun así, detenido quedó.

Lo sacudió el héroe, y de nuevo tremolando sus armas

con su fuerte mano las blandió: de nuevo sin herida el cuerpo

¹⁰⁰ e íntegro quedó, ni la tercera cúspide, a ella abierto

y ofreciéndosele fue capaz de rasgar a Cigno.

No de otro modo se inflamó él que en el circo abierto un toro

cuando sus agujadas —las prendas de bermellón— busca

con su terrible cuerno y defraudadas siente sus heridas.

¹⁰⁵ Si es que se ha desprendido el hierro, considera él, del asta:

fijado estaba al leño. «¿Es la mano mía la débil, así pues,

y las fuerzas —dice— que antes tuvo las ha disipado en uno solo?

Pues cierto que vigor tuvo, bien cuando de Lirneso

las murallas el primero derribé, o cuando a Ténedos

¹¹⁰ y a la Tebas de Eetión colmé de su sangre,

o cuando purpurino de su paisana muerte el Caíco

fluyó, y la obra de mi asta los veces sintió Télefo.

Aquí también para tantos asesinatos cuyas pilas por este litoral
hice y veo, vigor tuvo mi diestra y tiene»,

¹¹⁵ dijo y en lo antes realizado como si mal creer pudiera,
su asta manda en derecha, de la plebe licia, a Menetes,
y su loriga a la vez, y bajo ella su pecho le rompe.

Del cual, al golpear la tierra grave con su moribundo pecho,
extrae aquella misma arma de su caliente herida

¹²⁰ y dice: «Ésta la mano es, ésta, con la que acabamos de vencer, mi
asta:

usaré contra él las mismas. Sea en él suplico, el resultado mismo.»

Así diciendo a Cigno retorna, y el fresno no yerra
y en su hombro sonó, no evitada, izquierdo.

De allí, como de un muro y un sólido arrecife rechazada fue.

¹²⁵ Por donde, aun así, golpeado había sido, marcado de sangre a Cigno
había visto y en vano se había regocijado Aquiles.

La herida era ninguna, la sangre era aquella de Menetes.

Entonces verdaderamente, abalanzado, del carro alto rugiente
salta y con su nítida espada a su intacto enemigo

¹³⁰ de cerca buscando, la rodela con su espada y su gálea hundirse
contempla, más en ese duro cuerpo dañarse también el hierro.

No lo soporta más, y con su escudo reiterado golpea

tres y cuatro veces la cara de ese varón, a él vuelta, con la empuñadura
también sus huecas

sienes, y al que retrocedía persiguiéndole le acosa y lo turba se le lanza,

¹³⁵ y atónito le niega el descanso: el pavor se apodera de él,

y ante sus ojos nadan las tinieblas, y atrás llevando
retrocedidos los pasos una piedra se le opuso en mitad del campo,
de la cual encima, empujado Cigno con su cuerpo boca arriba,
con fuerza mucha lo vuelve y a la tierra lo sujeta Aquiles.

¹⁴⁰ Entonces con su escudo y sus rodillas duras oprimiéndole el busto,
de las correas tira de su gálea, las cuales, por debajo de su oprimido
mentón,

le rompen la garganta y la respiración y el camino
le roban del aliento. Al vencido a expoliar se disponía.

Sus armas abandonadas ve: su cuerpo el dios del mar confirió

¹⁴⁵ a una blanca ave, de cuyo modo el nombre tenía.

Esta gesta, esta batalla, un descanso de muchos días
trajo consigo y, depuestas las armas ambas partes hicieron un alto.

Y mientras vigilante de Frigia los muros un centinela guarda,
y vigilante de Argólide las fosas guarda un centinela,

¹⁵⁰ el festivo día había llegado en que de Cigno el vencedor, Aquiles,
a Palas aplacaba con la sangre de una inmolada vaca.

De la cual, cuando impuso sus entrañas en las calientes aras
y por los dioses percibido penetró en los aires su vapor,

los sacrificios se llevaron la suya, la parte fue dada, restante, a las
mesas.

¹⁵⁵ Se tumbaron en los divanes los próceres, y sus cuerpos de asada
carne llenan, y con vino alivian sus cuidados y su sed.

No a ellos la cítara, no a ellos las canciones de las voces,

o de muy perforado boj les deleita, larga, la tibia,

sino que la noche en la conversación alargan, y la virtud es, de su hablar,

¹⁶⁰ la materia. Sus batallas refieren, las del enemigo y las suyas, y en turnos los peligros afrontados y apurados a menudo recordar les place: pues de qué hablaría Aquiles, o de qué cabe al gran Aquiles mejor hablarían.

La muy reciente victoria, principalmente, sobre el dominado Cigno

¹⁶⁵ en conversación estuvo, pareciendo admirable a todos el que al joven su cuerpo de ningún arma penetrable e invicto a la herida fuera, y que el hierro puliera.

Ceneo (I)

Esto el propio Eácida, esto admiraban los aqueos,

cuando así Néstor dice: «En vuestra edad fue el único

¹⁷⁰ despreciador del hierro y horadable por golpe ninguna

Cigno. Mas yo mismo en otro tiempo, sufriendo él heridas mil en un cuerpo no dañado, al perrebo Ceneo vi,

a Ceneo el perrebo, el cual, glorioso por sus hechos, el Otris habitaba, y para que ello más admirable fuese en él,

¹⁷⁵ mujer nacido había. Del prodigio por la novedad se conmueve todo el que asiste, y que lo refiera le piden. Entre los cuales Aquiles:

«Di, vamos, pues en todos el mismo hay deseo de oírlo,

oh, elocuente anciano, de nuestra edad la prudencia,

quién fuera Ceneo, por qué en lo contrario vuelto,

¹⁸⁰ en qué milicia, de qué batalla en el certamen

por ti conocido, de quién fue vencido, si vencido de alguno fue.»

Entonces el mayor: «Aunque a mí me estorba mi tarda vejez,

y muchas se me huyen de las cosas por mí contempladas en mis primeros años,

más cosas, aun así, recuerdo, y, que más prendida esté, ninguna

¹⁸⁵ cosa en el pecho nuestro hay entre hechos tantos de guerra

y de paz, y si a alguien pudo su espaciosa vejez

como espectador de las obras de muchos devolver, yo he vivido

de años dos veces cien. Ahora se vive mi tercera edad.

«Brillante por su hermosura fue la descendencia de Elato, Cenis,

¹⁹⁰ de las tesalias la doncella más bella, y en las cercanas,

y en tus ciudades —pues fue paisana tuya, Aquiles—,

en vano por los votos de muchos pretendientes fue deseada.

Hubiese intentado Peleo los tálamos también, quizás, esos:

pero ya le habían alcanzado a él las bodas de tu madre

¹⁹⁵ o le habían sido prometidas, ni tampoco Cenis a ningunos

tálamos desposada fue, y por unas secretas playas cogiendo ella,

fuerza sufrió del dios marino, así la fama lo contaba.

Y cuando los goces de esta nueva Venus Neptuno hubo tomado:

«Que estén tus votos te permito», dijo, «libres de rechazo.

²⁰⁰ Elige qué has de desear» —la misma fama esto también contaba—.

«Grande», Cenis dice, «hace esta injuria a mi deseo:

que tal sufrir ya nada pueda. Dame el que mujer no sea:

todo lo habrás garantizado.» Con más grave tono las últimas dijo

palabras, y podía la de un hombre la voz aquella parecer,

205 como así era. Pues ya a su voto el dios del mar alto
había asentido y le había dado, además, que ni dañado por ningunas
heridas fuera, o a hierro sucumbir pudiera.

De su presente contento parte, y en afanes viriles su edad
pasó el Atrácida y del Peneo los campos recorre.

La batalla de Lápitias y Centauros

210 «Había desposado a Hipódame el hijo del audaz Ixión,
y a los feroces hijos de la nube, puestas por orden las mesas,
había ordenado recostarse, de árboles cubierta, en una gruta.

Los próceres hemonios asistían, asistíamos también nos,
y festivo con su confuso gentío resonaba el real.

215 He aquí que cantan a Himeneo y de fuego los atrios humean,
y ceñida llega la doncella de las madres y las nueras por la caterva,
muy insigne de hermosura. Feliz llamamos de esa
esposa a Pirítoo, el cual presagio casi malogramos.

Pues a ti, de los salvajes el más salvaje, de los centauros,

220 Éurito, cuanto por el vino tu pecho, tanto por la doncella vista
arde, y la ebriedad, geminada por la libido, en ti reina.

En seguida, volcándose, turban los convites las mesas,
y es raptada, de su pelo tomado por la fuerza la nueva casada.

Éurito a Hipódame, otros, la que cada uno aprobaban

225 o podían, rapta, y, la de una tomada, era de la ciudad la imagen.

De gritos femeninos suena la casa: más rápido todos
nos levantamos y el primero: «¿Qué vesania», Teseo,

«Éurito, a ti te impulsa», dice, «a que tú en vida mía provoques a Pirítoo y violes a dos, ignorante, en uno?»

²³⁰ Y no tal el magnánimo en vano había remembrado con su boca: aparta a los que le acosan y la raptada de aquellos delirantes arrebatada. Él nada en contra —pues tampoco defender con palabras tales acciones puede—, sino que del defensor la cara con protervas manos persigue y su generoso pecho golpea.

²³⁵ Era el caso que había junto, de sus figuras prominentes áspera, una antigua cratera, que, vasta ella, más vasto él mismo, la sostiene el Egida y la lanza contra su cara a él opuesta.

Borbotones de sangre él, a la vez que cerebro y vino, por la herida y la boca vomitando, de espaldas en la húmeda arena

²⁴⁰ convulsiona. Arden los hermanos bimembres

por el asesinato y a porfía todos con una sola boca: «Las armas, las armas», dicen.

Los vinos les daban ánimos y a lo primero de la lucha copas lanzadas vuelan y los frágiles jarros y las curvadas escudillas, cosas para los festines un día, entonces para las guerras y los asesinatos aptas.

²⁴⁵ El primero el Ofiónida Ámico los penetrales de sus dones

no temió expoliar, y él el primero del santuario

arrebató, de luces denso, coruscantes, un candelabro,

y, levantado éste alto, como el que los cándidos cuellos de un toro

por romper se esfuerza con la sacrificial segur,

²⁵⁰ lo estrelló en la frente del Lápita Celadonte y sus huesos

derramados dejó, no reconocible, en su rostro.

Le saltaron los ojos y, dispersos los huesos de la cara,
echada fue atrás su nariz y fijada quedó en mitad del paladar.

A él, con un pie arrancado de una mesa de arce, el de Pela
²⁵⁵ lo tendió en tierra, Pelates, hundido en su pecho su mentón,
y con negra sangre mezclados escupiendo él sus dientes,
de tal herida geminada lo envió del Tártaro a las sombras.

«Cercano como apostado estaba contemplando los altares humosos
con su rostro terrible: «¿Por qué no», dice, «hemos de hacer uso de
ellos?»,

²⁶⁰ y con sus fuegos Grineo levanta la ingente ara,
y del tropel de los Lápitás lo arroja en la mitad
y aplasta a dos, a Bróteas y a Orío. De Orío
su madre era Mícale, la cual, que había abajado encantándola
muchas veces, constaba, los cuernos de la reluctante luna.

²⁶⁵ «No impune quedarás, no bien de un arma se me dé provisión»,
había dicho Exadio, y de un arma tiene a la traza, los que
en un alto pino estuvieran, los cuernos de un votivo ciervo.

Clavado queda de ahí Grineo con una doble rama en sus ojos,
y se le extraen los globos, de los cuales parte en los cuernos prendida
queda,

²⁷⁰ parte prendida fluye a su barba y con coagulada sangre cuelga.

He aquí que arrebatada flameante Reto de la mitad de las aras
la brasa de un ciruelo, y desde la parte derecha de Caraxo
sus sienes quebranta, protegidas por su rubio cabello.

Arrebatados por la rapaz —como mies árida— llama
275 ardieron sus pelos y en la herida la sangre quemada,
terrible su chirrido, un sonido dio, como dar el hierro
al fuego rojeciente frecuentemente suele, al que con su tenaza curvada
cuando su obrero lo saca, en las cubas lo hunde: mas él
rechina y en la agitada onda sumergido silba.

280 Herido él de sus erizados cabellos el ávido fuego sacude,
y hacia sus hombros un umbral de la tierra arrancado
levanta, carga de un carro, el cual, que no llegue a lanzar contra el
enemigo
su mismo peso hace. A un aliado también la mole de roca
aplastó, que en un espacio estaba más cercano, a Cometes.

285 Sus goces no retiene Reto: «Así, yo lo suplico», dice,
«el resto de esta multitud, de los cuarteles tuyos, sea fuerte»,
y con el medio quemado tronco renueva repetidamente la herida,
y tres y cuatro veces con un grave golpe las junturas de su cabeza
rompe y se asentaron sus huesos, líquido, en su cerebro.

290 Vencedor hacia Evagro y Córito y Drías pasa.
De los cuales, cuando cubierto en sus mejillas con su primer bozo
sucumbió Córito: «De un muchacho derribado qué gloria
nacido para ti ha», Evagro dice, y decir más Reto
no consiente y, feroz, en la abierta boca del que hablaba

295 sepultó de ese hombre, y a través de su boca en su pecho, rutilantes,
esas llamas.

A ti también, salvaje Drías, alrededor de tu cabeza blandiendo el fuego

te persigue, pero no contra ti también consiguió el mismo resultado: a él que de su asidua matanza por el éxito se congratulaba, por donde unida está al hombro la cerviz, con una estaca le clavabas, al fuego tostada.

³⁰⁰ Gimió hondo, y de su duro hueso la estaca apenas se arrancó Reto y él mismo de su sangre empapado huye. Huye también Orneo y Licabante y herido en su hombro derecho Medón y con Pisénor Taumante, y el que poco antes en el certamen de los pies había vencido a todos,

³⁰⁵ Mérmero —encajada entonces una herida más lento iba—, y Folo y Melaneo y Abante, el azote de los jabalíes, y el que a los suyos en vano de la guerra había disuadido, el augur Ástilo. Él además, al que temía las heridas, a Neso:

«No huyas. Para los hercúleos», dice, «arcos reservados serás.»

³¹⁰ Mas no Eurínomo, y Lícidas, y Areo e Ímbreo escaparon a la muerte, a los cuales todos la diestra de Drías abatió, a él enfrentados. De frente tu también, aunque tus espaldas a la huida habías dado, tu herida, Creneo, llevaste, pues grave un hierro, al volver la mirada, entre los dos ojos

³¹⁵ por donde la nariz a lo más bajo se une, encajas.

«En ese tan gran bramido por todas sin fin sus venas yacía dormido y sin despabilarse Afidas, y en su languideciente mano una copa mezclada sostenía, derramado en las vellosas pieles de una osa del Osa.

320 Al cual de lejos cuando lo vio sin levantar en vano ningunas armas,
mete en su correa los dedos y: «Para ser mezclados», dijo
Forbas, «con Estige esos vinos beberás, y sin detenerse en más
contra el joven blandió una jabalina y el herrado
fresno en el cuello, como al acaso yacía boca arriba, le entró.

325 Su muerte careció de dolor y de su garganta plena fluyó
a los divanes y a las mismas copas, negra, la sangre.

Vi yo a Petreo intentando levantar de la tierra,
llena de bellotas, una encina, a la cual, mientras con sus abrazos la
rodea

y sacude aquí y allá y su vacilante robustez agita,

330 la láncea de Pirítoo, introducida en las costillas de Petreo,
su pecho reluctante junto con la dura robustez dejó fijado.

De Pirítoo por la virtud que Lico había caído contaban,

de Pirítoo por la virtud Cromis, pero ambos menor

título a su vencedor que Dictis y Hélope dieron,

335 clavado Hélope en una jabalina que transitables sus sienes hizo,

y lanzada desde la derecha hasta la oreja izquierda penetró,

Dictis, resbalándose desde la bicéfala cima de un monte,

mientras huye temblando del que le acosa, de Ixión al hijo,

cae de cabeza, y con el peso de su cuerpo un olmo

340 ingente rompió y de sus ijares lo vistió roto.

Vengador llega Alfareo, y una roca del monte arrancada

lanzar intenta. Al que lo intentaba con un tronco de encina

asalta el Egida y de su codo los ingentes huesos
rompe y no más allá de entregar ese cuerpo inútil a la muerte
345 u ocasión tiene o se preocupa, y a la espalda del alto Biénor
salta, no acostumbrada a portar a nadie sino a sí mismo,
y le opuso la rodilla a sus costillas y reteniéndole
con la izquierda la cabellera, su rostro y su amenazante boca
con un tronco nudoso, y sus muy duras sienes, le rompió.

350 Con ese tronco a Nedimno y al alanceador Licopes
tumba, y protegido en su pecho por su abundante barba
a Hípaso y de lo más alto de los bosques prominente a Rifeo,
y a Tereo, quien en los hemonios montes los osos que cogía
llevar a su casa vivos e indignados solía.

355 No soportó que disfrutara Teseo de los éxitos
de la batalla más allá Demoleonte: con su sólido matorral
arrancar un añoso pino con gran esfuerzo intenta,
lo cual, puesto que no pudo, previamente roto lo arroja a su enemigo;
pero lejos del arma que le venía Teseo se retiró,

360 por la admonición de Palas: que se le creyera así él mismo quería.
No, aun así, el árbol inerte cayó, pues del alto Crántor
separó del cuello el pecho y el hombro izquierdo:
armero aquel de tu padre había sido, Aquiles,
a quien de los dólopes el soberano, en la guerra superado, Amíntor,
365 al Eácida había dado, de la paz, prenda y garantía.

A él, desde lejos cuando por una horrible herida desmembrado Peleo

lo vio: «mas tus ofrendas fúnebres, de los jóvenes el más grato, Crántor,
recibe», dice y con vigoroso brazo contra Demoleonte

de fresno lanzó, de su mente también con las fuerzas, un asta,

³⁷⁰ que de su costado el armazón antes rompió, y luego en sus huesos
prendida quedó

temblando: saca él con su mano sin su cúspide el leño

—éste también apenas le obedece—: la cúspide en el pulmón retenida
queda.

El mismo dolor fuerzas a su ánimo daba: enfermo contra el enemigo
se levanta y con sus pies de caballo al hombre cocea.

³⁷⁵ Recibe él los golpes resonantes en la gálea y el escudo

y defiende sus hombros y ante sí tendidas sostiene sus armas,

y a través de las axilas con un solo golpe sus dos pechos perfora.

Antes, aun así, a la muerte había entregado a Flegreo e Hiles,
desde lejos, a Ifínoo con cercano Marte, y a Clanis.

³⁸⁰ Se añade a ellos Dórilas, que las sienes cubiertas llevaba
de la piel de un lobo, y a guisa de salvaje arma los prestantes
cuernos zambos de unos bueyes, enrojecidos del mucho crúor.

A éste yo, pues fuerzas mi ánimo me daba: «Contempla», dije,
«cuánto ceden a nuestro hierro tus cuernos»,

³⁸⁵ y una jabalina blandí, la cual, como evitar no pudiera,

opuso su diestra a la que había de sufrir esas heridas, su frente.

Fijada quedó con su frente su mano. Se produce un griterío, mas a
aquél,

prendido, y por su acerba herida vencido Peleo

—pues apostado estaba el más cercano— bajo su mitad le hiere a espada el vientre.

³⁹⁰ Se abalanzó, y por la tierra, feroz, sus vísceras arrastró,
y arrastradas las pisó, y pisadas las rompió, y en ellas
sus patas también impidió, y sobre su vientre inane cayó.
Y no a ti al luchar, Cílaro, tu hermosura te redimió,
si es que a la naturaleza esa hermosura le concedemos.

³⁹⁵ Su barba era incipiente, de esa barba el color áureo, áureo
desde los hombros su pelo pendía hasta la mitad de sus espaldillas.
Agradable en su cara el vigor; su cuello y hombros y manos
y pecho a las alabadas esculturas de los artistas próximos,
y por doquiera que hombre es; ni tampoco la del caballo imperfecta y
peor

⁴⁰⁰ bajo aquel hombre la hermosura: dale cuello y cabeza
y de Cástor digno será: así su espalda montable, así son
sus pechos excelsos de sus toros. Todo que la pez negra más negro,
cándida la cola, en cambio. Su color es también, de las piernas, blanco.
Muchas a él lo pretendieron de su raza, pero una sola

⁴⁰⁵ se lo llevó, Hilónome, que la cual ninguna más hermosa mujer entre
los mediofieras habitó en los altos bosques.

Ella con sus ternuras y amándole, y que le amaba confesando,
a Cílaro sola tiene, de su ornato también, cuanto en esos
miembros existir puede, que sea su pelo por el peine liso,

⁴¹⁰ que ora de rosmarino, ora de viola o rosa
se rodee, alguna vez que canecientes lirios lleve,

y dos veces al día, bajados del vértice del pagáseo bosque,
en sus manantiales su rostro lave, dos veces en su caudal su cuerpo
moje,
y que no, salvo las que le honren, de selectas fieras,
415 o a su hombro o a su costado izquierdo tienda pieles.
Parejo amor hay en ellos: vagan en los montes a una,
grutas a la vez alcanzan. Y también entonces de los Lápitas a los techos
habían entrado a la par, a la vez esas fieras guerras hacían.
El autor en duda está: una jabalina de la parte izquierda
420 llega, y más abajo que al cuello el pecho sostiene,
Cífare, te clavó. Su corazón, de esa pequeña herida alcanzado,
junto con su cuerpo entero después que el arma fue sacada se enfrió.
En seguida Hilónome recibe murientes sus miembros
e imponiéndole la mano la herida le calienta y su boca a la boca
425 le acerca y su aliento que escapa impedir intenta.
Cuando lo ve extinguido, tras decirle cosas que el griterío a mis oídos
vedó llegar, sobre el arma que dentro de él prendida estaba
se echó, y muriendo se abrazó a su marido.
«Ante mis ojos está también aquel que, de a seis, ató
430 entre sí con entrelazados nudos de leones unas pieles,
Feócomes, protegiéndose a la vez al hombre y al caballo,
el cual, un tronco lanzando que apenas un par de yuntas moverían,
a Téctalo el Olénida desde el extremo de su cabeza lo rompió.
[Roto quedó el contorno más ancho de su cabeza, y a través de su boca

435 y a través de sus huecas narices, por los ojos y las orejas, el cerebro
blando le fluye, como cuajada por un mimbre de encina
la leche suele, o como el líquido en un ralo cedazo por su peso
mana, y se exprime espesa por los densos agujeros.]

Mas yo, mientras se dispone él de sus armas a desnudar al yacente,

440 —sabe esto tu padre—, mi espada en las profundas ijadas
del que le expoliaba hundí. Ctonio también y Teléboas
por la espada nuestra yacen: una rama el primero ahorquillada
llevaba, éste una jabalina. Con esa jabalina a mí heridas me hizo.
Sus señales ves. Se distingue todavía vieja la cicatriz de ahí.

445 En ese entonces debió a mí enviárase a tomar Pérgamo;
entonces podía del gran Héctor, si no superar,
detener sus armas con las mías. Pero en aquel tiempo ninguno,
o un niño, Héctor era. Ahora a mí me traiciona mi edad.

Para qué de Périfas, el vencedor del geminado Pireto,

450 de Ámpix para qué contarte, quien del cuadrupedante Equeclo
clavó de frente en su cara un cornejo sin cúspide.

Una tranca hundiéndole el Peletronio Macareo en el pecho
tumbó a Erigdupo. Recuerdo también que unos venablos se escondieron
en la ingle de Cimelo por las manos de Neso lanzados.

455 Y no has de creer que sólo cantaba el porvenir
el Ampicida Mopso. Con Mopso de lanzador el biforme
Hodites sucumbió y en vano intentó hablar:

a su mentón la lengua y el mentón a su garganta clavado.

Ceneo (II)

«Cinco a la muerte Ceneo había entregado, Estífelo y Bromo

⁴⁶⁰ y Antímaco y Élimo y al portador de la segur, Piracmo.

Sus heridas no las recuerdo; del número y del nombre tomé nota.

Adelante vuela, de los expolios del ematio Haleso armado,

a quien había dado muerte, de miembros y cuerpo el más grande

Latreo: su edad, entre un joven y un viejo,

⁴⁶⁵ su fuerza juvenil era; variegaban sus sienes las canas.

El cual, por su escudo y gálea y macedonia pica

conspicuo, y su faz vuelta a ambas tropas,

sus armas golpeó y en un certero círculo cabrioleó,

y palabras tantas vertió, ardido, a las vacías auras:

⁴⁷⁰ «¿También a ti, Cenis, te he de sufrir? Pues tú para mí una mujer siempre,

tú para mí Cenis serás. ¿Tu origen natal no te ha advertido

y a tu mente viene, como premios de qué acto

y por qué merced la falsa apariencia de un hombre se te ha deparado?

Qué hayas nacido mira, o qué has sufrido, y la rueca,

⁴⁷⁵ anda, coge con los canastos, y las urdimbres con tu pulgar tuerce:

las guerras deja a los hombres.» Al que profería tales cosas Ceneo

vació su costado, tenso por la carrera, lanzándole un asta

en donde el hombre con el caballo se juntaba. Enloquece él de dolor,

y, desnuda, la cara del joven Fileo hiere con su pica.

⁴⁸⁰ No de otro modo ella rebotó que de la cima de un tejado el granizo,

o si uno hiere con una pequeña piedra los huecos tímpanos.

De cerca ataca y en su costado duro por esconder

lucha su espada: para su espada lugares transitables no son.

«Mas no escaparás. Te degollará por su mitad mi espada

⁴⁸⁵ puesto que su punta está roma», dice, y de costado su espada

atraviesa, y con su larga diestra le estrecha las ijadas.

El golpe produce unos gemidos como en un cuerpo de mármol golpeado,

y rota salta en pedazos la lámina al ser sacudido tal callo.

Cuando bastante sus ilesos miembros le hubo exhibido a él, admirado:

⁴⁹⁰ «Ahora, vamos», dice Ceneo, «con el hierro nuestro tu cuerpo

probemos», y hasta la empuñadura le hundió en sus costados

la espada mortífera y ciega llevó su mano hasta sus vísceras

y la removi6 y herida en la herida hizo.

He aquí que se lanzan con vasto griterío rabiosos los bimembres,

⁴⁹⁵ y sus armas contra éste solo todos lanzan y llevan.

Las armas rebotadas caen: permanece no perforado,

y no ensangrentado Ceneo el de Élato, por golpe alguno.

Los había dejado at6nitos el insólito asunto. «Oh deshonra ingente»,

Mónico exclama. «A un pueblo se nos vence por uno solo,

⁵⁰⁰ y apenas si hombre. Aunque él hombre es; nosotros, por nuestros indolentes actos

lo que fue él somos. ¿De qué estos miembros ingentes nos aprovechan?

¿De qué esta geminada fuerza y el que los más fuertes

de la naturaleza animales en nosotros una naturaleza doble ha unido?

Y no a nosotros de madre una diosa, ni nosotros de Ixión haber

505 nacido nos creo, el que tan grande era que de la alta Juno
la esperanza concibiera: a nosotros nos vence un enemigo medio varón.
Rocas y troncos encima y todos en contra volvedle los montes,
y su vivaz aliento sacadle lanzándole sus bosques.
Que su masa le oprima la garganta y hará las veces de herida el peso.»

510 Dijo y, arrancado por las dementes fuerzas del austro,
por casualidad un tronco que hallara, lo lanzó contra su vigoroso
enemigo,
y ejemplo fue, y en poco tiempo desnudo de árbol el Otris estaba ni tenía
el Pelión sombras. Sepultado en ese ingente montón de árboles bajo su
peso

515 Ceneo bulle, y los apilados troncos en sus duros
hombros lleva, pero realmente después que sobre su rostro y su cabeza
creció su peso y no tiene, las que coja, su respiración auras,
desfallece a veces, ora a sí mismo sobre el aire en vano
levantarse intenta y volcar, a él arrojados, los bosques,

520 y a veces los mueve, como el que vemos, he ahí,
arduo, si de la tierra se agita con los movimientos, el Ida.

El resultado en duda está. Unos que bajo los inanes
Tártaros su cuerpo precipitado fue, de los bosques por la mole, decían;
lo deniega el Ampicida y de la mitad del acúmulo vio

525 de rubias alas un ave salir a las líquidas auras,
la cual entonces por primera vez, en ese entonces por última vez
contemplé.

A ella, cuando lustrando con su liviana voladura sus campamentos
Mopso, y con ingente clangor el alrededor llenando de su sonido,

lo contempló, a la par con sus ánimos y con sus ojos siguiéndola:

⁵³⁰ «Oh salve», dijo, «gloria de la raza Lápita,
el más grande hombre en otro tiempo, pero ahora ave única, Ceneo.»

Creído el asunto por el autor suyo fue. El dolor nos añadió ira,
y mal llevamos que ahogado por tantos enemigos uno solo fuera,
y no antes nos abstuvimos de dispensar dolor a hierro,

⁵³⁵ de que dada una parte a la muerte, a la otra parte la huida y la
noche alejara.»

Periclímeneo

A estas batallas entre los Lápitas y los medihombres Centauros,
al referirlas el Pilio, Tlepólemo el dolor
del preterido Alcida no pudo soportar con callada boca
y dice: «De la gloria de Hércules admirable es que olvidos te hayan
⁵⁴⁰ ocurrido a ti, señor. Ciertamente a menudo referirme
solía mi padre que los hijos de la nube dominados por él habían sido.»

Triste a esto el Pilio: «¿Por qué a recordar mis males
me obligas y, cerrados por los años, a desgarrar mis lutos
y contra tu padre mi odio y sus ofensas a confesar?

⁵⁴⁵ Él ciertamente cosas más grandes de lo creíble también hizo y el
orbe

colmó de sus méritos, lo cual preferiría poder negar.

Pero ni a Deífobo ni a Polidamante ni al propio

Héctor alabamos, pues quién alabaría a su enemigo.

Ese tu genitor, las murallas mesenias en otro tiempo

⁵⁵⁰ derribó y, no merecedoras, las ciudades de Elis y Pilos

derruyó y contra los penates míos hierro y llama
empujó, y por que a otros silencie yo, a los que él dio muerte,
dos veces seis los Nelidas fuimos, admirada juventud,
dos veces seis de Hércules cayeron, menos yo solo,
555 por las fuerzas, y que otros ser vencidos pudieran, soportable es:
prodigiosa de Periclímene la muerte es, a quien el poder tomar
figuras, cuales quisiera, y de nuevo dejar las tomadas
Neptuno había otorgado, de la sangre de Neleo el autor.
Él, cuando en vano se hubo variado en todas las formas,
560 se torna la faz de un ave que rayos en sus curvos
pies llevar suele, de los dioses la más grata a su rey.
De las fuerzas usando de esa ave, con el pico recurvado
y sus ganchudas uñas, de ese hombre había desgarrado la cara.
Tensa contra ella, demasiado certeros, el Tirintio sus arcos,
565 y entre las nubes sus sublimes miembros portando,
y suspendida, la hiere por donde al costado se une el ala.
Y grave la herida no era, pero rotos por esa herida sus nervios
le traicionan y el movimiento le niegan y las fuerzas del volar.
Cae a la tierra, al no concebir auras
570 sus infirmes alas, y por donde había quedado prendida al ala
la leve saeta, hundida fue por el peso del cuerpo abatido,
y a través de lo más alto del costado por su cuello izquierdo se salió.
¿Ahora te parece que le debo pregones de sus cosas
a tu Hércules, oh regidor bellísimo de la flota rodia?

575 Aun así, más allá que sus valientes hechos silenciando
no me vengo de mis hermanos: sólida es para mí la gracia contigo.»
Después que tal el Nelio expuso con su dulce boca,
tras el discurso del anciano, retomado el regalo de Baco,
se levantaron de los divanes. La noche fue entregada, restante, al sueño.

Muerte de Aquiles

580 Mas el dios que las ecuóreas ondas con su cúspide templa,
del cuerpo de su hijo en el ave de Faetonte tornado
en su mente se duele paterna, y lleno de odio por el salvaje Aquiles,
ejerce, memorativas, más que civilmente, sus iras.

Y ya casi arrastrada por dos quinquenios la guerra,

585 con tales razones compele al intonsurado Esmínteo:

«Oh para mí largamente el más grato de los hijos de mi hermano,
quien conmigo pusiste las defraudadas murallas de Troya,
¿acaso cuando estos recintos a punto de caer contemplas,
hondo no gimes? ¿O acaso de tantos millares asesinados

590 cuando defendían sus muros no te dueles? ¿Acaso, para no
proseguir con todos,

de Héctor la sombra no te viene, alrededor de sus Pérgamos
arrastrado?

Cuando en cambio aquel feroz, y que la guerra misma más sanguinario,
vive todavía, de la obra nuestra el devastador, Aquiles.

Ofrézcaseme a mí: de qué con mi triple cúspide sea yo capaz, haría

595 que sienta. Mas puesto que atacar de cerca al enemigo
no nos es dado, a él desprevenido pierde con una oculta saeta.»

Asiente, y al ánimo a la vez de su tío y suyo el Delio cediendo,
de una nube velado, a la tropa llega ilíaca, y en medio de esa matanza
de hombres

600 a Paris, que ralos disparos por desconocidos aqueos dispersaba,
ve, y confesándose un dios: «¿Por qué tus puntas pierdes
en la sangre de la plebe?», dice. «Si alguno es tu cuidado por los tuyos
vuélvete al Eácida y a tus hermanos asesinados venga.»

Dijo, y mostrándole, tumbando a hierro cuerpos

605 troyanos, al Pelida, sus arcos en contra vuelve de él
y unas certeras puntas le dirigió con su mortífera diestra.

De lo que Príamo el anciano gozarse después de Héctor pudiera,
esto fue. Él, así pues, de tantos el vencedor, Aquiles,
vencido fue por el cobarde raptor de una esposa griega.

610 Mas si habías tú de caer por un Marte femenino,
por el hacha doble de la del Termodonte preferirías haber caído.

Ya el temor aquel de los frigios, la honra y tutela del nombre
pelasgo, el Eácida, cabeza insuperable en la guerra,

había ardidó: lo había armado el dios mismo, el mismo lo había
cremado.

615 Ya ceniza es, y del tan grande Aquiles resta
un no sé qué pequeño que no bien llene una urna,

mas vive esa gloria que llena todo el orbe.

Ella a la medida de tal hombre corresponde y por ella es
parejo a sí mismo el Pelida y los inanes Tártaros no siente.

620 Incluso su mismo escudo, para que de quién fuera conocer puedas,

guerras mueve, y en torno de unas armas, armas se llevan.

No ellas el Tidida, no osa el Oileo Áyax,

no el menor Atrida, no aquél en la guerra mayor y en edad

demandarlas, no otros: solos, de Telamón el nacido

⁶²⁵ y el de Laertes, tuvieron la arrogancia de tan gran gloria.

De sí el Tantálida esa carga y la envidia alejó,

y a los argólicos jefes reunirse en mitad de los campamentos

ordenó, y el arbitrio de la lid traspasó a todos.

Libro decimotercero

Las armas de Aquiles

Se sentaron los generales, y con el vulgo de pie, en corro,
se levanta hacia éstos el dueño del escudo séptuple, Áyax,
y cual estaba, incapaz de soportar su ira, del Sigeo a los litorales
con torvo rostro se volvió para mirar, y a la flota en ese litoral,

⁵ y extendiendo las manos: «Tratamos, por Júpiter», dice,
«ante nuestros barcos esta causa, y conmigo se compara Ulises.

Mas no dudó en ceder de Héctor a las llamas,
las cuales yo sostuve, las cuales de esta armada ahuyenté.

Más seguro es, así pues, con fingidas palabras contender
¹⁰ que luchar con la mano, pero ni para mí el hablar es fácil,
ni actuar es para éste, y cuanto yo en el Marte feroz
y en la formación valgo, tanto vale este hablando.

Y tampoco que de recordar se hayan a vosotros mis hechos, Pelasgos,
opino: pues los visteis. Los suyos narre Ulises,

¹⁵ esos que sin testigo hace, de los que la noche cómplice sola es.

Que unas recompensas grandes se piden confieso, pero les quita honor
el rival. Para Áyax no es un orgullo poseer,
aunque sea ello ingente, algo que ha esperado Ulises.

Éste ha conseguido su recompensa ya ahora, de la pretensión esta,

²⁰ porque, cuando vencido haya sido, conmigo que ha contendido se
dirá.

«Y yo, si la virtud en mí dudosa fuera,
por mi nobleza poderosa sería, de Telamón nacido,
el que las murallas troyanas bajo el fuerte Hércules cautivó
y en los litorales colcos entró con una pagásea quilla.

²⁵ Éaco su padre es, quien las leyes a los silentes allí
otorga, donde al Eólida una piedra grave, a Sísifo, empuja.

A Éaco lo reconoce el supremo Júpiter, y vástago
confiesa que es suyo. Así, desde Júpiter el tercero: Áyax.

Y aun así este orden a mi causa no aproveche, Aquivos,

³⁰ si para mí con el gran Aquiles no es común:

hermano era, lo fraterno pido. ¿Por qué, de la sangre engendrado
de Sísifo, y en hurtos y fraude el más semejante a él,
injertas ajenos nombres en el linaje Eácida?

«¿Acaso porque a las armas el primero y sin que nadie lo indicara vine,

³⁵ estas armas negadas me han de ser, y más poderoso parecerá aquél
que las últimas las tomó, y rehusó fingiendo

locura la milicia, hasta que más astuto que él,

pero para sí mismo más dañino, las mentiras de este cobarde

corazón descubrió el Nauplíada, y lo arrastró a las evitadas armas?

⁴⁰ ¿Las mejores acaso ha de tomar, porque tomar no quiso ningunas:

yo deshonorado, y de los dones de mi primo huérfano,

porque me ofrecí a los primeros peligros, he de quedar?

«Y ojalá, o verdadero loco él, o creído fuera,

y no de camarada aquí nunca a los recintos frigios hubiera venido,

⁴⁵ instigador de crímenes. No a ti, oh vástago de Peante,
Lemnos te retendría, expuesto, con delito nuestro,
quien ahora, según cuentan, escondido en silvestres cuevas
a las rocas conmueves con tu gemir y para el Laertíada suplicas
lo que merecido ha, las cuales cosas, si dioses hay, no vanas las habrás
suplicado.

⁵⁰ Y ahora él, conjurado en las mismas armas que nosotros,
ay, parte una de los jefes, de quien por sucesor las saetas
de Hércules se sirven, quebrantado por la enfermedad y el hambre
se cubre y alimenta de aves y pájaros buscando,
debidas a los hados de Troya, fatiga sus puntas.

⁵⁵ Él, aun así, vive, porque no acompañó a Ulises.
Preferiría también, infeliz, Palamedes haber sido abandonado.
Viviría o ciertamente una muerte sin delito tendría,
al cual, demasiado conocedor éste de su mal convicto delirio,
que traicionaba la parte de los dánaos inventó e inventado probó

⁶⁰ ese delito y mostró, que ya antes había enterrado, un oro.

Así pues, o con el exilio fuerzas restó a los aquivos
o con la muerte. Así lucha, así ha de ser temido Ulises.

El cual, aunque en elocuencia al fiel Néstor incluso venza,
no conseguirá aun así que el abandonado Néstor piense yo

⁶⁵ que delito es ninguno, el cual, aunque implorara a Ulises,
por la herida de su caballo tardo, y fatigado por sus ancianos años,
traicionado por un aliado fue. Que estas acusaciones no son inventadas
por mí

lo sabe bien el Tidida, el cual, por su nombre muchas veces llamándolo, lo corrió, y su fuga reprobó a ese tembloroso amigo.

⁷⁰ Contemplan con ojos justos los altísimos las cosas mortales.

He aquí que necesita auxilio quien no lo prestó, y como él abandonó así de abandonársele había: su ley a sí mismo se había dictado él.

A gritos llama a sus aliados. Llego y lo veo estremecido y palideciente de miedo y temblando de la muerte futura.

⁷⁵ Opuse la mole de mi escudo y le cubrí yacente y le salvé un aliento —lo menor es tal de mi gloria— inerte.

Si persistes en rivalizar, al lugar volvamos aquel.

Vuelve al enemigo y a la herida tuya y a tu acostumbrado temor, y detrás de mi escudo ocúltate, y conmigo contiene bajo él.

⁸⁰ Mas después que lo saqué de allí, al que para estar en pie sus heridas fuerzas no daban, por ninguna herida demorado huye.

«Héctor acude y consigo sus dioses a la batalla lleva, y por donde se lanza no tú solamente te aterras, Ulises, sino los fuertes incluso, tanto arrastra él de temor.

⁸⁵ A él yo, por el éxito de su sangrienta matanza triunfante, desde lejos con un ingente peso boca arriba lo derribé;

a él yo, demandando él a quien abalanzarse, solo le resistí, y por la suerte mía hicisteis votos, aquivos, y valieron vuestras plegarias. Si preguntáis de esta

⁹⁰ batalla la fortuna, no fui vencido de él.

He aquí que llevan los troyanos hierro y fuegos y a Júpiter

contra las dánaas flotas: ¿dónde ahora el elocuente Ulises?

Por supuesto yo protegí, mil, con mi pecho las popas,

la esperanza de vuestro regreso: dadme a cambio de tantas naves esas armas.

⁹⁵ Y si la verdad lícito me es decir, se les procura a ellas,

que a mí, mayor honor, y conjunta la gloria nuestra es,

y aun Áyax por esas armas, no por Áyax esas armas, son pedidas.

Compare con esas cosas el de Ítaca a Reso, al no aguerrido Dolón

y al Priámida Héleno, con la raptada Palas capturado:

¹⁰⁰ a la luz nada hizo él, nada, de Diomedes alejado.

Si de una vez dais a méritos tan viles esas armas,

divididlas y la parte sea mayor de Diomedes en ellas.

«¿Para qué, aun así, ellas al de Ítaca, quien a escondidas, quien siempre inerte

las cosas hace y con sus hurtos engaña al incauto enemigo?

¹⁰⁵ El mismo brillo de la gálea, radiante de su oro claro,

sus insidias traicionará y de manifiesto le pondrá, agazapado.

Pero ni esa cabeza duliquia, bajo el yelmo de Aquiles,

pesos tan grandes soportará, ni la no poco pesada y grave

asta de Pelias puede ser para unos no aguerridos brazos

¹¹⁰ ni el escudo, del vasto mundo labrado con la imagen

convendrá a una cobarde y nacida para los hurtos izquierda:

para qué pretendes, que te hará flaquear, malvado, un regalo,

que a ti, si del pueblo aqueo te lo donara el yerro,

razón por que seas expoliado te será, no por que seas temido del enemigo,

¹¹⁵ y la huida, en la que sola a todos, cobardísimo, vences,
tarda te habrá de ser tirando de cargas tan grandes.

Suma que este escudo tuyo, que tan raramente combates
ha sufrido, entero está. Para el mío, que de soportar armas
por mil tajos está abierto, un nuevo sucesor ha de haber.

¹²⁰ Finalmente —porque, qué menester de palabras hay—
contémplesenos actuando.

Las armas de ese hombre fuerte se lancen en mitad de los enemigos.

De allí ordenad que se busquen, y al que las devuelva ornad con ellas
devueltas.»

Había terminado de Telamón el vástago, y seguido había
a lo último un murmullo del pueblo, hasta que el Laertio héroe

¹²⁵ se acercó y sus ojos, un poco en la tierra demorados,
sostuvo hacia los próceres y con un ansiado sonido

liberó su boca, y no falta a sus disertas palabras la gracia:

«Si los míos junto con los votos vuestros poderosos hubieran sido,
Pelasgos,

no sería dudoso de tan gran certamen el heredero,

¹³⁰ y tú tus armas, nosotros a ti te poseeríamos, Aquiles,

al cual, puesto que no justos a mí y a vosotros nos lo negaron

los hados —y con la mano a la vez, como llorosos, se secó

los ojos— ¿quién al grande mejor ha de suceder, a Aquiles,

que aquél merced al cual el gran Aquiles sucedió a los dánaos?

¹³⁵ A éste, con sólo que no le aproveche que obtuso, cual es, parece él
ser,

y no me perjudique a mí el que a vosotros siempre, aquivos,

os aprovechó mi ingenio, y con que esta elocuencia mía, si alguna es,
que ahora en favor de su dueño, en favor vuestro muchas veces ha
hablado,

de inquina carezca y los bienes suyos cada uno no rehúse.

¹⁴⁰ «Pues mi linaje y bisabuelos y cuanto no hicimos nosotros mismos
apenas ello nuestro lo llamo, pero ya que refirió Áyax

que era él de Júpiter el bisnieto, de mi sangre también el autor

Júpiter es y los mismos pasos disto de él,

pues Laertes mi padre es, Arcesio el de él,

¹⁴⁵ Júpiter de éste, y no entre ellos ninguno condenado y desterrado.

Es también merced a mi madre el Cilenio, añadida a nos,

segunda nobleza: un dios hay en cada uno de mis padres.

Pero no porque soy más noble por mi origen materno,

ni porque mi padre de la sangre de su hermano es inocente

¹⁵⁰ esas propuestas armas pido: por nuestros méritos sopesad esta
causa,

en tanto que, porque hermanos Telamón y Peleo fueron,

de Áyax el mérito no sea tampoco de su sangre el orden,

sino que el honor de la virtud se busque en los expolios estos,

o si el parentesco y el primer heredero se requiere,

¹⁵⁵ es su padre Peleo, es Pirro hijo de él:

¿cuál el lugar de Áyax? A Ftía ellas o a Esciros sean llevadas,

y no menos es que éste Teucro primo de Aquiles,

¿mas, acaso las pide él? ¿Acaso, si las pidiera, las llevaría?

Así pues, de nuestras obras puesto que el desnudo certamen se tiene,

160 más cosas ciertamente he hecho que las que abarcar en mis palabras

a mi alcance está: por el orden de tales cosas aun así me guiaré.

Presabedora de su futura muerte, su madre, la Nereia,

disimula con su atavío a él de niño, y había engañado a todos,

entre los cuales a Áyax, del adoptado vestido la falacia:

165 unas armas yo, que habrían de conmover su ánimo viril,

entremetí con las femeninas mercancías, y todavía no se había despojado el héroe

de sus virginales atuendos, cuando a él, la rodela y el asta sosteniendo:

«Nacido de diosa», le dije, «para que la destruyas tú se reserva

Pérgamo, ¿cómo dudas en abatir la ingente Troya?»,

170 y le eché la mano, y, fuerte, a fuertes cosas le envié.

Así pues las obras de él mías son: yo a Télefo combatiente

con el asta dominé, y vencido y suplicante lo restablecí.

Que Tebas cayera mío es, a mí acreditad Lesbos,

a mí Ténedos y Crise y Cila, de Apolo las ciudades,

175 y el que Esciros fuera tomada. Por mi diestra golpeadas

considerad que yacieron en el suelo las murallas lirnesias,

y, porque de otros calle, el que al salvaje Héctor perder

pudiera, sin duda os di: por mí yace el ilustre Héctor.

Éstas, por aquéllas armas con las que fue descubierto Aquiles,

180 armas pido: a él vivo yo se las había dado, tras sus hados las reclamo.

«Cuando el dolor de uno solo llegó a todos los dánaos,

y la Áulide de Eubea llenaron mil quillas,

ansiadas mucho tiempo, ningunas o contrarias a la flota
las brisas eran, y duras ordenaron a Agamenón unas venturas,
185 sin ella merecerlo, que para la salvaje Diana a su hija inmolará.

Deniega esto su padre, y contra los divinos mismos se encona,
y en el rey, con todo, un padre hay. Yo el tierno natural
de ese padre, con mis palabras, a los públicos intereses volví:
ahora yo, ciertamente lo confieso —y al confeso perdone el Atrida—,
190 esta difícil causa la sostuve bajo un no justo juez.

A él, aun así, la utilidad del pueblo y su hermano y el sumo
poder del cetro a él dado le conmueven, su gloria a que con esa sangre
compense.

Se me manda también a su madre, que no de exhortar se había,
sino de engañar con astucia, adonde si el Telamonio hubiese ido,
195 huérfanos estarían todavía ahora los lienzos de sus vientos.

Se me envía también, audaz orador, de Ilión a los recintos.

Vista y hollada fue por mí la curia de la alta Troya,
y llena todavía estaba ella de sus varones. Impertérrito llevé,
la que a mí había encomendado Grecia, la común causa,
200 e inculpo a Paris, y el botín y a Helena reclamo, y conmuevo
a Príamo y, a Príamo unido, a Anténor.

Mas Paris y sus hermanos y los que secuestraron bajo su mando
apenas contuvieron sus manos sacrílegas, sabes esto Menelao,
y el primer día de nuestro peligro contigo fue aquel.

205 Larga es la demora de referir lo que con mi consejo y mi mano

de utilidad hice en el tiempo de esa espaciosa guerra.

Después de las batallas primeras en las murallas de su ciudad los
enemigos

se contuvieron mucho tiempo, y provisión de abierto Marte

alguna no hubo. En el décimo año por fin hemos luchado:

²¹⁰ ¿qué haces tú entre tanto, quien de nada sino de combates sabes?

¿Cuál tu utilidad era? Pues si mis hechos requieres,

a los enemigos insidio, con una fosa sus baluartes ciño,

conforto a los aliados para que los hastíos de esa larga guerra

con mente lleven plácida, enseño de qué modo hemos de alimentarnos

²¹⁵ y de armarnos, se me envía adonde postula la utilidad.

«He aquí que por admonición de Júpiter, engañado por la imagen de un
sueño,

el rey ordena el cuidado abandonar de la emprendida guerra.

Él puede, por su autor, defender su voz.

Que no permita tal Áyax y que se destruya Pérgamo demande,

²²⁰ y que, lo que él puede, luche. ¿Por qué no detiene a los que se iban a
marchar?

¿Por qué no las armas coge y ofrece lo que la errante multitud prosiga?

No era tal demasiado para quien nunca sino de cosas grandes habla.

¿Y qué de que también él huye? Yo vi, y me avergonzó ver,

cuando tú las espaldas dabas y una deshonrosas velas preparabas,

²²⁵ y sin demora: «¿Qué hacéis? ¿Qué demencia», dije,

«os impulsa a abandonar la capturada Troya,

y qué a casa lleváis en este décimo año, sino la deshonra?»

Con tales cosas y otras, para las que el dolor mismo elocuente

me había hecho, vueltos ya, desde la prófuga flota les hice regresar.

²³⁰ Convoca el Atrida a unos aliados de terror agitados:

y el Telamónida aun entonces a abrir la boca

no osa, mas osado había contra los reyes a arremeter con palabras insolentes

Tersites incluso, merced a mí no impunemente.

Me pongo de pie y a los agitados ciudadanos exhorto contra el enemigo

²³⁵ y su perdida virtud con mi voz reclamo.

Desde el tiempo ese, cuanto pueda parecer que ha hecho

valientemente éste mío es, quien al que daba sus espaldas arrastré de vuelta.

«Finalmente de los dánaos quién te alaba o busca?

Mas el Tidida conmigo comunica sus actos,

²⁴⁰ a mí me aprueba y en su aliado siempre confía Ulises.

Es algo, de tantos miles de griegos, que solo yo

por Diomedes sea elegido —y la ventura no ir me ordenaba—,

así y todo —y despreciado, de la noche y del enemigo, el peligro—,

al que osaba lo mismo que nosotros del pueblo frigio, a Dolón,

²⁴⁵ doy muerte, no antes en cambio de que todo le obligué

a traicionar y me instruí de qué preparaba la pérvida Troya.

Todo lo había sabido y cosa por espiar no tenía

y ya con la prometida gloria podía retornar:

no contento con ello fui a las tiendas de Reso

²⁵⁰ y en sus propios campamentos a él mismo y a su comitiva di muerte,

y así en el cautivo carro, vencedor y de mis votos dueño,

entro, remedando él los gozosos triunfos.

De aquel cuyos caballos como precio por aquella noche había demandado

el enemigo, sus armas negadme a mí, y fuera más benigno Áyax.

²⁵⁵ ¿A qué referir, del licio Sarpedón, las tropas por el hierro mío devastadas? Con mucha sangre derramé

a Cérano el Ifítida, y a Alástor y a Cromio,

y a Alcandro y a Halio y a Noemon y a Prítanis,

y a su final entregué, con Quersidamas, a Toón

²⁶⁰ y a Carops, y por unos hados despiadados llevado a Énnomo,

y los que menos célebres bajo las murallas de la ciudad

sucumbieron por mi mano. Tengo también yo heridas, ciudadanos,

por su mismo lugar bellas. Y no creáis, vanas, mis palabras.

Contemplad aquí», y la ropa con la mano se apartó. «Éste es

²⁶⁵ un pecho», dice, «siempre en vuestras cosas esforzado.

Mas nada gastó durante tantos años el Telamonio

de su sangre en sus aliados y tiene sin herida un cuerpo.

«¿Qué, aun así, esto importa, si que él por la flota pelasga

sus armas haber llevado cuenta contra los troyanos y Júpiter?

²⁷⁰ Y confieso que las llevó, pues detractar malignamente

los méritos mío no es, pero para que de los comunes él solo

no se apodere, y algún honor a vosotros también os devuelva,

rechazó el Actórida, seguro bajo la imagen de Aquiles,

a los troyanos de las que iban a arder con su defensor, nuestras quillas.

275 Que osó también él solo a lanzarse de Héctor contra las armas
se cree él, olvidado del rey, de los jefes y de mí,
novenos él en ese servicio, y antepuesto por regalo de la suerte.
Pero aun así el resultado de la batalla de vos, oh fortísimo,
¿cuál fue? Héctor salió, violado por herida ninguna.

280 Triste de mí, con cuánto dolor se me obliga a recordar
el tiempo aquel en que, de los griegos el bastión, Aquiles,
sucumbió. Y a mí las lágrimas y el luto y el temor
no me retrasaron de que su cuerpo de la tierra, sublime, no recogiera.
Con estos hombros, con estos, digo, hombros, yo el cuerpo de Aquiles

285 y a la vez sus armas llevé, las que ahora también por llevar me
afano.

Tengo yo, que valgan para tales pesos, fuerzas,
tengo un ánimo, ciertamente, que estos honores vuestros ha de
reconocer,

¿o no está claro, por ello, que a favor de su hijo su azul
madre ambicionó que estos celestes dones,

290 de arte tan grande una labor, un rudo y sin corazón soldado
los vistiera? Y ya que del escudo los labrados no conoce,
el Océano y las tierras y con su alto cielo las estrellas
y las Pléyades e Híades e inmune de la superficie la Ursa
y sus diversas ciudades y nítida de Orión su espada,

295 demanda empuñar unas armas que no entiende.

¿Y qué de que a mí, cuando yo huía de los regalos de la dura guerra,
me tacha de que tarde acudía a la emprendida labor,

y que habla mal él del magnánimo Aquiles no nota?

Si a haber disimulado llamas culpa, disimulamos ambos;

³⁰⁰ si la demora por culpa es, yo fui más presto que él.

A mí una piadosa esposa me detuvo, su piadosa madre a Aquiles,

y los primeros fueron a ellas dados de nuestros tiempos, el resto a vosotros.

No temo yo, si incluso no pudiera defenderlo, una culpa

común con tan gran varón: cogido por el ingenio

³⁰⁵ de Ulises, aun así, él fue, pero no por el de Áyax Ulises.

Y de que contra mí los insultos de su estúpida lengua

vierta él no nos asombremos, a vosotros también cosas dignas de pudor

os ha objetado. ¿O acaso a Palamedes de un falso delito haber acusado

indecente es para mí, para vosotros, haberlo condenado, decoroso?

³¹⁰ Pero ni el Nauplíada una fechoría defender pudo tan grande

y tan patente, ni vosotros oísteis en él

sus culpas: lo visteis y en pago lo expuesto patente estaba.

Y porque al Penatíada lo tiene la vulcania Lemnos,

ser yo reo no he merecido —la acción defended vuestra,

³¹⁵ pues lo consentisteis—, ni que yo os persuadí negaré:

para que se sustrajera él, de la guerra y del camino, a la fatiga,

e intentara sus fieros dolores con el descanso mitigar.

Me obedeció y vive. No esta opinión sólo

leal, sino también feliz, aunque sea bastante el ser fiel.

³²⁰ Al cual, puesto que los profetas para destruir Pérgamo

le demandan, no me encarguéis a mí: mejor el Telamonio irá
y con su elocuencia a ese hombre, por sus enfermedades e ira furioso,
lo ablandará o aquí lo traerá, astuto, con algún arte.

Antes hacia atrás el Simois fluirá y sin frondas el Ida

³²⁵ se alzará y auxilio enviará Acaya a Troya,

que, cesando mi pecho a favor de vuestros estados,

de Áyax, el estúpido, la astucia aproveche a los dánaos.

Aunque seas hostil a los aliados, al rey y a mí,

duro Filoctetes, aunque execres y maldigas

³³⁰ sin fin mi cabeza y deseas que yo te sea acaso entregado

en tu dolor, y mi crúor apurar, y que con tal de que

de tu presencia yo, hágase que de la mía tú dispongas:

a ti, aun así, me acercaré y por regresarte conmigo pugaré

y tanto de tus saetas me apoderaré favorézcame la fortuna

³³⁵ cuanto me hube del dardanio adivino, al que apresé, apoderado,

cuan to las respuestas de los dioses y los troyanos hados descubrí,

cuan to arrebaté a Frigia la imagen sacrosanta de Minerva

de la mitad de los enemigos. ¿Y que a mí se compare Áyax?

Naturalmente que se tomara Troya prohibían los hados sin él:

³⁴⁰ ¿Dónde está el fuerte Áyax? ¿Dónde están las ingentes palabras

de ese gran varón? ¿Por qué aquí tienes miedo? ¿Por qué osa Ulises

y por entre las vigilancias y a encomendarse a la noche

y a través de fieras espadas no solo en las murallas de los troyanos,

sino incluso en lo más alto de las fortalezas a penetrar y de su

345 santuario robar a la diosa y robada a traerla a través de los enemigos?

Lo cual, si no hubiese hecho yo, en vano de Telamón el nacido hubiese llevado en la izquierda de sus siete toros las pieles.

En aquella noche por mí nuestra victoria a Troya parida fue: Pérgamo entonces vencí, cuando a que ser vencida pudiera obligué.

350 Deja, con el rostro y tu murmullo, de señalarme

a mi querido Tidida. Parte hay suya de la gloria en ello.

Y tú, cuando el escudo a favor de la aliada flota sostenías, tampoco solo estabas: a ti una multitud secuaz, a mí me tocó él solo.

El cual, si no supiera él que el luchador menor que el inteligente

355 es, y que no a una indómita diestra se deben estos premios,

él también los pidiera, los pidiera más moderado Áyax,

y Eurípilo el feroz, y del claro Andremon el nacido,

y no menos Idomeneo, y de la patria misma engendrado

Meriones, los pidiera del mayor Atrida su hermano:

360 pero como quiera que de mano fuertes, y no son a ti en el Marte segundos,

a los consejos cedieron míos. La diestra tuya para la guerra

útil; tu ingenio es cual necesita del gobierno nuestro.

Tú tus fuerzas sin pensamiento conduces, cuidado mío es el de lo futuro.

Tú combatir puedes, del combate los tiempos conmigo

365 elige el Atrida. Tú sólo con tu cuerpo eres útil,

nos con el ánimo, y en cuanto quien modera el barco sobrepasa

del remero el servicio, en cuanto el general que el soldado más grande,

en tanto yo te supero. Y no poco en mi cuerpo
mi pecho es más poderoso que mi mano: mi vigor todo está en él.

370 «Mas vosotros, oh próceres, a la tutela vuestra sus premios dad,
y a cambio del cuidado de tantos años que ansioso pasé,
este título, que de compensar ha los méritos míos devolvedme:
ya la labor en su fin está. Los opuestos hados aparté
y, que pudiera ser tomada la alta Pérgamo haciendo, la tomé.

375 Por nuestras esperanzas ahora comunes, y por las murallas de los
troyanos que van a caer,

y por esos dioses os ruego que al enemigo hace poco he arrebatado,
por cuanto resta, si algo, que con inteligencia haya de hacerse,
si algo todavía audaz y súbito de acometerse ha,
si de Troya a los hados que algo resta pensáis

380 de mí acordaos, o si a mí no me dais las armas,

a ella dádselas», y muestra la estatua hadada de Minerva.

Conmovidó ese puñado de próceres quedó, y, de qué la elocuencia fuera
capaz,

con la situación se hizo patente, y del fuerte varón llevó las armas el
diserto.

A Héctor quien solo, quien el hierro y los fuegos y a Júpiter

385 sostuvo tantas veces, sola no sostiene a su ira

y a ese no vencido varón venció el dolor: arranca su espada

y: «Mía ésta ciertamente es, ¿o también a ella para sí demanda Ulises?

Ella», dice, «he de usar contra mí yo, y la que de la sangre

muchas veces de los frigios se ha mojado, de su dueño ahora con la
muerte se mojará,

390 para que nadie a Áyax pueda superar sino Áyax»,
dijo y en su pecho, que entonces al fin heridas sufría,
por donde patente estaba al hierro, letal sepultó su espada.

Y no pudieron las manos sacar la enclavada arma:

la expulsó el propio crúor, y enrojecido de sangre el suelo

395 purpúrea engendró del verde césped una flor,

la que antes había de la herida del Ebalio nacido.

Una letra común en el medio, al muchacho y a este varón,

inscrita está de sus hojas, ésta de su nombre, aquélla de su queja.

La caída de Troya

El vencedor de Hipsípila a la patria y del claro Toante

400 y a las tierras infames de la matanza de sus viejos varones,

sus velas da para traer de vuelta, del Tirintio las armas, las saetas.

Las cuales, después que a los griegos, con su dueño acompañándole, las reportó,

impuesta le fue al fin la mano última a esa fiera guerra.

Troya y a la vez Príamo caen. De Príamo la esposa

405 perdió la infeliz después de todo aquello de humana

su figura y con un nuevo ladrido aterró auras extrañas,

por donde en angostura se cierra largo el Helesponto.

Ilión ardía, y todavía no se había asentado el fuego

y del viejo Príamo el ara de Júpiter el exiguo crúor

410 había bebido, y arrastrada de sus cabellos la sacerdotisa de Febo,

que no habían de aprovecharle, tendía al éter las palmas.

A las dardanias madres, a las imágenes de sus patrios dioses
mientras pueden abrazadas, y sus incendiados templos ocupando,
las arrastran vencedores los griegos, envidiosos premios.

⁴¹⁵ Es lanzado Astíanax desde aquellas torres de donde
luchando por sí mismo, y sus atávicos reinos guardando,
muchas veces ver a su padre, mostrado por su madre, solía.

Y ya a la ruta persuade el Bóreas y son su soplo favorable
los linos movidos suenan: ordena el marinero que se aprovechen los
vientos.

⁴²⁰ «Troya, adiós, nos roban», gritan, dan besos a su tierra
las troyananas: de su patria los humantes techos atrás dejan.

La última ascendió a la flota, triste de ver,
en mitad de los sepulcros encontrada Hécuba de sus hijos.

Abrazando sus túmulos y a sus huesos besos dando

⁴²⁵ la arrastraron unas duliquias manos. Aun así del único sacó
y en su seno las cenizas consigo se llevó sacadas de Héctor.

De Héctor en el túmulo de su cana cabeza un pelo,
ofrendas funerarias pobres, un pelo y sus lágrimas dejó.

Hay, donde Troya estuvo, a la de Frigia contraria una tierra,

⁴³⁰ habitada por los varones bistonios. De Poliméstor allí
el real rico estaba, a quien a ti te encomendó para que te educara
a escondidas, Polidoro, tu padre y te apartó de las frigias armas,
un plan sabio si, del crimen botín, grandes riquezas
no hubiera añadido, agujada de un espíritu avaro.

435 Cuando cayó la fortuna de los frigios coge el impío su espada,
el rey de los tracios, y en la garganta la hunde de su ahijado
y como si quitarse junto con el cuerpo sus culpas pudieran,
exánime por una peña lo lanzó, a ellas sometidas, a las ondas.

En el litoral tracio su flota había amarrado el Atrida

440 mientras el mar pacificado, mientras el viento más amigo le fuese.

Aquí súbitamente, cuan grande cuando vivía ser solía,
sale de la tierra anchamente rota, y cual si amenazante
el rostro del tiempo aquel volviera a llevar Aquiles,
en el que fiero al injusto Agamenón buscaba a hierro y:

445 «¿Olvidados de mí partís», dice, «aquivos,
y sepultada ha sido conmigo la gracia de la virtud nuestra?
No lo hagáis, y para que mi sepulcro no sea sin su honor,
aplaque a los manes de Aquiles, inmolada, Políxena.»

Dijo y obedeciendo sus compañeros a la despiadada sombra,

450 arrebatada del seno de su madre, a la que ya casi sola calor daba,
fuerte e infeliz y más que mujer esa virgen,
es conducida al túmulo y se la hace víctima de una siniestra hoguera.

La cual, acordada ella de sí misma, después que a las crueles aras
acercada fue y sintió que para ella unos fieros sacrificios se
preparaban,

455 y cuando a Neoptólemo apostado y el hierro sosteniendo
y en su rostro vio que fijaba él sus ojos:

«Utiliza ahora mismo esta generosa sangre», dijo,

«ninguna demora hay: tú en la garganta o en el pecho tu arma
esconde mío», y su garganta a la vez y pecho descubrió.

460 «Claro es que a nadie servir yo, Políxena, quisiera.

No merced a tal sacrificio a divinidad aplacaréis ninguna.

La muerte mía sólo quisiera que a mi madre engañar pudiera:
mi madre me estorba y minora de la muerte mis goces, aunque
no mi muerte para ella, sino su vida de gemidos digna es.

465 Vosotros, sólo, para que a los estigios manes no acuda no libre,
idos lejos, si cosa justa pido, y de mi contacto de virgen
apartad vuestras manos. Más acepta para aquél,
quien quiera que él es, a quien con el asesinato mío a aplacar os
disponéis,

libre será mi sangre. Si a alguno de vosotros, aun así, las últimas
palabras

470 conmueven de mi boca —de Príamo a vosotros la hija, del rey,
no una cautiva os ruega— a mi madre mi cuerpo no vendido
devolved, y no con oro redima el derecho triste de mi sepulcro,
sino con lágrimas. Entonces, cuando podía, los redimía también con
oro.»

Había dicho, mas el pueblo las lágrimas que ella contenía

475 no contiene. También llorando e involuntario el mismo sacerdote,
su ofrecido busto rompió, a él lanzado el hierro.

Ella sobre la tierra, al desfallecer su corva cayendo,
mantuvo no temeroso hasta sus hados postreros el rostro.

Entonces también su cuidado fue el de velar sus partes de cubrir dignas,

480 al caer, y la honra salvar de su casto pudor.

Las troyanas la reciben y los llorados Priámidas recuentan
y cuántas sangres diera una casa sola,
y por ti gimen, virgen, y por ti, oh ahora poco regia esposa,
regia madre llamada, de la Asia floreciente la imagen,
485 ahora incluso de un botín mal lote, a la que el vencedor Ulises
que fuera suya no quería, sino porque, con todo, a Héctor de tu parto
diste a luz: un dueño para su madre apenas halla Héctor.
La cual, ese cuerpo abrazando inane de alma tan fuerte,
las que tantas veces a su patria había dado, e hijos y marido,
490 a ella también da esas lágrimas. Lágrimas en sus heridas vierte,
de besos su boca y rostro cubre y su acostumbrado pecho en duelo
golpea,
y la canicie suya, coagulada de sangre barriendo,
más cosas ciertamente, pero también éstas, desgarrado el pecho, dice:
«Hija mía, de tu madre, pues qué resta, el dolor último,
495 hija, yaces, y veo, mis heridas, tu herida:
y, para que no perdiera a ninguno de los míos sin asesinato,
tú también herida tienes. Mas a ti, porque mujer, te pensaba
del hierro a salvo: caíste también mujer a hierro,
y a tantos tus hermanos el mismo, a ti te perdió él mismo,
500 destrucción de Troya y de mi orfandad el autor, Aquiles.
Mas después que cayó él de Paris y de Febo por las saetas,
ahora ciertamente, dije, miedo no se ha de tener de Aquiles: ahora
también
miedo yo le había de tener. La ceniza misma de él sepultado

contra la familia esta se ensaña y en su túmulo también sentimos a este enemigo.

505 Para el Eácida fecunda he sido. Yace Ilión, ingente,
y con resultado grave finalizado fue de nuestro pueblo el desastre,
pero finalizado, aun así. Sola a mí Pérgamos restan
y en su curso mi dolor está, ahora poco la más grande de su estado,
de tantos yernos e hijos poderosa, y de nuera, y esposo,

510 ahora se me arrastra desterrada, pobre, desgarrada de los túmulos
de los míos,

de Penélope el regalo, la cual a mí, los pesos de la lana dados
arrastrando,

mostrándome a las madres de Ítaca: «Ésta de Héctor aquélla es,

la brillante madre; ésta es», dirá, «de Príamo la esposa»,

y después de tantos perdidos tú ahora, la que sola aliviabas

515 de una madre los lutos, unas enemigas hogueras has expiado.

Ofrendas fúnebres para el enemigo he parido. ¿Para qué, férrea, resto

o a qué espero? ¿Para qué me reservas, añosa senectud?

¿Para qué, dioses crueles, sino para que nuevos funerales vea,

vivaz mantenéis a esta anciana? ¿Quién feliz pensaría

520 que Príamo se podría decir después de derruida Pérgamo?

Feliz por la muerte suya es, y no a ti, mi hija, perecida

te mira y su vida al par que su reino abandonó.

Mas, creo yo, de funerales serás dotada, regia virgen,

y se sepultará tu cuerpo en los monumentos de tus abuelos.

525 No tal es la fortuna de esta casa; como regalos de tu madre

te tocarán los llantos y un puñado de extranjera arena.

Todo lo hemos perdido: me resta, por lo que vivir un tiempo
breve sostenga, retoño muy grato a su madre,
ahora él solo, antes el menor de mis hijos varones,
530 entregado al rey ismario en estas orillas, Polidoro.
¿Qué espero, entre tanto, para sus crueles heridas con linfas
purificar y asperjado de despiadada sangre su rostro.»
Dijo, y al litoral con su paso avanzó de vieja,
lacerada en sus blanqueciantes cabellos: «Dadme, Troyanas, una urna»,
535 había dicho la infeliz, para sacar líquidas aguas.
Contempla, arrojado en ese litoral, de Polidoro el cuerpo
y hechas por las armas tracias sus ingentes heridas.
Las troyanas gritan, enmudeció ella de dolor
y al par sus lágrimas y su voz hacia dentro brotadas
540 las devora el mismo dolor, y muy semejante a una dura roca
se atiere y, a ella opuesta, clava ora sus ojos en la tierra,
a veces torvo alza al éter su rostro,
ahora abajando el suyo contempla el rostro de su hijo, ahora sus
heridas,
sus heridas principalmente, y se arma y guarnece de ira.
545 De la cual, una vez se inflamó, tal cual si reina permaneciera,
vengarse decide y del castigo en la imagen toda ella está,
y como enloquece, de su cachorro lactante orfanada una leona
y las señales hallando de sus pies sigue a ése que no ve, a su enemigo,
así Hécuba, después que con el luto mezcló su ira,

550 no olvidada de sus arrestos, de sus años olvidada,
marcha al artífice, Poliméstor, del siniestro asesinato
y su conversación pretende, pues ella mostrarle quería,
dejado atrás, oculto para él, que a su hijo le devolviera, un oro.

Lo creyó el Odrisio y acostumbrado del botín al amor,

555 a unos retiros viene. Entonces, artero, con tierna boca:

«Deja las demoras, Hécube», dijo. «Dame los regalos para tu hijo.

Que todo ha de ser de él, lo que me das, y lo que antes diste,

por los altísimos juro.» Contempla atroz al que así hablaba

y en falso juraba, y de henchida ira se inflama,

560 y así cogido a las filas de las cautivas madres

invoca y sus dedos en esos traidores ojos esconde

y le arranca de las mejillas los ojos —la hace la ira dañina—

y dentro sumerge las manos y manchada de esa sangre culpable

no su luz —pues no la había—, los lugares de su luz saca.

565 Por el desastre de su tirano de los tracios el pueblo irritado,

a la troyana con lanzamiento de armas y de piedras empezó

a atacar, mas ella a una lanzada roca con ronco gruñido

a mordiscos persigue, y con sus comisuras, para las palabras
preparadas,

ladró al intentar hablar. El lugar subsiste y del rey

570 el nombre tiene, y de sus viejas desgracias mucho tiempo ella
memorativa,

entonces también aulló, afligida, por los sitonios campos.

A los troyanos suyos, y a los enemigos pelasgos,

la fortuna suya a los dioses también conmovido había a todos,
así a todos, que también la propia esposa y hermana de Júpiter,
575 que esos sucesos Hécuba había merecido negaría.

Memnón

No da tiempo a la Aurora, aunque las mismas armas alentaba,
de los desastres y el caso de Troya y Hécuba a conmoverse.

Un cuidado a la diosa más cercano y un luto doméstico angustia,
el de su Memnón perdido, a quien en los frigios campos

580 gualda lo vio, sucumbiendo de Aquiles por la cúspide, su madre.

Lo vio y aquel color con el que matinales rojecen

los tiempos, había palidecido, y se escondió entre nubes el éter.

Mas no, impuestos a los supremos fuegos sus miembros,

sostuvo el contemplarlos su madre, sino que el pelo suelto,

585 tal como estaba, a las rodillas postrarse del gran Júpiter

no tuvo a menos, y a sus lágrimas añadir estas palabras:

«A todas inferior que las que sostiene el áureo éter

—pues míos hay rarísimos templos por el orbe todo—,

divina, aun así, he venido no para que santuarios y días

590 me des a mí sacrificiales y, que se calentaren a fuegos, aras.

Si aun así contemplas cuánto a ti, siendo mujer, te deparo,

en ese entonces cuando con la luz nueva de la noche los confines
preservo,

que premios se me han de dar puedes creer. Pero no ese mi cuidado, ni
este es

ahora el estado de la Aurora, que merecidos demande sus honores:

595 del Memnón huérfana mía vengo, que fuertes en vano
a favor de su tío llevó sus armas, y en sus primeros años
cayó por el fuerte —así vosotros lo quisisteis— Aquiles.

Dale, te suplico, a él, consuelo de su muerte, algún honor,
sumo de los dioses regidor, y mis maternas heridas mitiga.

600 Júpiter había asentido, cuando, ardua, con su alto fuego
se derruyó su hoguera, y las espiras de negro humo
inficionaron el día como cuando los caudales exhalan,
en ellos nacidas, sus nieblas y el sol no es admitido bajo ellas.

La negra pavesa vuela y aglomerada en un cuerpo solo

605 se densa y forma coge y toma el color

y el ánimo del fuego: la levedad suya le presta alas,

y al principio semejante a un ave, luego verdadera ave,

resonó con sus alas: al par sonaron sus hermanas

innúmeras, de las cuales es el mismo su natal origen,

610 y tres veces la hoguera lustran y consonante sale a las auras
tres veces un plañido, a la cuarta voladura separan sus cuarteles.

Entonces dos pueblos desde diversas partes, feroces,

guerras sostienen, y con los picos y corvas uñas iras

ejercen y sus alas y opuestos pechos fatigan

615 y, fúnebres ofrendas, caen sus emparentados cuerpos a la ceniza
sepultada, y, que ellas de un varón fuerte nacieron, recuerdan.

A esas voladoras súbitas su nombres les puso su autor: por él

Memnónides llamadas, cuando el sol la docena de signos ha recorrido,

de sus difuntos a la manera, las que han de morir, se vuelven a hacer la guerra.

⁶²⁰ Así pues, a unos, que ladrara la Dimántide digno de llanto pareció,
en los lutos suyos está la Aurora volcada y, piadosas,
ahora también da sus lágrimas y rora en el orbe todo.

El peregrinaje de Eneas (I): la partida de Troya

No, aun así, que aniquilada, junto con sus murallas, de Troya fuera
la esperanza también los hados permiten: sus sacramentos y,
sacramentos otros, a su padre

⁶²⁵ lleva en sus hombros, venerable carga, el héroe Citereio.

De tan grandes riquezas el botín ese, piadoso, elige,
y al Ascanio suyo, y con su prófuga flota por las superficies
es arrastrado desde Antandros, y los criminales umbrales del los tracios
y, manando de la sangre de Polidoro, esa tierra

⁶³⁰ abandona, y con útiles vientos y bullir favorable
entra, de Apolo, con sus compañeros de séquito, en la ciudad.

A él Anio, a quien como rey los hombres, como sacerdote Febo
honraba, ritualmente, en su templo y en su casa lo recibió
y su ciudad le mostró y los santuarios conocidos, y los dos

⁶³⁵ troncos que Latona un día, al parir, sostenía.

Incienso dado a las llamas y vino a esos inciensos prodigado,
y de las heridas reses sus entrañas según la costumbre quemadas,
a las regias moradas se dirigen, y tendidos unos tapices
altos, regalos de Ceres toman con líquido Baco.

⁶⁴⁰ Entonces el piadoso Anquises: «Oh de Febo el sacerdote elegido,

¿me engaño o también un hijo cuando por primera vez estas murallas vi,
y dos parejas de hijas, en cuanto recuerdo, tenías?»

La hija de Anio

A él Anio sus sienes, de níveas vendas circundadas,
golpeándolas, y triste, dice: «No te engañas, héroe

⁶⁴⁵ máximo. Viste de cinco hijos al padre,

al cual ahora —tanta a los hombres de su estado la inconstancia torna—

apenas ves huérfano, ¿pues cuál para mí mi hijo ausente

es auxilio, al que, llamada de su nombre, la tierra

de Andros retiene, que en vez de su padre ese lugar y esos reinos posee?

⁶⁵⁰ El Delio el augurio le había otorgado a él. Había otorgado otros
Líber

a mi estirpe femenina, que el voto mayores y que la fe,

otros presentes: pues al contacto de mis hijas todas las cosas

en sembrado y en humor de vino y de la cana Minerva

se transformaban, y rica era su utilidad en ellas.

⁶⁵⁵ Tal cosa, cuando la conoció de Troya el devastador, el Atrida,

para que no poco, en alguna parte, que vuestra misma tempestad

hemos sentido nos también creas, la fuerza de las armas usando

las abstraigo contra su voluntad del regazo de su padre, y que alimenten

les impera con su celeste don la flota de Argos.

⁶⁶⁰ Escapan adonde cada una puede: a Eubea dos

y otras tantas de mis hijas a la Andros fraterna se dirigieron.

Soldado llega, y, si no se le entreguen, con las armas amenaza.

Vencida por el miedo la piedad. Esos consortes cuerpos al castigo

entregó, y podrías perdonar, miedoso, a ese hermano:

⁶⁶⁵ no aquí Eneas, no quien defendiera Andros

un Héctor había, por el que resististeis hasta el décimo año.

Y ya se preparaban las ataduras para sus cautivos brazos;

ellas, levantando todavía libres al cielo sus

brazos: «Baco, padre, préstanos ayuda», dijeron, y les prestó

⁶⁷⁰ de su don el autor ayuda, si a perderlas de prodigioso modo

prestar se llama ayuda, y no de qué suerte su forma

perdieron pude saber o ahora decir puedo.

Lo sumo de ese mal conocido fue: alas tomaron

y de tu esposa en las aves, en níveas palomas, se volvieron.»

Coronas

⁶⁷⁵ Con tales y otros relatos después que los banquetes

completaron, la mesa retirada, el sueño buscaron,

y con el día se levantan y acuden a los oráculos de Febo.

El cual, buscar su antigua madre y sus parientes litorales

ordenó. Les sigue el rey y da de regalo a los que iban a marchar,

⁶⁸⁰ a Anquises un cetro, una clámide y una aljaba a su nieto,

una cratera a Eneas que otrora le había trasladado a él,

como su huésped, desde las orillas aonias, Terses el Ismenio.

Se la había mandado a él Terses, la había fabricado Alcón

el de Hile y con un largo argumento la había labrado.

⁶⁸⁵ Una ciudad había, y siete podrías señalar sus puertas:

éstas en vez de su nombre estaban y cuál fuera ella enseñaban.

Ante la ciudad unas exequias y túmulos y fuegos y hogueras
y derramados cabellos y madres de abiertos pechos

significan el luto. Unas ninfas también llorar parecen

⁶⁹⁰ y que desecados se lamentan de sus manantiales. Sin frondas un
árbol

desnudo se erige, raen áridas rocas las cabritas.

He aquí que hace que, en mitad de Tebas, las hijas de Oríon:

ésta un no femenino pecho hiere, la garganta abierta,

aquella, bajada por sus fuertes heridas un arma,

⁶⁹⁵ por su pueblo ha caído, y en bellos funerales a través de la ciudad
es llevada y en una concurrida parte es cremada.

Que después, de la virginal brasa unos gemelos salen,

para que su familia no perezca, unos jóvenes, a los que la fama Coronas
 nombra y que de la ceniza materna guían la pompa.

⁷⁰⁰ Hasta aquí en figuras fulgentes de antiguo bronce:

lo alto de la cratera era áspero de dorado acanto.

Y no más leves que los a ellos dados, los troyanos unos dones devuelven,

y dan al sacerdote, guardián del incienso, un turíbulo,

dan una pátera, y brillante de oro y gemas una corona.

El peregrinaje de Eneas (II): Sicilia

⁷⁰⁵ Desde allí, acordándose de que los teucros de la sangre de Teucro
llevan su principio, Creta alcanzaron y del lugar

soportar mucho tiempo no pudieron el astro y, sus cien ciudades

abandonadas, desean alcanzar los puertos de Ausonia.

Se ensaña el mal tiempo y sacude a esos varones, y recibidos

⁷¹⁰ de las Estrófades en sus puertos no confiables, los aterra la alada Aelo.

Y ya los duliquios puertos, e Ítaca, y Samos,

y de Nérito las casas, y el reino del falaz Ulises

pasado de largo habían: disputada en un litigio de dioses

la Ambracia ven, y bajo su imagen la roca del convertido

⁷¹⁵ juez, la cual ahora por el Apolo de Accio conocida es,

y la tierra vocal por su encina dodónida,

y las ensenadas caonias, donde los hijos del rey Moloso

de unos impíos incendios huyeron con unas alas a ellos sometidas.

A los próximos, de felices frutos plantados, campos

⁷²⁰ de los feacios se dirigen; el Epiro, desde ellos, y, reinada por el vate

frigio, Butrotos y su simulada Troya alcanzan.

De ahí, del futuro cerciorados, que todo con fiel

admonición el Priámida Héleno les había predicho, entran

en Sicania: ésta incurre en los mares mediante tres alas,

⁷²⁵ de las cuales, a los lluviosos austros se vuelve el Paquino,

a los blandos céfiros encarado el Lilibeo, a las Ursas,

del mar exentas, contempla, y al bóreas, el Peloro.

La alcanzan los teucros, y a remos y con un bullir favorable,

a la noche, gana la flota de Zancle la arena:

Escila (I)

⁷³⁰ Escila el costado derecho, el izquierdo la irrequieta Caribdis

estraga. Devora ésta arrebatándolas, y las vuelve a vomitar, las quillas.

Aquella de fieros perros se ciñe su negro vientre
aunque rostro de virgen muestra y, si no todo los vates
inventado nos han dejado, en algún tiempo también virgen era.

⁷³⁵ A ella la buscaron muchos pretendientes, los cuales rechazados,
ella hacia las ninfas del piélago, del piélago la más grata a las ninfas,
iba y burlados narraba de esos jóvenes los amores.

A la cual, mientras para peinarlos le ofrece Galatea sus cabellos,
con tales razones se le dirige, reiterando suspiros:

Galatea, Acis y Polifemo

⁷⁴⁰ «A ti, aun así, oh virgen, un género no despiadado de varones
te pretende y, como haces, puedes a ellos impunemente negarte.

Mas a mí, para quien padre es Nereo, a quien la azul Doris

a luz dio, quien estoy por la multitud también guardada de mis
hermanas,

no, sino mediante lutos, lícito me fue del Cíclope al amor

⁷⁴⁵ escapar», y lágrimas la voz impidieron de la que hablaba.

Las cuales, cuando enjugó con su pulgar de mármol la virgen,

y consolado a la diosa hubo: «Cuenta, oh carísima», dijo,

«y la causa no oculta —así soy fiel— de tu dolor.»

La Nereide, de ello en contra, prosiguió diciendo del Cateida a la
nacida:

⁷⁵⁰ «Acis había sido de Fauno y de la ninfa Simétide creado,

gran placer ciertamente del padre suyo y madre,

nuestro aun así mayor, pues a mí consigo solo me había unido.

Bello, y sus octavos cumpleaños por segunda vez hechos,

había señalado sus tiernas mejillas con un dudoso bozo.

⁷⁵⁵ A él yo, a mí el Cíclope sin ningún final me pretendía,

y no, si preguntares, si el odio del Cíclope o el amor

de Acis en nos fuera más presente, te revelaré:

par uno y otro era. ¡Oh, cuánta la potencia del reino,

es, Venus nutricia, tuyo! Como que aquel despiadado y para las mismas

⁷⁶⁰ espesuras horrendo y visto por huésped ninguno

impunemente y del gran Olimpo con sus dioses despreciador,

qué sea el amor siente, y de un vigoroso deseo cautivo

se abrasa olvidado de los ganados y de los antros suyos.

Y ya para ti el de tu hermosura, y ya para ti es el cuidado el de gustar,

⁷⁶⁵ ya rígidos peinas con rastrillos, Polifemo, tus cabellos,

ya te gusta, hirsuta, a ti, con la hoz recortar tu barba,

y contemplar fieros en el agua, y componerlos, tus semblantes.

De la matanza el amor y la fiereza y la sed inmensa de crúor

cesan y seguras vienen y van las quillas.

⁷⁷⁰ Télemo entre tanto, habiendo bajado hasta el siciliano Etna,

Télemo, el Eurímida, a quien ningún ave había engañado,

al terrible Polifemo se acerca y: «Esa luz, que única

en la mitad de tu frente llevas, te la arrebatará a ti», dijo, «Ulises.»

Se rio y: «Oh de los videntes el más estúpido, te engañas», dice.

⁷⁷⁵ «Otra ya me lo ha arrebatado.» Así, al que en vano la verdad le advertía,

desprecia, y o bien pisando con su ingente paso las playas

socava, o, agotado, bajo sus opacos antros regresa.

Sobresale hacia el ponto, acuñaado en punta larga,

un collado. A ambos costados circunfluye de la superficie la onda.

⁷⁸⁰ Aquí fiero asciende el Cíclope, y central se asienta,

mientras sus lanados rebaños, sin que nadie les guiase, le seguían.

Y él, después que un pino, que de bastón prestaba el uso,

ante sus pies dejado hubo, para llevar entenas apto,

y tomado que hubo, de cañas cien compactada, una siringa,

⁷⁸⁵ sintieron todos los montes sus pastoriles silbos,

los sintieron las ondas. Agazapada yo en un risco, y de mi

Acis en el regazo sentada, de lejos con los oídos recogí

tales razones míos, y oídas en mi mente las anoté:

«Más cándida que la hoja de la nívea, Galatea, alheña,

⁷⁹⁰ más florida que los prados, más esbelta que el largo aliso,

más espléndida que el vidrio, que el tierno cabrito más retozona,

más lisa que por la asidua superficie trizadas las conchas,

que los soles invernales, que la veraniega sombra más grata,

más noble que las manzanas, que el plátano alto más visible,

⁷⁹⁵ más lúcida que el hielo, que la uva madura más dulce,

más blanda que del cisne las plumas y la leche cuajada,

y si no huyeras, más hermosa que un bien regado huerto.

Más salvaje que las indómitas, la misma Galatea, novillas,

más dura que la añosa encina, más falaz que las ondas,

⁸⁰⁰ más lenta que las varas del sauce y las vides blancas,

que estas peñas más inconvencible, más violenta que el caudal,
que un alabado pavón más soberbia, más acre que el fuego,
más áspera que los abrojos, más brava que preñada la osa,
más sorda que las superficies, más despiadada que pisada una hidra,
805 y lo que principalmente querría que a ti arrancarte yo pudiera,
no sólo que el ciervo por los claros ladridos movido,
sino incluso que los vientos y voladora el aura más fugaz.

Mas si bien supieras, te pesaría el haber huido, y las demoras
tuyas tú misma condenarías y por retenerme te esforzarías.

810 Hay para mí, parte de un monte, suspendidos de la viva roca,
unos antros, los cuales, ni el sol en medio del calor sienten,
y no sienten el mal tiempo; hay frutos que hunden sus ramas,
hay, al oro semejantes, largas en sus vides, uvas,
las hay también purpúreas: para ti éstas reservamos, y aquéllas.

815 Tú misma con tus manos, bajo la silvestre sombra nacidas,
blandas fresas cogerás, tú misma otoñales cornejos,
y ciruelas, no sólo las cárdenas de negro jugo,
sino también las nobles, que imitan nuevas a las ceras,
ni a ti castañas, yo tu esposo, ni a ti te faltarán

820 del madroño las crías: todo árbol a ti te servirá.

Este ganado todo mío es, y muchas también por los valles erran,
muchas la espesura oculta, muchas se apriscan en mis antros,
y no, si acaso preguntas, podría a ti decirte cuántas son:
de pobre es contar su ganado. De las alabanzas tuyas

825 nada a mí creyeras: presente puedes tú misma verlo,
cómo apenas rodean, restallante, con sus patas su ubre.
Hay, crianza menor, en sus tibios rediles corderos,
hay también, pareja la edad, en otros rediles cabritos.
Leche para mí siempre hay, nívea: parte de ahí para beber
830 se reserva, otra parte licuados coágulos la cuajan.
Y no delicias fáciles y vulgares presentes
sólo te alcanzarán, gamos, liebres y cabrío,
o un par de palomas o cogido de su copa un nido:
he encontrado, gemelos, que contigo jugar puedan,
835 entre sí semejantes como apenas distinguirlos puedas,
de una velluda osa cachorros en lo alto de unos montes.
Los encontré y dije: «Para mi dueña los reservaremos.»
Ya, ora, tu nítida cabeza saca del ponto de azul,
ya, Galatea, ven, y no desprecia los regalos nuestros.
840 Ciertamente yo me he conocido y de la líquida agua en la imagen
me he visto hace poco, y me complació a mí al verme mi figura.
Contempla cuán grande soy. No es que este cuerpo mayor
Júpiter en el cielo, pues vosotros narrar soléis
que no sé que Júpiter reina. Mi melena mucha emerge
845 sobre mi torvo rostro y mis hombros, como una floresta, sombrea.
Y que de rígidas cerdas se eriza densísimo
mi cuerpo no indecente considera: indecente sin sus frondas el árbol,
indecente el caballo si sus cuellos dorados crines no velan,

pluma cubre a las aves, para las ovejas su lana decor es:

⁸⁵⁰ la barba a los varones, y les honra en su cuerpo sus erizados vellos.

Única es en mitad de mi frente la luz mía, pero en traza
de un gigante escudo. ¿Qué? ¿No estas cosas todas el gran
Sol ve desde el cielo? Del Sol, aun así, único el orbe.

Añade que en vuestra superficie el genitor mío reina,

⁸⁵⁵ este suegro a ti te doy. Sólo apiádate, y las plegarias
de este suplicante escucha. Pues a ti hemos sucumbido, sola,
y quien a Júpiter y a su cielo desprecio, y su penetrable rayo,
Nereide, a ti te venero, que el rayo más salvaje la ira tuya es.

Y yo, despreciado, sería más sufridor de ello

⁸⁶⁰ si huyeras a todos. ¿Pero por qué, el Cíclope rechazado,
a Acis amas y prefieres que mis abrazos a Acis?

Él, aun así, que a sí mismo se plazca, y te plazca, lícito sea,
lo cual yo no quisiera, Galatea, a ti: sólo con que la ocasión se me dé,
sentirá que tengo yo, según este tan gran cuerpo, fuerzas.

⁸⁶⁵ Sus vísceras vivas le sacaré y sus divididos miembros por los
campos,

y los esparciré —así él a ti se mezcle— por tus ondas.

Pues me abraso, y dañado se inflama más acre el fuego,
y con sus fuerzas me parece que trasladado el Etna
en el pecho llevo mío, y tú, Galatea, no te conmueves.»

⁸⁷⁰ De tales cosas para nada lamentándose —pues todo yo veía—
se levanta, y como el toro furibundo, su vaca al serle arrebatada,

parar no puede, y por la espesura y sus conocidos sotos erra:
cuando, fiero, sin nosotros darnos cuenta y que para nada tal temíamos,
a mí me ve y a Acis y: «Te veo», exclama, «y que ésta
⁸⁷⁵ la última sea, haré, concordia de la Venus vuestra»,
y tan gran voz cuanta un Cíclope airado tener
debió, aquella fue. De su grito se erizó el Etna.
Mas yo, despavorida, bajo la vecina superficie me sumerjo.
Sus espaldas a la fuga vueltas había dado el Simecio héroe
⁸⁸⁰ y: «Préstame ayuda, Galatea, te lo ruego. Prestádmela, padres»,
había dicho, «y al que va a morir admitid a vuestros reinos.»
Le persigue el Cíclope, y una parte del monte arrancada
le lanza, y un extremo ángulo aunque arribó
hasta él de la roca, todo, aun así, sepultó a Acis.
⁸⁸⁵ Mas nos, lo que hacerse sólo, por los hados, podía,
hicimos, que las fuerzas asumiera Acis de su abuelos.
Bermellón de esa mole crúor manaba, y dentro
de un tiempo exiguo su rubor a desvanecerse comenzó,
y se hace su color a lo primero el del caudal turbado por la lluvia,
⁸⁹⁰ y se purga con la demora. Entonces la mole a él arrojada se hiende,
y viva por sus grietas y esbelta se levanta una anea,
y la boca hueca de la roca suena al brollarle ondas,
y, admirable cosa, de súbito emerge hasta el vientre en su mitad,
enceñado un joven de flexibles cañas por sus nuevos cuernos,
⁸⁹⁵ el cual, si no porque más grande, porque azul en toda su cara,

Acis era, pero así también era, con todo, Acis, en caudal
vuelto, y su antiguo nombre retuvieron sus corrientes.»

Escila (II) y Glauco

Había dejado Galatea de hablar y, la reunión disuelta,
se retiran y a sus plácidas ondas nadan las Nereides.

⁹⁰⁰ Escila vuelve, y ciertamente confiarse a la mitad del ponto
no osa, y o bien por la bebedora arena deambula sin ropas,
o, cuando cansado se hubo, hallando unos apartados recesos
del abismo, en esa recluida agua refrigera sus miembros.

He aquí que rozando el mar, nuevo habitante del alto ponto,

⁹⁰⁵ recientemente transformados sus miembros en la eubea Antedón,
Glauco llega, y de la doncella vista el deseo en él prende,
y cuantas cree que huyendo ella puede demorarla, tales
palabras le dice. Huye ella aun así, y veloz del temor
llega a lo alto, colocado cerca del litoral, de un monte.

⁹¹⁰ Delante del estrecho hay, ingente, recogido en una punta sola,
convexo hacia las largas superficies bajo sus árboles, un vértice.

Se detiene aquí, y segura de su lugar, si monstruo o dios
él sea ignorando, se admira de su color

y su cabellera, que sus hombros y a ella sometidas sus espaldas cubría,

⁹¹⁵ y también que el extremo de sus ingles las acoja un tórcil pez.

La sintió él y apoyándose, que se alzaba próxima, en una mole:

«No un prodigio, ni soy yo un fiero monstruo, oh virgen,

sino un dios», dice, «del agua, y mayor derecho sobre las superficies

Proteo no tiene, y Tritón, y el Atamantiada Palemon.

⁹²⁰ Antes en cambio mortal era, pero claramente destinado
a las altas superficies, ya entonces me afanaba en ellas,
pues ora sacaba, las que sacarían peces,
mis redes, ora en una mole sentado gobernaba con mi arundo el lino.

Hay, a un verde prado confines, unas playas, una de cuyas partes

⁹²⁵ de olas, la parte otra se ciñe de hierbas,

las cuales, ni adornadas novillas con su morder dañaron,
ni plácidas las cortasteis, ovejas, o las greñudas cabritas.

No la abeja de ahí se lleva diligente sus recolectadas flores,

no han ofrecido ellas para la cabeza festivas guirnaldas ni nunca

⁹³⁰ manos armadas de hoz las cortaron. Yo el primero en aquel

césped me senté, mientras mis linos mojados seco,

y para recontarlos, cautivos, en orden mis peces,

ahí encima expuse, esos que a las redes el azar,

o su credulidad a los corvos anzuelos había llevado.

⁹³⁵ La cosa semejante es a una fingida, pero ¿qué a mí el fingirlo me
aprovecha?

Al ser tocada esa grama empezó mi botín a moverse

y a mudar su costado y en la tierra como en la superficie a apoyarse.

Y mientras me paro y me admiro a la vez, huye toda esa multitud

a las olas suyas y a su dueño nuevo y la playa dejan.

⁹⁴⁰ Me quedé suspendido, y vacilo un tiempo y la causa inquiereo,

de si dios alguno tal cosa, o si el jugo lo hiciera de tal hierba.

«Mas qué hierba», digo, «tiene estas fuerzas», y con la mano
esos pastos arranqué y arrancados con los dientes los mordí.
No bien había bebido mi garganta esos desconocidos jugos,
⁹⁴⁵ cuando de súbito trepidar por dentro mis entrañas sentí
y que por el amor de otra naturaleza era arrebatado mi pecho,
y no pude demorarme largo tiempo y: «A la que no he de volver nunca,
tierra, salud», dije, y mi cuerpo sumergí bajo las superficies.
Los dioses del mar al acogerme me dignan con compartido honor,
⁹⁵⁰ y, que a mí cuanto llevo de mortal me arrebatan,
al Océano y a Tetis ruegan: soy yo lustrado por ellos,
y tras decírseme una canción que purga lo nefasto nueve veces,
mi pecho bajo cien corrientes se me ordena someter,
y sin demora, bajando de diversas partes unos caudales,
⁹⁵⁵ y todas sus aguas, se vierten sobre la cabeza nuestra.
Hasta aquí lo ocurrido para contártelo a ti puedo referirte;
hasta aquí también recuerdo; y la mente mía de lo restante no tuvo
noción,
la cual, después que a mí volvió, otro me recobré en mi cuerpo
todo del que fuera poco antes, y tampoco era el mismo en mi mente.
⁹⁶⁰ Entonces por primera vez, verde de herrumbre, esta barba,
y la cabellera mía, que larga por las superficies barro,
y mis ingentes hombros y azules brazos vi,
y mis piernas curvadas a su extremo en pez que lleva aletas.
De qué, aun así, este aspecto, de qué a los dioses marinos haber
complacido,

965 de qué me ayuda ser dios, si tú no te conmueves por estas cosas?»

Tal diciendo y al ir a decir mas, abandona Escila al dios. Se enfurece él, e irritado por su rechazo a los prodigiosos atrios se dirige de la Titánide Circe.

Libro decimocuarto

Escila (III), Glauco y Circe

Y ya, arrojado dentro de unas fauces de Gigante al Etna,
y los campos de los Cíclopes, ignorantes de qué cosa los rastrillos, cuál
el uso

del arado, y que nada a los ayuntados bueyes deben,
había dejado atrás el euboico habitante de las henchidas aguas.

⁵ Había dejado también Zancle y las opuestas murallas de Regio,
y el naufragador estrecho que, presa de un gemelo litoral,
de la tierra ausonia y de la siciliana tiene los confines.

De ahí, con su mano grande desplazándose a través de los tirrenos
mares,

a los herbosos collados acude y los atrios Glauco

¹⁰ de la hija del Sol, Circe, de coloridas fieras llenos.

A quien una vez hubo visto, dicho y recibido el saludo:

«Divina, de un dios apiádate, te lo suplico, pues sola aliviar
tú puedes», dijo, «si sólo te parezco digno, este amor.

Cuánta sea de las hierbas, Titania, el poder, para nadie

¹⁵ que para mí más conocido, quien he sido mutado por ellas,
y para que no conocida no sea para ti la causa del delirio mío:

en un litoral de Italia, de las mesenias murallas en contra,

a Escila vi. Pudor da las promesas, las súplicas,

las ternuras mías y despreciadas palabras referir.

²⁰ Mas tú, si alguna soberanía hay en tu canción, una canción

con tu boca sagrada mueve, o si más expugnadora la hierba es,
usa las tentadas fuerzas de una efectiva hierba,
y no que me cures a mí y sanes estas heridas que tengo, mando,
de su fin ninguna necesidad hay: que parte lleve ella de este calor.»

²⁵ Mas Circe —pues no tiene más apto ninguna su ingenio
para llamas tales, ya sea que el origen esté de tal cosa en ella misma,
ya sea que Venus causa tal cosa, ofendida por la delación de su padre—
tales palabras le devuelve: «Mejor persigue a quien desee
y ansíe lo mismo, y de parejo deseo cautivada.

³⁰ Digno eras todavía, y podrías serlo ciertamente, de ser rogado,
y si esperanza dieras, a mí créeme, serías rogado todavía.
Y para que no lo dudes y te falte confianza en tu hermosura,
heme aquí, cuando diosa sea, cuando hija del nítido Sol,
con el encantamiento cuando tanto, tanto también con la grama pueda,
³⁵ que por ser tuya hago votos. A la que te desprecia, a la que te sigue
dale las tornas, y con un solo acto a dos vengar puedes.

A la que tal intentaba: «Antes —dice— en la superficie frondas
—Glaucó—, y en los supremos montes nacerán algas,
que en vida de Escila se muten nuestros amores.»

⁴⁰ Se indignó la diosa, y por cuanto dañarle a él mismo
no podía —ni quería, amándole—, se encona con la que
a ella habíase antepuesto, y de su Venus por el rechazo ofendida
en seguida infames pastos de horrendos jugos juntos
maja, y triturados hecateios encantos les mezcla

⁴⁵ y de azules velos se viste y a través de su tropel
de fieras adulatoras sale de mitad de su aula
y dirigiéndose, opuesto contra las rocas de Zancle,
hacia Regio, entra en el bullir de las hirvientes olas,
en las cuales como en sólida tierra pone sus huellas
⁵⁰ y recorre sobre lo alto las superficies a pies secos.

Pequeño había un abismo, ensenado en curvos arcos,
grato descanso de Escila, adonde ella se retiraba del hervor
del mar y del cielo, cuando muchísimo en mitad de su orbe
el sol era y mínimas desde su vértice hiciera las sombras.

⁵⁵ Éste la diosa previamente lo malogra, y con venenos hacedores de
portentos

lo inquina. Aquí, exprimidos líquidos de una raíz dañosa
asperja, y, oscuro, del rodeo de sus palabras nuevas,
en tres novenas la canción largamente murmura con su mágica boca.

Escila llegó y hasta el vientre en su mitad había descendido,

⁶⁰ cuando desfigurarse sus ingles merced a monstruos que ladraban
contempló y, al principio, creyendo que no aquellas

de su cuerpo eran partes, rehúye y espanta y teme

las bocas protervas de los perros, pero a los que huye consigo arrastra
a una,

y el cuerpo buscando de sus muslos, y piernas, y pies,

⁶⁵ cerbéreos belfos en vez de las partes aquellas encuentra:

y se yergue por la rabia de los perros, y esas espaldas de las fieras,
sometidas a sus ingles truncas y a su útero perviviente, contiene.

Llora enamorado Glauco y de la que demasiado hostilmente había usado

las fuerzas de las hierbas, huye de las bodas de Circe.

⁷⁰ Escila en ese lugar permaneció y cuando le fue dada ocasión, primero por odio de Circe, de sus aliados expolió a Ulises, luego, ella misma, hubiera hundido las teucrias quillas, si no antes en la peña que también ahora rocosa pervive transformada hubiera sido: su peña también el navegante evita.

El peregrinaje de Eneas (III): Italia

⁷⁵ A ella cuando a remos, y a la ávida Caribdis, vencieron los barcos troyanos, cuando ya cerca del litoral ausonio se hallaban,

por el viento son devueltos a las orillas líbicas.

Recibe a Eneas allí en su ánimo y en su casa quien no bien la separación de su frigio marido había de soportar,

⁸⁰ la Sidónide, y en una pira, en la figuración de un sacrificio hecha, se postró sobre un hierro y defraudada defraudó a todos.

De nuevo, huyendo de las nuevas murallas de esa arenosa tierra, hacia la sede del Érix devuelto y al fiel Acetes, sacrifica él, y el túmulo de su padre honora.

⁸⁵ Y esos barcos que Iris la Junonia casi había quemado desata, y del Hipótada el reino y las tierras humantes de caliente azufre y las peñas de las Aqueloides deja atrás, las de las Sirenas, y huérfano de su conductor ese pino la Inárime y Próquite escoge, y en un estéril collado

⁹⁰ situadas las Pitecusas, de sus habitantes con el nombre dichas.

Los Cércopes

Como que de los dioses el padre, el fraude y los perjurios de los Cércopes

un día aborreciendo y las comisiones de esa gente dolosa,
en un desfigurado ser a sus varones mutó, de modo que igualmente
desemejante al humano y semejantes parecen,

⁹⁵ y sus miembros contrajo, y sus narices, de la frente remangadas,
aplastó y de arrugas roturó de vieja su cara,

y velados en todo el cuerpo de un dorado vello

los mandó a estas sedes y no dejó antes de arrebatárles el uso
de las palabras y, nacida para los perjurios, de su lengua.

¹⁰⁰ El poder lamentarse sólo con un ronco chirrido les dejó.

El peregrinaje de Eneas (IV): la Sibila

Cuando éstas hubo preterido y a la diestra de Parténope
las murallas abandonó, por la izquierda parte del canoro
Eólida en el túmulo y, lugares preñados de palustres ovas,
en los litorales de Cumas y en las cuevas de la vivaz Sibila

¹⁰⁵ entra y que a los manes paternos él acuda a través de los Avernos,
le ruega. Mas ella su rostro, largo tiempo en la tierra demorado,
erigió, y, al fin, delirante del dios por ella recibido:

«Grandes cosas pretendes», dijo, «varón por tus hechos el más grande,
cuya diestra a través del hierro, su piedad a través de los fuegos se han
contemplado.

¹¹⁰ Deja aun así, Troyano, el miedo: dueño serás de tus pretensiones

y las Elisias moradas y los reinos postreros del mundo
conmigo de guía conocerás y las efigies amadas de tu padre.

Inviabile para la virtud ninguna vía hay», dijo y fulgente

de oro una rama en el bosque de la Averno Juno

¹¹⁵ le mostró y le ordenó desgajarla de su tronco.

Obedeció Eneas y del formidable Orco

vio las riquezas y los antepasados suyos y la sombra anciana

del magnánimo Anquises. Aprendió también las leyes de esos lugares

y cuáles los peligros que habían de ser arrostrados en nuevas guerras.

¹²⁰ De ahí, llevando sus fatigados pasos por la opuesta senda,

con su guía Cumea suaviza en la conversación el esfuerzo.

Y mientras el camino horrendo a través de los opacos crepúsculos coge:

«Si una diosa tú presente, o si a los dioses gratísima —dijo—:

de un numen en la traza estarás siempre para mí, y confesaré que yo

¹²⁵ de regalo tuyo existo, tú, quien, que yo a los lugares de la muerte
entrara,

quien de esos lugares que yo saliera, quisiste, de la muerte por mí vista.

Por esos méritos, tras llegar yo del aire a las auras,

unos templos te alzaré y te otorgaré unos honores de incienso.»

Se vuelve a mirarle la vidente y unos suspiros tomando:

¹³⁰ «Ni diosa soy», dijo, «ni de sagrado incienso con el honor

dignes una humana cabeza, y para que ignorante no yerres:

una luz eterna a mí y el carecer de final se me concedía

si mi virginidad hubiese padecido a Febo, mi enamorado.

Mientras esperanza tiene de ella, mientras previamente sobornarme con dones

¹³⁵ ansía: «Elige», dice, «virgen Cumea, qué deseas.

De tus deseos serás dueña.» Yo de polvo cogido

le mostré un puñado: cuantos tuviera de cuerpos ese polvo,

tantos cumpleaños a mí me alcanzaran, vana, le rogué.

Se me pasó pedir jóvenes también en adelante esos años:

¹⁴⁰ éstos con todo él me los daba, y la eterna juventud,

si su Venus padecía. Despreciado el regalo de Febo

célibe permanezco. Pero ya la más feliz edad

sus espaldas me ha dado, y con tembloroso paso viene la enferma vejez,

que de sufrir largo tiempo he. Pues ya, aunque para mí siete siglos

¹⁴⁵ han pasado, aun así resta, para que los números del polvo iguale,

trescientas mieses, trescientos mostos ver.

Un tiempo habrá cuando, de tan gran cuerpo, a mí pequeña

el largo día me hará, y mis miembros consumidos por la vejez

se reduzcan a una mínima carga, y ni amada haber sido pareceré

¹⁵⁰ por un dios, ni haberle complacido: Febo también quizás, él mismo,

o no me conocerá o que me amó negará,

hasta tal punto mutada se me llevará y para nadie visible,

por mi voz, aun así, se me conocerá. La voz a mí los hados me dejarán.»

Aqueménides

Mientras tales cosas a través del convexo camino mencionaba la Sibila,

¹⁵⁵ de las sedes estigias emerge el troyano Eneas hacia la ciudad

eubea, y propiciados unos sacrificios según la costumbre,
a las costas acude que todavía de su nodriza no tenían el nombre.

Aquí también se había detenido, después de los hastíos largos de sus labores,

el Neritio Macareo, compañero del sufridor Ulises.

¹⁶⁰ El cual, al que había sido abandonado un día en medio de las peñas del Etna

reconoce, a Aqueménides, y al encontrarlo de improviso,

de que viva asombrado: «¿Qué azar a ti, o dios,

te guarda, Aqueménides? ¿Por qué», dice, «una bárbara proa a ti,

un griego, te porta? ¿Se dirige vuestra quilla a qué tierra?»

¹⁶⁵ A quien tal preguntaba, ya no toscó en su atavío,

ya suyo él, y no trabado su sombrero de espinas ningunas,

dice Aqueménides: «Que de nuevo a Polifemo y aquellas

comisuras yo contemple, fluidas de sangre humana,

si mi casa que esta quilla para mí mejor es, o Ítaca,

¹⁷⁰ si menos a Eneas venero que a mi padre, y nunca

estarle bastante agradecido podré, aunque se lo ofreciera todo.

Puesto que hablo y respiro y el cielo y los astros del sol

contemplo, ¿podría ingrato y olvidado serle?

Él me dio el que este aliento mío a la boca del Cíclope

¹⁷⁵ no haya venido, y aunque ya ahora la luz vital abandone yo,

en un túmulo, o ciertamente no se me sepultará en aquel vientre.

¿Qué ánimo entonces era el mío —a no ser que el temor me haya robado

todo el sentido y mi ánimo—, cuando a vosotros, dirigiros a las altas

superficies, abandonado, contemplé? Quise gritaros, pero a mi enemigo
180 entregarme temí: a vuestro barco incluso el grito
de Ulises casi hizo daño. Yo vi cuando de monte desgajada
una ingente peña lanzó en medio de las ondas,
vi de nuevo, como por las fuerzas de una catapulta llevadas,
vastas rocas que él disparaba con su brazo de Gigante,
185 y que no hundiera ese oleaje o esa piedra la quilla,
mucho temí, ya que yo no estaba en ella olvidado.
Pero cuando la huida os retornó de una certera muerte,
él ciertamente todo el Etna deambula gemebundo,
y por delante tiente con la mano los bosques, y de su luz huérfano
190 contra las peñas se lanza, y sus brazos, desfigurados de la
sanguaza,
tendiendo al mar, maldice la raza aquiva
y dice: «Oh si algún azar a mí me devuelve a Ulises
o a alguno de sus aliados, contra el que se ensañe mi ira,
las entrañas del cual me coma, cuyos vivientes miembros
195 con mi diestra despedace, cuya sangre a mí me inunde
la garganta y aplastadas tiemblen bajo mis dientes sus extremidades:
cuán nulo o leve me sería el daño de mi luz arrebatada.»
Esto y más aquel feroz. A mí un lívido horror me invade,
contemplando su rostro todavía de la matanza mojado,
200 y sus cruentas manos, y vacío el orbe de su luz,
y sus miembros y cuajada de sangre humana su barba.

Esa muerte estaba ante mis ojos, lo mínimo aun así ella de mi dolor,
y ya, que iba a ser atrapado, ya ahora mis entrañas pensaba
que en las tuyas iba a sumergir, y en mi mente prendida estaba la
imagen

²⁰⁵ del tiempo aquel en el que vi de a dos los cuerpos de mis
compañeros,

tres veces, cuatro veces ser golpeados contra la tierra,
cuando echado él encima, a la manera de un hirsuto león,
sus entrañas y carnes y con las blancas médulas sus huesos
y medio exánimes sus extremidades sepultaba en su vientre ávido.

²¹⁰ Un temblor me invadió: de pie estaba, sin sangre, afligido,
viéndole mojado y arrojando de su boca sus cruentos
festines y bocados con vino aglomerados vomitando:
tales imaginaba que a mí, desgraciado, se preparaban los hados,
y durante muchos días agazapado y estremeciéndome ante todo

²¹⁵ crujido y la muerte temiendo y deseoso de morir,
con bellota combatiendo el hambre y, mezclada con frondas, con hierba,
solo, pobre, desahuciado, a la muerte y a esa condena abandonado,
ésta desde lejos contemplé después de largo tiempo, esta nave,
y les supliqué mi huida con gestos y al litoral corrí

²²⁰ y los conmoví: a un griego un barco troyano lo acogió.

«Tú también expón tus azares, de mis compañeros el más grato,
y los del jefe y la multitud que contigo se confió al ponto»

Aventuras de Ulises

Que Éolo, él le cuenta, reinaba en el profundo etrusco,

Éolo, el Hipótada, reteniendo en su cárcel a los vientos,
225 los cuales, encerrados en una piel de vacuno, memorable regalo,
los tomó el jefe duliquio, y que con soplo favorable marchó
durante nueve luces, y contempló la tierra a la que se dirigían;
que la siguiente tras la novena, cuando se movió esa aurora,
de envidia sus aliados, y del deseo de botín, vencidos
230 fueron: creyéndolo oro, arrancaron sus ataduras a los vientos;
que con ellos marcha atrás, a través de las ondas recién
recorridas el barco, y a los puertos volvía a dirigirse del eolio tirano.
«De ahí, de Lamo el Lestrigon», dice, «a la antigua ciudad
llegamos: Antífates reinaba en la tierra aquella.

235 Enviado a él yo soy, en número de dos mis acompañantes,
y apenas en la huida buscada fue la salvación de un acompañante y mía.
El tercero de nosotros tiño la impía boca del Lestrigon con el crúor
suyo.

Al huir nosotros nos acosa y una hueste contra nosotros

lanza Antífates. Nos atacan y rocas y maderos

240 nos lanzan y sumergen a nuestros hombres y sumergen nuestras
quillas.

Una, aun así, que a nosotros y al mismo Ulises portaba
escapó. Por esa perdida parte de nuestros aliados, dolientes
y de muchas cosas lamentándonos, a las tierras arribamos aquellas
que lejos de aquí divisas —de lejos, créeme, se ha de ver

245 la isla vista por mí—, y tú, oh el más justo de los troyanos,
nacido de diosa, pues finalizada la guerra de llamarte enemigo

no he, Eneas, te aconsejo: huye de los litorales de Circe.

Nosotros también, amarrado nuestro pino de Circe en el litoral,
de Antífates acordados y del inmansueto Cíclope,

²⁵⁰ a marchar nos negábamos, pero para alcanzar la morada
desconocida

a la muerte fuimos elegidos: la suerte a mí y al leal Polites

y a Euríloco a la vez y a Elpénor, el del excesivo vino,

a dos novenas de aliados de Circe a las murallas nos envió.

Las cuales, cuanto las alcanzamos y estuvimos en el umbral de su techo,

²⁵⁵ mil lobos y mezcladas a los lobos osas y leonas

al correr a nosotros nos dieron miedo, pero ninguno de temer,

y ninguno había de hacernos en el cuerpo herida alguna;

incluso tiernas movieron al aire sus colas

y adulándonos cortejan nuestras huellas hasta

²⁶⁰ que nos reciben unas sirvientas y a través de unos atrios de mármol
cubiertos

a su dueña nos llevan. Sentada está ella en un receso bello,

de solemne trono y, vestida de un manto brillante,

por encima está velada de un dorado atuendo.

Nereides y ninfas a la vez, que vellones ningunos arrastran

²⁶⁵ moviendo sus dedos, ni hilos subsiguientes sacan,

gramas distribuyen y, esparcidas sin orden unas flores,

las disciernen en canastos y variadas de colores hierbas.

Ella misma, el que ellas hacen, su trabajo concluye, ella qué uso,

o en qué hoja esté, cuál sea la concordia de ellas mezcladas

270 conoce y a ellas atendiendo los lotes examina de las hierbas.
Ella cuando nos vio, dicho y recibido el saludo,
esparció su rostro y nos devolvió augurios con sus votos.
Y sin demora que se mezclen ordena cebadas de tostado grano
y mieles, y la fuerza del vino puro con leche que coágulos ha padecido
275 y, los que bajo esta dulzura se oculten furtivamente, unos jugos
añade. Recibimos de su sagrada diestra dadas esas copas,
las cuales, no bien sedientos con nuestra árida boca apuramos,
y nos hubo tocado con su vara la diosa siniestra lo alto de nuestros
cabellos
—vergüenza da, mas lo contaré—, de cerdas a erizarme comencé
280 y ya a no poder hablar, por palabras a emitir un ronco
murmullo y hacia la tierra a postrarme con todo el rostro
y la cara mía sentí que en un ancho morro se encallecía,
mis cuellos hincharse de protuberancias y por la parte que ahora poco
esas copas
sostenidas por mí fueran, con ella huellas hacía,
285 y con los que lo mismo habían padecido —tanto las drogas pueden—
me encierra en la pocilga, y solo de un cerdo carecer de la figura
vimos a Euríloco: solo él de las copas a él dadas había huido,
las cuales, si él no hubiese evitado, del ganado cerdoso una parte
permanecería ya ahora también, y no, de tan gran calamidad
cerciorado
290 por él, hasta Circe, vengador, hubiese venido Ulises.
El pacificador Cilenio a él le había dado una flor blanca:
moly la llaman los altísimos; con una negra raíz se tiene.

Guardado por ella, y por las advertencias también celestes, entra
él en la casa de Circe, y a las insidiosas copas

²⁹⁵ llamado, y a la que intentaba con su vara acariciar sus cabellos,
rechaza,

y empuñada su espada, pávida, la aterroriza.

De ahí, sus palabras y sus diestras dadas, y en el tálamo recibido
del matrimonio, de dote los cuerpos de sus aliados demanda.

Se nos asperja de jugos mejores de una desconocida hierba,

³⁰⁰ y se nos golpea la cabeza con un azote de la vara vuelta,
y palabras se dicen contrarias a las dichas palabras.

Mientras más ella canta, más con ello de la tierra aligerados
nos erguimos, y las cerdas caen, y bífidos abandona su hendidura
a nuestros pies, vuelven los hombros, y sometidos a sus antebrazos

³⁰⁵ nuestros brazos fueron: a él llorando, llorando lo abrazamos
nosotros,

y prendidos quedamos del cuello de nuestro jefe, y palabras antes
ningunas

dicho hubimos que las que nos atestiguaban agradecidos.

Pico

De un año allí nos detuvo la demora, y muchas cosas, presente,
en tiempo tan largo vi, muchas con mis oídos recogí:

³¹⁰ esto también, con las muchas, que a escondidas me refirió una
de sus cuatro fámulas, de las destinadas a tales sacrificios.

Así pues, con el jefe mío mientras Circe sola se demoraba,

ella a mí de níveo mármol hecha una estatua

me muestra, juvenil, portando en la cabeza un pico,

315 en el santuario sagrado puesta, y por sus muchas coronas señalada.
Quién fuera y por qué en ese sagrado santuario se le honraba,
por qué ese ave llevaba, a mí que le preguntaba y saber quería:
«Atiende», dice, «Macareo, y de la dueña mía el poder cuál sea,
de aquí también aprende. Tú a mi relato dispón tu mente.

320 Pico, de Ausonia en las tierras, prole de Saturno,
el rey fue, de los útiles para la guerra caballos estudioso.

La hermosura de ese hombre la que contemplas era, puedes tú mismo su
decor

contemplar y por la fingida imagen aprobar al verdadero.

Parejo su ánimo a su hermosura, y todavía contemplar merced a sus
años

325 no había podido cuatro veces en la griega Élide su pugna
quinquenal.

Él a las dríades, del Lacio en los montes nacidas,

había vuelto hacia su rostro, a él las fontanas divinidades

le pretendían, las náyades, las que el Álbula, las que el Numicio,

las que del Anio las aguas y de su curso brevísimo el Almo

330 o el Nar lleva vertiginoso, y el Fáfaro de opaca onda,

y las que honran el pantano nemoroso de la escítica Diana

y sus muy lindantes lagos. Despreciadas aun así todas, a una

ninfa él honraba, que en otro tiempo en el collado del Palacio

se dice que del jonio parió Venilia Jano.

335 Ella, tan pronto como maduró en sus casaderos años,

antepuesto a todos, al Laurente entregada, a Pico, fue,

rara ciertamente por su faz, pero más rara por su arte del cantar,

de donde Canente se le llamaba: los bosques y las rocas mover
y amansar las fieras y las corrientes largas demorar

³⁴⁰ con la boca suya, y los pájaros errantes retener, solía.

La cual, mientras con su voz de mujer modula canciones,
había salido de su morada Pico a los campos laurentes,
a fin de atravesar paisanos jabalíes, y sobre el lomo pesaba
de un agrio caballo, y en su izquierda un par de astiles llevaba,

³⁴⁵ y recogida su clámide bermellón por un rubio oro.

Había llegado a unos bosques, y la hija del Sol a los mismos,
y para nuevas recoger de esos fecundos collados sus hierbas,
del nombre suyo llamados, los campos circeos había abandonado.

La cual, no bien al joven en los ramajes escondida hubo visto,

³⁵⁰ quedó suspendida: cayeron de su mano, las que había recogido,
hierbas,

y una llama por todas sus médulas le pareció que erraba.

Cuando por fin compuso su mente de ese vigoroso bullir,
qué anhelaba, a confesar iba: que no pudiese acercarse,
la carrera de su caballo hizo, y rodeado él de escoltas.

³⁵⁵ «No», dice, «escaparás, aunque del viento seas arrebatado,
si sólo yo me conozco, si no se ha desvanecido toda
de mis hierbas la virtud ni a mí mis canciones me engañan.»

Dijo y la efigie sin ningún cuerpo de un falso

jabalí finge y por delante de los ojos correr del rey

³⁶⁰ le ordenó, y, denso de troncos, a un bosque que marchar pareciera,

por donde máxima la espesura es y para el caballo lugares transitables no son.

No hay demora, a continuación de esa presa busca sin él saberlo la sombra

Pico y veloz de su caballo los espumantes lomos abandona

y una esperanza persiguiendo vana sus pies lleva errante en el alto bosque.

³⁶⁵ Piensa ella unas súplicas y esas palabras suplicantes dice

y a unos ignotos dioses con una ignota canción ora,

con el que suele el rostro confundir de la nívea Luna,

y para la cabeza de su padre tejer bebedoras nubes.

Entonces también, cantada su canción, se densa el cielo,

³⁷⁰ y nieblas exhala la tierra, y por ciegas sendas vagan

sus séquitos y falta la custodia del rey.

Habiendo hallado ella el lugar y el tiempo: «Oh por tus ojos», dice,

«que a los míos cautivaron, y por ésta, el más bello, tu hermosura,

que hace que una suplicante a ti diosa yo sea, considera estos fuegos

³⁷⁵ nuestros y por suegro, que lo contempla todo, al Sol

recibe, y no, duro, a la Titánide Circe desprecia.»

Había dicho. Él, feroz, a ella y sus súplicas rechaza y:

«Quien quiera que eres», dice, «no soy tuyo. Otra cautivado

me tiene y me tenga, suplico, por una larga edad,

³⁸⁰ y con una Venus externa mis conyugales alianzas yo no hiera,

mientras a mí a la hija de Jano me la conserven los hados, a Canente.»

Muchas veces reintentadas sus súplicas en vano la Titania:

«No impunemente lo habrás hecho, y no», dice, «serás devuelto a Canente,

y herida qué haga, qué enamorada, qué una mujer aprenderás

³⁸⁵ de los hechos. Mas está enamorada y herida y es mujer Circe.»

Entonces dos veces hacia los ocasos, dos veces se vuelve a los ortos, tres veces al joven con su bastón tocó, tres canciones dijo.

Él huye, pero, de lo que él acostumbraba más veloz, él mismo de correr se asombra: alas en su cuerpo ve,

³⁹⁰ y de que él súbitamente se sumaba del Lacio a los bosques como nueva ave indignado, con su duro pico en los fieros troncos clava y enconado da heridas a las largas ramas.

El purpúreo color de la clámide sus alas sacaron;

el que prendedor había sido y su ropa había mordido, el oro,

³⁹⁵ pluma se hace y su cerviz se rodea de rubio oro,

y nada antiguo a Pico, salvo sus nombres, restan.

En esto que sus séquitos, habiendo llamado muchas veces por los campos

para nada a Pico y en ninguna parte hallado,

encuentran a Circe, pues ya había atenuado las auras

⁴⁰⁰ y sufrido ella había que las nieblas con los vientos y el sol se reabrieran,

y con acusaciones la apremian verdaderas y su rey le reclaman

y fuerza añaden y se disponen a atacarla con las salvajes armas.

Ella de un dañino humor los asperja y de jugos de veneno,

y a la Noche y de la Noche a los dioses, con el Érebo y Caos

⁴⁰⁵ convoca y con largos aullidos a Hécate ora.

Saltaron de su lugar —de decir admirable— los bosques
y hondo gimió el suelo, y vecino palideció el árbol,
y asperjadas de sus gotas se mojaron las pajas de sangre,
y las piedras parecieron emitir mugidos roncós,
410 y ladrar los perros, y que la tierra de sierpes negras
se hacía inmunda y que tenues ánimas revoloteaban de silentes:
atónita por esos prodigios la gente se asusta. Ella las caras
de los asustados tocó, asombradas, con una envenenada vara,
por cuyo tacto monstruos de variopintas fieras
415 a los jóvenes vienen: a ninguno le permaneció su imagen.

Canente

Había asperjado caduco Febo los litorales de Tartesos
y en vano su esposo por los ojos y el ánimo de Canente
ansiado era. Los criados y el pueblo por todos
los bosques se dispersan y opuestas luces portan.
420 Y no bastante es para la ninfa llorar y lacerar sus cabellos
y darse golpes de pecho —hace esto, aun así, todo—
y se abalanza y deambula vesánica del Lacio por los campos.
Seis noches ella y otras reiteradas luces del sol
la vieron, indigente de sueño y de alimento
425 por los cerros, por los valles, por donde el azar la llevaba, andando.
El último la contempló el Tíber, del luto y del camino
fatigada y ya depositando su cuerpo, larga, en su ribera.
Allí, junto con lágrimas, por el propio dolor entonadas,

unas palabras de sonido tenue afligida derramaba, como en otro tiempo

⁴³⁰ sus canciones ya muriendo canta, exequiales, el cisne.

Por sus lutos, al extremo, en sus tenues médulas derretida

se consumió y, leves, poco a poco se licueció en las auras.

Su fama, aun así, señalada en ese lugar quedó, al cual según el rito el Canente,

por el nombre de la ninfa, lo llamaron los antiguos colonos.

⁴³⁵ «Muchas cosas tales a mí narradas durante un largo año,

y vistas por mí, fueron. Acomodados y por la deshabitación lentos,

de nuevo a entrar al estrecho, de nuevo dar las velas se nos ordena,

y que dudosas nuestras rutas, y que el camino vasto, la Titania

nos dijera, y que nos aguardaban los peligros del salvaje ponto.

⁴⁴⁰ Muchó temí, lo confieso, y al hallar este litoral, a él me aferré.»

El peregrinaje de Eneas (V): el Lacio

Había acabado Macareo, y en una urna de mármol la nodriza

de Eneas sepultada, en su túmulo esta breve canción tenía:

AQUÍ · A · MÍ · CAYETA · MI · AHIJADO · DE · CONOCIDA · PIEDAD

ARREBATADA · DEL · ARGÓLICO · EN · EL · FUEGO · QUE · DEBÍA ·
ME · CREMÓ.

⁴⁴⁵ Se libera de su herboso muelle la atada cuerda,

y lejos las insidias y de la malfamada diosa dejan la morada

y a unos bosques se dirigen donde nuboso de sombra

al mar prorrumpe el Tíber con su rubia arena.

De la casa del hijo de Fauno Latino se apodera y de su hija,

⁴⁵⁰ no sin Marte aun así. Una guerra con esa gente feroz

se emprende y enloquece por su pactada esposa Turno.

Se abalanza al Lacio la Tirrenia toda y largo tiempo,
ardua, con las angustiadas armas se busca la victoria.

Aumenta cada uno sus fuerzas con externo vigor

⁴⁵⁵ y muchos a los rútuos, muchos los campamentos troyanos
guardan, y no Eneas a las murallas de Evandro en vano,
mas Vénulo en vano a la ciudad del prófugo Diomedes había ido.

Diomedes

Él ciertamente bajo el Iápige Dauno unas muy grandes
murallas había fundado y sus dotales campos poseía.

⁴⁶⁰ Pero Vénulo, después que los encargos de Turno llevó a cabo
y auxilio busca, sus fuerzas el héroe etolio

excusa: que ni él ni de su suegro los pueblos mandar a la batalla
quería, o a los que de la gente suya armara,

que no tenía ningunos: «Y para que esto inventado no creáis,

⁴⁶⁵ aunque con el recuerdo los lutos se renueven amargos,

sufriré el recordarlos aun así. Después que la alta Ilión quemado se
hubo,

y de que Pérgamo apacentó las dánaas llamas,

y de que el héroe Naricio, de la Virgen a una virgen al arrebatarse,

el castigo que mereció él solo distribuyó a todos,

⁴⁷⁰ nos dispersamos, y por los vientos arrebatados a través de enemigas
superficies, las corrientes, la noche, las lluvias, la ira del cielo y del mar
sufrimos los dánaos, y, el colmo, el desastre del Cafereo,

y para no demorarme refiriendo estos tristes lances por su orden,

Grecia entonces le pudo a Príamo incluso digna de llanto parecer.

⁴⁷⁵ A mí, aun así, salvado, el cuidado de la armada Minerva
me arrebató de los oleajes, pero de los campos de la patria de nuevo
se me expulsa, y memoriosos castigos de su antigua herida

me exige la nutricia Venus, y tan grandes penalidades
por las altas superficies sostuve, tan grandes en terrestres armas,

⁴⁸⁰ que yo felices aquellos he muchas veces llamado
a los que la común tempestad y el importuno Cafereo
sumergió en las aguas, y quisiera que de ellos parte una hubiera sido yo.

Lo último ya habiendo soportado mis acompañantes en la guerra y en el
estrecho,

abandonan, y un fin ruegan de ese errar, mas Acmon,

⁴⁸⁵ de férvido ingenio, entonces verdaderamente también por las
calamidades áspero:

«¿Qué queda que ya la paciencia vuestra rehúse

soportar, varones?», dijo. «¿Qué tiene Citerea que más allá

—que quiera, supón— nos haga? Pues mientras cosas peores se temen

hay para los votos un lugar: la suerte, en cambio, cuando es la peor que
existe,

⁴⁹⁰ bajo esos pies el temor está, y es seguro el extremo de las
desgracias.

Aunque lo oiga ella, aunque, lo cual hace, nos odie a todos

los hombres al mando de Diomedes, el odio aun así de ella todos

despreciamos: y en gran cosa está un gran poder a nuestros ojos.»

Con tales cosas irritando a Venus el Pleuronio Acmon

⁴⁹⁵ la aguja con sus palabras y reaviva su vieja ira.

Lo dicho por él complace a pocos: sus amigos más numerosos
a Acmon corremos, al cual, responder queriendo,
su voz al par que de su voz la vía se le hubo atenuado,
y sus cabellos en plumas acaban, de plumas su nuevo cuello se cubre,
500 y su pecho y espalda; mayores remeras sus brazos
acogen, y sus codos se enseñan, leves, en alas.

Del pie una parte grande invade los dedos, y sus labios
en cuerno endurecidos se hacen rígidos y su límite en punta ponen.

De él Lico, de él Idas y con Rexénor Nicteo,

505 de él se admira Abante y mientras se admiran la misma
faz acogen y el número más grande de mi tropa
empieza a volar y los remos él circunvuela batiendo sus alas:
si de estos pájaros súbitos cuál sea la forma preguntas,
como no de los cisnes, así próxima a los blancos cisnes.

510 Apenas yo, ciertamente, de estas sedes y de los áridos campos
del Iápige Dauno soy dueño, con esta mínima parte de los míos.»

El olivo salvaje

Hasta aquí el Enida; Vénulo los calidonios reinos, y las
peucetias enseñadas, y los mesapios campos abandona.

Entre los cuales unos antros ve que, nublados de su mucha espesura

515 y asintiendo con sus leves cañas, el mediocabrío Pan
ahora posee, mas que poseyeron en cierto tiempo las ninfas.

A ellas un pastor ápulo, de aquella región ahuyentándolas,
las aterró y primero con un súbito susto las conmovió,

luego, cuando en sí volvieron y despreciaron a su perseguidor,

⁵²⁰ al compás moviendo sus pies trazaron unas danzas.

Las reprobaba el pastor e imitándolas con su baile agreste

añadió a sus obscenas frases insultos rústicos,

y no antes su boca calló que a su garganta sepultó un árbol.

Árbol, pues, es, y por su jugo se puede reconocer su carácter,

⁵²⁵ como que la marca de su lengua el acebuche en sus bayas amargas exhibe: la aspereza de sus palabras pasó a ellas.

Las naves de Eneas

De ahí cuando los legados volvieron, las a ellos negadas

de Etolia aportando, los rútilos sin las fuerzas esas

sus guerras guarnecidas traen, y cantidad, de ambas partes,

⁵³⁰ de crúor se entrega. He aquí que lleva ávidas contra los armazones

de pino Turno unas antorchas y los fuegos temen a quienes la ola perdonó,

y ya la pez y las ceras y los alimentos restantes de la llama Múlciber quemaba, y a través del alto mástil hacia los linos iba, y humaban los banquillos de la incurvada quilla,

⁵³⁵ cuando acordada de estos pinos, de la cima del Ida cortados,

la santa madre de los dioses de tintineos de bronce golpeado

el aire, y lo colmó del murmullo del soplado boj,

y leves, portada por sus domados leones a través de las auras:

«Inútiles incendios lanzas, y con una diestra sacrílega,

⁵⁴⁰ Turno», dice. «Los arrebataré, y no he de tolerar que quemé

el fuego devorador de los bosques partes y miembros míos.»

Tronó mientras tal decía la diosa, y al trueno secundarios

con saltarín granizo cayeron graves borrascas,
y el aire, y henchida de súbitas embestidas la superficie,
545 los Astreos turban y marchan a los combates los hermanos,
de entre los cuales la nutricia madre, de las fuerzas de uno solo
sirviéndose,
rompió las retenidas de estopa de la flota frigia
y lleva las naves en picado y en medio de la superficie las sumerge.
Su madera ablandada, y su leño en cuerpos convertido,
550 en figura de cabezas las popas corvas se mutan,
en dedos acaban y en piernas nadando los remos y,
lo que seno fuera, costado es, y la quilla, sujeta
a la mitad de los navíos, de espina dorsal en uso se muta,
los linos melenas suaves, las antenas brazos se hacen,
555 azul, como lo fuera, su color es, y, las que antes temían,
esas ondas en sus juegos de doncellas fatigan
estas Náyades marinas, y en los duros montes habiendo nacido
el mullido estrecho frecuentan ni a ellas su origen las inmuta.
Aun así, no olvidadas de cuán muchos peligros muchas veces
560 padecieron en el piélagos, bajo las sacudidas quillas
muchas veces pusieron sus manos, salvo aquella que llevara a aquivos:
del desastre todavía frigio memoriosas odian a los pelagos
y del barco neritio vieron los trozos con alegres
rostros y con ellos alegres vieron que se volvía rígida la popa
565 de Alcínoo, con sus rostros, y que roca por dentro crecía de la
madera.

Árdea

Esperanza había, en ninfas al haberse animado la flota marinas,
de que pudiera por miedo del prodigio el rútilo desistir de la guerra.
Persiste, y tienen sus dioses ambas partes y —lo que de los dioses está
en traza— tienen arrestos; y ya no unos dotales reinos,
570 ni el cetro de su suegro, ni a ti, Lavinia virgen,
sino vencer buscan, y por pudor de deponerlas,
guerras hacen y finalmente Venus vencedoras las armas
de su hijo ve y Turno cae. Cae Árdea, en vida
de Turno llamada poderosa. Al cual, después que una espada bárbara
575 lo arrebató y quedaron a la vista sus techos, caliente, bajo la brasa,
de en medio de la montonera, entonces por primera vez conocido, un
alado
alza el vuelo, y las cenizas azota al batir sus alas.
Su sonido y su flacura y su palidez y todo: los que honran
a su ciudad tomada, el nombre también permaneció en ella
580 de esa ciudad, y ella misma se plañe, la árdea, el alcaraván, con sus
propias alas.

Apoteosis de Eneas

Y ya a los dioses todos y a la misma Juno la virtud
de Eneas a limitar sus viejas iras había obligado,
cuando, bien fundadas las riquezas del creciente Julio,
tempestivo estaba para el cielo el héroe Citereio.
585 Rondaba Venus a los altísimos, y alrededor del cuello
de su padre derramada: «Nunca para mí», había dicho, «en ningún

tiempo duro, padre, ahora que seas el más tierno deseo,
y que al Eneas mío, quien a ti de la sangre nuestra
te ha hecho abuelo, aunque pequeño, que le des, oh óptimo, un numen,
⁵⁹⁰ con tal de que le des alguno. Bastante es el inamable reino
con haber visto una vez, una vez haber ido por los caudales estigios.»

Asintieron los dioses, y la esposa regia su semblante
inmutado no mantuvo y con calmado rostro consiente.

Entonces el padre: «Sois», dice, «de ese celeste regalo dignos
⁵⁹⁵ la que lo pides y por quien lo pides: toma, hija, lo que deseas.»

Hablado había. Se goza y las gracias da ella a su padre
y a través de las leves auras, de sus uncidas palomas portada,
al litoral acude laurente, donde cubierto de caña serpea
hasta los estrechos, de sus caudales ondas vecinos, el Numicio.

⁶⁰⁰ A él ordena que a Eneas de todo lo sujeto a la muerte
purifique y lo lleve hacia las superficies por su tácito curso.

El cornado secunda los encargos de Venus y con las suyas,
cuanto en Eneas había sido mortal, purga
y lo dispersó en las aguas. La parte mejor restó en él.

⁶⁰⁵ Lustrado, su madre con un divino aroma ungió
su cuerpo y con ambrosia, con dulce néctar mezclada,
tocó su boca y lo hizo dios, al cual la muchedumbre de Quirino
 nombra Índiges y en un templo y en aras lo ha acogido.

Los reyes latinos

Después, bajo el dominio de Ascanio, el de dos nombres, Alba

610 y el estado latino estuvo. Lo sucedió Silvio a él,
nacido del cual, tuvo repetidos Latino
sus nombres, junto con el antiguo cetro; el brillante Alba sigue a Latino.
Épito después de él es, tras éste Cápeto y Capis,
pero Capis antes estuvo. El reinado de ellos Tiberino
615 tomó, y hundido en las ondas de la corriente toscana
sus nombres dio a su agua, del cual Rémulo y el feroz
Ácrota fueron engendrados. Rómulo, más maduro en años,
de un rayo pereció —el imitador del rayo— por un golpe.
Que de su hermano más moderado, Ácrota, el cetro pasa
620 al fuerte Aventino, el cual, en el que había reinado,
en ese mismo monte yace depositado y atribuyó su vocablo a ese monte.
Vertumno y Pomona (I)
Y ya de la palatina gente el mando Proca tenía.
Bajo el rey tal Pomona vivió, que la cual, ninguna entre las latinas
Hamadriades ha honrado con más pericia los huertos
625 ni hubo más estudiosa otra del fruto del árbol,
de donde posee el nombre. No los bosques ella ni caudales,
el campo ama y las ramas que felices frutos llevan.
Y no de la jabalina pesada va, sino de la corva hoz, su diestra,
con la que ora su exceso modera y, extendidos por todas partes,
630 sus brazos contiene, ora en una hendida corteza una vara
injerta y sus jugos apresta para un prohijado ajeno,
y que sienta sed no tolera y las recurvas fibras

de la bebedora raíz riega con manantes aguas.

Éste su amor; éste su estudio, de Venus incluso ningún deseo tiene.

⁶³⁵ La fuerza aun así de los hombres del campo temiendo, sus pomares
cierra

por dentro y los accesos prohíbe y rehúye masculinos.

¿Qué no los Sátiros, para los bailes apta esa juventud,

hicieron, y enceñidos de pino en sus cuernos los Panes,

y Sileno, siempre más juvenil que sus propios años,

⁶⁴⁰ y el dios que a los ladrones o con su hoz o con su entrepierna aterra,

para apoderarse de ella? Pero es así que los superaba amándola

a ellos incluso Vertumno, y no era más dichoso que ellos.

Oh cuántas veces, en el atavío de un duro segador, aristas

en una cesta le llevó, y de un verdadero segador fue la imagen.

⁶⁴⁵ Sus sienes muchas veces llevando con heno reciente trenzadas,

la segada grama podía parecer que había volteado.

Muchas veces en su mano rigurosa agujadas portaba, tal que él

jurarías que cansados acababa de desuncir sus novillos.

Una hoz dada, deshojador era y de la vid podador.

⁶⁵⁰ Se vestía unas escalas: que iba a recoger frutos creerías.

Soldado era con una espada, pescador, la caña tomada.

Por fin, merced a esas muchas figuras acceso para sí muchas veces

encontró de modo que poseyera los goces de la contemplada
hermosura.

Él incluso, coronadas sus sienes de una pintada mitra,

⁶⁵⁵ apoyándose en un bastón, puestas por esas sienes canas,

se simuló una vieja, y entró en los cultivados huertos
y de los frutos se admiró y: «Tanto más poderosa», dice,
y a la que un poco había alabado dio besos cuales nunca
verdadera hubiese dado una anciana, y en el terreno encorvada se
sentó,

660 mirando arriba, curvas, del peso de su otoño, las ramas.

Un olmo había enfrente, especioso por sus brillantes uvas.

El cual, después que al par, con su compañera vid, hubo aprobado:

«Mas si se alzara», dice, «célibe sin el sarmiento su tronco,

nada, excepto sus frondas, por que se le buscara, tendría.

665 Ésta también, la que unido se le ha, la vid descansa en el olmo.

Si casado no se hubiera, a la tierra inclinada, yacería.

Tú, aun así, con el ejemplo no te inmutas del árbol este,

y de los concúbitos huyes, ni de casarte curas.

Y ojalá quisieras. Helena no por más pretendientes

670 se hubiese inquietado, ni la que de los Lápitias movió

a las batallas, ni la esposa del demasiado demorado Ulises.

Ahora también, aunque huyas y te apartes de los que te pretenden,

mil varones te desean, semidioses y dioses,

y cuantos númenes poseen los albanos montes.

675 Pero tú si supieras, si unirte tú bien y a la anciana

esta oír quieres, que a ti más que todos esos,

más de lo que crees, te amo: rehúsa esas vulgares antorchas

y a Vertumno de tu lecho por compañero para ti elige, por el cual a mí
también

como prenda tenme, pues para sí mismo más conocido él no es
680 que para mí. Y no por doquier errante deambula por el orbe todo;

estos lugares grandes honra y no, cual parte grande de tus pretendientes,

a la que acaba de ver ama: tú el primer y el último ardor para él serás y sola a ti ha consagrado sus años.

Añade que es joven, que natural tiene

685 de la hermosura el regalo, y en las figuras aptamente se finge todas, y que lo que hayas de ordenarle, aunque le ordenes cualquier cosa, será.

Qué de que amáis lo mismo, que los frutos que por ti honrados él el primero tiene y sostiene tus regalos con diestra dichosa.

Pero ni ya sus crías anhela, del árbol arrancadas,

690 ni, las que el huerto alimenta, con jugos tiernos las hierbas, ni otra cosa que a ti: compadécete del que así arde y a él mismo, quien te pide, en la boca mía, presente cree que te suplica, y a los vengadores dioses y a la que los pechos duros aborrece, a la Idalia, y la memorativa ira teme de la Ramnúside.

695 Y para que más lo temas —y en efecto a mí muchas cosas mi vejez saber me ha dado— te referiré, en todo Chipre muy conocidos, unos hechos con que virar fácilmente y enternecerte puedas.

Ifis y Anaxárete

«Había visto, generosa de la sangre del viejo Teucro,

Ifis a Anaxárete, de humilde stirpe creado.

700 La había visto y concibió en todos sus huesos un fervor;

y tras luchar mucho tiempo, después que con la razón su furor
vencer no pudo, suplicante a sus umbrales vino,
y ora a su nodriza confesándole su desgraciado amor,
que con él dura no fuera, por sus esperanzas en su ahijada, le pidió,
705 y ora de entre sus muchas compañeras enterneciendo a cualquiera
con acongojada voz, pretendía su propenso favor.

A menudo para que las llevaran dio sus palabras a tiernas tablillas,
a veces, mojadas del rocío de sus lágrimas, coronas
a sus jambas tendió y puso en su umbral duro
710 su tierno costado y, triste, a la cerradura insultos le gritó.

Más salvaje ella que el estrecho que se levanta al caer los Cabritos,
más dura también que el hierro que funde el fuego nórico,
y que la roca viva que todavía por su raíz se sostiene,
lo desprecia y de él se burla, y a sus actos despiadados añade
715 palabras soberbias, feroz, y de su esperanza incluso priva a su
amante.

No soportó, incapaz de sufrirlos, los tormentos de ese largo dolor
Ifis, y ante sus puertas estas palabras últimas dijo:

«Vences, Anaxárete, y no tendrás tú hastíos algunos al fin
que soportar de mí: alegres triunfos apresta

720 y a Peán invita y cíñete de nítido laurel.

Pues vences, y muero con gusto: venga, férrea de ti, gózate.

Ciertamente a algo alabar de mi amor te verás obligada, en lo que a ti
te sea yo grato y el mérito confesarás nuestro.

No, aun así, antes mi anhelo por ti recuerda que me ha abandonado,

725 que la vida, y de mi gemela al par luz me he visto privado.

Y no a ti la fama ha de venir, nuncia de mi muerte:

yo mismo, no lo dudes, llegaré y estar presente pareceré,

para que de mi cuerpo exánime tus crueles ojos apacientes.

Si aun así, oh altísimos, los hechos mortales veis,

730 sed de mí memoriosos —nada más allá mi lengua suplicar

sostiene— y haced que de mí se cuente en una larga edad,

y, los que arrancasteis a mi vida, dad tiempos a mi fama.

Dijo, y a esas jambas, ornadas a menudo de sus coronas,

sus húmedos ojos y pálidos brazos levantando,

735 al atar a lo más alto de las puertas las ataduras de un lazo:

«Estas guirnaldas a ti te placen, cruel y despiadada», dijo,

e introdujo su cabeza, pero entonces también vuelto hacia ella,

y, peso infeliz, quebrada su garganta, se colgó.

Golpeada por el movimiento de sus pies, un sonido agitado y

740 que abrir ordenaba pareció haber dado, y abierta la puerta, el
hecho

revela: gritan los sirvientes y en vano levantándolo

—pues su padre había sucumbido— lo reportan hasta los umbrales de su
madre.

Lo recibe ella en su seno y abrazada a los fríos miembros

del hijo suyo, después que las palabras de los desgraciados padres

745 hubo expresado, y de las madres desgraciadas las operaciones
concluyó,

los funerales guiaba, lacrimosa, por mitad de la ciudad,

y lívidos portaba sus miembros en el féretro que había de arder.

Por acaso, vecina su casa a la calle por la que, digna de llanto, iba
la pompa, estaba, y el sonido de los golpes de pecho, dura, a los oídos

⁷⁵⁰ llega de Anaxárate, a la cual ya un dios vengador trataba.

Conmovida, aun así: «Veamos», dice, «el desgraciado funeral»,

y, de anchas ventanas, va al piso alto

y no bien, impuesto sobre el lecho, contempló a Ifis,

rígidos quedaron sus ojos y cálida fuera de su cuerpo su sangre,

⁷⁵⁵ sobrevenida a ella una palidez, huye, y al intentar

hacia atrás llevar sus pies, prendida estaba, y al intentar volver su
rostro,

esto también no pudo, y poco a poco invade sus miembros,

la cual había estado ya hacía tiempo en su duro pecho, una roca.

Y para que esto fingido no creas, de su dueña con la imagen una estatua

⁷⁶⁰ conserva todavía Salamina, y de Venus también un templo, con el
nombre

de la Contemplante, tiene. De las cuales cosas consciente, oh querida
mía, tus lentos

orgullos deja, te lo suplico, y a tu enamorado únete, mi ninfa:

así a ti ni un primavera frío queme tus nacientes

frutos, ni los abatan florecientes, robadores, los vientos.»

Vertumno y Pomona (II)

⁷⁶⁵ Ello una vez que para nada el dios, apto a la figura de vieja,

hubo expresado, al joven volvió, y los aparejos

se quitó de anciana, y tal se apareció a ella,

cual cuando a él opuestas, nitidísima del sol la imagen,

vence a las nubes y sin que ninguna lo impida reluce,

⁷⁷⁰ y a la fuerza se dispone. Pero de fuerza no hay menester, y en la figura

del dios cautivada la ninfa fue, y mutuas heridas sintió.

Apoteosis de Rómulo y Hersilia

El próximo, el soldado del injusto Amulio, de Ausonia

gobernó las riquezas, y Númitor, el anciano, ellos perdidos, de su nieto

por regalo sus reinos cobró y en las fiestas de Pales de la ciudad

⁷⁷⁵ las murallas se fundan. Y Tacio y los padres sabinos

guerras hacen, y Tarpeya, por haber abierto de la ciudadela el camino,

de su aliento digno de castigo se despojó, amontonadas las armas.

Después los nacidos de Cures a la manera de los tácticos lobos,

en su boca reprimen sus voces y unos cuerpos vencidos del sopor

⁷⁸⁰ invaden y a las puertas van que con tranca firme

había cerrado el Iliada: una aun así la propia Saturnia

abre, y estrépito al girar el gozne no hizo.

Sola Venus que habían caído de la puerta los cerrojos sintió

y cerrado los hubiera, a no ser porque rescindir nunca

⁷⁸⁵ los dioses pueden los actos de los dioses. Unos lugares a Jano juntos poseían

las Náyades Ausonias, rorantes de un helado manantial.

A ellas ruega auxilio, y esas ninfas a la que cosas justas pedía

no se resistieron, a la diosa, y las corrientes del manantial suyo sacaron.

Todavía no, aun así, inaccesibles la bocas

⁷⁹⁰ de Jano, abierto, estaban, ni el camino había cerrado la onda:

lívidos ponen azufres bajo la fecunda fontana,

y encienden sus huecas venas con humeante betún.

Con las fuerzas estas y otras, un vapor penetró hasta lo más hondo de la fontana y, al alpino modo, las que competir con la helada

⁷⁹⁵ osabais, aguas, no cedéis a los fuegos mismos.

Por esa aspersion llameante humean las jambas,

y la puerta, para nada prometida a los rigurosos sabinos,

por esta fontana nueva fue obstruida, mientras de Marte el soldado se vestía de sus armas. Las cuales, después que Rómulo más allá

⁸⁰⁰ opuso, asolada quedó la tierra romana de cuerpos sabinos,

asolada quedó también de los suyos, y del yerno el crúor

con la sangre del suegro mezcló la impía espada.

Con la paz, aun así, que se detuviera la guerra, y no hasta lo último a hierro dirimirla eligen, y que Tacio acceda al reino.

⁸⁰⁵ Había sucumbido Tacio: igualadas para dos pueblos,

Rómulo, sus leyes dabas, cuando, dejando su yelmo Mavorte

con tales cosas se dirige, de los dioses y de los hombres, al padre:

«El tiempo llega, padre, puesto que con fundamento grande

el estado romano vigoroso está y no de un único gobernante depende,

⁸¹⁰ de cumplir —me han sido prometidos a mí y a tu digno nieto—

sus recompensas, y a él, arrancado de las tierras, imponerlo al cielo.

Tú a mí, presente un día el consejo de los dioses,

pues lo recuerdo y en mi memorioso corazón tus piadosas palabras escribí:

«Uno habrá al que tú subirás a los azules del cielo»

815 dijiste. Confirmada sea la suma de las palabras tuyas.»

Asintió el todopoderoso, y el aire de nubes ciegas

ocultó y con trueno y su fulgor aterró el orbe.

Las cuales, a él prometidas, las sintió confirmadas, las señales de su robo:

y apoyado en su asta, a sus caballos, hundidos de su timón

820 ensangrentado, impávido sube Gradivo, y con un golpe

del látigo dio un estallido e inclinado, por el aire resbalando,

se posó en lo más alto del collado del nemoroso Palacio,

y a él, que daba a su Quirite no regias leyes,

lo arrebató, al Iliada. Su cuerpo mortal por las auras

825 tenues se diluyó, como por la ancha honda lanzada

suele, de plomo, la bala por la mitad consumirse del cielo.

Bella le viene una apariencia y de los divanes altos

más digna, cual es la hermosura de Quirino en trábea.

Le lloraba como perdido su esposa, cuando la regia Juno

830 a Iris, que hasta Hersilia descienda por su senda curva

le impera, y que a la viuda sus mandados así le refiera:

«Oh de la latina, oh de la gente sabina, matrona,

la principal honra, dignísima de tan gran varón

de haber sido antes la esposa, ahora de serlo de Quirino,

835 detén tus llantos y si el cuidado tuyo el de ver

a tu esposo es, conmigo de guía al bosque ven que en el collado de Quirino

verdea y al templo del romano rey da sombra.»

Obedece, y a la tierra bajando por sus arcos pintos,
a Hersilia compele con las ordenadas palabras Iris.

840 Ella, en su vergonzoso rostro apenas levantando sus luces:

«Oh diosa —pues para mí, tanto no quién seas decir al alcance está,
cuanto sí es claro que eres una diosa— guíame, oh guíame», dice, «y
ofrécame

de mi esposo el rostro, el cual, si sólo poder verlo

los hados una vez me dieran, el cielo haber recibido confesaría.»

845 Y sin demora de Rómulo con la virgen Taumantea

se adentra en los collados: allí una estrella del éter deslizada

cae hasta las tierras. De cuya luz ardiendo

Hersilia, sus cabellos, con esa estrella pasó a las auras.

A ella con sus manos conocidas el fundador de la ciudad de Roma

850 la recibe, y su primitivo nombre, al par con su cuerpo,

le muda y Hora la llama, la cual, ahora diosa, se unió a Quirino.

Libro decimoquinto

Míscelo

Se busca entre tanto quien los pesos de tan gran mole
sostenga, y a tan gran rey pueda suceder:

destina para el mando, prenunciadora de la verdad,

la Fama al brillante Numa. No él bastante conocer los ritos

⁵ de la gente sabina considera. En su ánimo capaz mayores cosas
concibe y cuál es de las cosas la Naturaleza indaga.

El amor de este cuidado, su patria y sus Cures abandonados,

hizo que penetrara hasta la ciudad del huésped de Hércules.

Qué autor había puesto griegas murallas en las orillas

¹⁰ itálicas al preguntar, así, de los mayores uno

le refirió, de los nativos, no desconocedor de la vieja edad:

«Después del Océano, rico de los bueyes iberos el nacido de Júpiter,

que los litorales lacinos alcanzó en feliz travesía

se dice, y, mientras su vacada erraba por esas tiernas hierbas,

¹⁵ que él en la casa y no inhóspitos techos del gran Crotón

entró, y que con el descanso alivió su larga penalidad,

y que así, al marchar: «En alguna edad», había dicho, «de mis nietos

éste el lugar de su ciudad será» y sus promesas verdaderas fueron.

Pues hubo, engendrado del argólico Alemon, un tal

²⁰ Míscelo, a los dioses aceptísimo de aquella edad.

Sobre él inclinándose, presa de la pesadez del sopor,

el portador de la clava se le dirige: «Vamos, abandona tus patrias sedes, ve, busca las pedregosas ondas del opuesto Ésar», y si no obedeciera, con muchas cosas y de temer le amenaza.

²⁵ Tras ello se alejan al par el sueño y el dios.

Se levanta el Alemónida y con tácita mente las recientes visiones revive y pugna largo tiempo su decisión con él: el numen marchar le ordena, prohíben alejarse las leyes y pena de muerte puesta está para el que su patria mudar quiera.

³⁰ Cándido, en el Océano su nítida cabeza había escondido el Sol, y su cabeza había sacado constelada, densísima, la Noche.

Pareció que llegaba el mismo dios, y que lo mismo le advertía y, si no obedeciera, con más y más graves cosas que le amenazaba.

Sintió mucho temor, y de una vez a trasladar se preparaba hacia sus sedes

³⁵ nuevas su paterno santuario: surge un murmullo en la ciudad y se le hace reo de despreciadas esas leyes, y cuando terminado se hubo la causa primera y su delito queda patente, sin testigo probado, desaliñado él, a los altísimos levantando el reo su cara y manos:

«Oh a quien derecho al cielo dieron tu docena de labores,

⁴⁰ préstame, te suplico», dice, «ayuda, pues tú eres de mi delito el autor.»

La costumbre era antigua, con níveas y negras piedrecitas, con éstas condenar a los reos, con aquéllas absolverlos de culpa.

Entonces también así se llevó la sentencia triste y todo guijarro se deposita negro en la despiadada urna.

⁴⁵ La cual, una vez que derramó, vuelta, para ser numeradas, las piedrecitas,

en todas, del negro, su color se había mutado en blanco,
y cándida la sentencia por el numen de Hércules vuelta,
libra al Alemónida. Las gracias da él a su padre,
al Anfitriónida, y con vientos alentadores la superficie

⁵⁰ navega jonia, y la salentina Nereto

atrás deja, y Síbaris, y la lacedemonia Tarento
y de Turia las ensenadas y Nemesia y de Iápige los campos
y, por apenas recorridas tierras que contemplan los mares,
encuentra las hadadas orillas de la corriente del Ésar

⁵⁵ y no lejos de aquí un túmulo bajo el cual los sagrados huesos
de Crotón cubría la tierra, y allí, en esa ordenada tierra, unas murallas
fundó y el nombre del sepultado trajo para su ciudad.»

Tales los primordios constaba por una certera fama
que eran del lugar, y, puesta en las fronteras de Italia, de la ciudad.

Discurso de Pitágoras

⁶⁰ Un varón hubo allí, de nacimiento samio, pero había huido al par
de Samos y de sus dueños y, por odio de la tiranía, un exiliado
por su voluntad era, y él, aunque del cielo por la lejanía remotos,
con su mente a los dioses llegó y lo que la naturaleza negaba
a las visiones humanas, con los ojos tales cosas de su pecho lo sacaba,

⁶⁵ y cuando en su ánimo y con su vigilante cuidado lo había penetrado
todo,

en común para aprenderse lo daba, y a las reuniones de los que
guardaban silencio

y de los admiradores de sus relatos los primordios del gran mundo
y las causas de las cosas y qué la naturaleza, enseñaba,
qué el dios, de dónde las nieves, cuál de la corriente fuera el origen,
70 si Júpiter o los vientos, destrozada una nube, tronaran,
qué sacudía las tierras, con qué ley las constelaciones pasaban,
y cuanto está oculto; y él el primero que animales en las mesas
se pusieran rebatió, el primero también con tales palabras su boca,
docta ciertamente, liberó, pero no también creída:

75 «Cesad, mortales, de mancillar con festines sacrílegos
vuestros cuerpos. Hay cereales, hay, que bajan las ramas
de su peso, frutas, y henchidas en las vides, uvas,
hay hierbas dulces, hay lo que ablandarse a llama
y suavizarse pueda, y tampoco a vosotros del humor de la leche
80 se os priva, ni de las mieles aromantes a flor de tomillo.

Pródiga, de sus riquezas y alimentos tiernos la tierra
os provee, y manjares sin matanza y sangre os ofrece.
Con carne las fieras sedan sus ayunos, y no aun así todas,
puesto que el caballo, y los rebaños y manadas de la grama viven.

85 Mas aquellas que un natural tienen inmansueto y fiero,
de Armenia los tigres, y los iracundos leones,
y con los lobos los osos, de los festines con sangre se gozan.

Ay, qué gran crimen es en las vísceras esconder
y con un cuerpo ingerido engordar un ávido cuerpo,

90 y que un ser animado viva de la muerte de un ser animado.

¿Así que de entre tantas riquezas que la mejor de las madres,
la tierra, pare, nada a ti masticar con salvaje diente
te complace y las comisuras recordar de los Cíclopes,
y no, si no es perdiendo a otro, aplacar podrías
⁹⁵ los ayunos de tu voraz y mal educado vientre?

Mas la vieja aquella edad, a la que, áurea, hicimos su nombre,
con crías de árbol y, las que la tierra alimenta, con las hierbas,
afortunada se le hizo y no mancilló su boca de sangre.

Entonces también las aves, seguras, movieron por el aire sus alas,
¹⁰⁰ y la liebre impávida erraba en mitad de los campos
y no su credulidad al pez había suspendido del anzuelo.

Todas las cosas, sin insidias, y sin temer ningún fraude
y llenas de paz estaban. Después que un no útil autor
los víveres envidió, quien quiera que fuera él, de los leones,
¹⁰⁵ y corpóreos festines sumergió en su ávido vientre,

hizo camino para el crimen, y por primera vez de la matanza de fieras
calentarse puede, manchado de sangre, el hierro

—y esto bastante hubiera sido—, y que los cuerpos que buscaban
nuestra

perdición fueran enviados a la muerte, a salvo la piedad, confesemos:

¹¹⁰ pero cuanto dignos de ser dados a la muerte, tanto no de que se les
comieran fueron.

Más lejos, desde ahí, la abominación llega, y la primera se considera
que víctima el cerdo mereció morir porque las semillas
con su combo hocico desenterrara y la esperanza interceptara del año.

Una vid al ser mordida, que el cabrío ha de ser inmolado del Baco vengador

115 junto a las aras, se dice. Mal les hizo su culpa a los dos.

¿Qué merecisteis las ovejas, plácido ganado y para guardar a los hombres nacido, que lleváis plena en la ubre néctar, que de blandos cobertores vuestras lanas nos ofrecéis y que en vida más que con la muerte nos ayudáis?

120 ¿Qué merecieron los bueyes, animal sin fraude ni engaños, inocuo, simple, nacido para tolerar labores?

Ingrato es, solamente, y no del regalo de los granos digno, el que pudo recién quitado el peso del curvo arado al labrador inmolar suyo, el que, ése molido por la labor,

125 ése con el que tantas renovara el duro campo cuantas veces diera cosechas, ese cuello tajó con la segur.

Y bastante no es que tal abominación se cometa: a los propios dioses inscriben para ese crimen y el numen superior con la matanza creen que disfruta de ese sufridor novillo.

130 La víctima, de tacha carente y prestantísima de hermosura, pues el haber complacido mal le hace, de vendas conspicua y de oro, es colocada ante las aras, y oye sin comprender al oficiante, y que se imponen ve entre los cuernos de la frente suya, los que cultivó, esos granos, y tajada, de su sangre los cuchillos

135 tiñe, previamente vistos quizás en la fluida onda.

En seguida, arrancadas de su viviente pecho sus entrañas

las inspeccionan y las mentes de los dioses escrutan en ellas.

Después —¿el hambre en el hombre tan grande es de los alimentos prohibidos?—

osáis comerlo, oh género mortal, lo cual suplico

¹⁴⁰ no haced y a los consejos vuestros ánimos volved nuestros,
y cuando de las reses asesinadas deis sus miembros al paladar,
que coméis vosotros sabed, y sentid, a vuestros colonos.

Y ya que un dios mi boca mueve, obedeceré al dios que mi boca
mueve ritualmente, y los Delfos míos y el propio éter

¹⁴⁵ abriré y descerraré los oráculos de una augusta mente.

Grandes cosas y no investigadas por los talentos de los predecesores

y que largo tiempo han estado ocultas cantaré. Place ir a través de los
altos

astros, place las tierras y su inerte sede dejada

en una nube viajar y en los hombros asentarse de Atlas,

¹⁵⁰ y a los diseminados hombres por todos lados y de razón carentes
abajo contemplar desde lejos, y agitados y de su final temerosos
así exhortar y la sucesión revelarles de su hado:

Oh género de los atónitos por el miedo de la helada muerte,

¿por qué a la Estige, por qué las tinieblas y nombres vanos teméis,

¹⁵⁵ materia de los poetas, peligros de un falso mundo?

Los cuerpos, ya la hoguera con su llama, o ya con su consunción
la vejez los arrebatara, males poder sufrir ningunos creáis.

De muerte carecen las almas y su anterior sede abandonada
en nuevas casas viven y habitan, en ellas recibidas.

¹⁶⁰ Yo mismo, pues lo recuerdo, en el tiempo de la guerra de Troya
el Pantoida Euforbo era, al que en su pecho un día clavó,
a él enfrentado, la pesada asta del menor Atrida.

He conocido el escudo, de la izquierda nuestra los fardos,
hace poco, en el templo de Juno, en la Abantea Argos.

¹⁶⁵ Todas las cosas se mutan, nada perece: erra y de allí
para acá viene, de aquí para allá, y cualesquiera ocupa miembros
el espíritu, y de las fieras a los humanos cuerpos pasa,
y a las fieras el nuestro, y no se destruye en tiempo alguno,
y, como se acuña la fácil cera en nuevas figuras,

¹⁷⁰ y no permanece como fuera ni la forma misma conserva,
pero aun así ella la misma es: que el alma así siempre la misma
es, pero que migra a variadas figuras, enseñó.

Así pues, para que la piedad no sea vencida por el deseo del vientre,
cesad, os vaticino, las emparentadas almas con matanza

¹⁷⁵ abominable de perturbar, y con sangre la sangre no sea alimentada.

Y ya que viajo por un gran mar y llenas a los vientos
mis velas he dado: nada hay que persista en todo el orbe.

Todo fluye, y toda imagen que toma forma es errante.

También en asiduo movimiento se deslizan los mismos tiempos,

¹⁸⁰ no de otro modo que una corriente, pues detenerse una corriente
ni una leve hora puede: sino como la onda es impelida por la onda,
y es empujada la anterior por la que viene y ella empuja a su anterior,
los tiempos así huyen al par y al par ellos persiguen

y nuevos son siempre pues lo que fue antes atrás queda
185 y deviene lo que no había sido, y los momentos todos se renuevan.
Tú contemplas que también las ya medidas noches tienden a la luz,
y que la luminaria esta nítida sucede a la negra noche,
y el color tampoco es el mismo en el cielo cuando, cansadas todas las
cosas,
del reposo yacen en mitad, y cuando el Lucero sale claro
190 con su caballo blanco; y de nuevo es otro cuando, adelantada, de su
luz
la Palantíada tiñe, el que ha de entregar a Febo, el orbe.
El propio escudo del dios cuando se levanta de lo más hondo de la
tierra,
por la mañana rojea, y rojea cuando se esconde en lo más hondo de la
tierra;
cándido en lo más alto es, porque mejor naturaleza allí
195 la del éter es y lejos de los contagios de la tierra huye,
tampoco pareja o la misma la forma de la nocturna Diana
ser puede nunca y siempre la de hoy que la siguiente,
si crece, menor es, mayor si contrae su orbe.
¿Y no que en apariencias cuatro se sucede el año
200 ves, realizando las imitaciones de la edad nuestra?
Pues tierno y lactante y semejantísimo de un recién nacido a la edad
en la primavera nueva es. Entonces la hierba reciente y de dureza libre
está turgente y sólida no es y en su esperanza deleita a los campesinos.
Todas las cosas entonces florecen, y con los colores de las flores,
nutricio,
205 juega el campo, y todavía virtud en sus frondas ninguna hay.

Pasa al verano, tras la primavera, más robusto el año
y se hace un vigoroso joven, pues ni más robusta edad
ninguna, ni más fértil, ni que más arda, ninguna hay.
La releva el otoño, depuesto el fervor de la juventud,
210 maduro y suave y, entre el joven y el viejo,
en templanza intermedio, asperjado también en sus sienes de canas.
Después la senil mala estación llega, erizada con paso trémulo,
o expoliada de los suyos —o de los que tiene, blanca— de cabellos.
También nuestros propios cuerpos siempre y sin descanso
215 alguno se transforman, y no lo que fuimos o somos
mañana seremos. Hubo aquel día en el que, simientes solo
y esperanza de hombres, de nuestra primera madre habitábamos en el
vientre:
la naturaleza sus artesanas manos nos allegó y que estuvieran
angustiados esos cuerpos en las vísceras escondidos de nuestra
distendida madre
220 no quiso y de esa casa nos emitió, vacías, a las auras.
Dado a la luz estaba tendido sin fuerzas ese niño;
luego como cuadrúpedo y al modo movió sus miembros de las fieras,
y poco a poco temblando y todavía de hinojo no firme
se puso de pie, ayudando con algún esfuerzo a sus músculos;
225 después vigoroso y veloz fue, y el espacio de la juventud
atraviesa y, agotados del intermedio tiempo también los años,
se baja por el camino inclinado de la caduca vejez.
Socava esta y demuele de la edad anterior

las fuerzas, y llora Milón de mayor, cuando contempla inanes
230 a aquéllos que fueran por la mole de sus sólidos músculos
a los de Hércules semejantes, sus brazos, fluidos, colgar.

Llora también cuando en el espejo arrugas de vieja se ha visto
la Tindáride y consigo misma por qué dos veces se la raptara se
pregunta.

Tiempo, devorador de las cosas, y tú, envidiosa Vejez,

235 todo lo destruís y corrompidas con los dientes de la edad
poco a poco consumís todas las cosas con una muerte lenta.

Tampoco tales cosas persisten, a las que nosotros elementos llamamos,
y qué tornas les ocurren, vuestros ánimos prestad, os mostraré.

Cuatro cuerpos generadores el mundo eterno

240 contiene. De ellos dos son onerosos, y por su propio
peso hacia lo más bajo, la tierra y la onda, se marchan,
y otros tantos de gravedad carecen y sin que nadie les empuje
a lo alto acuden, el aire y que el aire más puro el fuego.

Las cuales cosas, aunque en espacio disten, aun así todo se hace

245 de ellas y hacia ellas caen: y disuelta la tierra
se enralece hacia las fluidas aguas; atenuado, en auras
y en aire el humor acaba; y privado también de peso de nuevo
hacia los altísimos fuegos el aire más tenue centellea.

De ahí para atrás vuelven y el mismo orden se desteje,

250 pues el fuego, espesado, a denso aire pasa,

éste a aguas, tierra aglomerada se reúne de la onda.

Y la apariencia suya a cada uno tampoco le permanece y, de las cosas renovadora, desde unas rehace la naturaleza otras figuras, y no perece cosa alguna, a mí creed, en todo el mundo,
²⁵⁵ sino que varía y su faz renueva y nacer se llama a empezar a ser otra cosa de la que fue antes, y morir a acabar aquello mismo. Aunque hayan sido acá quizás aquéllas, éstas transferidas allá, en suma, aun así, todas las cosas se mantienen. Nada yo, ciertamente, que dura mucho tiempo bajo la imagen misma
²⁶⁰ creería: así hasta el hierro vinisteis desde el oro, siglos, así tantas veces tornado se ha la fortuna de los lugares. He visto yo, lo que fuera un día solidísima tierra, que era estrecho, he visto hechas de superficie tierras, y lejos del piélago yacen conchas marinas,
²⁶⁵ y, vieja, encontrado se ha en los montes supremos un ancla, y lo que fue llano, valle la avenida de las aguas hizo, y por una inundación un monte ha sido abajado a la superficie, y de una pantanosa otra tierra aridece de secas arenas, y lo que sed había soportado, empantanado de lagos se humedece.
²⁷⁰ Aquí manantiales nuevos la naturaleza ha lanzado, mas allí los cerró y, muchos, por los antiguos temblores del orbe han irrumpido, o, desecados, se han asentado. Así, donde el Lico ha sido apurado por una terrena comisura, brota lejos de ahí, y renace por otra boca.

²⁷⁵ Así ora es embebido, ora, por un cubierto abismo resbalando,

regresa ingente el Erasino de Argolia en los campos,
y al misio, de la cabeza suya y de su ribera anterior
que sentía disgusto dicen: que por otro lado ahora va, el Caíco.
Y, no poco, revolviendo el Amenano las arenas sicánias,
280 ahora fluye, a las veces, detenidos sus manantiales, aridece.
Antes se le bebía, ahora, las que tocar no quisieras,
vierte el Anigro sus aguas, después que —salvo que a los poetas
se les deba arrebatarse toda la fe— allí lavaron los bímembres las heridas
que les había hecho del portador de la clava, de Hércules, el arco.
285 ¿Y no el Hípanis, de los montes escíticos nacido,
que había sido dulce, de sales se corrompe amargas?
De oleajes rodeadas habían estado Antisa y Faros,
y la fenicia Tiro: de las cuales ahora isla ninguna es.
Una Léucade continua tuvieron sus viejos colonos:
290 ahora estrechos la rodean. Zancle también que unida estuvo
se dice a Italia, hasta que sus confines el ponto
arrebató y rechazó la tierra en plena onda.
Si buscas Hélice y Buris, Acaides ciudades,
las encontrarás bajo las aguas, y todavía señalar los navegantes
295 suelen, inclinadas, sus fortalezas con sus murallas sumergidas.
Hay cerca de la Pitea Trecén un túmulo, sin árboles
algunos arduo, un día llanísima área
de campo, ahora túmulo. Pues —cosa horrenda de relatar—
la fuerza fiera de los vientos, encerrada en ciegas cavernas,

300 afuera soplar por alguna parte queriendo y luchando en vano
por disfrutar de más libre cielo, como en su cárcel
grieta ninguna hubiera en toda ni permeable para sus soplos fuera,
hinchió, distendida, la tierra como el aliento de la boca
tensar una vejiga suele, o arrancadas sus pieles

305 a un bicorne cabrió. El bulto aquel de ese lugar permaneció y de un
alto
collado tiene la apariencia y se endureció con la larga edad.
Muchas cosas aunque me vienen, oídas y conocidas por nos,
pocas más referiré. ¿Qué, que no la linfa también figuras
da y las toma nuevas? En medio del día, cornado Amón,
310 tu onda helada está, y en el orto y en la puesta está caliente.
Acercándole aguas, que los Atamantes encienden un leño
se cuenta cuando la luna se ha retirado a sus orbes mínimos.
Una corriente tienen los cícones, la cual bebida, de piedra vuelve
las vísceras, la cual produce mármoles en las cosas por ella tocadas.

315 El Cratis y desde él el Síbaris, colindante a nuestras orillas,
al ámbar semejantes hacen y al oro los cabellos.
Y lo que más admirable es, los hay que no los cuerpos sólo,
sino los ánimos también sean capaces de mutar, humores.
¿Quién no ha oído de Sálmacis, la de obscena onda,
320 y de los etíopes lagos? De los cuales, si alguien con sus fauces
apura,
o delira o padece de admirable pesadez un sopor.
Del Clítor quien quiera que su sed en el manantial ha aliviado,

de los vinos huye y goza abstemio de las puras ondas,
sea que una fuerza hay en su agua contraria al caliente vino,
325 o sea, lo que los indígenas recuerdan, que de Amitaón el nacido
a las Prétides, atónitas después que merced a un encanto y hierbas
las arrancó de sus delirios, los purgantes de su mente los lanzó
a aquellas aguas, y el odio del vino puro permaneció en sus ondas.
A éste fluye, por su efecto disparejo, de la Lincéstide el caudal,
330 del cual, quien quiera que con poco moderada garganta saca,
no de otro modo se tambalea que si puros vinos hubiese bebido.
Hay un lugar en la Arcadia, Féneo lo llamaron los de antaño,
por sus ambiguas aguas sospechoso, las cuales de noche teme:
de noche dañan ellas bebidas, sin daño en la luz se las bebe.
335 Así unas y las otras fuerzas lagos y corrientes
conciben: y un tiempo hubo en que nadaba en las aguas;
ahora asentada está Ortigia. Temió la Argo, asperjadas
por los embates de las olas rotas en ellas, a las Simplégades,
que ahora inmóviles permanecen y a los vientos resisten.
340 Y tampoco el que arde con sus sulfuradas fraguas, el Etna,
ígneo siempre será, pues tampoco fue ígneo siempre.
Pues si ella es un ser que alienta, la tierra, y vive y tiene
respiraderos que llama exhalan por muchos lugares,
mudar las vías de su respiración puede y cuántas veces
345 se mueva, éstas acabarlas, abrir aquellas cavernas puede;
o si leves vientos están encerrados en profundas cuevas,

y rocas contra rocas y materia que posee las simientes
de la llama arrojan, ella concibe con sus golpes el fuego,
sus cuevas abandonarán frías al sedarse esos vientos;
350 o si del betún las fuerzas arrebatan esos incendios
o gualdos azufres arden con exiguos humos,
naturalmente cuando la tierra sus pábulos y alimentos pingües a la
llama
no dé, consumidas sus fuerzas a través de la larga edad,
y a su naturaleza voraz su nutrimento falte,
355 no soportará ella su hambre y esos abandonos abandonará el fuego.
Que hay hombres, la fama es, en la hiperbórea Palene,
que suelen velar sus cuerpos con leves plumas
cuando nueve veces han sentido la laguna de Tritón.
No lo creo yo, por cierto: asperjados también sus cuerpos de venenos
360 que ejercen las artes mismas las Escítides se recuerda.
Si alguna fe, aun así, ha de ofrecerse a las cosas probadas,
¿acaso no ves que cuantos cuerpos con la demora y el fluido calor
se descomponen en pequeños vivientes se tornan?
Ve y también entierra unos selectos toros inmolados
365 —cosa conocida por el uso—: de la podrida víscera por todos lados,
selectoras de las flores, nacen abejas, que a la manera de sus padres
los campos honran y su obra favorecen y para su esperanza trabajan.
Presa de la tierra un caballo guerrero del abejaorrio el origen es.
Sus cóncavos brazos si quitas a un cangrejo ribereño,

370 el resto lo pones bajo tierra, de la parte sepultada
un escorpión saldrá y con su cola amenazará corva.

Y las que suelen con sus canos hilos entretejer las frondas,
las agrestes polillas —cosa observada para los colonos—,
con la fúnebre mariposa mudan su figura.

375 Unas simientes el cieno tiene que procrea las verdes ranas,
y las procrea trucas de pies, luego, aptas para nadar,
piernas les da, y para que éstas sean para largos saltos aptas,
la posterior medida supera a las partes anteriores.

Tampoco el cachorro que en su parto reciente ha dado la osa

380 sino carne malamente viva es. Lamiéndolo su madre hacia sus
articulaciones

los modela y a la forma, cuanta abarca ella misma, lo conduce.

¿Acaso no ves, a las que la cera hexagonal cubre, a las crías
de las portadoras de miel, las abejas, que cuerpos sin miembros nacen
y tardíos su pies como tardías asumen sus remeras?

385 De Juno el ave, que de cola constelaciones lleva,

y el armero de Júpiter y de Citerea las palomas

y el género todo de las aves, si de las partes medias de un huevo
no supiéramos que se forman, quién, que nacer podrían, creería?

Hay quienes, cuando podrido se ha una espina en un sepulcro cerrado,

390 que se mutan creen en serpientes las humanas médulas.

Éstos, aun así, de otros los primordios de su género sacan.

Una ave hay que se rehaga y a sí misma ella se reinsemine.

Los asirios fénix la llaman. No de granos ni de hierbas,
sino de lágrimas de incienso y del jugo vive de amomo.

³⁹⁵ Ella cuando cinco ha completado los siglos de la vida suya,
de una encina en las ramas y en la copa, trémula, de una palmera,
con las uñas y con su puro rostro un nido para sí se construye,
en el cual, una vez que con casias y del nardo lene con las aristas
y con quebrados cínamos lo ha cimentado junto con rubia mirra,
⁴⁰⁰ a sí mismo encima se impone, y finaliza entre aromas su edad.

De ahí, dicen que, quien otros tantos años vivir deba,
del cuerpo paterno un pequeño fénix renace.

Cuando le ha dado a él su edad fuerzas, y una carga llevar puede,
de los pesos del nido las ramas alivia de su árbol alto
⁴⁰⁵ y lleva piadoso, como las cunas suyas, el paterno sepulcro,
y a través de las leves auras, de la ciudad de Hiperión adueñándose,
ante sus puertas sagradas de Hiperión en el templo los suelta.

Si con todo hay algo de admirable novedad en tales cosas,
de que cambie sus tornas y la que ora como hembra en su espalda
⁴¹⁰ padecido al macho ha, ahora de que sea macho ella admirémonos,
la hiena.

De éste también, del viviente que de vientos se nutre y de aura,
que en seguida simula cuantos colores ha tocado.

Vencida, al portador de los racimos, lince dio la India, a Baco,
cuya vejiga, según recuerdan, cuanto remite

⁴¹⁵ se torna en piedras y congela, el aire al ser tocado.

Así también el coral, en el primer momento que toca las auras,
en ese tiempo se endurece: mullida fue hierba bajo las ondas.

Acabará antes el día y Febo en la alta superficie

teñirá sus caballos sin aliento, de que yo alcance todas las cosas con mis
palabras,

⁴²⁰ que a apariencias se han trasladado nuevas. Así los tiempos
tornarse

contemplamos: a aquellas gentes asumir fortaleza,

caer a estas. Así grande fue, de hacienda y de hombres,

y durante diez años pudo tanta sangre dar:

ahora, humilde, nada más Troya viejas ruinas

⁴²⁵ y muestra en vez de sus riquezas los túmulos de sus abuelos.

Clara fue Esparta, vigorosa fue la gran Micenas,

y no poco la Cecrópide, y no poco de Anfión los recintos.

Vil suelo Esparta es, alta cayó Micenas,

la Edipodonia qué es, sino unos nombres, Tebas,

⁴³⁰ qué de la Pandionia queda, sino el nombre, Atenas.

Ahora también, la fama es, que una Dardania Roma está surgiendo,

la cual, próxima del nacido del Apenino, del Tíber, a las ondas,

bajo una mole ingente los cimientos de sus estados pone.

Ella, así pues, su forma creciendo muda, y en otro tiempo

⁴³⁵ la cabeza del inmenso orbe será. Así lo han dicho los profetas

y, cantoras del hado, lo refieren las venturas, y por cuanto recuerdo

el Priámida Héleno al que lloraba y dudaba de su salvación

había dicho, a Eneas, cuando el estado troyano caía:

«Nacido de diosa, si conocidos bastante los presagios de nuestra
440 mente tienes, no toda caerá, tú a salvo, Troya.

La llama a ti y el hierro te darán un camino: irás y a la vez
Pérgamo arrebatado te llevarás, hasta que a Troya y a ti,
exterior al paterno, os alcance un más amigo campo.

Una ciudad también contemplo que debes a nuestros frigios nietos
445 cuan grande ni es ni será —ni aun vista— en los anteriores años.

A ella otros próceres a través de siglos largos poderosa,
pero dueña de los estados, uno de la sangre nacido de Julo
la hará, del cual cuando la tierra se haya servido,
lo disfrutarán las etéreas sedes, y el cielo será la salida para él.»

450 Que tales cosas Héleno había cantado al portador de los penates, a
Eneas,

yo, de mente memorioso, refiero, y de que esas a mí emparentadas
murallas crezcan

me alegre, y de que útilmente a los frigios vencieran los pelasgos.

Para que, aun así, olvidados de que a su meta tienden

mis caballos, lejos no me desplace, el cielo y cuanto bajo él hay

455 muta sus formas, y la tierra, y cuanto en ella hay.

Nosotros también, parte del mundo, puesto que no cuerpos sólo,

sino también voladoras almas somos, y a ferinas casas

podemos ir, y de rebaños en los pechos escondernos,

esos cuerpos, que pueden las almas tener de nuestros padres

460 o de nuestros hermanos o de gentes unidas por algún pacto a
nosotros,

o de hombres, ciertamente, que seguros estén y honestos permitamos,

o no acumulemos entrañas en nuestras mesas de Tiestes.

Cuán mal acostumbra, cuán a sí mismo se prepara él, impío,
para el crúor humano, de un novillo el que la garganta a hierro

⁴⁶⁵ rompe e inmutados ofrece a sus mugidos sus oídos,

o el que, vagidos semejantes a los infantiles cuando un cabrito

da, degollarlo puede, o de un ave alimentarse

a la que puso él mismo sus comidas. ¿Cuánto hay que falte en ello

para el pleno crimen? ¿A dónde el tránsito desde ahí se prepara?

⁴⁷⁰ El buey are, o su muerte impute a sus mayores años,

contra el bóreas horripilante la oveja armas suministre,

sus ubres den, saturadas las cabritas, a manos que las opriman.

Las redes junto con los cepos, y los lazos y artes dolosas

quidad, y al pájaro no engañad con la cebada vara,

⁴⁷⁵ y, hechas para el espanto, con las plumas a los ciervos no burlad

ni esconded con carnadas falaces los corvos anzuelos.

Perded a cuanto cause daño, pero esto también perdedlo tan sólo,

las bocas de sangre queden libres y alimentos tiernos cojan.»

Hipólito

Con tales y otros discursos instruido su pecho

⁴⁸⁰ a su patria que regresó dicen y voluntariamente buscado,

que cogió Numa del pueblo del Lacio las riendas.

Por su esposa él feliz, una ninfa, y por sus guías, las Camenas,

les enseñó los sacrificiales ritos y a una gente a la feroz

guerra acostumbrada, de la paz trasladó a las artes.

⁴⁸⁵ El cual, después que, mayor, su reino y su edad hubo consumado,
extinguido, del Lacio las nueras, y el pueblo, y los padres
lloraron a Numa, pues su esposa, la ciudad abandonando,
se oculta escondida en las densas espesuras del valle Aricino,
y los sacrificios de la Oresteia Diana con su gemido y lamento
⁴⁹⁰ estorba. Ay cuántas veces las ninfas del bosque y del lago
que no lo hiciera le advirtieron y consoladoras palabras le dijeron.
Cuántas veces a la que lloraba el Teseo héroe:

«Pon una medida», dijo, «pues tampoco la fortuna de lamentar
sola la tuya es. De otros repara en los semejantes casos:

⁴⁹⁵ más benignamente lo llevarás, y ojalá los ejemplos a ti, doliente,
no los míos te pudieran aliviar, pero también los míos pueden.

Hablando, algún Hipólito a vuestros oídos si ha alcanzado,
que por la credulidad de su padre, por el fraude de su criminal
madrastra

sucumbió a la muerte, te asombrarás y apenas te lo probaré,

⁵⁰⁰ pero aun así, ése soy yo. A mí la Pasifeia un día, tentándome
en vano a ultrajar de mi padre la alcoba,

aquello que quiso fingió haberlo querido y su delito tornando
—¿de la delación por miedo más, u ofendida por el rechazo?—,
me condenó, y al que merecía nada su padre echó de la ciudad

⁵⁰⁵ y con una hostil plegaria la cabeza impreca del que marchaba.

A la Pitea Trecén con prófugo carro me dirigía,
y ya del Corintíaco ponto cogía por los litorales,

cuando el mar se irguió y un cúmulo ingente de aguas,
de un monte en la apariencia, cuvarse y crecer parecía
510 y que daba mugidos y por su suprema cima se hendía.

Cornado, de ahí un toro es expelido, de las rotas ondas,
y hasta su pecho erigido hacia las auras suaves,
de sus narinas y anchurosa boca vomita una parte del mar.

Los corazones se llenan de pavor de mis acompañantes, mi mente
impertérrita permanece,

515 con los exilios suyos contenta, cuando sus cuellos, feroces,
a los estrechos viran y erguidas sus orejas se espantan
mis cuadrípedes y del monstruo por el miedo se turban y precipitan
el carro de las altas peñas. Yo por conducir los vanos
frenos con mi mano, y de espumas blanquecientes embadurnados, lucho,
520 y hacia atrás tenso, boca arriba, las flexibles riendas,
y aun así a estas fuerzas la rabia no hubiese superado de los caballos,
si una rueda, por donde ella circungira perpetuo al eje,
de un tronco por el tropiezo, roto y deshecho no se hubiese.

Salgo despedido del carro y, como las correas sujetaban mis miembros,

525 mis entrañas vivas arrastrar, y mis nervios en el tronco ser
retenidas,

mis miembros ser arrebatados en parte, en parte enganchados quedar,
mis huesos dar, rotos, un grave sonido, y vieras, agotado,
mi aliento expirar, y ningunas partes en mi cuerpo
que reconocer pudieras: una sola herida era todo.

530 ¿Acaso puedes, u osas, con la calamidad comparar nuestra,

ninfa, la tuya? Vi también de luz carentes los reinos
y lacerado calenté mi cuerpo del Flegetonte en la onda,
y no, sino con una vigorosa medicina del vástago de Apolo,
devuelta la vida me fuera; la cual, después que con esas fuertes hierbas
535 y con la ayuda peonia, para indignación de Dite, recobré,
entonces a mí, para que aparecido no aumentara del don este
la envidia, densas me opuso la Cintia unas nubes,
y para que estuviera guardado y pudiera impunemente ser visto,
me añadió edad y no reconocible me dejó

540 el rostro mío y a Creta mucho tiempo dudó si para habitarla
me entregaría o a Delos. Delos y Creta abandonadas
aquí me puso y un nombre al mismo tiempo, que pudiera mis caballos
evocar, me ordena que deponga y: «Quien fuiste
Hipólito», dijo, «ahora, el mismo, Virbio sé.»

545 Este bosque desde entonces honro y, de los dioses menores uno,
bajo el nombre de mi señora me oculto y hacienda suya soy.»

Tages. La lanza de Rómulo. Cipo

No, aun así, de Egeria los lutos las ajenas pérdidas
capaces son de aliviar, y de un monte tendida en sus raíces hondas
se disuelve en lágrimas, hasta que por piedad de la doliente

550 conmovida la hermana de Febo, gélido, de su cuerpo un manantial
hizo y sus miembros atenuó en eternas ondas.

También a las ninfas tocó ese nuevo asunto, y de la Amazona el nacido
no de otro modo quedó suspendido que cuando el tirreno labrador

un hadado terrón contempló en mitad de los campos

555 que por voluntad propia primero, sin que nadie lo agitara, se movía,

que tomaba luego la de hombre, de tierra remitía la forma,

y que su boca abría reciente para los venideros hados:

los nativos le llamaron Tages, el primero que enseñó

de Etruria a la gente a abrir los casos futuros.

560 O como en los palatinos collados en otro tiempo, prendida,

cuando súbitamente vio brotar Rómulo su asta,

la cual, con una raíz nueva, no por el hierro clavado se alzaba,

y ya no arma, sino de flexible mimbre un árbol,

no esperadas daba a los que se admiraban sombras.

565 O de la corriente cuando vio Cipo en la onda

los cuernos suyos —pues los vio—, y que una falsa fe había

creyendo en la imagen, sus dedos a su frente muchas veces llevando,

lo que veía tocó y, ya sus ojos sin culpar,

se detuvo, cual regresaba vencedor del dominado enemigo,

570 y al cielo sus ojos y al mismo sus brazos levantando:

«Lo que quiera», dice, «altísimos, que con el prodigio se pronostique este,

si alegre es: para mi patria alegre y para el pueblo de Quirino,

o si amenazador: para mí lo sea», y de césped verde hechas

aplaca con aromados fuegos, herbosas, esas aras,

575 y vinos les da en páteras y de unas inmoladas bidentes

qué a él le indiquen consulta, palpitantes, sus entrañas.

Las cuales, al mismo tiempo que las contempló de la tirrena gente el arúspice,

grandes proyectos de estados ciertamente vio en ellas,

no manifiestos, aun así. Pero cuando levantó aguda

⁵⁸⁰ su mirada desde las fibras de la res hacia los cuernos de Cipo:

«Rey», dice, «oh, salve, pues a ti, Cipo, este lugar

y de la Lacia obedecerán, a los cuernos tuyos, los recintos.

Tú sólo rompe tus demoras y por esas puertas a entrar abiertas

apresúrate. Así los hados lo ordenan, pues por la ciudad recibido

⁵⁸⁵ rey serás y de un cetro te apoderarás, seguro tú, perenne.»

Retiró él su pie, y de las murallas de la ciudad volviendo

torva su faz: «Lejos, ah, lejos los presagios tales», dijo,

«rechacen los dioses, y mucho más justamente yo mi edad

como exiliado pase, que a mí me vean los Capitolios como rey.»

⁵⁹⁰ Dijo y al instante al pueblo y al grave senado convoca,

antes, con todo, con un laurel de paz sus cuernos vela

y en unos parapetos hechos por soldado fuerte

se instala y a los dioses, según la primitiva costumbre, rezando:

«Hay», dice, «aquí uno al que vosotros si no expulsáis de la ciudad

⁵⁹⁵ rey será. Él, quién sea os indico, no por su nombre lo llamaré:

cuernos en la frente lleva. El cual a vosotros os delata el augur,

si a Roma entrara, que de fámulos unas leyes os ha de dar.

Él ciertamente ha podido por esas puertas irrumpir, abiertas,

pero yo me opuse, aunque más unido con él

600 nadie que yo está. Vosotros de la ciudad a este varón vetad, Quirites,
o si digno fuera, atadle con pesadas cadenas
o poned fin al miedo con la muerte de ese fatal tirano.»

Cuales los murmullos que cuando atroz silba el euro en los
arremangados

pinas se producen, o cuales los que los oleajes

605 marinos hacen si alguien de lejos los oye a ellos,

tal suena el pueblo, pero a través de las confusas palabras

de ese vulgo que rumoreaba, aun así, una voz emerge sola: «¿Quién él
es?»

y miran las frentes y los predichos cuernos buscan.

De vuelta a ellos Cipo: «Al que demandáis», dice, «tenéis»

610 y quitándose de la cabeza, mientras el pueblo se lo impedía la
corona,

exhibió, insignes de su gemelo cuerno, sus sienes.

Bajaron los ojos todos y un gemido dieron

y a aquella cabeza por sus méritos brillante —¿quién creerlo podría?—

contra la voluntad de ellos, vieron, y que ella careciera de su honor

615 sin poder ellos más allá soportar, le impusieron, festiva, una corona.

Mas los próceres, puesto que a los muros entrar a él se le veta,

tanto campo honorado a ti, Cipo, te dieron,

cuanto con un hundido arado, a él sometidos unos bueyes,

abarcas pudieras hasta el final de la luz desde su nacimiento

620 y unos cuernos que repetían esa admirable forma

en las bronceas jambas esculpen, que permanecerían durante la larga
edad.

Esculapio en Roma

Desvelad ahora, Musas, presentes númenes de los poetas,
pues lo sabéis y no os engaña a vosotras su espaciosa vejez,
de dónde que la circunfluida Isla del Tíber alto

⁶²⁵ añadiera al Corónida a los sacrificios de la ciudad de Rómulo.

Una siniestra peste un día había corrompido del Lacio las auras
y pálidos se demacraban los cuerpos por causa de esa exangüe
enfermedad.

De funerales cansados, después que los mortales intentos

ven que nada, nada las artes podían de los sanadores,

⁶³⁰ auxilio celeste buscan y a la que tiene la tierra central

del orbe, a Delfos, acuden, a los oráculos de Febo,

y que con una salutífera ventura socorrer sus desgraciados

estados quiera y de tan gran ciudad las desgracias acabe, piden.

Tanto el lugar como el laurel y las que tiene él mismo, sus aljabas,

⁶³⁵ temblaron al mismo tiempo, y el trípode devolvió desde lo hondo

del santuario esta voz y sus pavoridos pechos conmovió:

«Lo que buscas de aquí de más cercano lugar, Romano, hubieses
buscado,

y búscalos ahora en más cercano lugar, ni de Apolo a vosotros,

que minore vuestros lutos, menester es, sino del nacido de Apolo.

⁶⁴⁰ Id con buenas aves y a la descendencia acudid nuestra.»

Los mandatos del dios después que prudente oyó el senado,

qué ciudad honra, exploran, el joven Febeio,

y quienes busquen con los vientos de Epidauro los litorales envían.

Los cuales, una vez que con la encurvada quilla los tocaron los enviados,

645 al consejo y a los griegos padres acudieron, y que les dieran,

les rogaron, al dios, el cual presente los funerales acabe

de la gente ausonia: certeras, que así lo decían las venturas.

Disiente y varía su parecer, y parte de negar

no considera el auxilio, muchos que retengan y

650 que no envíen la ayuda suya ni sus númenes cedan aconsejan.

Mientras dudan, atardecida, expulsan los crepúsculos a la luz

y la sombra de la tierra había introducido las tinieblas al orbe,

cuando el dios en sueños, el Auxiliador, pareciendo que se detenía

ante el lecho tuyo, Romano, pero cual en su templo

655 estar suele, y el cayado agreste sosteniendo con su izquierda,

que la melena con la derecha se abajaba de su larga barba,

y con plácido pecho que expresaba tales voces:

«Deja los miedos. Iré, y las imágenes nuestras dejaré.

Sólo en esta sierpe que mi cayado con sus anillos envuelve

660 fíjate, y grábala en tu mirada hasta que reconocerla puedas.

Me tornaré en ella, pero mayor seré y tan grande pareceré,

en cuanto tornarse los celestes cuerpos deben.»

Al instante con su voz el dios, con la voz y el dios el sueño se va,

y del sueño a la huida la luz nutricia siguió.

665 La posterior aurora había puesto en fuga a los constelados fuegos.

Inseguros de qué hacer los próceres hacia los templos

labrados acuden del buscado dios y en qué sede él mismo
morar quiera, que con señales celestes indique le ruegan.
Apenas si habían cesado cuando áureo de sus crestas altas
670 en la serpiente el dios unos prenunciadores silbos lanzó,
y con la llegada suya su estatua y aras y puertas
y marmóreo el suelo y los techos áureos movió
y hasta su pecho sublime en la mitad del templo se apostó
y sus ojos llevó alrededor de fuego rielantes.

675 Aterrada la multitud se espanta: reconoció sus númenes,
ceñido en sus castos cabellos por la venda blanqueciento, el sacerdote y:
«El dios, he aquí, el dios es. Con vuestros ánimos y lenguas favorecedle,
todo el que asiste», dijo. «Que seas, oh bellísimo, aparecido
con provecho y a los pueblos ayudes que tus sacrificios honran.»

680 Todo el que asiste al ordenado numen venera y todos
las palabras del sacerdote repiten geminadas y, piadoso,
los Enéadas le ofrecen en su mente y voz su favor.

Asiente a ellos, y con sus movidas crestas el dios ratificadas prendas,
y repetidos dio silbos vibrando su lengua.

685 Entonces por las escaleras nítidas se desliza y su rostro atrás
gira y al partir se vuelve a contemplar sus antiguas aras,
y sus acostumbradas casas y habitados templos saluda.
De ahí, por la tierra, de las flores a él echadas cubierta,
ingente serpea y gira sus senos y por mitad de la ciudad

690 tira, fortificados por un encurvado parapeto, hacia los puertos.

Se detuvo allí y el tropel suyo y de la multitud que le seguía
el servicio con plácido rostro pareciendo que despedía,
su cuerpo puso de Ausonia en el barco. De la divinidad él
sintió la carga y hundiéndose del dios por la gravedad el casco.

⁶⁹⁵ Los Enéadas se regocijan e inmolado en el litoral un toro
las torcidas amarras sueltan de la coronada nave.

Había empujado una leve aura el barco. El dios sobresale en alto,
y con su cerviz en ella impuesta, hundiendo la popa recurva,
abajo contempla las azules aguas y con moderados céfiros

⁷⁰⁰ por la superficie jonia, de la sexta Palántide en el nacimiento,
Italia alcanzó y por delante de los del Lacinio,
ennoblecidos por el templo de su diosa, y de los litorales Esciláceos
pasa.

Deja atrás la Iapigia y con los izquierdos remos de las anfrisias
rocas huye, por la derecha parte los rompientes celenios,

⁷⁰⁵ y el Rometio recorre y Caulón y Naricia

y vence el estrecho y las angusturas del sículo Peloro
y del Hipótada las casas, del rey, y de Temese las minas,
y a Leucosia se dirige y los rosales del tibio Pesto.

De ahí recorre la Cáprea y el promontorio de Minerva

⁷¹⁰ y generosos de surrentino sarmiento esos collados,
y de Hércules la ciudad y Estabias y para los ocios nacida
Parténope y desde ella los templos de la cumea Sibila.

De aquí los calientes manantiales y portador de lentisco
se alcanza el Literno y arrastrando bajo su abismo mucha arena

715 el Volturmo, y concurrida de nevadas palomas Sinuesa,
y las Minturnas graves y a la que sepultó su ahijado
y de Antífates las casas y Tracas sitiada de marisma
y la tierra circea y de denso litoral Ancio.

Aquí cuando los navegantes tornaron su velera quilla

720 —pues áspero ya el ponto estaba— el dios despliega sus orbes
y mediante sinuosidades múltiples y sus grandes roscas deslizándose,
en los templos de su padre entra, que tocaban el rubio litoral.

La superficie aplacada, el Epidaurio las paternas aras
abandona y del hospedaje de la divinidad a él unida habiéndose servido,

725 ribereña, con el arrastre de su escama crujiente surca la arena
y apoyándose en el gobernalle de la nave en la alta
popa su cabeza puso, hasta que a Castro y las sagradas
sedes de Latino y hasta las embocaduras del Tíber llegó.

Aquí de todo el pueblo por todas partes y de las madres y de los padres

730 al paso la multitud se lanza y las que los fuegos, oh troyana Vesta,
guardan tuyos, y con alegre clamor al dios saludan,

y por donde a través de las enfrentadas ondas la nave rápida es
conducida,

inciensos sobre las riberas, en aras por orden hechas,

por ambas partes suenan y aroman el aire de sus humos,

735 y herida entibia la víctima a ella lanzados los cuchillos.

Y ya a la cabeza de los estados, de Roma había entrado a la ciudad:

se yergue la sierpe y en lo alto del mástil empinada

su cuello mueve y sedes para sí alrededor busca aptas.

Se escinde en gemelas partes, circunfluyente su caudal

⁷⁴⁰ —Isla de nombre tiene— y por la parte de los costados ambos,

extiende iguales, en medio la tierra, sus brazos:

aquí desde el pino del Lacio la Febeia serpiente

se traslada y un fin, su apariencia celeste retomada,

a los lutos impuso y vino el Saludador a la Ciudad.

La apoteosis de Julio César

⁷⁴⁵ Él, aun así, accedió a los santuarios nuestros como forastero:

César en la ciudad suya dios es, al cual, principal por su Marte

y por su toga, no las guerras más, finalizadas en triunfos,

y las hazañas en la paz realizadas, y la apresurada gloria de tales hazañas,

en constelación lo tornaron nueva y en estrella crinada,

⁷⁵⁰ antes que su descendiente, pues de los hechos de César

ninguna mayor obra que el ser su padre subsiste de éste.

¿No es claramente más haber dominado a los marinos britanos

y por los séptuples cauces de los caudales del Nilo, portador de papiro,

vencedores haber llevado sus barcos, y a los númidas rebeldes

⁷⁵⁵ y al cinifio Iuba y de Mitridates henchido por los nombres

el Ponto el pueblo anexionar de Quirino,

y muchos haber merecido, algunos triunfos haber llevado,

antes que a tan gran varón haber engendrado? Con quien de presidente de los estados

a la humana estirpe, altísimos, favorecisteis en abundancia.

760 Para que no fuera éste, así pues, de mortal simiente creado,
a aquél dios de hacerse había, lo cual, cuando áurea lo vio,
de Eneas la madre, vio también que triste se preparaba
para el pontífice una muerte y que conjuradas armas se movilizaban,
palideció, y a todos, según a cada cual al paso salía, los divinos:

765 «Contempla», le decía, «con cuánta mole para mí se preparan
insidias y con cuánto fraude esa cabeza se busca,
la cual del dardanio Julo sola a mí me resta.

¿Acaso sola siempre seré hostigada por justos cuidados,
a quien ora del Tidida la calidonia asta hiera,

770 ahora esparzan las murallas de mi defendida Troya,
quien vea a mi hijo por largos errares empujado
y ser zarandeado por el mar y en las sedes entrar de los silentes
y guerras con Turno hacer o, si la verdad confesamos,
con Juno más? ¿A qué ahora recuerdo las antiguas

775 pérdidas de mi estirpe? El temor este acordarme de los anteriores
no me deja. Contra mí que se afilan veis criminales espadas.
Las cuales prohibid, os suplico, y tal fechoría rechazad, o no,
con la matanza de su sacerdote, las llamas extinguid de Vesta.»

Para nada por todo el cielo Venus ansiosa

780 tales palabras, vierte, y a los altísimos conmueve, los cuales, romper
aunque

los férreos decretos no pueden de las viejas hermanas,
señales aun así del luto dan, no inciertas, futuro.

Armas dicen que entre negras nubes crepitantes
y terribles tubas y oídos cuernos en el cielo
785 presagiaron la abominación. Del sol también una triste imagen
lúvidas ofrecía sus luces a las angustiadas tierras.
A menudo antorchas parecieron arder por en medio de los astros.
A menudo entre las borrascas gotas cayeron ensangrentadas.
Azul también, por su rostro, el Lucero de herrumbre negra
790 asperjado estuvo, asperjados los lunares carros de sangre.
Tristes en mil lugares dio sus augurios el estigio búho,
en mil lugares lagrimó el marfil y cantos se dice
que se oyeron y palabras amenazantes en los santos bosques.
Victima ninguna aplaca, y de que acucian grandes tumultos
795 la entraña advierte, y una cortada cabeza se halla en unas vísceras
y en el foro y alrededor de las casas y templos de los dioses
que nocturnos aullaban perros y que sombras de silentes
erraban cuentan, y que se movió con temblores la ciudad.
No, aun así, las insidias y los venideros hados vencer
800 pudieron las premoniciones de los dioses y empuñadas van
al templo las espadas, pues lugar alguno en la ciudad
para la fechoría y para ese siniestro asesinato no place sino la Curia.
Entonces verdaderamente Citerea con su mano se golpeó, una y otra,
el pecho, y al Enéada pugna por esconder en esa nube
805 con la que antes Paris fue arrebatado al infesto Atrida
y Eneas de Diomedes había huido a las espadas.

Con tales a ella su padre: «¿Sola un insuperable hado,
hija, a inmutar te dispones? Entrar puedes tú misma en los aposentos
de las tres hermanas. Verás allí de envergadura vasta
810 de bronce y sólido hierro los archivos de las cosas,
que ni el embate del cielo, ni del rayo la ira,
ni temen ningunas, seguros y eternos, ruinas.

Encontrarás allí, tallados en acero perenne
los hados de tu estirpe. Los leí yo mismo y en mi ánimo los grabé
815 y repetiré, para que no seas todavía ahora desconocedora del
futuro.

Éste los tiempos suyos ha completado, por el que, Citerea,
te afanas, al acabar, los que a la tierra debía, sus años.

Que de dios acceda al cielo y en templos se le honre
tú lo harás, y el hijo suyo, quien de sus nombres heredero
820 llevará él solo esa carga impuesta y de su asesinado padre
a nosotros, suyos para las guerras, fortísimo vengador nos tendrá.

De él con los auspicios las murallas vencidas
paz pedirán de la asediada Módena, Farsalia lo sentirá a él,
y de nuevo se mojarán de matanza los ematios Filipos,
825 y un gran nombre será vencido en las sículas ondas,
y de un romano general la esposa egipcia, en sus antorchas
no para bien confiada, caerá, y en vano habrá ella amenazado
que servirían los Capitolios nuestros al Canopo suyo.

¿A qué a ti la extranjería y los pueblos yacentes por uno y otro

830 Océano he de enumerarte? Cuanto de habitable la tierra
sostiene de él será: el ponto también lo servirá a él.

«Paz dada a las tierras, el ánimo a los civiles derechos
tornará suyo, y leyes dará, su justísimo autor,
y con el ejemplo suyo la moral regirá, y de la edad

835 del futuro tiempo y de sus venideros nietos vigilante,
el vástago de su santa esposa nacido que lleve al mismo
tiempo también el nombre suyo y sus cuidados ordenará,
y no, sino cuando con sus méritos haya igualado sus años,
las etéras sedes y sus emparentadas constelaciones tocará.

840 Esta ánima, entre tanto, de su asesinado cuerpo arrebatada,
hazla tú luminaria, para que siempre los Capitolios nuestros
y el foro, divino, desde excelsa sede vigile Julio.»

Apenas ello dicho había cuando en medio de la sede del Senado
se posó la nutricia Venus, para nadie visible, y de su

845 César arrebató a sus miembros y —sin permitir que en el aire
se disipara— su reciente ánima llevó a los celestes astros,
y mientras la llevaba, que luz cobraba y fogueaba sintió
y la soltó de su seno. Que la luna vuela más alto ella,
y llameante arrastrando de espaciosa senda una crin

850 como estrella centellea y de su hijo viendo sus buenas obras
confiesa

que son que las suyas mayores y de ser vencido se goza por él.

Él los hechos suyos que se antepongan veta a los paternos,

libre la fama, aun así, y a ningunos mandados sujeta,
a él contra su voluntad antepone, y en esta sola parte le combate.

⁸⁵⁵ Así, grande, cede a los títulos de Agamenón Atreo,
Egeo así a Teseo, así a Peleo venció Aquiles.

En fin, para de ejemplos a ellos semejantes servirme,
así también Saturno menor es que Júpiter;

Júpiter los recintos modera etéreos y del mundo triforme los reinos:

⁸⁶⁰ la tierra bajo Augusto está. Padre es y soberano uno y otro.

Dioses, os lo suplico, de Eneas los acompañantes, a quienes la espada y
el fuego

cedieron, y dioses Indígetes y padre, Quirino,
de la ciudad y del invicto Quirino padre, Gradivo,
y Vesta, de César entre los penates consagrada,

⁸⁶⁵ y con la cesárea Vesta tú, Febo doméstico,
y quien tienes el alto Júpiter de Tarpeya los recintos,
y a cuantos otros para un vate justo apelar y piadoso es:

tardío sea aquel día y posterior a nuestra edad,
en el que la cabeza Augústea, el orbe que él modera abandonando,

⁸⁷⁰ acceda al cielo y favorezca, ausente, a los que le rezan.

Epílogo

Y ya una obra he concluido que ni de Júpiter la ira ni los fuegos,
ni pudiera el hierro ni devoradora abolir la vejez.

Cuando quiera aquel día que en nada sino en el cuerpo este
jurisdicción tiene, el espacio de mi incierta edad acabe.

875 Con la parte aun así mejor de mí sobre los altos astros,
perenne, iré, y un nombre será indeleble el nuestro,
y por donde se abre el romano poderío a sus dominadas tierras,
con la boca se me leerá del pueblo y a través de todos los siglos en la
fama,
si algo tienen de verdadero de los poetas los presagios, viviré.

Indice de contenido

Libro I

- 1.1-4 Invocación
- 1.5-88 El origen del mundo
- 1.89-150 Las edades del hombre
- 1.151-162 La Gigantomaquia
- 1.163-208 El concilio de los dioses (I)
- 1.209-243 Licaón
- 1.244-252 El concilio de los dioses (II)
- 1.253-312 El diluvio
- 1.313-437 Deucalión y Pirra
- 1.438-451 La sierpe Pitón
- 1.452-567 Apolo y Dafne
- 1.568-624 Júpiter e Ío (I)
- 1.625-688 Argos
- 1.689-712 Pan y Siringe
- 1.713-750 Júpiter e Ío (II)
- 1.750-779 Faetón (I)

Libro II

- 2.1-332 Faetón (II)
- 2.333-339 Clímene
- 2.340-366 Las Helíades
- 2.367-400 Cigno

2.401-532 Júpiter y Calisto
2.533-541 El cuervo
2.542-547 Apolo y Coronis (I)
2.548-554 La corneja; Nictímene
2.555-595 Las hijas de Cécrope
2.596-632 Apolo y Coronis (II)
2.633-675 Ocírroe
2.676-707 Bato
2.708-759 Áglauro, Mercurio y Herse
2.760-796 La Envidia
2.797-832 Áglauro
2.833-875 Júpiter y Europa

Libro III

3.1-137 Cadmo
3.138-252 Diana y Acteón
3.253-315 Júpiter, Sémele y Baco
3.316-338 Tiresias
3.339-510 Narciso y Eco
3.511-581 Penteo y Baco (I)
3.582-691 Los navegantes tirrenos
3.692-733 Penteo y Baco (II)

Libro IV

4.1-54 Las hijas de Minias (I)
4.55-166 Píramo y Tisbe
4.167-270 Los amores del Sol. Marte y Venus. Leucótoe. Clitie

4.271-284 Las hijas de Minias (II)
4.285-388 Sálmacis y Hermafrodito
4.398-415 Las hijas de Minias (III)
4.416-542 Atamante e Ino
4.543-562 Las compañeras de Ino
4.563-603 Cadmo y Harmonía
4.604-662 Perseo y Atlas
4.663-771 Perseo y Andrómeda
4.772-803 Perseo y Medusa

Libro V

5.1-235 Perseo y Fineo
5.236-249 Otras hazañas de Perseo
5.250-268 Pégaso
5.269-293 Pireneo
5.294-317 Las Piérides (I)
5.318-331 Metamorfosis de dioses
5.332-571 El rapto de Prosérpina
5.572-641 Aretusa
5.642-661 Triptólemo
5.662-678 Las Piérides (II)

Libro VI

6.1-145 Aracne
6.146-312 Níobe
6.313-381 Los paisanos licios
6.382-400 Marsias

6.401-411 Pélope

6.412-674 Tereo, Progne y Filomela

6.675-721 Bóreas y Oritía

Libro VII

7.1-158 Medea y Jasón

7.159-296 Medea y Esón

7.297-351 Medea y Pelias

7.351-393 Huida de Medea

7.394-452 Medea y Teseo

7.453-516 Minos y Céfalo (I)

7.517-660 La peste de Egina

7.661-686 Céfalo (II)

7.687-756 Céfalo (III) y Procris

7.757-793 El perro de caza y la fiera

7.794-862 Muerte de Procris

7.863-865 Céfalo (IV)

Libro VIII

8.1-5 Céfalo (V)

8.6-154 Escila y Minos

8.155-182 El laberinto, el Minotauro y Ariadna

8.183-235 Dédalo e Ícaro

8.236-259 Perdiz

8.260-444 Meleagro y el jabalí de Calidón

8.445-525 Altea y Meleagro

8.526-546 Las hermanas de Meleagro

8.547-573 Teseo y Aqueloo (I)

8.573-610 Las Equínades; Perimele

8.611-724 Filemon y Baucis

8.725-884 Erisicton y su hija

Libro IX

9.1-88 Teseo y Aqueloo (II): Aqueloo y Hércules

9.89-97 Partida de Teseo

9.98-133 Hércules, Neso y Deyanira

9.134-272 Muerte y apoteosis de Hércules

9.273-323 Galántide

9.324-393 Dríope

9.394-449 Iolao y los hijos de Calírroe; rejuvenecimientos

9.450-665 Biblis

9.666-797 Ifis

Libro X

10.1-85 Orfeo y Eurídice

10.86-147 Catálogo de Árboles; Cipariso

10.148-739 Canción de Orfeo

10.148-154 Proemio

10.155-161 Ganimedes

10.162-219 Jacinto

10.220-242 Las Propétides y los Cerastas

10.243-297 Pigmalión

10.298-502 Mirra

10.503-559 Venus y Adonis (I)

10.560-707 Hipómenes y Atalanta

10.708-739 Venus y Adonis (II): muerte de Adonis

Libro XI

11.1-84 Muerte de Orfeo

11.85-145 Midas (I)

11.146-193 Midas (II): Febo y Pan

11.194-220 Fundación y destrucción de Troya; Laomedonte

11.221-265 Peleo, Tetis y Aquiles

11.266-345 Dedalión y Quíone

11.346-409 El ganado de Peleo

11.410-748 Ceix y Alcíone

11.748-795 Ésaco

Libro XII

12.1-38 La expedición contra Troya

12.39-63 La Fama

12.64-167 Aquiles y Cigno

12.168-209 Ceneo (I)

12. 210-458 La batalla de Lápitás y Centauros

12. 459-535 Ceneo (II)

12.536-579 Periclímeneo

12.580-628 Muerte de Aquiles

Libro XIII

13.1-398 Las armas de Aquiles

13.399-575 La caída de Troya

13.576-622 Memnón

13.623-642 El peregrinaje de Eneas (I): la partida de Troya

13.643-674 La hija de Anio

13.675-704 Coronas

13.705-729 El peregrinaje de Eneas (II): Sicilia

13.730-739 Escila (I)

13.740-897 Galatea, Acis y Polifemo

13.898-968 Escila (II) y Glauco

Libro XIV

14.1-74 Escila (III), Glauco y Circe

14.75-90 El peregrinaje de Eneas (III): Italia

14.91-100 Los Cércopes

14.101-153 El peregrinaje de Eneas (IV): la Sibila

14.154-222 Aqueménides

14.223-307 Aventuras de Ulises

14.308-415 Pico

14.416-440 Canente

14.441-457 El peregrinaje de Eneas (V): el Lacio

14.458-511 Diomedes

14.512-526 El olivo salvaje

14.527-565 Las naves de Eneas

14.566-580 Árdea

14.581-608 Apoteosis de Eneas

14.609-621 Los reyes latinos

14.622-697 Vertumno y Pomona (I)

14.698-764 Ifis y Anaxárete

14.765-771 Vertumno y Pomona (II)

14.772-851 Apoteosis de Rómulo y Hersilia

Libro XV

15.1-59 Miscelo

15.60-478 Discurso de Pitágoras

15.479-546 Hipólito

15.547-621 Tages. La lanza de Rómulo. Cipo

15.622-744 Esculapio en Roma

15.745-870 La apoteosis de Julio César

15.871-879 Epílogo

Notas

[1] Pueblo de la Arabia Petrea. (Todas las notas son de Vicente López Soto.) <<

[2] Molosia era una parte del Epiro. <<

[3] Neptuno. <<

[4] Hijas de Nereo. <<

[5] Estigia. <<

[6] Plutón y Proserpina. <<

[7] Entiéndase, las angustias ajenas. <<

[8] La Acrópolis. <<

[9] El narciso. <<

[10] El lector se dará cuenta de que habla de los delfines. <<

[11] Ino y Autonea. <<

[12] Sileno. <<

[13] Vulcano. <<

[14] Perseo, que, como Minerva, es hijo de Júpiter. <<

[15] Esto es, de Mercurio, quien se lo regaló. <<

[16] La Gorgona, con quien luchó y a la que mató. <<

[17] Medusa. <<

[18] Permanecieron vírgenes. <<

[19] Plutón, hermano de Júpiter y éste padre de Proserpina. <<

- [20] El Pequeño y el Gran Puerto. La antigua Siracusa se hallaba en la isla de Ortigia. <<
- [21] Proserpina. <<
- [22] Estelión: reptil parecido a la lagartija, pero de cuerpo más ancho. <<
- [23] Una granada. Este fruto era símbolo de fecundidad. <<
- [24] La fantasía de Ovidio no se ajusta al rigor geográfico: mezcla Arcadia con Elide. <<
- [25] Atenas. <<
- [26] Cuatro metamorfosis como castigos de impiedad para con los dioses. <<
- [27] Con el olivo, a ella consagrado. <<
- [28] Teófana, convertida en oveja por Neptuno. <<
- [29] Tántalo fue condenado a un suplicio eterno en lo infernos por haber revelado los secretos de Júpiter. <<
- [30] Apolo. <<
- [31] Siete hijas; Latona un hijo y una hija. <<
- [32] Desde Tebas hasta Lidia. <<
- [33] Apolo y Diana. <<
- [34] El Peloponeso. <<
- [35] Van ligeramente vestidas. <<
- [36] Grito de las bacantes para invocar a Baco. <<
- [37] Neptuno. <<
- [38] Edipo. <<

